



LOS MISTERIOS

DE PARIS.



17287

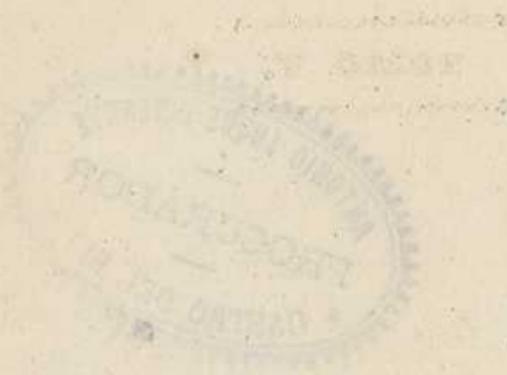
LOS ANGELES

DEPARTAMENTO DE AGRICULTURA

1912

LOS ANGELES
DEPARTAMENTO DE AGRICULTURA

ESTADO DE CALIFORNIA



CADIZ 1912

Impreso en la Oficina de la Imprenta de la Universidad de California, San Diego, California, U.S.A.

LOS MISTERIOS
DE PARIS.

POR

BUCENIO SUZ.

~~~~~  
TOMO V.  
~~~~~

CADIZ: 1843.

Imprenta de EL COMERCIO, calle del Vestuario,
número 27.

LOS ANGELES

DE FAMILIA
DE LA VILLA

1843

DE LA VILLA

DE LA VILLA

DE LA VILLA

1843

DE LA VILLA

DE LA VILLA

DE LA VILLA

CADIZ: 1843

Imprenta de Sr. Gonzalez, calle del Yestuario,
numero 27

LOS MISTERIOS
DE PARIS.

PARTE SEPTIMA.

GEGITY,

CAPITULO XV.

SANTIAGO FERRAND.

ERA de noche. El profundo silencio que reinaba en la parte de la casa habitada por Santiago Ferrand era interrumpido acá y acullá por las ráfagas del viento y por el sonido de la lluvia que caía á torrentes.

Estos ruidos melancólicos hacían al parecer mas completa la soledad de aquella casa.

En una alcoba del primer piso, muy comodamente amueblada de nuevo y abrigada con una túpida alfombra, estaba en pié una jóven delante de una chimenea en que ardía un excelente fuego.

Cosa bastante estraña, en la puerta que estaba en frente de la cama cuidadosamente cerrada, se veía un postiguito de cinco á seis pulgadas cuadradas que podía abrirse por fuera.

Un reverbero daba una media luz á esta alcoba forrada de papel color de grana, las cortinas de la cama, las de la ventana, y la cubierta de un vasto sofá, eran de damasco de seda y lana del mismo color.

Insistimos minuciosamente en estos pormenores de *medio lujo* tan recientemente importado á la habitacion del escribano, porque este *medio lujo* anunciaba una revolucion completa en los hábitos de Santiago Ferrand, hasta entonces de una avaricia sórdida y de una indolencia espartana en todo lo perteneciente al bienestar.

Sobre este color de granada, fondo vigoroso de tono fuerte, se delineaba la figura de Cecily, que vamos á procurar pintar.

De estatura alta y esbelta, la criolla estaba en la flor y en el descogimiento de la edad. El desarrollo de sus hermosos hombros y de sus anchas caderas hacia que su talle redondo pareciese tan delgado, que se creeria que Cecily podia servirse de su collar para cinturón.

Tan sencilla como coqueta y provocativa, su traje á uso de Alsacia era de un gusto raro, un poco teatral y tanto mas apropiado al efecto que quiso producir.

Su espencer de casimiro negro, medio abierto sobre su abultado pecho, muy largo de talle con mangas ajustadas y espalda lisa, estaba bordado con lana encarnada en las costuras y realzado con una hilera de botones de filigrana de plata. Un zagalejo corto de merino color de naranja, que parecia exageradamente ancho aunque plegado con

mucho primor, dejaba ver parte de las encantadoras piernas de la criolla, con medias escarlata y cuchillas verdes, como se vé en los antiguos pintores flamencos, que muestran complacientemente las ligas de su robustas heroínas.

Nunca un artista ha ideado un gálibo tan puro como el de las piernas de Cecily; nerviosas y finas debajo de su redonda pantorrilla, terminaban en un pié pequeño, muy fino y encorbado en su pequeño zapato de badana negra con evillas.

Cecily, un poco inclinada sobre el lado izquierdo estaba en pié en frente del espejo que habia encima de la chimenea. Su espencer dejaba ver su garganta elegante y rolliza de una blancura deslumbrante, pero sin trasparenca.

Quitandose un gorro de terciopelo color de guinda, para reemplazarlo con uno de madrás, descubrió sus espesos y magnificos cabellos de un negro azulado que, separados en medio de la frente y rizados naturalmente, no bajaban de *la gargantilla de Venus* que unia su cuello con los hombros.

Es menester conocer el gusto inimitable con que las criollas *tuercen* alrededor de su cabeza los pañuelos de colores chillantes, para tener una idea del gracioso tocado nocturno de Cecily, y del contraste del tegido, mezclado de púrpura, de azul y de naranja, con sus cabellos negros que, saliendo por los pliegues apretados del madras, encuadraban con mil bucles suaves sus mejillas pálidas, pero rollizas y duras.....

Con los dos brazos levantados y puestos en la cabeza, acababa con la punta de sus dedos de marfil de hacerse un lazo casi encima de la oreja izquierda.

Las facciones de Cecily eran de aquellas que es imposible olvidar nunca.

Frente altiva, un poco saliente, superaba su cara de un óvalo perfecto; su color blanco apagado se asemejaba á la delicadeza lustrosa de una hoja de camelia imperceptiblemente dorada por un rayo de sol; sus ojos, de un grandor casi desmesurado, tenían una espresion singular, porque sus pupilas, estremadamente anchas, negras, y brillantes, apenas dejaban ver, en los extremos de los párpados guarnecidos de largas pestañas, la transparencia azulada del globo del ojo; su barba graciosa, su nariz aguileña y fina terminaba en dos ventanillas movibles que se dilataban á la menor agitacion; su boca, osada y amorosa, era de un encarnado vivo.

Imagínese pues esta figura sin color con mirada enteramente negra que brilla, y dos labios encarnados, bruñidos, húmedos, que lucen como el coral mojado.

Lo decimos, esta criolla, á un tiempo esbelta y carnuda, vigorosa y flexible como una pantera, era el tipo de la sensualidad ardiente que no se inflama sino en los fuegos de los trópicos.

Todo el mundo ha oido hablar de aquellas muchachas de color por decirlo así *mortales* para los europeos, de aquellos vampiros encantadores que, embriagando á su víctima con seducciones terribles, chupan hasta su última gota de oro y de sangre, y no le dejan, segun la enérgica espresion del pais, *sino sus lágrimas que beber, y su corazon que roer.*

Sus detestables instintos, algun tiempo contenidos por su verdadero afecto á David, no se habian desarrollado sino en Europa, la civilizacion y la influencia del norte habian templado su violencia, modificado su espresion.

En vez de lanzarse violentamente sobre su pre-

sa, y de no pensar, como sus semejantes, sino en destruir lo mas pronto una vida y un caudal mas, Cecily, fijando sobre sus victimas su mirada magnética, comenzaba atrayéndolas poco á poco al remolino incendiado que parecia emanar de ella; luego, viéndolas jadeantes, perdidas, sufriendo los tormentos de un deseo inaguantable, se complacia, por un refinamiento de coqueteria feroz, en prolongar su ardiente delirio; luego, volviendo á su primer instinto, los devoraba en sus incendios homicidas.

Esto era mas horrible.....

El tigre hambriento, que salta y coje la presa que devora rugiendo, inspira menos horror que la serpiente que la facina silenciosamente, la aspira poco á poco, la enlaza con sus infinitas articulaciones, la mortifica por largo tiempo, la siente palpar bajo sus lentas mordeduras, y parece alimentarse tanto con sus dolores como con su sangre.

Cecily, lo hemos dicho, apenas llegó á Alemania, habiendo sido desde luego seducida por un hombre muy depravado, pudo, sin saberlo David, que la amaba con tanta idolatria como ceguedad, desplegar y ejercer durante algun tiempo sus peligrosas seducciones; pero pronto el funesto escándalo de sus aventuras fué manifiesto; se hicieron horribles descubrimientos, y esta muger debió ser condenada á una prision perpetua.

Júntese á estos antecedentes un talento flexible, astuto, insinuante, una inteligencia tan maravillosa que al año hablaba el frances y el aleman con la mayor facilidad, á veces hasta con una elocuencia natural: figúrese en fin una corrupcion digna de las reinas cortesanas de la antigua Roma, una audacia y un valor á toda prueba, ins-

tintos de una malignidad diabólica, y se conocerá con corta diferencia la nueva *criada* de Santiago Ferrand...la criatura determinada que habia osado aventurarse en el cubil del lobo.

Y sin embargo, anomalia singular, sabiendo por Mr. de Graün el papel provocativo y PLATONICO que debia desempeñar con el escribano y á que fines vengadores debian dirigirse sus seducciones, Cecily prometió ejecutar su papel *con amor*, ó mas bien con un odio terrible contra Santiago Ferrand, habiéndose sinceramente indignado con la relacion de las infames violencias que habia ejercido contra Luisa, relacion que fué preciso hacer á la criolla para que se garantizase contra las hipócritas mentiras de aquel monstruo.

Es indispensable decir algunas palabras retrospectivas acerca de este último.

Cuando Cecily le fué presentada por Mad. Pipelet como una huérfana sobre la cual no queria conservar ningun derecho, ningun cuidado, el escribano se habia quizá sentido aun menos impresionado de la hermosura de la criolla que fascinado por su mirada irresistible, mirada que, desde la primera vista, llevó el fuego á los sentidos de Santiago Ferrand y le alteró la razon.

Porque, como lo hemos dicho en ocasion de la insensata audacia de algunas palabras suyas cuando su conversacion con la duquesa de Lucenay, este hombre, ordinariamente tan dueño de sí, tan sosegado, tan astuto, olvidaba los frios cálculos de su profundo disimulo, cuando el demonio de la lujuria oscurecia su entendimiento.

Por otra parte no habia podido desconfiar de la protegida de Mad. Pipelet.

Después de su conversacion con esta última, Mad. Seraphin propuso á Santiago Ferrand, en

reemplazo de Luisa, á una jóven soltera casi abandonada de la que ella respondia.... El escribano aceptó con la esperanza de abusar impunemente de la condicion precaria y aislada de su nueva criada.

En fin, Santiago Ferrand, léjos de estar predispuesto á la desconfianza, hallaba en la marcha de los acontecimientos nuevos motivos de seguridad.

Todo correspondia á sus deseos.

La muerte de Mad. Seraphin lo desembarazaba de una cómplice peligrosa....

La muerte de Flor-celestial (él la creia muerta) la libraba de la prueba viva de uno de sus primeros crímenes.

En fin, gracias á la muerte del Mochuelo y al asesinato de la condesa Mac-Gregor (su estado era desesperado), no temia ya á estas dos mugeres, cuyas revelaciones y diligencias hubieran podido serle funestas.....

Lo repetimos, no habiendo llegado ningun sentimiento de desconfianza á contrapesar en el ánimo de Santiago Ferrand la impresion súbita, irresistible que experimentó al ver á Cecily... se aprovechó con ardor de la ocasion de atraer á sí en su habitacion solitaria á la supuesta sobrina de Mad. Pipelet.

El carácter, los hábitos y los antecedentes de Santiago conocidos y sentados, aceptada la hermosura provocativa de la criolla, tal como hemos procurado pintarla, algunos otros hechos que espondrémos mas adelante harán comprender, lo esperamos, la pasion súbita y desenfrenada del escribano por esta seductora y peligrosa criatura.

Y luego, es preciso decirlo.....si no inspiran mas que desvio, repugnancia á los hombres dotados de sentimientos tiernos y elevados, gustos

delicados y puros, las mugeres de la especie de Cecily ejercen una accion súbita, una omnipotencia mágica sobre los hombres de sensualidad brutal como Santiago Ferrand.

Desde la primera mirada conocen á esas mugeres, las codician, un poder fatal los atrae hácia ellas, y pronto afinidades misteriosas, simpatías magnéticas sin duda, los encadenan invenciblemente á los pies de su monstruoso ideal; porque ellas solas pueden apaciguar los fuegos impuros que encienden.

Una fatalidad justa y vengadora acercaba pues la criolla al escribano. Una espiacion terrible comenzaba para él.

Una lujuria feroz lo habia llevado á cometer atentados odiosos, á perseguir con un cruel encarnizamiento una familia indigente y honrada, á llevar á ella la miseria, la locura, la muerte.....

La lujuria debia ser el formidable castigo de este grande culpable.

Se diria que por una fatal equidad ciertas pasiones torcidas y desnaturalizadas lleven en sí, su castigo.

Un amor noble, aun cuando no sea feliz, puede hallar algunos consuelos en las dulzuras de la amistad, en la estimacion que una muger digna de ser adorada ofrece siempre á falta de un sentimiento mas tierno. Si esta recompensa no calma las penas del amante desgraciado, si su desesperacion es incurable como su amor, puede al menos confesar y casi envanecerse de este amor desesperado....

Pero que recompensas pueden ofrecer á los ardores bravíos que el solo atractivo material exalta hasta el frenesi?

Y decimos tambien que este atractivo material

es tan imperioso para las organizaciones toscas, como el atractivo moral para las almas escogidas.....

No, las pasiones serias del corazón no son solo las súbitas, ciegas, exclusivas, solo las que, concentrando todas las facultades sobre la persona elegida, hacen imposible cualquier otro efecto, y deciden de un destino entero.

La pasión física puede llegar á tener, como en Santiago Ferrand, una increíble intensidad; entonces todos los fenómenos, que en el orden moral caracterizan el amor, irresistible, único y absoluto, se reproducen en el orden material.

.....
Aunque Santiago Ferrand no debiese nunca *ser feliz*, la criolla se guardó bien de quitarle absolutamente toda esperanza; pero las vagas y lejanas en que lo mecía flotaban á merced de tantos caprichos, que le eran un tormento mas, y remachaban mas sólidamente todavia la cadena ardiente que llevaba.

Si alguno se admira de que un hombre de tanto vigor y de tanta audacia no hubiese ya recurrido á la astucia ó á la violencia para triunfar de la resistencia calculada de Cecily, sea que Cecily no era una segunda Luisa, el día siguiente de haber sido presentada al escribano, habia desempeñado otro papel distinto de aquel con que se habia introducido en casa de *su amo*, porque este no hubiera sido juguete de su criada dos días seguidos.

Instruida de la suerte de Luisa por el baron de Graün, y sabiendo ademas con que abominables medios la desgraciada hija de Morel el lapidario habia llegado á ser víctima del escribano, la criolla, al entrar en esta casa solitaria, tomó es-

celentes precauciones para pasar allí su primera noche con plena seguridad.

La misma noche que llegó, quedaba sola con Santiago Ferrand, que, á fin de no espantarla, afectó no mirarla y le mandó á speramente que se fuese á acostar; ella le confesó *sencillamente* que de noche tenia mucho miedo á los ladrones, pero que era fuerte, resuelta y estaba preparada á defenderse.

—Con qué? preguntó Santiago Ferrand.

—Con esto...respondió la criolla sacando de su ancho capote de lana en que estaba envuelta, un puñal chico perfectamente acerado cuya vista hizo temblar al escribano.

Sin embargo, persuadido de que su nueva sirviente no temia mas que á los ladrones, la condujo á la habitacion que debia ocupar (la antigua alcoba de Luisa). Despues de haber examinado las localidades, Cecily le dijo temblando y bajando los ojos, que, de resultas del mismo miedo, pasaria la noche en una silla, porque no veia en su puerta ni cerrojo ni cerradura.

Santiago Ferrand, ya completamente bajo el encanto, pero no queriendo comprometer nada despertando las sospechas de Cecily, le dijo con tono áspero que era una tontera y una locura tener semejantes temores, pero le prometió que al dia siguiente se pondria un cerrojo.

La criolla se acostó.

Por la mañana, el escribano subió á su habitacion para ponerla al corriente de lo que tenia que hacer. Se habia prometido guardar los primeros dias una reserva hipócrita, con su nueva criada, á fin de inspirarle una confianza engañosa; pero, herido de su hermosura que, en medio del dia, parecia aun mas brillante, alucinado, ciego con los

deseos que le transportaban ya, tartamudeó algunos cumplimientos acerca del cuerpo y acerca de la belleza de Cecily.

Esta, con una seguridad rara, habia juzgado, desde la primera vez que vió al escribano, que estaba completamente prendado de ella: á la declaracion que este le hizo de su llama, creyó deber despojarse de pronto de su fingida timidez, y, como lo hemos dicho, cambiar de máscara.

Tomó pues de repente un aire descarado.

—Miradme bien de frente, le dije resueltamente Cecily.—Aunque vestida de aldeana de Alsacia, tengo el aire de una criada?

—Que quereis decir? le pregunto Santiago Ferrand.

—Veis esta mano.....Está acostumbrada á trabajos duros?

Y le mostré una mano blanca, graciosa con dedos finos y sueltos, con uñas sonrosadas y pulidas como el ágata, pero cuya corona, ligeramente oscura, descubria la mezcla de su sangre.

—Y este pié? es pié de criada?

Y sacó un gracioso piecesito lindamente calzado, que aun no habia notado el escribano y del que no quitó los ojos sino para contemplar embobado á Cecily.

—He dicho á mi tia Pipelet lo que me convenia, ignora mi vida pasada, pudo creerme reducida á semejante condicion..... por la muerte de mis padres, y tenerme por una sirvienta; pero vos, creo, teneis mucha sagacidad para participar de su error, *querido amo?*

—Y quien sois? exclamó Santiago Ferrand cada vez mas sorprendido de este language.

—Eso es un secreto...por razones que me sé, he debido dejar á Alemania bajo este vestido de al-

deana; quería permanecer oculta en París durante algún tiempo, lo mas secretamente posible. Mi tia suponiendome reducida á la miseria me propuso entrar en vuestra casa, me habló de la vida solitaria que se pasaba forzadamente en ella, y me previno que no saldria nunca..... Acepté prontamente. Sin saberlo, mi tia prevenia mi mas vivo deseo. Quien podrá buscarme y descubrirme aqui?

—Os ocultais?.....y que habeis hecho para estar obligada á ocultaros?

—Pecados dulces, quizá.....pero eso es tambien secreto mio.

—Y cuales son vuestras intenciones, señorita?

—Siempre las mismas. Sin vuestros cumplimientos significativos acerca de mi cuerpo y mi belleza, no os hubiera quizá hecho esta confesion.... que vuestra perspicacia hubiera por otra parte tarde ó temprano provocado. Escuchadme pues bien, querido amo; he aceptado momentáneamente la condicion ó mas bien el papel de sirviente, las circunstancias me obligan á ello....tendré valor para desempeñar este papel....sufriré todas sus consecuencias.....os serviré con celo, actividad, respeto, para conservar mi plaza....es decir un retiro seguro é ignorado. Pero á la menor palabra de galanteria, pero á la menor libertad que tuviereis conmigo, os dejo.....no por gazmoñeria, nada en mí, creo, huele á gazmoña....

Y lanzó una mirada llena de electricidad sensual hasta el fondo del alma del escribano, que se estremeció.

—No, no soy gazmoña, prosiguió con una sonrisa provocativa que dejó ver sus dientes deslumbrantes.—Vive Dios!....cuando el amor me muere, las bacanales son santas á mi lado....Pero sed

justo...y convendreis que vuestra indigna sirviente no puede menos de querer cumplir honradamente su oficio de criada....Ahora sabeis mi secreto, ó al ménos una parte de mi secreto; querriais, por acaso, obrar como caballero? Os parezco demasiado bella para serviros? Deseáis cambiar de papel y llegar á ser mi esclavo? Sea! francamente preferiria eso....pero siempre con la condicion de que no saldré nunca de aqui, y que tendreis conmigo atenciones de padre.....lo que no os impedirá decirme que os parezco encantadora: esta será la recompensa de vuestro rendimiento y de vuestra discrecion.....

—La sola? la sola? dijo Santiago Ferrand tartamudeando.

—La sola...á menos que la soledad y el diablo no me vuelvan loca.... lo que es imposible, porque me hareis compañía, y, en vuestra calidad de hombre santo, conjurais al demonio.

—Vamos, decidios, nada de posicion mista...ú os sirvo, ó me servis; si no, dejo vuestra casa....y pido á mi tia que me busque otro acomodo.... Todo esto debe pareceros extraño: en hora buena; pero si me teneis por una aventurera...sin medios de existencia, os engañais....A fin de que mi tia fuese mi cómplice sin saberlo, le he dejado creer que era tan pobre que no poseía con que comprar un vestido ...Tengo.....lo veis, una bolsa muy provista: en este lado oro....en el otro, diamantes.....(y Cecily enseñó al escribano una bolsa grande de seda encarnada llena de oro, y en la cual se veía tambien brillar alguna pedreria); por desgracia todo el dinero del mundo no me daría un retiro tan seguro como vuestra casa, tan solitario por el aislamiento mismo en que vivis...Aceptad pues una ú otra de mis ofertas.

Ya lo veis, me pongo casi á discrecion vuestra; porque deciros que me oculto es deciros que se me busca.....Pero estoy segura de que no me vendereis, aun en el caso en que supieseis como venderme....

Esta confidencia romancesca, este repentino cambio de personage trastornó las ideas de Santiago Ferrand.

Quien era esta muger? Por qué se ocultaba? Solo el acaso la habia traído á su casa? Si por el contrario habia ido á ella con un fin secreto, cual era?

Entre todas las hipotesis que esta aventura sublevó en la mente del escribano, no podia ocurrir á su pensamiento el verdadero motivo de la presencia de la criolla en su casa. No tenia ó mas bien no creia tener otros enemigos que las víctimas de su injuria y de su codicia; todas se hallaban en tal estado de desgracia y de apuro, que no podia sospecharlos capaces de tenderle un lazo de que Cecily fuese el cebo....

Y tambien, este lazo, con que fin tenderselo?

No, la repentina transfiguracion de Cecily no inspiró mas que un temor á Santiago Ferrand; pensó que si esta muger no decia verdad, era quizá una aventurera que, creyendolo rico, sé introducia en su casa para engañarlo, esplotarlo, y quizá hacerlo casar con ella.

Pero aunque su avaricia y codicia se sublevasen con esta idea, advirtió, estremeciéndose, que estas sospechas, que estas reflexiones eran muy tardías.....porque con una sola palabra podia calmar su desconfianza, despidiendo á aquella muger de su casa.

Esta palabra, no la dije....

Apenas estos pensamientos lo sacaron algunos

momentos del ardiente éstasis en que lo sumía la vista de esta muger tan hermosa, de esta bel-
dad sensual que tanto imperio tenia sobre él.....
Ademas, desde el dia anterior, se sentia domina-
do, fascinado.

Ya amaba á su modo y con furor....

Ya la idea de ver á esta seductora criatura dejar su casa le parecia imposible; ya tambien, sintiendo la furia de unos celos feroces al pensar que Cecily podria prodigar á otros los tesoros de placer que quizá le negaria siempre, experimen-
taba un triste consuelo en decirse á sí:

—Mientras que estubiere secuestrada en mi casa.....nadie la poseerá.

La osadia del language de esta muger, el fue-
go de sus miradas, la provocativa libertad de sus
modales revelaban que no era, como lo decia, una
gazmoña. Esta conviccion, dando vagas esperan-
zas al escribano aseguraba aun mas el imperio de
Cecily.

En una palabra, la lujuria de Santiago Ferrand,
ahogando la voz de la fria razon, se abandonaba
como ciega al torrente de los deseos desenfrena-
dos, que lo arrastraba.

.....

Convino en que Cecily no seria su sirviente
mas que en la apariencia, así no habria escanda-
lo; ademas, para lograr mejor la seguridad de su
huespeda, no tomaria otra criada, se conformaria
á servirla y á servirse á sí mismo: un fondista
inmediato traeria la comida, él pagaria en dinero
el almuerzo de sus dependientes, y el portero se
encargaria del aseo y cuidado de la oficina. En
fin el escribano haria amueblar prontamente y con
decencia una habitacion para Cecily; esta quiso
pagarle los gastos.....El se opuso y pagó *dos mil
francos.....*

Esta generosidad era enorme, y probaba la violencia excesiva y ardorosa de su pasión.

Entonces comenzó para este miserable una vida estraña.

Encerrado en la soledad impenetrable de su casa, inaccesible á todos, cada dia mas bajo el yugo de su amor desenfrenado, renunciaba á penetrar los secretos de esta muger rara, y de dueño vino á ser esclavo; fué el criado de Cecily, la servia en sus comidas y cuidaba de su habitacion.

Prevenida por el barón de que Luisa habia sido sorprendida por un narcótico, la criolla no bebia sino agua muy clara, no comia mas que manjares imposibles de falsificar; escogió la habitacion que debia ocupar, y se habia asegurado de que las paredes no encubrian ninguna puerta secreta.

Por otra parte, Santiago Ferrand comprendió pronto que Cecily no era una muger á quien podia sorprender ó violentar impunemente. Era vigorosa, ágil, estaba peligrosamente armada; un delirio frenético hubiera solo podido llevarlo á tentativas desesperadas, y ella se habia puesto al abrigo de este riesgo.....

No obstante, para no cansar y disgustar la pasión del escribano, la criolla parecia algunas veces conmovida, y lisongeada por el terrible dominio que ejercia sobre él. Entonces, suponiendo que á fuerza de pruebas de rendimiento y de abnegacion llegaria á hacer olvidar su fealdad y su edad, se complacia en pintarle, en los términos mas libres, el inesplicable contento con que podria infatuarlo, si el milagro del amor se llegase á realizar.

A estas palabras de una muger tan jóven y tan bella, Santiago sentia algunas veces estraviarse su

razon...devoradoras imágenes le perseguían durante sus vigiliás y su sueño.

En medio de estos tormentos sin nombre, perdía la salud, el apetito, el sueño.

Unas veces, por la noche, á pesar del frío y de la lluvia, bajaba al jardín, y quería con un paseo precipitado calmar, templar sus ardores.

Otras veces, durante horas enteras, clavaba su vista inflamada en la habitación de la criolla dormida, porque esta tuvo la infernal complacencia de permitir que en su puerta se hiciese un postiguillo que ella abría muchas veces, con el objeto de irritar incesantemente la pasión de este hombre sin satisfacerla, á fin de poder ejecutar las órdenes que le habían dado.

Este momento parecía acercarse.

El castigo de Santiago Ferrand llegaba á ser cada día mas digno de sus atentados....

Padecía los tormentos del infierno. Sucesivamente embebido, desatinado y fuera de sí, era indiferente á sus mas serios intereses, al sosten de su reputación de hombre austero, grave y piadoso, reputación usurpada, pero conquistada con largos años de disimulo y de engaño, pasmaba á sus dependientes por las aberraciones de su talento, disgustaba á sus despachantes por negarse á recibirlos, y alejando brutalmente de sí á los clérigos que, engañados por su hipocresía, habían sido hasta entonces sus mas fervorosos penegiristas...

A las angustias destructoras que le arrancaban lágrimas, sucedían iras furiosas; su frenesí tocaba ya á su parasismo, se ponía á bramar en la soledad como un animal silvestre, sus arrebatos de rabia se terminaban con una especie de rompimientos dolorosos de todo su ser, no gozaba ni aun de la calma de la muerte, producida muchas veces

por la aniquilacion del pensamiento; el incendio de la sangre de este hombre en toda la vigorosa madurez de la edad no le dejaba ni tregua ni reposo.... Un hervidero profundo, ardiente, agitaba sin cesar su ánimo.

.....
 Lo hemos dicho, Cecily se ponía su peinado de noche delante de su espejo.

A un ligero ruido que venía del corredor, volvió la cabeza al lado de la puerta.



CAPITULO XVI.

EL POSTIGUILLO.

A pesar del ruido que acababa de oír en su puerta, Cecily no continuó menos tranquilamente componiéndose su peinado; sacó de su pecho donde estaba colocado con una ballena un puñal de cinco á seis pulgadas de largo, guardado en una vaina de zapa negra, y con puño de ébano guarnecido con hilos de plata, puño muy sencillo, pero perfectamente manuable.

Esta no era una arma de lujo.

Cecily sacó el puñal de su vaina con una excesiva precaucion, y lo puso sobre el mármol de su chimenea; la oja, del mejor temple y del mas fino de damasco, era triangular con filos cortantes; su punta, tan acerada como la de una aguja, podia atravesar un peso duro sin embotarse.

Impregnado de un veneno sutil y permanente la menor picadura de este puñal llegaba á ser mortal.

Habiendo un dia puesto en duda Santiago Ferraud la peligrosa propiedad de esta arma, la criolla hizo delante de él una experiencia *in anima vili*, esto es, en el desgraciado perro de la casa

que , ligeramente picado en la nariz , cayó y murió de horribles convulsiones.

Puesto el puñal sobre la chimenea , Cecily , dejando su espencer de paño negro , quedó con los hombros , el pecho y los brazos desnudos , como una muger en traje de baile.

Segun la costumbre de la mayor parte de las muchachas de color , llevaba , en lugar de corsé un segundo corpiño de género doble que le apretaba estrechamente el cuerpo ; su zagalejo color de naranja , quedando sujeto debajo de esta especie de bata blanca con mangas cortas y muy descotada , componia un traje mucho menos severo que el primero , y hacia armonia maravillosamente con las medias encarnadas y el tocado de madrás tan caprichosamente ceñido al rededor de la cabeza de la criolla. Nada mas puro , mas acabado que los coptornos de sus brazos y de sus hombros , á los cuales daban una gracia mas dos hoyuelos y un pequeño lunar aterciopelado y gracioso.

Un suspiro profundo , llamó la atencion de Cecily.

Se sonrió dando vueltas con uno de sus delicados dedos á algunos rizos que salian de su madrás.

—Cecily.. . Cecily!

Mormuró una voz á la vez áspera y lastimera,

Y por en medio de la estrecha abertura del postiguillo , apareció la cara pálida y roma de Santiago Ferrand ; sus pupilas centelleaban en la sombra.

Cecily , muda hasta entonces , comenzó á cantar una cancion en su dialecto.

Las palabras de esta melodía eran suaves y expresivas. Aunque contenido , el vigoroso contral-

to de Cecily dominaba el ruido de los torrentes de lluvia y las violentas ráfagas de viento que parecían echar abajo la casa hasta en sus cimientos.

—Cecily!... Cecily!....

Repitió Santiago Ferrand con tono suplicante.

La criolla se interrumpió de pronto, volvió bruscamente la cabeza, pareció oír por primera vez la voz del escribano, y se acercó con flojedad á la puerta.

—Como! querido amo (lo llamaba así por ironía) estais ahí? dijo con un ligero acento estrangero que daba mas gracia á su voz mordiente y sonora.

—Oh! que bella estais así....., mormuró el escribano.

—Que os parece? respondió la criolla, este madrás sienta bien á mis cabellos negros, no es así?

—Cada dia os encuentro mas hermosa.

—Y mi brazo, mirad cuan blanco es.

—Monstruo.... te vas?.... te vas?...., gritó furioso Santiago Ferrand.

Cecily se echó á reír á carcajadas.

—No, no, esto es mucho sufrir. Oh! si no temiese la muerte, dijo sordamente el escribano; pero morir..... es renunciar á veros, y sois tan bella..... Mejor quiero sufrir y miraros....

—Miradme..... para eso se ha hecho ese postigillo,.... y tambien para que podamos hablar como dos amigos..... y entretener nuestra soledad.. que verdaderamente no me pesa mucho.... Sois tan buen amo!..... He aquí confesiones peligrosas que puedo hacer al traves de esta puerta....

—Y esta puerta, no quereis abrirla? Ved como os estoy sometido! esta noche podia haber tratado de entrar con vos en vuestra habitacion.... no lo he hecho.

—Estais sumiso por dos razones.... Primero por que sabeis que habiendo, por una necesidad de mi vida errante, tomado la costumbre de llevar un puñal.... manejo con mano firme esta alhaja venenosa, mas acerada que el diente de una víbora.... Sabeis tambien que desde el dia en que tuviese que quejarme de vos, saldria para siempre de esta casa, dejándoos mil veces mas enamorado aun.... pues habeis tenido á bien hacer la gracia á vuestra indigna sirviente de haberos enamorado de ella.

—Mi sirviente? yo si que soy vuestro esclavo.... vuestro esclavo burlado, despreciado.....

—Tambien es verdad.....

—Y esto..... no os mueve?

—Esto me distrae.... Los dias.... y principalmente las noches.... son tan largas.....

—Oh! maldita!

—No, seriamente, pareis tan completamente extraviado, vuestras facciones se alteran tan sensiblemente, que estoy muy lisonjeada de ello.... Es un pobre triunfo; pero estais solo aqui.....

—Escuchar esto.... y no poder si no consumirse en una rabia impotente!

—Teneis poca inteligencia!!! nunca quizá.... os he dicho nada mas tierno.....

—Burlaos.... burlaos.....

—No me burlo.... no he visto hasta ahora á un hombre de vuestra edad.... enamorado á vuestra manera, y es menester convenir en ello, un hombre jóven y hermoso seria incapaz de una de esas pasiones rabiosas. Un Adonis se admira tanto como nos admira..... ama con los dientes... y luego favorecerlo..... que cosa mas sencilla?..... apenas es reconocido; pero favorecer á un hombre como vos, amo mio.... oh! eso se-

ria arrebatarlo de la tierra al cielo, sería colmar sus insensatos sueños, sus esperanzas mas imposibles. Porque en fin, el ser que os dijera: Amais perdidamente á Cecily; si lo quiero, será vuestra en un segundo.... creeriais á este ser dotado de un poder sobrenatural.... no es así, querido amo?

—Sí, oh! si,...

—Pues bien! si sabeis convencerme mejor de vuestra pasion, tendria quizá el raro capricho de representar yo misma.... en favor vuestro.... este papel sobrenatural. Comprendeis?

—Comprendo que os burlais de mí todavia.... siempre, y sin piedad.....

—Quizá.... la soledad hace nacer tan estraños caprichos....

El acento de Cecily habia hasta entonces sido sardónico; pero dijo estas últimas palabras con una espresion seria, reflexiva, y las acompañó con una larga mirada que hizo estremecer al escribano.

—Callad.... no me mireis así, me volvereis loco.... mejor querria que me dijeseis nunca. .. al menos podria aborreceros, echaros de mi casa, exclamó Santiago Ferrand, que se abandonaba todavia á una vana esperanza.—Si, porque no esperaria nada de vos. Pero desgraciado....! desgraciado.... os conozco ahora bastante.... para esperar, á pesar mio, que un dia deberé quizá á vuestra ociosidad, ó á uno de vuestros desdeñosos caprichos, lo que no obtendré nunca de vuestro amor.... Me decís que os convenza de mi pasion; no veis, por Dios, cuan desgraciado soy?... Hago no obstante todo lo que puedo para agradaros.... Quereis estar oculta á los ojos de todos quizá á riesgo de comprometerme gravemente; por-

que en fin , yo , no sé quien sois ; respeto vuestro secreto , no os hablo nunca de él.... Os he preguntado acerca de vuestra vida pasada..... no me habeis respondido.....

—Pues bien! he hecho mal ; voy á daros una prueba de ciega confianza , amo mio... escuchadme pues.

—Otra burla amarga , no es así?

—No.... es muy serio.... Es menester al menos que sepais la vida de aquella á quien dais una hospitalidad tan generosa.... Y Cecily añadió con un tono de compasion hipócrita y dolorosa:—Hija de un valiente soldado , hermano de mi tia Pipelet , recibí una educacion superior á mi estado ; fui seducida , luego abandonada por un jóven rico. Entonces , para librarme del enojo de mi anciano padre , intratable acerca del honor , huí de mi pais natal.....—Luego riéndose á carcajadas , añadió Cecily : He aquí , segun creo , una historia pequeña muy presentable y sobre todo muy probable , porque ha sido contada muchas veces. Divertid siempre vuestra curiosidad con esto , esperando alguna revelacion mas picante.

—Estaba bien seguro que era una cruel chanza , dijo el escribano con una rabia concentrada Nada os mueve.... nada.... que es menester hacer? hablad al menos. Os sirvo como el último criado.... por vos abandono mis mas caros intereses , no sé ya lo que hago.... soy objeto , de risa para mis dependientes..... mis despachantes vacilan en dejarme sus asuntos..... he roto con algunas personas piadosas que trataba ; no me atrevo á pensar en lo que dice el público.... de este trastorno de todos mis hábitos.... Pero no sabeis , no , no sabeis las funestas consecuencias que mi insensata pasion puede tener para mi...

Ve aquí sin embargo pruebas de remordimiento, de sacrificios.... Quereis otras?... hablad. Necesitais oro?..... Se me tiene por mas rico de lo que soy.... pero yo....

—Que quereis que haga ahora con vuestro oro? dijo Cecily interrumpiendo al escribano y encojiéndose de hombros; para habitar esta alcoba... de que sirve el oro? Estais poco ingenioso.

—Pero no es culpa mia, si estais presa. Esta alcoba no os agrada? La quereis mas magnifica? hablad, ordenad.

—Para que, lo repito..... para que?... Oh! si debiese esperar un ser adorado.... ardiendo del amor que inspira y que participa, querria oro, sedas, flores, perfumes, todas las maravillas del lujo; nada mas suntuoso, mas encantador para servir de marco á mis ardientes amores, dijo Cecily con un acento apasionado que hizo brincar al escribano.

—Pues bien, estas maravillas del lujo.... decid una palabra y.....

—Para que, para que? Que hacer de un marco sin pintura?... Y el ser adorado.... donde estaria.... oh! amo mio?

—Es verdad!.... exclamó el escribano con sentimiento.—Soy viejo.... soy feo.... no puedo inspirar sino disgusto y aversion.... Me llena de desprecio.... se burla de mí.... y no tengo fuerzas para echarla..... No tengo fuerzas sino para sufrir.

—Oh! insoportable lloron, oh! necio personaje con sus dolencias, gritó Cecily con tono sardónico y despreciativo; no sabe mas que gemir, que desesperarse.... y esto hace diez dias.... encerrado solo con una jóven.... en lo interior de una casa desierta...

—Pero esa muger me trata con desden... pero

esa muger está encerrada... gritó el escribano enfurecido.

—Bueno, vence los desdenes de esa muger; haz que caiga el puñal de su mano; obligala á abrir esta puerta que te separa de ella... y esto no con la fuerza brutal... seria impotente.

—Y entonces como?

—Con la fuerza de tu pasión...

—La pasión... y puedo yo inspirarla, Dios mío?

—Mira, no eres mas que un escribano forrado de sacristan... me das lástima.... Me toca á mi enseñarte tu papel?... Eres feo... sé terrible: se olvidará tu fealdad. Eres viejo... sé enérgico; se olvidará tu edad. Pues no puedes ser el noble caballo que relincha altivamente en medio de sus yeguas enamoradas... no seas al menos el estúpido camello que dobla las rodillas y presenta sus lomos... sé tigre... un tigre viejo que brama en medio de la matanza... tiene todavia su belleza.... su hembra le responde desde el fondo del desierto....

Con este lenguaje que no dejaba de tener una especie de elocuencia natural y atrevida, Santiago Ferrand se estremeció, herido con la expresión silvestre, casi feroz, de las facciones de Cecily, que, inflado el pecho, abiertas las narices, la boca insolente, fijaba en él sus grandes ojos negros.

Nunca le había parecido mas hermosa....

—Hablad, hablad mas, exclamó con exaltacion, hablad seriamente esta vez..... Oh! si yo pudiese...

--Se puede lo que se quiere, dijo ásperamente Cecily.

—Pero.....

—Pero te digo que por viejo, por asqueroso que seas... quisiera estar en tu lugar, y tener

que seducir á una muger bella, ardiente y jóven, que la soledad me hubiera entregado, una muger que lo comprende todo.... porque es quizá capaz de todo.... sí, la seduciria. Y una vez logrado este objeto, lo que hubiera sido contra mí se tornaria en ventaja mia..... Que orgullo, que triunfo decirse: He sabido hacerme perdonar mi edad y mi fealdad! El amor que se me manifiesta, no lo debo á la compasion, á un capricho deprabado; lo debo á mi talento, á mi audacia, á mi energia.... lo debo en fin á una pasion desenfrenada.... Sí, y ahora aunque hubiera allí jóvenes hermosos, brillantes, en gracias y en encantos, no tendria una mirada para ellos; no... porque sabria que estos elegantes afeminados temerian comprometer el nudo de su corbata ó un rizo de su cabellera para obedecer á una de sus órdenes caprichosas.... entretanto que se tirase su pañuelo en medio de las llamas, á una seña suya su viejo tigre se precipitaria al fuego lleno de alegría.

—Sí, lo haré.... Experimentad! experimentad! exclamó Santiago Ferrand cada vez mas exaltado.

Cecily continuó acercándose mas al postiguillo y lanzando á Santiago Ferrand una mirada fija y penetrante.

—Porque esa muger sabria bien, repuso la criolla, que tenia un capricho exorbitante que satisfacer... que los niños buscarian su dinero si lo tenían, ó, si no lo tenían, una bajeza.... mientras que su viejo tigre....

—No miraria nada.... entendeis? nada.... Bienes.... honor.... sabria sacrificarlo todo....

—De veras?... dijo Cecily poniendo sus graciosos dedos sobre los dedos huesosos y velludos de Santiago Ferrand, cuyas manos crispadas, pasan-

do por el postiguillo apretaban el grueso de la puerta.

Por primera vez sentia el contacto del cútis fresco y fino de la criolla.

Se puso mas pálido todavía y dió una especie de aspiración ronca.

—Como esa muger no se habia de apasionar ardientemente? añadió Cecily.—Si tuviese un enemigo.... designándolo con la vista á su viejo.... le diría hiere.... y....

—Y heriria.... gritó Santiago Ferrand, procurando arrimar á la punta de los dedos de Cecily sus labios disecados.

—De veras? el viejo tigre heriria? dijo la criolla apoyando suavemente su mano sobre la de Santiago Ferrand.

---Por poseerte , exclamó el miserable , creo que cometeria un crimen....

---Mira , amo.... dijo de pronto Cecily retirando su mano , á tu vez vete.....vete... no te conozco ya ; me pareces mas feo..... ahora.....vete.

Se retiró precipitadamente del postiguillo.

La detestable criatura supo dar á su gesto y á estas últimas palabras un acento de verdad tan increíble , su mirada á un tiempo sorprendida , ardiente y enfurecida parecia espresar tan naturalmente su despecho por haber un momento olvidado la fealdad de Santiago Ferrand , que este , trasportado por una esperanza frenética , gritó agarrándose á la reja del postiguillo:

---Cecily.... vuelve.... vuelve.... manda..... seré tu tigre....

---No , no , amo... dijo Cecily alejándose cada vez mas del postiguillo , y para conjurar al diablo que me tienta... voy á cantar una cancion de

mi pais..... Oyes, amo?.... por fuera se aumenta el viento, la tormenta se desencadena.... que hermosa noche para dos amantes mano á mano junto á un hermoso y vivo fuego.....

---Cecily!..... vuelve!..... dijo Santiago Ferrand con tono suplicante.

---No, no, mas tarde.... cuando lo pueda sin peligro.... pero la luz de este velon lastima mi vista.... una suave languidez embota mis párpados.... no sé que conmocion me agita.... una media oscuridad me agrada mas.... se diria que estoy en el crepúsculo del placer....

Y Cecily fué á la chimenea, apagó el velon, tomo una guitarra que estaba colgada en la pared, y atizó el fuego cuyos brillantes resplandores alumbraron aquella vasta pieza.

Desde el estrecho postiguillo donde se mantenía inmóvil Santiago Ferrand, percibia el siguiente cuadro:

En medio de la zona luminosa formada por las trémulas claridades del fuego, Cecily, en una postura llena de molieie y de abandono, medio echada en un vasto divan de damasco carmesí, tenia una guitarra que tocaba algunos armoniosos preludios.

La leña ya encendida lanzaba sus rojizos reflejos sobre la criolla que aparecia vivamente alumbrada, en medio de la oscuridad del resto de la habitacion.

Para completar el efecto de este cuadro, figurese el lector el aspecto misterioso, casi fantástico de una habitacion donde la llama de la chimenea luchaba contra las grandes sombras negras que temblaban en el techo y en las paredes.

El huracan redoblaba su violencia, se le oia bramar fuera.....

Siguiendo tocando preludios, Cecily fijaba obstinadamente su magnética vista sobre Santiago Ferrand, que fascinando, no quitaba los ojos de ella.

—Mirad, amo, dijo la criolla, escuchad una canción de mi país; no sabemos hacer versos, decimos un sencillo recitado sin rima, y entre cada pausa improvisamos bien ó mal una cantinela apropiada á la idea de la copla; esto es muy natural y muy pastoril, os agrada que estoy segura de ello, amo..... Esta canción se titula *la mujer enamorada*; ella es la que habla:

Y Cecily comenzó una especie de recitado mucho mas bien acentuado por la expresión de la voz que por la modulación del canto.

Algunas armonías dulces y retumbantes servían de acompañamiento.

Tal era la canción de Cecily:

Flores, en todas partes flores.....

Mi amante va á venir. La espera de la felicidad, me destroza y me enerva.

Endulcemos el resplandor del día, el deleite busca una sombra transparente.....

Al fresco perfume de las flores prefiere mi amante mi templado aliento.....

El resplandor del día no herirá sus ojos, porque sus párpados, debajo de mis besos, estarán cerrados.

Ángel mio, oh! ven..... mi pecho palpita, mi sangre arde.....

Ven.... ven..... ven.....

Estas palabras, dichas con tanto ardor impaciente como si la criolla se hubiese dirigido á un amante invisible, fueron inmediatamente traducidas por decirlo así en un tema de una deliciosa armonía; sus dedos hechiceros sacaban de su

guitarra, instrumento ordinariamente poco sonoro, vibraciones llenas de suave armonía.

La fisonomía animada de Cecily, sus ojos cubiertos, húmedos, siempre clavados en los de Santiago Ferrand, espresaban las ardientes languideces de la espera.

Palabras amorosas, música embriagante, miradas inflamadas, belleza sensualmente ideal, por la parte exterior el silencio, la noche..... todo concurría en aquel momento á estraviar la razón de Santiago Ferrand.

Así desatinado exclamó:

—Por favor..... Cecily!.... por favor!..... esto es perder la cabeza!

—Escuchad la segunda copla, amo, dijo la criolla preludiando de nuevo.

Y continuó su recitado apasionado:

Si mi amante estuviese aquí y su mano tocase mis desnudos hombros, me sentiría estremecer y morir....

Si estuviese aquí....y sus cabellos tocasen mi mejilla, mi mejilla tan pálida se pondría purpúrea....

Mi mejilla tan pálida se pondría hecha un fuego....

Alma de mi alma, si estuvieses aquí..... mis labios secos, mis labios áridos no dirían una palabra.....

Vida de mi vida, si estuvieses ahí, no soy yo la que espirando.....te pediría gracia ...

A los que amo como te amo.....los mato.....

Amor mio.....oh! ven.....mi pecho palpita..... mi sangre arde.....

Ven, ven, ven.....

Si la criolla había acentuado la primera estrofa con una languidez voluptuosa, dió á sus úl-

timas palabras toda la furia del amor antiguo.

Y como si la música hubiese sido impotente para espresar su fogoso delirio, tiró su guitarra bien lejos....y medio levantándose, tendiendo los brazos hácia la puerta donde se mantenía Santiago Ferrand, repitió con voz enamorada, moribunda:

—«Oh! ven....ven....ven.....»

Pintar la mirada eléctrica con que acompañó estas palabras sería imposible.....

Santiago Ferrand dió un terrible grito.

—Oh! la muerte.....la muerte al que tu amases así...á quien dijeras esas palabras ardientes, gritó empujando la puerta en un arrebato de celos y de ardor furioso.—Oh.....mis bienes.....mi vida por un minuto de este placer devorante que pintas con dardo de llama.

Flexible como una pantera, de un brinco estuvo Cecily en el postiguillo, y como si hubiese difícilmente concentrado sus fingidos enagenamientos dijo á Santiago Ferrand con voz baja, concentrada, palpitante:

—Pues bien...te lo confieso.....me he habrasado yo misma.....con las ardientes palabras de esta cancion. No queria volver á esta puerta....y he vuelto á ella á pesar mio....porque oigo todavia tus palabras de ahora poco: «Si me dijese hiere.....heriria.....» Me amas mucho?

—Quieres.....oro.....todo mi oro?.....

—No....tengo.....

—Tienes algun enemigo?.....lo mataré.

—No tengo enemigo....

—Quieres ser mi muger?...me caso contigo...

—Soy casada....

—Pero que quieres entonces? por Dios...Qué quieres?...

—Pruébame que tu pasión por mí es ciega, furiosa que se lo sacrificarías todo....

—Todo, sí, todo, pero como?

--No sé...pero ha un instante, el brillo de tus ojos me ha desvanecido....Si ahora me dices una de esas señales de amor furioso que exalta la imaginación de una mujer hasta el delirio....no sé de que sería capaz!....date prisa! soy caprichosa; mañana, la impresión de ahora estará quizá borrada.

—Pero que prueba puedo darte aquí, en este momento? gritó el miserable torciéndose las manos.—Esto es un suplicio atroz! Que pruebas?... di? que pruebas?

—No eres más que un tonto! respondió Cecily retirándose del postiguillo con apariencias de despecho desdeñoso é irritado.—Me he engañado! te creía capaz de un sacrificio enérgico....Buenas noches....Es una lástima....

—Cecily....oh! no te vayas....vuelve....Pero que he de hacer?....dímelo al menos. Oh! mi cabeza se extravía....que he de hacer? pero que he de hacer?

—Busca:....

—Dios mío! Dios mío!....

—Estaba demasiado dispuesta á dejarme seducir, si lo hubieses querido....No volverás á hallar una ocasión igual.

—Pero en fin.....se dice lo que se quiere..... exclamó el notario casi insensato.

—Adivina....

—Espíciate....manda....

—Eh! si me deseáras tan apasionadamente como lo dices, hallarías el medio de persuadirme... Buenas noches.

—Cecily:....

—Voy á cerrar el postiguillo.....en vez de abrir la puerta....

—Por favor.....escucha....

—Un momento habia creído que mi cabeza se despejaria.....este fuego se apagaria.....se quedaria á oscuras....no hubiera pensado sino en tu sacrificio; entonces este cerrojo.....pero, no...tu no quieres....oh! no sabes lo que pierdes.....Buenas noches, santo hombre....

—Cecily....escucha.... quédate..... he encontrado... gritó Santiago Ferrand despues de un momento de silencio y con una esplosion de alegria imposible de describir.

El miserable fué entonces atacado de desvario.

Un vapor impuro oscureció su inteligencia; entregado á los ciegos apetitos y furioso brutalmente perdió toda prudencia...toda reserva...el instinto de su conservacion moral le abandonó...

—Y bien, la prueba de tu amor? dijo la criolla que, habiendose acercado á la chimenea para coger su puñal, volvió lentamente cerca del postiguillo, suavemente iluminado por la luz del fuego..... Luego, sin que el notario lo advirtiese, se aseguró de una cadena de hierro que tenia dos armellas, una de las cuales estaba clavada en la puerta, y la otra en el dintel.

—Escucha, dijo Santiago Ferrand con voz ronca y cortada, escucha....si pusiese mi honor..... mis bienes....mi vida á tu merced....aqui....al instante....creeria que te amo? Esta prueba de passion insensata te bastaria, di?

—Tu honor.....tus bienes.....tu vida?...no te comprendo.

—Si te confio un secreto que puede hacerme subir al cadalso, seras mia?

—Tú...criminal? te chanceas....y tu austeridad?

—Mentira.....

—Tu probidad?

—Mentira....

—Tu piedad?

—Mentira....

—Pasas por un santo, y seras un demonio... te jactas de ello....No, no hay hombre tan habilmente gazmoño, tan friamente enérgico, tan felizmente audaz para captarse así la confianza y el respeto de los hombres. Eso sería un sarcasmo infernal, un espantoso reto dado á la faz de la sociedad!

—Soy ese hombre, he lanzado ese sarcasmo y ese reto á la faz de la sociedad, gritó el monstruo en un arrebato de espantoso orgullo.

—Santiago! Santiago!.....no hables así, dijo Cecily con voz aguda y palpitandole el pecho, me volverás loca....

—Mi cabeza por tus caricias...quieres?

—Ah! he aquí la pasion en fin....esclamó Cecily,—Mira... toma mi puñal...me desarmas...

Santiago Ferrand tomó, por el postiguillo, el arma peligrosa con precaucion, y la tiró lejos en el corredor.

—Cecily...me crees ya? gritó con transporte.

—Si te creo....dijo la criolla apoyando con fuerza sus dos manos hechiceras sobre las manos crispadas de Santiago Ferrand.—Sí, te creo...porque encuentro tu mirada de antes, esa mirada que me habia fascinado.. Tus ojos brillan con un ardor silvestre. Santiago...amo á tus ojos....

—Cecily...

—Debes decir la verdad...

—Si digo la verdad...Oh!..lo vas á ver.

—Tu frente está amenazadora...tu cara tremenda...Mira, estás espantoso y bello como un tigre

enfurecido. Pero, dices verdad, no es así?...

—He cometido crímenes, te digo...

—Tanto mejor....si con su confesion me pruebas la pasion tuya.

—Y si lo digo todo?

—Te lo concedo todo....porque si tienes esa confianza ciega, valerosa....veras, Santiago...no será ya el amante ideal de la cancion al que llamaré. A ti....mi tigre...á ti... es á quien diré ven... ven...ven.

Diciendo estas últimas palabras con una expresion ardiente, Cecily se arrimó tanto, tanto al postiguillo, que Santiago Ferrand sintió en su mejilla el aliento abrasador de la criolla, y sobre sus velludos dedos la impresion eléctrica de sus labios frescos y duros.

—Oh! tu serás mía... seré tu tigre, exclamó él, y despues, si lo quieres, me deshonorarás, barás caer mi cabeza....Mi honor, mi vida todo es ahora tuyo.

—Tu honor?

—Mi honor? escucha: hace diez años, se me confió una niña y doscientos mil francos que se le destinaban; abandoné á la niña, la hice pasar por muerta por medio de una partida falsa y me guardé el dinero.....

—Eso es hábil y atrevido. ..quien hubiera creido eso de tí?

—Escucha mas: aborrecia á mi cajero.....Una tarde tomó en mi casa un poco de oro que me restituyó al dia siguiente; pero para perder á aquel miserable, lo acusé de haberme robado una suma de consideracion. Se me creyó, y lo llevaron á la cárcel....Ahora mi honor está á merced tuya?

—Oh! me amas.....Santiago.....me amas ...En-

tregarme así tus secretos.....que imperio tengo sobre tí!...No seré ingrata..... Dame esa frente donde han nacido tantos pensamientos infernales... que la bese.....

—Oh! exclamó el escribano tartamudeando..... aunque estuviera el cadalso allí.....levantado, no retrocederia....Escucha mas....La niña, en otro tiempo abandonada, fué encontrada...me inspiraba temores.....la he hecho matar.....

—Tú?.....Y cómo?.....donde?.....

—Hace pocos dias.....junto al puente de Asnieres.....en la isla del Mariscador.....Uno llamado Martial la ahogó en una barquilla con válvula... No son estos bastantes pormenores?..... me creeras?.....

---Oh! demonio.....del infierno....me asustas y sin embargo me atraes.....me apasionas... cual es pues tu poder?

---Escucha todavia.....Antes de esto un hombre me confió cien mil escudos.... lo hice engañar, le salté la tapa de los sesos.....probé que se habia suicidado, y negué el depósito que su hermana reclamaba....Ahora mi vida está á merced tuya.....abre.

---Santiago.....mira....te adoro....dijo la criolla con exaltacion....

---Oh! vengan mil muertes....y las arrostraré, exclamó el escribano en una embriaguez imposible de pintar.--Si, tenias razon, si fuese jóven y gracioso, no sentiria esta alegria triunfante..... La llave....dame la llave....descorre el cerrojo....

La criolla quitó la llave de la cerradura, cerrada por dentro, y la dió al escribano por el postiguillo, diciendole desatinadamente:

---Santiago....estoy loca.....

—Eres mia en fin, exclamó este con un bra-

mido silvestre, abriendo precipitadamente el pestillo de la cerradura.

Pero la puerta, cerrada con el cerrojo, no se abrió todavía

—El cerrojo....el cerrojo....gritó Santiago Ferrand.

—Si me engañases....esclamó de repente la criolla, si esos secretos....los inventases....para burlarte de mí....

El escribano quedó un momento herido de estupor; se creía en el término de sus deseos, y este último tiempo de espera puso el colmo á su impaciente furia.

Llevó rápidamente la mano á su pecho, se abrió el chaleco, rompió con violencia una cadenita de acero de la que estaba suspendida una carterita lisa, y enseñándosela por el postiguillo á Cecily, le dijo con voz oprimida, jadeante:

—He aquí con que hacer caer mi cabeza.....
descorre el cerrojo...la cartera es tuya....

—Dame, tigre mio....gritó Cecily.

Y corriendo ruidosamente el cerrojo con una mano, con la otra le cogió la cartera....

Pero Santiago Ferrand no se la abandonó hasta el momento en que sintió ceder la puerta á su empuje....

Aunque la puerta cedió..... no hizo mas que entreabrirse cerca de medio pié retenida como estaba por la cadena y las armellas.

A este obstáculo imprevisto, Santiago Ferrand se precipitó contra la puerta y la echó abajo con un esfuerzo desesperado.

Cecily, con la rapidez del pensamiento, tomó la cartera entre sus dientes, abrió la ventana, tiró su capa al patio, y tan diestra como atrevida, sirviéndose de una cuerda con nudos fijada de an-

temano en el balcon, se dejó escurrir por ella desde el primer piso al patio, rápida y ligera como una flecha que cae en tierra.....

Luego poniéndose apresuradamente la capa, corrió al cuarto del portero, lo abrió, tiró del cordón, salió á la calle y entró en un coche que, desde la entrada de Cecily en casa de Santiago Ferrand, iba todas las tardes para cualquier evento, por órden del baron de Graun, á estacionarse á veinte pasos de la casa del escribano.....

Este coche partió al trote largo de dos vigorosos caballos.

Llegaba al baluarte antes que Santiago Ferrand hubiese notado la fuga de Cecily.

Volvamos á este monstruo....

Por lo abierto de la puerta no podia ver la ventana de que la criolla se habia servido para preparar y asegurar su fuga.

Con un furioso golpe de sus anchos hombros, Santiago Ferrand hizo saltar la cadena que mantenía la puerta entreabierta....

Entró precipidamente en la habitacion....

No encontró á nadie.....

La cuerda de nudos balanceaba todavia en el balcon al cual se asomó.

Entonces, al otro lado del patio, á la claridad de la luna que se despejaba de los celages amontonados por la tormenta, vió, en lo hondo de la bóveda de entrada, la puerta cochera abierta.

Santiago Ferrand lo penetró todo.

Le quedaba un último brillo de esperanza.

Vigoroso y determinado se montó en el balcon, se dejó caer en el patio, por medio de la cuerda y salió á toda prisa de su casa.

La calle estaba desierta....

No vió á nadie.

No oyó otro ruido que el del coche que llevaba rápidamente á la criolla.

El notario pensó que era algun coche que volvia á su casa, y no puso ninguna atencion en esta circunstancia.

Así para él no habia modo alguno de volver á encontrar á Cecily, que llevaba consigo las pruebas de sus crímenes!!!

A esta espantosa certidumbre, cayó aterrado sobre un poste colocado á su puerta.

Estubo largo tiempo allí, mudo, inmoble, petrificado. Los ojos fijos, hoscos, los dientes apretados, la boca echando espumas, arañándose con sus uñas su pecho que ensangrentaba, sentia estraviarse su pensamiento y perderse en un abismo sin fondo.

Cuando salió de su estupor, marchó pesadamente y con paso mal seguro; los objetos vacilaban á su vista como si saliese de una embriaguez profunda....

Cerró violentamente la puerta de la calle y volvió á entrar en el patio.....

Habia dejado de llover.

El viento soplando con fuerza ahuyentaba las pesadas nubes pardas que ocultaban, sin oscurecerla, la claridad de la luna cuya luz pálida iluminaba la casa.

Un poco calmado por el aire vivo y frio de la noche, Santiago Ferrand, esperando combatir su agitacion interior con la precipitacion de su marcha, se metió en las calles cenagosas de su jardin, caminando á pasos rápidos, desiguales, y de cuando en cuando dándose en la frente con sus dos puños crispados....

Andando así al acaso, llegó al fin de una calle, cerca de una casilla arruinada.

De pronto tropezó violentamente contra un montón de tierra recientemente removida.

Se bajó, miró maquinalmente y vió algunos pedazos de lienzo ensangrentados.

Se hallaba cerca de la sepultura que Luisa Morrel habia cavado para ocultar en ella á su hijo muerto....

Su hijo...que lo era tambien de Santiago Ferrand....

A pesar de su dureza de corazon, á pesar de los espantosos temores que lo agitaban....Santiago Ferrand tembló de espanto.

Perseguido por el castigo vengador de su LUXURIA, la casualidad lo llevaba á la sepultura de su hijo....desgraciado fruto de su violencia y de su LUXURIA!!!

En cualquiera otra circunstancia Santiago Ferrand hubiera hollado esta sepultura con una indiferencia atroz; pero habiendose agotado su energia silvestre, se sintió sobrecogido de una debilidad y de un terror repentino.....

Su frente se inundó de un sudor helado, sus rodillas temblonas se doblaron, y cayó sin movimiento al lado de aquella tumba abierta.



CAPITULO XVII.



LA CARCEL DE LA FUERZA.

ENTREMOS en la cárcel de la FUERZA.

Nada de sombrío, nada de siniestro en el aspecto de esta casa de detención.

En medio de uno de los primeros patios, se ven algunos bosquecillos de tierra, plantados de arbustos, á cuyos pies nacen por todas partes los renuevos verdes y precoces de las primulas y de las campanillas; una gradería superada por un enverjado en que serpentean los ramos nudosos de la vid, conduce á uno de los siete paseos destinados á los presos.

Los vastos edificios que rodean estos patios se asemejan mucho á los de un cuartel o á los de una fábrica aseada con extremo cuidado.

Tienen grandes fachadas de piedra blanca con altas y anchas ventanas por donde entra abundantemente un aire vivo y puro. Las baldosas y el pavimento de los patios están muy aseados. En el piso bajo, grandes salas calentadas en el invierno, y frescamente ventiladas en el verano, sirven durante el día de lugar de conversación, de taller ó de refectorio á los presos.

Los pisos altos están destinados para dormitorios, de diez ó doce pies de elevacion, enladrillados, dos hileras de camas los guarnecen, camas excelentes, compuestas de un jergon de paja, un blando colchon, una almohada, sábanas de lienzo muy blanco y un cobertor de lana.

Conducirémos al lector al locutorio.

Este es una sala oscura separada en su longitud en dos partes iguales por un estrecho corredor con claraboyas.

Una de estas dos partes comunica con el interior de la cárcel: está destinada á los presos.

La otra comunica con la alcaidía: su destino es para las personas que son admitidas á visitar los presos.

Las entrevistas y conversaciones se verifican por enmedio de las dos rejas de hierro del locutorio en presencia de un vigilante que está en el interior y en la estremidad del corredor.

Entre los presos llamados al locutorio por los que los visitaban, el mas retirado del parage en que estaba el vigilante era Nicolas Martial.

Al triste abatimiento de que se le vió dominado cuando su prision, habia sucedido una tranquilidad cínica.

Ya la contagiosa y detestable influencia de la prision *en comun* habia producido sus efectos.

La espresion de la fisonomia de Martial era pues tan insolente, como inquieta y consternada la de su visitador.....

Este era el tio Micou, el encubridor y buesped del pasadizo de la Cerbeceria, á cuya casa se habian visto obligadas á retirarse Mad. de Fermont y su hija, víctimas de la codicia de Santiago Ferrand.

El tio Micou sabia de que penas era merece-

dor por haber muchas veces adquirido á vil precio el fruto de los robos de Nicolas y de otros muchos.

Estando preso el hijo de la viuda, el encubridor se hallaba casi á discrecion del bandido, que podia designarlo como su comprador habitual. Aunque esta acusacion no pudiera ser apoyada con pruebas plenas, no era menos peligroso, menostemible para el tio Micou: asi habia ejecutado inmediatamente *las órdenes* que Nicolas le habia hecho transmitir por un preso puesto en libertad.

—Y bien, como va, tio Micou? le dijo el malhechor.

Para serviros, mi guapo muchacho, respondió el encubridor apresuradamente.—Asi que ví á la persona que me enviaste, inmediatamente me ocupé de tus encargos.

—Por eso los hice, tio Micou.... sabia muy bien que no olvidariais á los amigos. Y mi tabaco?

—He depositado dos libras en la alcaldia, muchacho mio.

—Es bueno?

—Del mejor que hay.

—Y el jamoncillo?

—Tambien depositado con un pan blanco de cuatro libras; he añadido una pequeña sorpresa que no esperabas.....media docena de huevos duros y una hermosa *cabeza* de Holanda....

—Eso es lo que se llama portarse como amigo. Y vino?

—Hay seis botellas selladas, pero sabes que no te dará mas que una botella al dia.

---Que quereis, es preciso pasar por ello....

---Creo que estarás contento de mi? Que tal vida pasas aqui?

---Soberbia....desde que estoy aquí me divierto como un rey.....Si hubiese ruedas y cohetes, los hubieran disparado en honor mio, cuando se supo que era hijo del famoso Martial, el guillotinado.

---Eso es sensible....Hermosa parentela!

---Toma, hay muchos duques y marqueses..... por qué pues no hemos nosotros de tener nuestra nobleza? dijo el bandido con ironia feroz.

—Sí.....el buchí es el que os da en la plaza de Palacio vuestros títulos de nobleza....

---A buen seguro que no es el señor cura; razon de mas, en la cárcel es menester ser de la nobleza de los grandes choris, para tener comodidad, sin eso se os mira como nada. Es preciso ver como se trata á los que no son nobles.... Mirad, hay justamente aquí un tal Germain, un jóvencito que está disgustado y que aparenta despreciarnos. Cuidado con su pellejo, es un socarron, se sospecha sea un espia. Si es así se le pelizará á manera de aviso.

---Germain? ese jóven se llama Germain?

---Sí.....lo conoceis? es de la familia? Entonces, á pesar de su apariencia de bruto....

—No lo conozco...pero si es el Germain de quien he oido hablar, su cuenta es buena.

—Como?

—Ha caido ya en un lazo que Velu y el Cojo gordo le han urdido hace algun tiempo.

—Por qué pues?

—No se nada....Decian que en provincia había denunciado á algunos de su cuadrilla,

---Estaba seguro de ello....Germain es un espia....Pues bien! se le tratará así....Voy á decirlo á los amigos.

El encubridor se fue encogiendose de hombros

y el vigilante hizo entrar á Nicolas en el interior de la carcel.

En el momento en que el tio Micou salia del locutorio destinado á los presos, entraba en él Rigolette.

El vigilante, hombre de cuarenta años, antiguo soldado, de figura ruda y enérgica, tenia puesta una casaca verde, con gorra y pantalon azul, con estrellas bordadas de plata en el collarin y en los faldones de su casaca.

Al ver á la costurera, la cara de este hombre se despejó, tomó una espresion de afectuosa benevolencia; siempre le habia hecho impresion, la gracia, el donaire y la bondad interesante con que Rigolette consolaba á Germain cuando iba á hablar con el.

Germain, por su parte, era un preso poco comun; su reserva, su amabilidad y su tristeza inspiraban interes á los empleados de la cárcel, interes que se tenia ademas cuidado de no manifestarle, por temor de esponerle á los malos tratamientos de sus horribles compañeros, que, como hemos visto, lo miraban con un odio de desconfianza.

Fuera llovia á torrentes; pero gracias á sus altos zuecos y á su paraguas, Rigolette habia valerosamente arrostrado el viento y la lluvia.

---Que dia tan malo, mi pobre señorita! le dijo el vigilante bondadosamente.---Es menester valor para salir con este tiempo.

---Cuando se piensa con gusto el camino que se va á andar para ver á un preso, no se inquieta una nada da por el tiempo.

---No necesito preguntaros á quien venis á ver.....

---Seguramente....Y como va mi pobre Germain?

---Mirad, mi pobre señorita, he visto muchos presos estar tristes un dia, dos dias, y luego, poco á poco ponerse como los demas; y los mas apesadumbrados en los primeros dias concluir muchas veces por ser los mas alegres de todos..... Mr. Germain no es asi, parece cada vez mas prostrado. Cuando estoy de servicio en el patio, lo miro con el rabo del ojo; siempre está solo..... Ya os he dicho, deberiais recomendarle que no se aislase asi...vencerse á hablar con los otros; concluirá por ser su juguete....Los patios son vigilados, pero, una mala jugada se hace pronto.

---Ah por Dios!...eso es que corre él mas peligro? esclámó Rigolette.

---No precisamente; pero esos malhechores ven que no es de los suyos, y lo odian porque parece honrado y altivo.

---Tambien le he recomendado que haga lo que me decis, que hable con los menos malos, pero esto es mas fuerte que él, no puede vencer su repugnancia.

---Hace mal....hace mal.....pronto se traba una riña.....

---Dios mio! Dios mio! no se le puede separar de los demas?

---Hace dos ó tres dias que he notado sus malas intenciones respecto á él, le he aconsejado que se pusiese lo que nosotros llamamos al doblon, esto es, en un cuarto.

---Y bien?

---No habia pensado en una cosa.....toda una hilera está componiéndose, y las otras están ocupadas.

---Pero esos malos hombres son capaces de matarle! esclámó Rigolette cuyos ojos se inundaron de lágrimas.---Y si por casualidad tuviese protectores, que podrian hacer por él?

--Ninguna otra cosa que hacerle obtener lo que consiguen los detenidos que pueden pagarlo, un cuarto de á doblon.

--Ay!....entonces es perdido, si le toman odio en la cárcel.....

---Tranquilizaos, se le vigilará de cerca....Pero, os lo repito, mi querida señorita....aconsejadle que se familiarice un poco.....el primer paso es el que cuesta.

---Se lo encargaré con todas mis fuerzas; pero para un corazón bueno y honrado es duro, bien lo veis, familiarizarse con semejantes personas.

---De dos males debe escogerse el menor. Vamos, voy á llamar á Mr. Germain.

Se abrió la puerta del corredor, entró Germain, y Rigolette no estaba separada de su pobre protegido sino por una rejilla de alambre.



CAPITULO XVIII.



FRANCISCO GERMAIN

LAS facciones de Germain estaban desfiguradas, pero no se podía ver una cara mas interesante; su cuerpo era distinguido; su talle esbelto, sus vestidos sencillos, pero aseados (un pantalon oscuro y un redingote negro abotonado hasta el cuello), no se resentian en nada de la incuria sordida á que se abandonan generalmente los presos; sus manos blancas y limpias manifestaban un cuidado con su persona que habia aumentado mas la aversion que le tenian sus compañeros; porque la perversidad moral se une casi siempre al desaseo físico.

Sus cabellos castanos, rizados naturalmente, que los tenia largos y separados á un lado de la frente, segun la moda del tiempo, guarnecian su cara pálida y abatida; sus ojos, de un hermoso azul, anunciaban la franqueza y la bondad; su sonrisa, á la vez dulce y triste, espresaba el afecto y una melancolia habitual, porque, aunque muy jóven, este infeliz habia sido cruelmente probado.

En una palabra, nada mas interesante que la fisonomia paciente, afectuosa, resignada, como tam-

bien nada mas fiel que el corazon de este jóven.

La causa misma de su arresto (despojándola de las agravaciones calumniosas debidas al odio de Santiago Ferrand) probaba la bondad de Germain, y no acusaba mas que un momento de ligereza y de una imprudencia culpable sin duda, pero perdonable, si se piensa que el hijo de Mad. Georges podia reemplazar el dia siguiente por la mañana la suma momentaneamente tomada en la caja del escribano para salvar al lapidario Morel.

Germain se puso un poco encarnado al ver por la reja la linda y graciosa cara de Rigolette.

Esta, segun su costumbre, queria parecer alegre, para animar y distraer un poco á su protegido; pero la pobre niña disimulaba mal la pena y la conmocion que no dejaba de experimentar desde su entrada en la cárcel.

Sentada en un banco al otro lado de la reja, tenia sobre sus piernas su canastillo de paja,

El viejo vigilante, en vez de estarse en el corredor, fué á colocarse junto á una estufa en el extremo de la sala; al cabo de algunos momentos se durmió.

Germain y Rigolette pudieron pues hablar con libertad.

---Veamos, señor Germain, dijo la costurera acercando lo mas que podia su gentil cara á la reja para examinar mejor las facciones de su amigo, veamos si quedo contenta con vuestra cara... Está menos triste?.....Malo!....malo!...no me gusta.....Cuidado.....me enfadaré.....

o ---Que buena sois!....Venir hoy tambien.

v ---Tambien!.....pero esto es una reprension....

· ---No debo en efecto reconveniros por haber hecho tanto por mí.....por mí que no puedo nada.....que os debo dar gracias?

---Error, señor mío; porque soy tan feliz como vos con las visitas que os hago. Yo soy pues la que debo daros gracias á mi vez....Ja, ja, os cogi, señor injusto.....Tambien tenia ganas de castigaros de vuestras malas ideas no dándoos lo que os traigo.

---Otra atencion mas....Como me mimais..... Oh! gracias....Perdon, si repito tan á menudo esta palabra que os enfada....pero no me dejais mas que esto que decir.....

---Desde luego no sabeis lo que os traigo.

---Y que me importa eso?.....

---Y bien, sois linda alhaja.....

---Sea lo que sea; no viene de vos? Vuestra afectuosa bondad me llena de reconocimiento... y de.....

Germain no acabó, y bajó los ojos.

---Y de qué?....repuso Rigolette poniendose encarnada.

---Y de...y de rendimientos, tartamudeó Germain.

---Porque no de respeto en seguida, como el fin de una carta....dijo Rigolette con impaciencia.---Me engaãais, no es eso lo que queriais decir.....Os habeis parado de pronto.....

---Os aseguro.....

---Me tranquilizais...bien os veo por la reja poner os encarnado.... No soy vuestra amiguita, vuestra buena camarada. Per qué ocultarme ninguna cosa?...Sed pues franco conmigo, decidmelo todo, añadió timidamente la costurera; porque no esperaba mas que una declaracion de Germain para decirle sencilla, fielmente que ella le amaba.

Honesto y generoso amor que la desgracia de Germain habia hecho nacer!

---Os aseguro, repuso el preso, dando un sus-

ro, que no he querido decir nada mas....que no os oculto nada.

---Hola, embustero! esclamó Rigolette dando una patada.---Pues bien! veis esta grande corbata de lana blanca que os traia? la sacó del canastillo; para castigaros de ser tan disimulado, no la tendreis, la he hecho para vos.....Me dije: debe hacer mucho frio, haber tanta humedad, en aquellos patios grandes de la cárcel, que al menos esto le resguardará... Es tan friolento.....

---Que, vos?....

---Si, señor, sois friolento....dijo Rigolette interrumpiendole, me lo recuerdo mucho quizá! lo que no os impedia querer siempre, por delicadeza.....no permitir echar leña en mi estufa, cuando pasabais la noche conmigo....Oh! tengo buena memoria.

---Y yo tambien.....demasiado buena..... dijo Germain con voz conmovida.

Y se pasó la mano por los ojos.

---Vamos, os vais á entristecer otra vez, aunque os lo prohibo.

---Como no quereis que me entristezca hasta llorar cuando pienso en todo lo que habeis hecho por mí desde que estoy en la cárcel?.... Y esta nueva atencion no es deliciosa? No sé en fin que trabajais mas de noche para tener tiempo de venir á verme? por causa mia os imponeis un trabajo exagerado.

---Eso es, compadeceidme por dar cada dos ó tres dias un lindo paseo para venir á visitar á mis amigos, á mí que me muero por andar.... Es tan divertido mirar las tiendas en todo el camino.

---Y hoy, salir con este viento, con esta lluvia,....

---Una razón mas, no teneis idea de las graciosas figuras que se encuentran. Unos sujetan su sombrero con las dos manos para que el viento no se los lleve; otros, mientras que sus paraguas se vuelven, hacen unas muecas increíbles, cerrando los ojos cuando les cae el agua en la cara....Mirad, esta mañana, durante todo mi camino, era una verdadera comedia....Hice propósito de haceros reir contándoosla....Pero no quereis dejar un poco el ceño....

---No es culpa mia....perdonadme, pero las impresiones que os debo se convierten en un profundo enternecimiento....Sabedlo....no tengo la dicha de alegrarme....la pena es mas fuerte que yo...

Rigolette no quiso dejar penetrar que, no obstante su linda charla, estaba muy cerca de participar de la conmocion de Germain; se dió prisa á cambiar de conversacion, y prosiguió:

---Siempre decis que es mas fuerte que vos; pero aun hay muchas cosas mas fuertes que vos....que no heceis, aun que os lo haya pedido, suplicado, añadió Rigolette.

---De que quereis hablar?

---De vuestra tenacidad en aislaros siempre de los otros presos... en no hablarles nunca... El vigilante acaba de decirme que, por vuestro interes, deberiais venceros... Estoy segura de que no lo hareis....Callais?... No estareis contento hasta que esos hombres os hagan mal!....

---No sabeis el horror que me inspiran.....no sabeis todas las razones personales que tengo para huir y execrarlos á ellos y á sus semejantes.

---Ay! si, creo saber esas razones....he leído los papeles que habiais escrito para mí y que fui á buscar á vuestra casa, despues de haber sido preso.....Allí he sabido los riesgos que corristeis

cuando llegasteis á Paris, porque os negasteis á asociaros, en una provincia, á los crimenes del malyado que os habia criado..... de resultas de la última trama que os urdian fué por lo que, para evitarla, dejasteis la calle del Temple.....no diciendo mas que á mí donde ibais á vivir..... En aquellos papeles...lei tambien otra cosa, añadió Rigolette poniéndose otra vez colorada y bajando los ojos; lei cosas.....que.....

---Oh! que hubierais siempre ignorado, os lo juro, exclamó con viveza Germain, á no ser por la desgracia que me ha sucedido.....Pero, os lo suplicó, sed enteramente generosa, perdonadme aquellas necedades, olvidadlas; en aquel tiempo solamente me era permitido complacerme en aquellos sueños, aunque bien insensatos....

Rigolette acababa por segunda vez de procurar sacar una declaracion de los labios de Germain, haciendo alusion á los pensamientos llenos de ternura, de pasion, que este habia escrito en otro tiempo y dedicado á la memoria de la costurera; porque, lo hemos dicho, siempre habia sentido un vivo y sincero amor á ella; pero para gozar de la intimidad cordial de su gentil vecina, habia ocultado aquel amor bajo las exterioridades de la amistad.

Hecho por la desgracia aun mas desconfiado y mas tímido, no podia imaginarse que Rigolette lo amase, á él, preso, á él afrentado con una acusacion terrible, cuando antes de las desgracias que le abrumaban, no le manifestaba mas que un afecto enteramente fraternal.

La costurera, viéndose tan poco comprometida, ahogó un suspiro esperando mejor ocasion de descubrir á Germain el fondo de su corazon.

Prosiguió pues con embarazo:

---Dios mio! comprendo bien que la sociedad de esa mala gente os causa horror, pero no es esa sin embargo una razon para arrostrar los peligros inútiles.

---Os aseguro que á fin de seguir vuestras recomendaciones he tratado muchas veces de dirigir la palabra á algunos de ellos que me parecían menos criminales; pero si supieseis que lenguaje! qué hombres!

---Ay! es verdad, eso debe ser terrible....

---Lo que hay de mas terrible aun es que he advertido que me voy habituando poco á poco á las horribles conversaciones que, á pesar mio, oigo todos los dias; sí, ahora escucho con una triste apatia los horrores que, durante los primeros dias, me llenaban de indignacion; tambien, mirad, comienzo á dudar de mí, exclamó con pena.

---Oh! señor Germain, que decis?

---A fuerza de vivir en estos horribles lugares, nuestro espiritu concluye por habituarse á las palabras groseras que resuenan continuamente en derredor nuestro. Dios mio! Dios mio! comprendo ahora que se puede entrar aquí inocente, aunque acusado, y salir pervertido.....

---Sí, pero no vos, no vos!

---Sí, yo, y otros que valen mil veces mas que yo. Ay! los que, antes del juicio, nos condenan á este odioso trato, ignoran pues lo que tiene de doloroso y de funesto.....ignoran pues que á la larga el aire que se respira aquí llega á ser contagioso....mortal al honor....

---Os lo suplico, no hableis así, me dais mucha pena.

---Me preguntabais la causa del aumento de mi tristeza, esta es....No queria deciroslo....pero

no tengo mas que un medio de reconocer vuestra compasion respecto á mí.

---Mi compasion.....mi compasion.....

---Si, esto es no ocultaros nada,... Pues bien! lo confieso con espanto.....no me conozco ya..... por mas que desprecie, que huya de estos miserables, su presencia, su contacto obra sobre mí.... á pesar mio....Se diria que tienen el poder de viciar la atmósfera en que viven.....Me parece que siento la corrupcion entrarme por todos los poros.....Si se me absuelve de la culpa que he cometido, la vista, las relaciones de las personas honradas me llenarian de confusion y de vergüenza. Todavía no he llegado á quejarme en medio de mis compañeros, pero he llegado á temer el dia en que volveré á hallarme en medio de personas honradas....Y esto porque tengo la conciencia de mi debilidad.

---De vuestra debilidad?.....

---De mi cobardia.....

---De vuestra cobardia?.....pero que ideas injustas teneis de vos mismo? Dios mio!

---No es ser cobarde y culpable componerse con sus deberes, con la probidad?..... y esto, lo he hecho.

---Vos, vos.

---Yo. Al entrar aquí.....no me engañaba acerca de lo grande de mi culpa.....por escusable que fuese quizá. Pues bien, ahora me parece menor; á fuerza de oír á estos ladrones y á estos asesinos hablar de sus crímenes con chanzas cínicas ó con un orgullo feroz, me sorpendo algunas veces con envidiar su audaz indiferencia y con burlarme amargamente de los remordimientos con que estoy atormentado por un delito tan insignificante.....comparado con sus crímenes....

---Pero no teneis razon, vuestra accion, léjos de ser vituperable, es generosa; estabais seguro de poder el dia siguiente por la mañana volver el dinero que tomásteis solamente por algunas horas, á fin de salvar una familia entera de la ruina, de la muerte, quizá.

---No importa, á los ojos de la ley, y á los ojos de personas honradas, es un robo. Sin duda es menos malo robar con tal fin que con otro; pero ya veis, esto es un sintoma funesto verse obligado para disculparse á sus propios ojos, mirar por debajo de sí....No puedo igualarme con las personas sin mancha.... Heme aqui ya forzado á compararme á los seres desgradados con quienes vivo. Tambien, á la larga....lo noto bien, la conciencia se embota, se endurece....Mañana cometeré un robo, no con la certidumbre de poder restituir la suma que hubiere robado con un fin loable, sino por codicia, y me creeria sin duda tambien inocente, comparandome con uno mas reprehensible que yo.... Asi, porque hay seres mil veces mas degradados que yo, mi degradacion va á aminorarse á mis ojos...En vez de poder decir como en otro tiempo...soy tan honrado como el hombre mas honrado, me consolaré diciendo soy el menos degradado de los miserables con quienes estoy destinado á vivir siempre.

—Siempre? Pero ya salido de aqui....

—No importa; aun absuelto, esta gente me conoce; cuando salgan de la carcel, me hablarán como á su antiguo compañero de carcel. Si se ignora la justa acusacion que me condujo ante el tribunal, estos miserables me amenazarán con divulgarla. Bien lo veis pues, lazos malditos y ahora indisolubles me unen á ellos....mientras que encerrado solo en mi celda hasta el dia de mi jui-

cio, no conocido de ellos, como ellos no hubiesen sido conocidos por mí no me hubieran asaltado estos temores que pueden paralizar las mejores resoluciones...y despues, á solas con el pensamiento de mi culpa, se hubiera esta agravado en vez de disminuirse á mis ojos; mientras mas grave me hubiera parecido, mas grave hubiera sido la espíacion que me irapudiese para lo sucesivo.....Ademas, mientras mas hubiera tenido que hacerme perdonar, mas bien hubiera tratado de hacer en mí: pobre esfera.....Porque se necesitan cien acciones buenas para espíar una mala....Pero pensaré nunca en espíar lo que ahora apenas me causa un remordimiento?...Mirad...lo conozco, obedezco á un influjo irresistible, contra el cual he luchado largo tiempo con todas mis fuerzas, se me crió para el mal, cedi á mi destino; despues aislado, sin familia.....que importa que mi destino se cumpliese honrado ó criminal....Y sin embargo.....mis intenciones eran buenas y puras.....Por lo mismo que se quiso hacer de mí un infame, experimentaba una satisfaccion profunda diciéndome: nunca me ha sido necesario el honor, y esto me ha sido quizá mas difícil que á ningun otro.....Y hoy.....ah!...esto es horroroso... horroroso.....

Esclamó el preso con una esplosion de llanto tan despedazante, que Rigolette, profundamente conmovida, no pudo contener sus lágrimas.

La espresion de la cara de Germain era lastimera; no podia dejarse de simpatizar con la desesperacion de un hombre de talento que luchaba contra los ataques de un contagio fatal, cuya delicadeza exageraba mas el peligro ya tan amenazante.

Si, el peligro amenazante!

No olvidarémos nunca estas palabras de un hombre de una rara inteligencia, á quien una experiencia de veinte años pasados en la administracion de las cárceles daba tanto peso:

“Admitiendo que justamente acusado se encontré completamente puro en una cárcel, se saldrá de ella siempre menos honrado que se entró; lo que podria llamarse la primera flor de la honradez, desaparece para siempre con el solo contacto de aquel aire corrosivo.»

Decimos no obstante que Germain, gracias á su probidad sana y robusta, habia luchado mucho tiempo y victoriosamente, y que presentia la venida de la enfermedad antes de experimentarla realmente.

Sus temores de ver su culpa disminuir á sus propios ojos probaban que á aquella hora aun sentia toda su gravedad; pero la turbacion, pero la espresion, pero las dudas que agitaban cruelmente esta alma honrada y generosa no tenian menos síntomas alarmantes.

Guiada por la rectitud de su ánimo, por su sagacidad de muger, y por el instinto de su amor, Rigolette penetró lo que acabamos de decir.

Aunque bien convencida de que su amigo no habia aun perdido nada de su delicada probidad, temia que, á pesar de su escelente natural, Germain fuese un dia indiferente á lo que le atormentaba entonces con tanta crueldad.



CAPITULO XIX.



RIGOLETE.

.....Por asegurada que esté la felicidad de que se goza, se estaría algunas veces tentado á desear *desgracias imposibles*, para contemplar con reconocimiento y veneracion la noble grandeza de ciertos sacrificios....

(*Wolfrang*.—EL ESPIRITU SANTO, libro 11.)

RIGOLETTE, enjugando sus lágrimas, y dirigiéndose á Germain cuya frente estaba apoyada en la reja, le dijo con un tono afectuoso, serio, casi solemne, que no conocia él todavía.

—Escuchadme, Germain, me explicaré quizá mal, no hablo tan bien como vos; pero lo que os diré será justo y sincero.... desde luego no tenéis razon en quejaros de estar aislado, abandonado.....

—Oh! no penseis que olvide nunca lo que vuestra compasion á mí os inspira!....

—Antes no os interrumpi cuando hablasteis de compasion..... pero pues repetis esta palabra....

debo deciros que no es solamente compasion lo que siento por vos... Voy á esplicaros esto como mejor pueda....

Cuando eramos vecinos os amaba como á un buen hermano, como á un buen compañero; me haciais algunos cortos servicios, yo os prestaba otros; me haciais participar de vuestras diversiones del Domingo, yo procuraba estar muy alegre, muy galana para daros gracias.....estábamos pagados.

—Pagados? oh! no....yo....

—Dejadme hablar á mi vez....Cuando os visteis obligado á dejar la casa en que habitabamos.... vuestra partida me causó mas pena que la de mis otros vecinos.

—Seria verdad?....

—Si, porque los otros eran descuidados á quienes ciertamente debia yo faltar mucho menos que á vos, y luego no se habian conformado á ser mis compañeros hasta despues de haberse hecho repetir cien veces por mi que nunca serian otra cosa....Mientras que vos....vos adivinasteis inmediatamente lo que debiamos ser el uno para el otro.

A pesar de esto, pasabais á mi lado todo el tiempo de que podiais disponer.....me enseñasteis á escribir.....me disteis buenos consejos, un poco serios, porque eran buenos; en fin, habeis sido el mas afectuoso de mis vecinos.....y el solo que no me habeis exigido nada....por el trabajo..... Hay mas: cuando dejásteis la casa, me disteis una gran prueba de confianza....veros confiar un secreto tan importante á una muchacha como yo, vaya....eso me envaneció....Tambien, cuando me separé de vos, vuestra memoria la tenia siempre mas presente que la de mis otros vecinos... lo que os digo es la verdad... lo sabeis, no miento nunca.

—Será posible.... Habéis hecho esa diferencia entre mí...y los otros?....

—Ciertamente, la he hecho, si no hubiera tenido un mal corazón.... Sí, me decía á mi misma: no hay nada mejor que Mr. Germain, solamente es un poco serio....pero no le hace, si tuviese alguna amiga que quisiese casarse para ser feliz, muy feliz, ciertamente le aconsejaria que se casase con Mr. Germain....porque él seria el paraíso de una niña hacendosa.

—Pensabais en mí!....para otra....no pudo Germain dejar de decir tristemente.

—Es verdad, me hubiera alegrado mucho veros efectuar un casamiento feliz, pues os amaba como á un buen compañero. Bien veis, soy franca, os lo digo todo.

—Y yo os doy gracias con el fondo de mi alma; es un consuelo para mí saber que entre vuestros amigos era yo el que preferiais.

---Así estaban las cosas cuando ocurrieron vuestras desgracias....Entonces cuando recibí aquella pobre y buena carta en que me instruais de lo que llamais vuestra culpa, culpa....que encuentro, yo que no soy sabia, una bella y buena accion; entonces es cuando me pedisteis fuese á vuestra casa á tomar los papeles que me han hecho ver que me habiais amado sin atreveros á decirmelo. Los papeles donde leí, y Rigolette no pudo contener sus lágrimas, que pensando en mi porvenir, que una enfermedad ó la falta de trabajo podia serme tan penosa, me dejabais, si moriais de muerte violenta, como podiais temerlo....me dejabais lo poco que habiais adquirido á fuerza de trabajo y de economía.....

—Sí, porque si viviendo os hubieseis encontrado sin trabajo ó enferma....á mí, antes que á cual-

quier otro, os hubierais dirigido, no es así? contaba con ello, decid? decid?...No me he engañado, es verdad?—Oh! estas son palabras que hacen bien, que consuelan las penas.

—Yo, no puedo expresaros lo que experimenté al leer....aquella triste palabra...el *testamento*, cada línea del cual contenía una memoria para mí ó un pensamiento para mi porvenir; y sin embargo no debía conocer esas pruebas de vuestro afecto, sino cuando no existieseis....Vaya, que quereis? despues de una conducta tan generosa, es sorprendente que el amor venga de pronto?...es por el contrario muy natural....no es así, señor Germain?

La jóven dijo estas últimas palabras con una sencillez tan interesante y tan franca, clavando sus grandes ojos negros en los de Germain, que este no lo comprendió todo en un principio, tan léjos estaba de creerse amado por Rigolette.

Sin embargo estas palabras eran tan exactas que su eco resonó en el fondo del alma del preso; se puso colorado, perdió sucesivamente el color y exclamó:

---Que decis? Temo....oh! Dios mio.....me engañó quizá....yo....

---Digo que desde el momento que supe erais tan bueno para mí, y en que os vi tan desgraciado, os amé de otro modo que á un compañero, y que si ahora una de mis amigas quisiese casarse.....dijo Rigolette sonrojándose, no sois vos con quien le aconsejaria que se casase.....señor Germain... ..

—Me amais!.....me amais!....

---Es menester que os lo diga yo misma..... puesto que no me lo preguntais.

---Será posible!

---No es sin embargo por falta de haberos dos veces puesto en el camino, para haceroslo comprender.--Pero no, el caballero no quiere oír medias palabras, me fuerza á confesarle estas cosas... Es quizá malo...pero como nadie mas que vos puede reírme de mi desvergüenza, tengo menos miedo...y luego, añadió Rigolette con una tierna agitación, ahora me habeis parecido tan aniquilado, tan desesperado que no me he contenido; he tenido el amor propio de creer que esta confesion, hecha francamente y del fondo del corazon, os impediria ser desgraciado en lo sucesivo...Me he dicho: hasta el presente, no he podido con mis esfuerzos distraerlo ó consolarlo; mis golosinas le quitaban el apetito, mi alegría le hacia llorar; esta vez al menos...ah! Dios mio...que teneis? gritó Rigolette, viendo á Germain taparse la cara con las manos.--Ved si esto no es cruel, exclamó ella, haga lo que haga, diga lo que diga...sois siempre tan desgraciado: eso es ser muy malo ó muy egoista tambien...se diria que nadie mas padece por vuestras penas.

Germain, al oír esto, exclamó con desesperacion:

—Ay!....que desgracia es la mia!—Me amais.... cuando no soy digno de vos!

—No digno de mí; eso que decís no es justo. Es como si dijese yo que en otro tiempo no era digna de vuestra amistad, porque habia estado en la cárcel... ademas, porque yo misma haya estado presa....soy menos honrada por eso....

—Pero....vos fuisteis á la cárcel porque erais una pobre niña abandonada...mientras que yo.... Dios mio....que diferencia!

—En fin, en cuanto á la cárcel no tenemos nada que echarnos en cara...nunca! Mas bien yo

soy una ambiciosa....porque, en mi estado, no debería pensar en casarme sino con un artesano... Soy una espósa...no poseo mas que mi cuartito y mi buen ánimo...sin embargo, vengo osadamente á proponeros que os caseis conmigo!

—Ay! en otro, tiempo esta suerte hubiera sido el sueño y la felicidad de mi vida...pero á esta hora...yo....bajo una acusacion infamante abusaria de vuestra admirable generosidad....de vuestra compasion que os estravia quizá.....no....no.

—Pero, Dios mio! Dios mio! exclamó Rigolette con una impaciencia dolorosa, os digo que no es compasion lo que os tengo, es amor....No pienso mas que en vos, no duermo, no como...Vuestra triste y amable cara me sigue por todas partes....Esto es compasion?...Ahora, cuando me hablais, vuestra voz, vuestra mirada me llegan al corazon...Hay mil cosas en vos que ahora me agradan hasta el extremo y que no habia notado... Amo vuestra cara, amo vuestros ojos, amo vuestro cuerpo, amo vuestro talento, amo vuestro buen corazon...es esto todavia compasion?...Porque, despues de haberos amado como amiga, os amo como amante.... no se nada, porque estaba yo loca y alegre cuando os amaba como amiga... porque estoy enteramente distraida desde que os amo como amante....no sé nada...Porque he esperado hasta tan tarde para encontraros á un mismo tiempo hermoso y bueno.. para amaros á la vez con los ojos y con el corazon,...no sé nada... ó mas bien, sé...lo sé...es que he descubierto cuanto me amábais sin habermelo dicho nunca, cuan generoso y rendido erais...Entonces el amor me subió del corazon á los ojos, como llega á él una dulce lágrima cuando se está enternecido.

---En verdad, creo estar soñando oyendoos hablar asi.

---Y yo, pues! nunca hubiera creído poder atreverme á deciros todo esto, pero vuestra desesperacion me ha forzado á ello. Y bien! ahora que os amo como mi amigo, como mi amante, como mi marido..., direis todavía que esto es compasion?

Los generosos escrúpulos de Germain se desvanecieron un momento ante esta confesion tan ingenua y tan valiente.

Una alegria inesperada lo arrancó de sus dolorosas preocupaciones.

—Me amais! exclamó él.—Os creo, vuestro acento, vuestra mirada, todo me lo dice. No quiero preguntarme como he merecido semejante dicha, me abandono ciegamente á ella.... Mi vida, mi vida entera no bastaria á pagaros. Ah! he padecido ya mucho...pero este momento lo borra todo...

—En fin... ya estais consolado...Oh! estaba muy segura que lo lograria...dijo Rigolette con un rasgo de graciosa alegria.

—Y semejante dicha en medio de los horrores de una cárcel, y cuando todos me abrumen.

Germain no pudo acabar...

Recordandole este pensamiento la realidad de su posicion, sus escrúpulos un momento olvidados volvieron mas crueles que nunca, y repuso con desesperacion:

---Pero estoy preso...pero estoy acusado de robo...pero seré condenado, deshonorado quizá, y aceptaré vuestro valeroso sacrificio...me aprovecharé de vuestra generosa exaltacion...Oh! no, no soy tan infame que haga eso.

---Que decis?

---Puedo ser condenado...á años de prision...

—Y bien, respondió Rigolette con calma y fir-

meza, se verá que soy una jóven honrada, no se nos negará casarnos en la capilla de la cárcel....

---Pero puedo estar preso lejos de Paris....

---Ya muger vuestra os seguiré; me estableceré en la ciudad donde estubiereis; encontraré trabajo é iré á veros todos los dias.

---Pero estaré tachado á los ojos de todos...

---Me amais mas que todos, no es asi?

---Podeis preguntarmelo?

---Entonces que os importa?...Léjos de ser tachable á mis ojos, os miraré como el mártir de vuestro buen corazon.

---Pero el mundo os acusará, el mundo condenará, calumniará vuestra eleccion...

---El mundo, lo sois vos para mi, y yo para vos, dejaremos que diga...

---Al fin, al salir de la cárcel, mi vida será precaria, miserable, repelida de todas partes; quizá no hallaré acomodo...y luego, esto es horrible de pensar; pero si esta corrupcion que temo me ganase á pesar mio....que porvenir para vos!

---No os corrompereis, no, porque ya sabeis que os amo, y este pensamiento os dará fuerzas para resistir á los malos ejemplos...pensareis que aun cuando todos os repeliesen al salir de la cárcel, vuestra muger os acogerá con amor y reconocimiento, bien cierta de que sereis un hombre honrado....Este language os sorprende, no es asi? á mí misma me sorprende....No sé donde voy á buscar lo que os digo....seguramente es en el fondo del alma....y esto debe convenceros....si no, si desdeñais una oferta que se os hace de todo corazon....si no quereis el afecto de una pobre muchacha que no....

Germain interrumpió á Rigolette con un enagenamiento apasionado:

—Pues bien, acepto...acepto; sí, lo conozco, es algunas veces infame rehusar ciertos sacrificios, es reconocer que se es indigno de ellos...Acepto, noble y valerosa jóven.

—Es verdad? es verdad esta vez?..:

—Os lo juro...y luego me habeis dicho ademas alguna cosa que me ha hecho impresion, que me ha dado el valor que me faltaba.

---Que felicidad! y que he dicho?

---Que por vos deberé en adelante ser hombre honrado...Si, en este pensamiento hallaré fuerzas para resistir á las detestables influencias que me rodean...arrostraré el contagio, y sabré conservar digno de vuestro amor este corazon que os pertenece!

---Ah!..Germain, que dichosa soy...si he hecho alguna cosa por vos, como me recompensais..,

--Y luego, lo veis, aunque disculpeis mi falta, no olvidaré su gravedad...Mi tarea en lo sucesivo será doble: espiar lo pasado y merecer la felicidad que os debo...por esto, haré el bien que pueda...porque, por pobre que sea, nunca falta ocasion.

---Ay...Dios mio!..es verdad, siempre se encuentran personas mas desgraciadas que uno.

--A falta de dinero...

Se dan lágrimas, lo que yo hacia por los pobres Morel...

---Y esta es una santa limosna: La caridad del alma vale tanto como la que da pan.

---En fin aceptais...no os retractareis?...

---Oh!..nunca, nunca, amiga mia, esposa mia... si, me vuelve el valor, ya no dudo de mí, me engañaba; afortunadamente me engañaba. Mi corazon no lateria como late, si hubiera perdido su noble energia.

--Oh!..Germain, que bello sois hablando asi, cuanto me tranquilizai, no por mí, sino por vos mismo...Asi; me lo prometéis, no es verdad, ahora que teneis mi amor para defenderos, no temereis ya hablar á esos hombres malvados, á fin de no escitar su cólera contra vos?

--Tranquilizaos...Viendome triste y abrumado, me acusaban sin duda de ser presa de mis remordimientos; y viendome altivo y alegre, creerán que su cinismo me ha ganado...

--Es verdad; no sospecharán ya de vos, y estaré tranquila...Asi, nada de imprudencia,..ahora me perteneceis,..soy vuestra mugercita?

En este momento el vigilante hizo un movimiento; despertaba.

--Pronto...dijo muy bajo Rigolette con una sonrisa llena de gracia y de púdica ternura...Pronto, marido mio, dadme un buen beso en la frente, por la reja..,estos serán nuestros esponsales.

Y la jóven, poniendose encarnada, apoyó su frente en el enrejado de hierro.

Germain, profundamente conmovido, tocó con sus labios, por en medio de la reja, aquella frente pura y blanca.

Una lágrima del preso rodó como una perla húmeda.

Interesante bautismo de este amor casto, melancólico y encantador.

.....
—Oh! oh! ya son las tres! dijo el vigilante levantándose, y las visitas deben irse á las dos.... Vamos, mi querida señorita, añadió dirigiéndose á la costurera, es una lástima, pero es menester irse....

—Oh! gracias, gracias, por habernos dejado hablar solos..... He animado á Germain; procurará

no estar ya tan triste, y no tendrá nada que temer de sus malvados compañeros. No es así, amigo mio?

—Estad tranquilo, dijo Germain sonriéndose, seré de aquí adelante el mas alegre de la cárcel...

—En hora buena, entonces no pararán ya la atención en vos, dijo el vigilante.

—Aquí tengo una corbata que le traigo á Germain, repuso Rigolette; es preciso depositarla en la alcaidia?

—Ese es el uso; pero, ademas, cuando estoy fuera de reglamento, una pequenez mas ó menos... Vamos, haced el dia completo....Dadle vos misma vuestro regalo.

Y el vigilante abrió la puerta del corredor.

—Este buen hombre tiene razon, el dia será completo, dijo Germain recibiendo la corbata de manos de Rigolette que apretó afectuosamente.—Adios y hasta pronto. Ahora no tengo miedo de pedir os que vengais á verme lo mas pronto posible...

—Ni yo de prometeroslo.... Adios, buen Germain.

—Adios, mi buena amiguita....

—Y servios bien de mi corbata, cuidado que hace frio, y mucha humedad!...

—Que linda corbata! Cuando pienso que la habeis hecho para mí! Oh! no la dejaré, dijo llevándola á sus labios....

—Ah! tendreis ahora apetito, segun creo? Quereis que os haga mi regalito?

—Ciertamente, y esta vez le haré honor....

—Estad entonces tranquilo, señor gastrónomo, me dareis noticias de él. Vamos, adios, otra vez....Gracias, señor vigilante, hoy me voy muy feliz y muy tranquila. Adios, Germain....

—Adios, mugercita mia....pronto.....

—Para siempre....

Algunos minutos despues, Rigolette, habiendo tomado sus zuecos y su paraguas, salia de la cárcel, mas alegre que habia entrado.

Durante la conversacion de Germain y de la costurera, habian pasado otras escenas en uno de los patios de la cárcel, donde conduciremos al lector.



CAPITULO XX.



LA CUEVA DE LOS LEONES.

Si el aspecto material de una vasta casa de detencion, construida con todas las condiciones de salubridad y de bienestar que reclama la humanidad, no ofrece á los ojos, lo hemos dicho, nada siniestro, la vista de los presos causa una impresion contraria.

El lector debe seguirnos á *la Cueva de los leones*.

Tracemos algunas de las fisonomias mas raras de la Cueva de los leones.

Mientras que un vigilante tenia cuidado con los que se paseaban, se tenia una especie de conciliabulo en el calefactorio.

Entre los detenidos que asistian alli, volverémos á encontrar á Nicolas Martial, de quien hablaremos solamente para memoria.

El que parecia, como se dice *presidir* y *conducir* la discusion era un preso por sobrenombre el *Esqueleto*, que hemos oido pronunciar muchas veces en casa de los Martial, en la isia del Mariscador.

El Esqueleto era el preboste ó capitan del calefactorio.

Este hombre, de estatura bastante alta, de unos cuarenta años, justificaba su lúgubre sobrenombre por ser tan flaco que es imposible formarse una idea, y á cuya falta de carnes llamaremos casi osteológica.

Si la fisonomía de los compañeros del Esqueleto ofrecía mas ó menos analogía con la del tigre, del buitre, ó del jabali, la forma de sus quijadas huesosas, lisas y prolongadas sostenidas por un pescuezo desmesuradamente largo, recordaba enteramente la conformación de la cabeza de la serpiente.

Una calvicie absoluta aumentaba mas esta horrosa semejanza; porque bajo la piel arrugada de su frente casi lisa como la de un reptil, se distinguían las menores protuberancias, las menores suturas de su cráneo; en cuanto á su cara imberbe, que se imagine un pergamino viejo, ceñido á los huesos de la cara y solamente estirado un poco desde el saliente de los pómulos hasta el ángulo de la quijada inferior cuya unión se veía distintamente.

Los ojos, chicos y bizcos estaban tan profundamente encajonados, que el arco de las cejas como tambien los pómulos tan proeminentes, que debajo de la frente amarillenta donde obraba la luz, se veían dos órbitas lateralmente llenas de sombra, y que á poca distancia los ojos parecían desaparecer en el fondo de aquellas dos cavidades sombrías, de aquellos dos agujeros negros que dan un aspecto tan fúnebre á una cabeza de esqueleto. Sus largos dientes, cuyos salientes alveolos se delineaban perfectamente debajo de la piel curtida de las quijadas huesosas, se descubrían casi incesantemente por un rictó habitual.

Aunque los músculos corroidos de este hombre

estubiesen casi reducidos al estado de tendones, eran de una fuerza extraordinaria. Los mas robustos resistian dificilmente á un apreton de sus largos dedos descarnados.

Se hubiera dicho que era el formidable apreton de un esqueleto de hierro.

Tenia puesta una chaqueta azul muy corta que dejaba ver, y en ello tenia vanidad, sus manos nudosas y la mitad de su antebrazo, ó mas bien dos huesos el *radio* y el *cúbito*, (perdonesenos esta anatomia), dos huesos envueltos en una piel áspera y negruzca, separados entre sí por una profunda cavidad en que serpenteaban algunas venas duras y secas como cuerdas.

Cuando ponia sus manos sobre una mesa, *parecia*, segun una muy exacta metáfora de Pica-Vinagre, *poner allí un juego de tabas*.

El Esqueleto, despues de haber pasado quince años de su vida en presidio por robo y tentativa de asesinato, habiasido cogido en delito fragante de robo y de asesinato.

Este último asesinato fué cometido con circunstancias feroces que, vista la reincidencia, este malhechor se miraba de antemano y con razon como condenado á muerte.

La influencia que el Esqueleto ejercia sobre los demas presos por su fuerza, por su enerjia, por su perversidad, habia hecho fuese elegido, por el director de la cárcel, como preboste del dormitorio, es decir que el Esqueleto estaba encargado de la policia de su cuadra, en lo perteneciente al órden, arreglo y aseo de la sala y de las camas; cumplia perfectamente sus funciones, y nunca los presos se atrevieron á faltar á los cuidados y á los deberes cuya vigilancia estaba á cargo de él.....

Cosa estraña y significativa.

Los directores mas inteligentes de las cárceles, despues de haber experimentado encargar las funciones, de que hablamos, á los presos que se recomendaban aun por alguna honradez, ó cuyos crímenes eran menos graves, se vieron obligados á renunciar á esta eleccion aunque lógica y moral, y buscar los prebostes entre los presos mas corrompidos, mas temidos, los que tienen *solos* una accion positiva sobre sus compañeros.

Asi, lo repetimos otra vez, mientras mas cinismo y audacia mostrare un culpable, será mas reputado, y por decirlo así respetado.

Volvamos al Esqueleto, preboste de la cuadra, que hablaba con muchos presos, entre los cuales se hallaban Barbillon y Nicolas Martial...

—Estas tú bien seguro de lo que dices? preguntó el Esqueleto á Martial.

Si, si, cien veces sí; el tio Micou lo sabe del Cojo-gordo, que ya quiso matarlo, á ese vil.... porque sopló á uno.....

—Vamos, que se le quemén las narices.—Y que esto concluya! añadió Barbillon.—Ya una vez el Esqueleto estaba porque se le diese un *viaje rojo* á ese espia de Germain.

El preboste se quitó un momento la pipa de la boca y dijo con voz tan enteramente ronca que apenas se le entendia:

—Germain sabe lo que se hace, nos incomodaba, nos espiaba; porque mientras menos se habla, mas se escucha; será menester forzarlo á largarse de la *Cueva de los leones*....una vez que lo hubieramos sangrado.....lo quitarán de aqui....

—Pues bien, entonces....dijo Nicolas, que es lo que hay cambiado?

—Hay de cambio, repuso el Esqueleto, que si

ha delatado, como lo dice el Cojo-gordo, no pagará con la sangría....

—En hora buena, dijo Barbillon.

—Es menester un ejemplar....dijo el Esqueleto animandose poco á poco.—Ahora no es ya la policia la que nos descubre, son *los soplones*..... Santiago y Gauthier que fueron guillotínados el otro dia.... *delatados*....Rousillon que fué enviado á presidio por perpetuidad....*delatado*

—Y yo? y mi madre? y Calabaza?...y mi hermano de Tolon?...gritó Nicolas.—No hemos sido todos *denunciados* por Brazo-rojo? Es seguro ahora....pues en lugar de meterlo aqui se le ha enviado á la Roquette. No se han atrevido á dejarlo con nosotros...olia pues su culpa....el pícaro...

—Y á mí? dijo Barbillon, no me ha delatado tambien Brazo-rojo?

—Y yo tambien? dijo un preso jóven con voz aguda, flautada, tartamudeando de una manera afectada, he sido delatado por Jobert, un hombre que me propuso un negocio en la calle de San Martin.

Este último personaje de voz flautada, de cara pálida, gruesa y afemirada, mirada insidiosa y cobarde, estaba vestido de un modo singular; tenia en la cabeza un pañuelo encarnado que dejaba ver dos mechas de cabellos rubios pegados en las sienes; las puntas del pañuelo formaban un lazo muy hueco sobre su frente; llevaba por corbata un pañuelo de merino blanco con palmas verdes que le cruzaba el pecho; su chupa de paño desaparecia debajo de la estrecha cintura de un pantalon de género escoces de grandes cuadros de colores variados.

—Esto es una indignidad!....es menester que un hombre sea muy vil!....repuso este personaje

con voz melindrosa. Por nada del mundo, hubiera desconfiado de Jobert.

—Sé bien que te ha denunciado, respondió el Esqueleto, que parecía proteger particularmente á este preso, la prueba es que se hace con ese soplón lo que se hizo con Brazo-rojo....no se han atrevido á dejar aquí á Jobert.....lo han puesto en la Consergeria. Y bien! es menester que esto concluya.....es preciso un ejemplar.....los falsos hermanos son el trabajo de la policia....se creen seguros en su pellejo porque los ponen en otra cárcel.....que en las que ellos han soplado....

—Es verdad.....

—Para impedir esto, es menester que los presos miren á todo soplón como á un enemigo mortal; que haya denunciado á Pedro ó á Santiago aquí ó en otra parte, eso no le hace, que caigan sobre él. Cuando se hubiera refrescado á cuatro ó cinco en los patios....los demas daran dos vueltas á su lengua antes de denunciar los ladrones.

---Tienes razon, Esqueleto, dijo Nicolas; entonces es menester que Germain pase por ello....

---Pasará, repuso el preboste, pero esperemos, que venga el Cojo-gordo....Cuando, por ejemplo, se hubiere probado á todo el mundo que Germain es un soplón todo estará dicho.... El *carnero* no balará mas, se le suprimirá la respiracion.

—Pero con qué? se nos quitan los cuchillos!

—Y estas tenazas, meterias en ella tu pescuezo? preguntó el Esqueleto abriendo sus largos dedos descarnados y duros como el hierro.

—Lo sofocarás?

—Un poco.

—Pero si se sabe que has sido tú?

—Despues? Soy algun becerro con dos cabezas, como los que se enseñan en la feria?

—Es verdad....eso no puede suceder mas que una vez, y pues tu estas seguro de serlo....

—Segurísimo; el abogado me lo dijo ayer otra vez...Fuí cogido con la mano en el saeo y el cuchillo en el cuello de la víctima....Soy caballo de retorno....esto es filiado....Enviaré mi cabeza á que vea en el cesto de Charlot, si es verdad que hurta á los sentenciados y que pone serrin en su canastillo en vez del salvado que el gobierno nos concede....

—Es verdad....el guillotinado tiene derecho á su salvado....Mi padre fué robado tambien....me acuerdo de ello! dijo Nicolas Martial con una feroz risa falsa.

Esta abominable chanza hizo reir á careajadas á los presos.

Esto es horroroso.... pero, léjos de exagerar, debilitamos el horror de estas conversaciones tan comunes en las cárceles.

.....
Un gran alboroto y estrepitosas aclamaciones de alegría, dadas por los presos que se paseaban en el patio, interrumpieron el conciliábulo presidido por el Esqueleto.

Nicolas se levantó precipitadamente y fué á la puerta del calefactorio, á fin de saber la causa de aquel ruido no acostumbrado.

—El Cojo-gordo..... gritó Nicolas volviendo á dentro....

--El Cojo-gordo! gritó el preboste, y Germain ha bajado del locutorio?

—Todavía no, dijo Barbillon.

--Que abrevie pues, dijo el Esqueleto, que yo le daré un vale para una caja nueva.

CAPITULO XXI.



MAQUINACION.

EL Cojo-gordo, cuya llegada fué acogida por los presos de la Cueva de los Leones con una estrepitosa alegría, y cuya denuncia podia ser tan funesta para Germain, era un hombre de estatura mediana; á pesar de su gordura y de su imperfeccion, parecia ágil y vigoroso.

—Su fisonomia bestial, como la mayor parte de las de sus compañeros, se acercaba mucho al tipo del perro de presa; su frente deprimida, sus chicos ojos leonados, sus mejillas caidas, sus toscas quijadas, la inferior mas saliente, estaba armada de largos dientes, ó mas bien de colmillos descantillados que, saliendo de los labios por todos lados, hacian aquella semejanza mas patente todavia; tenia cubierta la cabeza con una gorra de nutria y llevaba encima de su vestido una capa azul con cuello vuelto.

--El Cojo-gordo entró en la cárcel acompañado de un hombre como de treinta años, cuya cara morena y tostada parecia menos degradada que la de los otros presos, aunque afectaba parecer tan resuelto como su compañero; algunas ve-

ces su cara se entristecía y se sonreía amargamente.

El Cojo-gordo se volvía á encontrar, como se dice vulgarmente, en tierra conocida. Apenas podía responder á las felicitaciones y á las palabras de bienvenida que se le dirigian de todas partes.

—Estas aquí en fin, gordo chunguero... Tanto mejor, nos vamos á reír.....

—Tú nos faltabas.....

—Has tardado mucho....

—He hecho no obstante todo lo que era preciso para volver á ver á los amigos, no es culpa mia que la policia no me haya querido mas temprano.....

—Que bien, viejo mio, uno no viene á meterse en la ratonera, pero ya que se está en ella... es menester conformarse.

El Esqueleto, quitandose la pipa de la boca, dijo al Cojo-gordo:

—Conoces tú á un jovencito llamado Germain, con ojos azules, pelo negro, el aire de hombre honrado?

—Germain está aquí! esclamó el Cojo-gordo cuyas facciones espresaron al mismo tiempo la sorpresa, el odio y la cólera.

—Lo conocéis pues? preguntó el Esqueleto.

—Si lo conozco? repuso el Cojo-gordo, amigos míos, se lo denunció...es un *soplón*... es menester molerlo.....

—Si, si, repusieron los presos.

—Vaya! es cierto que ha denunciado? preguntó Frank.—Y si se engañasen?...moler á un hombre que no lo merece....

Esta observacion no agradó al Esqueleto, el cual se arrimó al Cojo-gordo y le dijo en voz muy baja.

—Quien es este?

—Un hombre con quien he trabajado.

—Si; pero no tiene hiel, es muy blando.

—Basta, no lo perderé de vista.

--Veamos si Germain es un *soplon*, dijo un preso.

--Esplicate, Cojo-gordo, dijo el Esqueleto sin quitar la vista de Frank.

--He'lo aquí, dijo el Cojo-gordo.---Un nantés llamado Velu, antiguo cumplido de presidio, educó al jóven cuyo nacimiento se ignora. Cuando estuvo en edad, lo hizo entrar en Nantes en casa de un banquero, creyendo poner al lobo en su caja, y servirse de Germain para hacerse de un negocio soberbio que apanaba largo tiempo había; tenia dos cuerdas en su arco: una falsificacion y el *consuelo* de la caja del banquero....quizá cien mil francos....que hacer en dos golpes....Todo estaba dispuesto, Velu contaba con el jovencito como consigo mismo; este galopin dormia en la parte de la casa donde estaba la caja. Velu le dijo su plan....Germain no respondió ni sí ni no, denuncia todo á su principal y desfila aquella misma noche para Paris.

Los presos hicieron oír tres violentos mormullos de indignacion y de palabras amenazadoras.

—Es un *soplon*..... es menester romperle los huesos.

—Si se quiere....yo trabo riña con él....y lo majo.....

—Es menester señalarle en la cara una certificacion de hospital.

—Silencio! gritó el Esqueleto con voz imperiosa,

Los presos se callaron.

—Continua, dijo el preboste al Cojo-gordo. Y volvió á fumar.

—Creyendo que Germain habia dicho que si,

contando con su ayuda, Velu y dos amigos suyos van á hacer el negocio aquella noche misma; el banquero estaba prevenido; uno de los amigos de Velu fué cogido escalando una ventana, y él tuvo la fortuna de evadirse.....Llega á Paris, furioso por haber sido denunciado por Germain y de haberle faltado un negocio soberbio. Un dia encuentra al joyencito; como estaba claro no se atreve á hacer nada, pero lo sigue, vé donde vive, y una noche, nosotros dos Velu y Ledru el chico, caemos sobre Germain....desgraciadamente se nos escapa....dejó el nido de la calle del Temple donde vivia; despues no hemos podido volverle á encontrar; pero si está aqui....pido.....

—Tu no tienes nada que pedir, dijo el Esqueleto con autoridad.

—El Cojo-gordo se calló.

—Tomo tu negocio, me cedes el pellejo de Germain, yo lo desollaré...no me llamo en vano el Esqueleto....estoy muerto de antemano..... mi agujero está hecho en Clamart, no arriesgo nada en trabajar por la compañía, los soplones nos devoran aun mas que la policia; se pone á los soplones de la Fuerza en la Roquette, y á los soplones de la Roquette en la Consergeria; se creen salvados.....advertencia.....cuando cada cárcel hubiere matado á su soplón, no importa haya soplado acá ó allá.....eso hubiera quitado el apetito á los otros....doy el ejemplo....hagan como yo.....

Todos los presos, admirando la resolucion del Esqueleto, se reunieron á su alrededor....el mismo Barbillon, en vez de quedar junto á la puerta, se unió al grupo, y no advirtió que entraba un nuevo preso en el calefactorio.

Este último vestido con una blusa gris, y con una

gorra de algodón azul bordada con lana encarnada, metida hasta los ojos, hizo un movimiento al oír pronunciar el nombre de Germain..... luego se fué á mezclar con los admiradores del Esqueleto, y aprobó vivamente con la voz y el ademan la criminal determinacion del preboste.

—Yo, hallo esto duro, dijo Frank, matar á ese jóven.....

—Que! que! repuso el Esqueleto con voz furiosa, no hay derecho para quitar de enmedio á un traidor?

—Si en efecto es un traidor, tanto peor para él, dijo Frank, despues de haber reflexionado un momento.

Estas últimas palabras, y la garantia del Cojogordo, calmaron la confianza que Frank habia por un momento promovido en los presos:

Solo el Esqueleto perseveró en su desconfianza,

—Ya! y que hacer con el vigilante? di pues, muerto de antemano, porque tambien es tu nombre como el de Esqueleto, repuso Nicolas sonriéndose burlescamente!

---Pues bien! se le ocupará por un lado al vigilante.

--No, se le detendrá á la fuerza.

---Si... .

---No.....

---Silencio.....dijo el Esqueleto.

Reinó el silencio mas profundo.

---Escuchadme, prosiguió el preboste con su voz ronca, no hay medio de dar el golpe mientras que el vigilante esté en el calefactorio ó en el patio. No tengo cuchillo; habrá algunos gritos sofocados, el *soplon* luchará,

---Entonces, como....

---He aquí como: Pica-vinagre nos ha prome-

tido contarnos hoy, despues de comer, su historia de *Gringalet* y *Corta-en-dos*; está lloviendo, nos retiraremos todos aquí, y el *soplon* vendrá á colocarse en un rincon, en el lugar donde se pone siempre....darémos algunos sueldos á Pica-vinagre para que comience su historia....Es la hora de la comida de la cárcel. El vigilante nos verá tranquilamente ocupados en escuchar las paparruchas de *Gringalet* y de *Corta-en-dos*, no desconfiará de nosotros, irá á dar una vuelta á la cantina....Así que hubiere salido del patio....tenemos un cuarto de hora nuestro, el *soplon* está refrescado antes que haya vuelto el vigilante... Me encargo de ello....he amansado á algunos mas duros que él. Pero no quiero que se me ayude....

—Advertencia, gritó Cardillac, y el aguacil que viene siempre á pasar un rato aqui con nosotros.... á la hora de comer?....Si entra en el calefactorio para escuchar á Pica-vinagre, y ve refrescar á Germain, es capaz de pedir socorro....No es un hombre sin calzones el aguacil, es un carabinero, es menester no fiarse de él.

—Es verdad, dijo el Esqueleto.

—Hay un aguacil aqui! esclamó Frank, victima del señor Boulard; hay un alguacil aqui! repitió con admiracion.—Y como se llama?

---Boulard, dijo Cardillac.

---Ese es mi hombre! esclamó Frank apretando los puños; él es el que me robó mi masa...

---El alguacil? preguntó el preboste.

---Si....setecientos veinte francos que cobró por mí.

---Lo conoces?.....te ha visto? preguntó el Esqueleto.

---Creo que lo he visto...por mi desgracia..... A no ser por él no estaria yo aqui...

Estos pesares sonaron mal á los oídos del Esqueleto; fijó largamente sus ojos bizcos sobre Frank, que respondía á algunas preguntas de sus camaradas, luego arrimándose al Cojo-gordo, le dijo muy bajo:

---Este es un novicio capaz de advertir á los vigilantes de nuestro golpe.

---No; respondo de ello, no denunciaré á nadie... pero está todavía frío para el vicio.....y será capaz de querer defender á Germain...Valdría mas alejarlo del patio.

—Basta, dijo el Esqueleto, y prosiguió en voz muy alta:—Dí, Frank, no majarás á ese ladrón de alguacil?

—Dejadlo haced..... que venga, su cuenta es buena.

—Ya viene, prepárate.

—Estoy listo, llevará mi marea.

—Habrá una pendencia, al alguacil se le enviará á su cuarto y á Frank al calabozo, dijo en voz baja el Esqueleto al Cojo-gordo: nos veremos libres de los dos.

—Que saber!....,Que rodón es este Esqueleto! dijo el bandido con admiración. Luego prosiguió en alto:

—Ea! se prevendrá á Pica-vinagre que ayudará con su cuento para entretener al vigilante y refrescar al *soplón*.

—No; Pica-vinagre es muy blando y muy collon; si lo supiese no querría contarle; pero dado el golpe tomará su partido.

—Tocaron á comer.

—A la pasta, perros! dijo el Esqueleto; Pica-vinagre y Germain van á entrar en el patio. Atención los amigos! me llaman muerto de antemano.....pero el *soplón* también está muerto de antemano.

CAPITULO XXII.



EL CONTADOR DE CUENTOS.

EL nuevo preso de quien hemos hablado, que tenia puesta una gorra de algodón y una blusa gris, habia atentamente escuchado y enérgicamente aprobado la maquinación que amenazaba la vida de Germain. Este hombre, de formas atléticas, salió del calefactorio con los demás presos sin haber sido notado, y se mezcló pronto en los diferentes grupos que se reunian en el patio al rededor de los repartidores de alimentos que llevaban la carne cocida en ollas de cobre y el pan en grandes cestos.

Cada preso recibia un pedazo de vaca cocida sin hueso que habia servido para hacer la sopa de la mañana, acompañada de la mitad de un pan superior en calidad al de los soldados.

Los presos que tienen algun dinero podian comprar vino en la cantina, é ir á beber allí, en término de cárcel, su trago.

En fin los que, como Nicolas, habian recibido viveres de fuera, improvisaban un festin al cual convidaban á otros presos. Los convidados del hijo del ajusticiado fueron el Esqueleto, Barbi-

Hón, y, por la observacion de este, Pica-vinagre, á fin de disponerlo á contar.

El jamoncillo, los huevos duros, el queso y el pan blanco debidos á la liberalidad forzada de Micon el encubridor fueron puestos sobre uno de los bancos del calefactorio, y el Esqueleto se dispuso á hacer honor á esta comida, sin inquietarse del asesinato que iba friamente á cometer.

---Anda á ver si viene Pica-vinagre. Esperando ahogar á Germain, ahogo el hambre y la sed; no te olvides decir al Cojo-gordo que es menester que Frank salte á las greñas del alguacil, para librar la Cueva de los leones de los dos.

-- Está tranquilo, *muerto de antemano*, si Frank no maja al alguacil, no será culpa nuestra.....

Y Nicolas salió del calefactorio.

En este mismo momento, el señor Boulard entraba en el patio fumando un cigarro, las manos metidas en su largo redingote de moleton gris, su gorra bien metida sobre sus orejas, la cara festiva, reparó en Nicolas, que, por su parte, buscó al instante á Frank con los ojos.

Este y el Cojo-gordo comian sentados en uno de los bancos del patio, no habian podido ver al alguacil á quien tenían vuelta la espalda.

Fiel á los encargos del Esqueleto, Nicolas, viendo con el rabo del ojo á Boulard venir hácia él, hizo que no lo notaba, y se acercó á Frank y al Cojo-gordo.

—Buenos días, guapo, dijo el alguacil á Nicolas.

---Ah! buenos días, no os habia visto; venis como de costumbre, á dar vuestro paseito?

--Sí, muchacho, y hoy tengo dos razones para hacerlo.... Voy á deciros porque: primero tomad estos cigarros.... vamos, sin cumplimiento...entre camaradas, que diablo! no se debe ser corto.

--Gracias....Ah! por qué teneis dos razones para pasearos?

---Vas á comprenderlo, muchacho mio. No me siento hoy con apetito.....me he dicho: asistiendo á la comida de mis muchachos quizá me dé hambre.

--No está eso mal pensado.... Pero mirad, si quereis ver dos mozos que mascan muy bien, dijo Nicolas llevándolo poco á poco junto al banco de Frank, que estaba de espaldas á él, mirad estos dos que comen como lobos, os dará tanta gana como si acabaseis de comer un tarrillo de encurtidos.

---Eh! pardiez..... veamos este fenómeno, dijo Boulard.

---Eh! Cojo-gordo! gritó Nicolas.

El Cojo-gordo y Frank volvieron vivamente la cabeza.

El alguacil quedó pasmado, la boca abierta, al reconocer al que habia despojado.

Frank, dejando su pan y su carne sobre el banco, de un brinco embistió á Boulard cogiéndolo por el pescuezo gritando;

—Mi dinero!

—Como?....que.....me ahogais....yo.....

—Mi dinero!.....

—Amigo mio!.....escuchadme.....

—Mi dinero!.....Y ya es muy tarde, porque es culpa tuya....si estoy aquí.....

—Pero....yo.....pero....

—Si voy á presidio, oyes, es culpa tuya; porque si hubiera tenido lo que me robaste....no me hubiera visto en la necesidad de robar.....hubiera sido honrado como queria serlo....Y te se desquitará quizá....á ti...No te haré nada, pero te haré alguna cosa....llevarás señales mias....Ah! tie-

nes alhajas, cadenas de oro, y robas al pobre mundo!.... Toma.... toma.... Tienes bastante? No... toma mas.....

—Socorro!....socorro!.....

Gritó el alguacil rodando bajo los pies de Frank que le daba con furia.

Los demas presos, muy indiferentes á esta riña, formaban corro al rededor de los dos combatientes, ó mas bien al rededor del batiente y del batido; porque Boulard, desalentado, pálido, espantado, no hacia resistencia alguna, y procuraba parar los golpes con que lo abrumaba su adversario.

Afortunadamente el vigilante acudió á los gritos del alguacil y lo sacó de las manos de Frank.

Boulard se levantó pálido, espantado, uno de sus ojos confusos y, sin darse tiempo de recoger su gorra, gritó corriendo hácia el postigo:

—Vigilante....abridme...no quiero estar un segundo mas aquí....socorro!

—Y vos, por haber pegado al señor...seguidme á la oficina del director, dijo el vigilante cogiendo á Frank por el cuello, tendreis dos dias de calabozo.

—No le hace, ha recibido su paga, dijo Frank.

—Eh! le dijo en voz muy baja el Cojo-gordo haciendo como que le ayudaba á componerse, ni una palabra de lo que se quiere hacer al *soplon*.

—Estad tranquilo, quizá si estuviese aquí lo defenderia...porque matar á un hombre...por eso... es duro; pero denunciaros, nunca.

—Vamos, venis? dijo el vigilante.

—Ya estamos libres del alguacil y de Frank... ahora, en caliente, en caliente, para el *soplon* dijo Nicolas.

En el momento en que Frank salia del patio,

Germain y Pica-vinagre entraban en él.

Cuando Germain entró en el patio no estaba conocido; su fisonomía, hasta entonces triste, abatida, estaba radiosa y altiva, llevaba la cara levantada, y echaba en torno suyo una mirada alegre y sosegada...era amado...el horror de la cárcel desaparecía á sus ojos.

Pica-vinagre ignoraba el asesinato recientemente proyectado por el Esqueleto; ignoraba tambien que se contaba con su relacion de Gringalet y Corta-en-dos para engañar y distraer al vigilante.

—Llega pues, inocente... dijo Nicolas á Pica-vinagre saliéndole al encuentro, deja ahí tu racion de carne; hay boda y festin...te convidó.

—A donde? en la Cesta-florida? en el Gallo de oro?

—Truan...No, en el calefactorio; la mesa está puesta sobre un banco. Tenemos jamon, huevos y queso....yo soy el que pago

—Me gusta....pero es lástima perder mi racion, y todavía mas lástima que mi hermana no se aproveche de ella....Ni ella ni sus hijos ven muchas veces la carne á no ser en la puerta de los carniceros.

—Vamos, ven pronto, el Esqueleto se enfada; es capaz de devorarlo todo con Barbillon.

Nicolas y Pica-vinagre entraron en el calefactorio; el Esqueleto montado en la punta de un banco donde estaban puestos los viveres de Nicolas, juraba y renegaba esperando el Anfitrión.

—Ya estas aqui, arrastrado....esclamó el bandido al ver al charlatan; que estabas haciendo?

---Hablaba con Germain, dijo Nicolas, partiendo el jamon.

---Ah!....hablabas con Germain, dijo el Esqueleto mirando atentamente á Pica-vinagre sin dejar de comer con ansia.

---Sí! ese es uno que no ha inventado los saca botas, ni los huevos duros (digo esto porque me gustan mucho). Y es un animal, ese Germain, es un animal! Estoy cansado de decirle que no espie en la cárcel; es demasiado bonazo para eso!

---Ah! tu lo crees? dijo el Esqueleto cambiando una micada rápida y significativa con Nicolas y Barbillon.

---Estoy seguro de ello, como este es jamon! Y luego, como demonios quereis que espie? siempre está solo, no habla con nadie y nadie habla con él; huye de nosotros como si tuvieramos el cólera. Si es menester que entre en relaciones, dispensadle. Además, no espíará mucho tiempo, va á un cuarto de á doblon.

---El!...dijo el Esqueleto, y cuando?

---Mañana por la mañana, habrá un cuarto vacante....

---Bien ves que es menester matarlo inmediatamente. No duerme en mi cuadra; mañana no será ya tiempo.... Hoy no tenemos mas que hasta las cuatro.... y pronto darán las tres, dijo en voz baja el Esqueleto á Nicolas, mientras que Pica-vinagre hablaba con Barbillon.

---Sí, que es lo que vamos á hacer entonces? dijo Nicolas.

---Pues si es así, que Pica-vinagre cuente una historia en la cuadra, no buscaré riña con Germain, dijo Barbillon.

---Bueno, bueno, dijo Pica-vinagre, esta es ya una condicion; pero hay otra... y sin las dos, no la cuento.

---Cual es tu otra condicion?

---Es que la honorable sociedad, que está atosigada de capitalistas, dijo Pica-vinagre, tomando su acento de charlatan, me haga la bagatela de

una cotizacion de veinte sueldos....Veinte sueldos! Señores! para oír al famoso Pica-vinagre, que ha tenido el honor de trabajar delante de los personajes mas famosos de Francia y de Navarra, y que es incesantemente esperado en Brest y en Tolon, donde se va por órden del gobierno...Veinte sueldos!.. Es de valde, señores!

—Vamos, te se juntarán veinte sueldos....despues que hubieres dicho.....

—Despues?...No, antes, dijo Pica vinagre.

—Hola! di, somos capaces de quitarte veinte sueldos, dijo el Esqueleto como incomodado.

—Nada de eso.... dijo Pica-vinagre; honro á la reunion con mi confianza, y para ahorrarle gasto es por lo que pido veinte sueldos adelantados.

—Bajo tu palabra de honor?

—Si, señores; porque despues de mi cuento, quedará tan satisfecha, que no digo veinte sueldos, sino veinte francos, sino cien francos se me obligará á tomar! Me conozco, tendré la debilidad de aceptar....Bien veis, pues, que por economia hareis mejor en darme veinte sueldos adelantados.

—Oh! no es la charla lo que te falta á tí.....

—No tengo mas que la lengua, es menester que me sirva de ella.....Y luego, por última palabra, es que mi hermana y sus hijos están en una atroz escasez, y veinte sueldos en una familia se deja conocer.

—Por qué no *orondan* tu hermana, y sus *chavales* tambien.....si tienen edad? dijo Nicolas.

—No me habéis de eso, ella me desconsuela, me deshonor....soy muy bueno.

—Di pues muy bestia....pues tu la animas...

—Es verdad, la animo en el vicio de ser honrada....Pero ella no es buena sino para ese oficio,

me da compasion, que!... Ah! está convencido... os contaré mi famosa historia de Gringalet y Corta-en-dos....pero se me juntarán veinte sueldos... y Barbillon no reñirá con el imbécil Germain.

—Te se juntarán veinte sueldos, y Barbillon no reñirá con el imbécil Germain, dijo el Esqueleto.

—Entonces...abrid vuestras orejas, vais á oír de lo lindo. Pero llueve...el agua hace entrar á los parroquianos, no habrá necesidad de irlos á buscar.

En efecto, empezaba á llover, los presos dejaron el patio y fueron á refugiarse al calefactorio, siempre acompañados de un vigilante.

Lo hemos dicho, el calefactorio era una grande y larga sala enlosada, alumbrada por tres ventanas que daban al patio; en medio se hallaba el calorifero, junto al cual estaban el Esqueleto, Barbillon, Nicolas y Pica-vinagre. A una señal de inteligencia del preboste, el Cojo-gordo fué á reunirse á este grupo.

Germain entró de los últimos, absorvido en deliciosos pensamientos. Fué maquinalmente á sentarse en la meseta de la última ventana de la sala, lugar que ocupaba habitualmente, y que nadie le disputaba, porque estaba retirado de la estufa, á cuyo alrededor se agrupaban los presos.

Decimos en fin que el vigilante, que debia, sin saberlo y con su ida, dar la señal del asesinato de Germain, estaba junto á la puerta entrecabierta.

---Estamos? preguntó Pica-vinagre al Esqueleto....

---Silencio en la reunion...dijó este medio volviéndose; luego, dirigiéndose á Pica-vinagre:-- Ahora, comienza tu cuento, te sé escuchar.

Reinó un profundo silencio.

---Eh! tío Russel, gritó una voz desde fuera, ven

á comer tu sopa, van á dar las cuatro de aquí á diez minutos.

---Allá voy, dijo el vigilante yendo hácia la puerta.....Luego, parándose:---Hola! tened juicio, dijo volviéndose á los presos.

---Vamos á oír la historia, dijo el Esqueleto jadeando de furor comprimido. Luego dijo en voz baja al Cojo-gordo:---Vete á la puerta; sigue al vigilante con la vista, y euando le vieres salir del patio grita *Cartucho* y el *soplón* es muerto...

---Ya estoy, dijo el Cojo-gordo, el cual acompañó al vigilante y se quedó á la puerta del calefactorio, espíandolo con la vista.

---«Iba diciendo pues, prosiguió Pica-vinagre, que Gringalet, todo el tiempo de su triunfo, se decia á si mismo:--Mosquititos, tengo...»

---Cartucho, gritó el Cojo-gordo volviéndose adentro. Acababa de ver al vigilante salir del patio.

---Acá! Gringalet...seré tu araña, gritó al punto el Esqueleto embistiendo tan bruscamente á Germain que este no pudo moverse, ni dar un grito.

Su voz espiró bajo la formidable presion de los largos dedos de hierro del Esqueleto.



CAPITULO XXIII.



UN AMIGO DESCONOCIDO.

Si tu eres la araña, yo seré el mosquito grande, malhadado Esqueleto, gritó una voz en el momento en que Germain, sorprendido por el violento y repentino ataque de su implacable enemigo, caía derribado sobre su banco, entregado á merced del malhechor que con una rodilla sobre el pecho lo sujetaba por el pescuezo.

---Si, seré el mosquito, y un famoso mosquito, repitió el hombre de la gorra azul de que hemos hablado, luego de un furioso brinco, echando á tierra tres ó cuatro presos que lo separaban de Germain, se lanzó sobre el Esqueleto y le descargó sobre el cráneo y entre los dos ojos una so-manta de puñetazos tan precipitados que podia decirse que era el martillo de un herrero.

El hombre de la gorra azul, que no era otro sino el Choro, añadió redoblando lo rápido de su martillo sobre la cabeza del Esqueleto:

---Este es el aguacero de puñetazos que Mr. Rodolfo me dió á tun tun... los he conservado...

A esta agresion inesperada, los presos se sorprendieron, sin tomar partido en pro ó en con-

tra del Choro. Muchos de ellos, todavía impresionados con el cuento de Pica-vinagre, hasta quedaron satisfechos de este incidente que podía salvar á Germain.

El Esqueleto en un principio aturdido, tambaleándose como una baca bajo el cachetero, estendió maquinalmente sus dos manos para evitar los golpes de su enemigo; Germain pudo desasirse de la mortal mano del Esqueleto y medio levantarse.

---Pero que es lo que hay? á quien ataca, pues, este bandido? gritó el Cojo-gordo, y avalanzándose al Choro, trató de cogerle los brazos por detras, mientras que este hacia violentos esfuerzos para mantener al Esqueleto sobre el banco.

El defensor de Germain respondió al ataque del Cojo-gordo con una especie de patada tan violenta que lo tiró rodando hasta la estremidad del círculo formado por los presos.

Germain con una palidez livida y amoratada, medio sofocado, de rodillas junto al banco, parecia no saber lo que pasaba á su alrededor. La estrangulacion habia sido tan violenta y tan dolorosa que apenas respiraba.

Despues de su primer aturdimiento, el Esqueleto, con un esfuerzo desesperado, logró desembarazarse del Choro y ponerse en pié.

Jadeando, fuera de si por la rabia y el odio, estaba espantoso....

Su cara cadavérica chorreaba sangre, su labio superior, arremangado como el de un lobo furioso, dejaba ver sus dientes apretados unos contra otros.

En fin gritó con voz palpitante de cólera y de fatiga, porque su lucha contra el Choro habia sido violenta:

---Tajad pues...á ese facineroso...hato de collones...que me coge á traicion...si no el *soplon* se me va á escapar.

Durante esta especie de tregua, el Choro, levantando á Germain medio desmayado, habia muy habilmente maniobrado para acercarse poco á poco al ángulo de una pared donde puso á su protegido.

Aprovechándose de esta excelente posicion de defensa, el Choro podia entonces, sin temor de ser atacado por la espalda, sostenerse por mucho tiempo contra los presos, á quienes el valor y la fuerza hercúlea que acababa de desplegar imponian mucho.

Pica-vinagre, espantado, desapareció durante el tumulto, sin que se notase su ausencia.

Viendo titubear á la mayor parte de los presos, el Esqueleto gritó:

---Acá pues....majemos á los dos....al gordo y al chico.

---Ten cuidado, respondió el Choro preparándose al combate, las dos manos delante y bien plantado sobre sus robustas ancas.

---Cuidado, Esqueleto. Si quieres hacer otra vez el Corta-en-dos..., yo haré como Cartucho, te degollaré....

---Echadsele pues encima, gritó el Cojo-gordo levantándose:--Por qué este enrabiado defiende al *soplon*?....Muera! el *soplon*....y él tambien. Si defiende á Germain, es un traidor.

---Sí.... Sí ...

---Muera el *soplon*...

---Muera.

---Si, muera el traidor.... que lo sostiene.

Tales fueron las voces de los presos mas endurcidos.

Un partido mas compasivo gritó:

---No, que hable antes...

---Sí, que se explique.

---No se mata á un hombre sin escucharle.

---Y sin defensa...

---Seria preciso ser verdadero Corta-en-dos!

---Tanto mejor! repusieron el Cojo-gordo y los partidarios del Esqueleto.

---Nunca se hace mucho á un *soplon!*

---Muera!

---Embistámosle!....

---Sostengamos al Esqueleto.

---Si, sí...tremolina para la gorra azul...

---No... sostengamos la gorra azul.... tremolina para el Esqueleto, respondió el partido del Choro.

---No....muera la gorra azul.....

---Muera el Esqueleto.....

---Bravo, muchachos míos....gritó el Choro dirigiéndose á los presos que se colocaban á su lado.---Teneis corazon....no quereis asesinar á un hombre medio muerto....solo los cobardes son capaces de eso.....Al Esqueleto no se le da cuidado...está condenado de antemano.....por eso es por lo que os incita....Pero si ayudais á matar á Germain, seréis duramente castigados. Además, propongo otra cosa....el Esqueleto quiere acabar á este pobre jóven....pues bien, que venga á quitarme, si tiene copete para ello.....será cosa de nosotros dos; nos entenderémos y se verá....pero no se atreve, es como Corta-en-dos, fuerte con los débiles....

El vigor, la energia, la tosea figura del Choro debian tener una poderosa accion sobre los presos; asi un gran número de ellos se colocaron á su lado rodearon á Germain; el partido del Esqueleto se agrupó al rededor de este facineroso.

Una sangrienta refriega iba á trabarse, cuando se oyó en el patio el paso sonoro y acompasado del piquete de infanteria que siempre habia de guardia en la cárcel.

Pica-vinagre, aprovechándose de la bulla y de la agitacion general, habia ganado el patio y fué á llamar al postigo de la puerta de entrada á fin de advertir á los vigilantes de lo que pasaba en el calefactorio.

La llegada de los soldados puso fin á esta escena.

Germain, el Esqueleto y el Choro fueron conducidos á la presencia del director de la Fuerza. El primero debia presentarse en queja, los otros dos responder á una acusacion de riña en el interior de la carcel.

El terror y el padecimiento de Germain habian sido tan vivos, su debilidad tan grande, que le fué preciso apoyarse sobre los vigilantes para llegar hasta una habitacion vecina al despacho del director, donde se le conducia. Allí se encontró mal, su garganta, escoriada, tenia la señal livida y sangrienta de los dedos de hierro del Esqueleto. Con algunos instantes mas, el novio de Rigollette hubiera sido ahogado.

El vigilante encargado en cuidar del locutorio, y que, como ya hemos dicho, se habia siempre interesado por Germain, le dió los primeros auxilios.

Cuando este volvió en sí, cuando la reflexion sucedió á las agitaciones rápidas y terribles que apenas le habian dejado el ejercicio de su razon, su primer pensamiento fué en su salvador.

---Gracias por vuestros buenos servicios, dijo al vigilante, á no ser por este valeroso hombre, era perdido.

---Como os encontráis?

---Mejor....Ah! todo lo que acaba de pasar me

parece un sueño horrible....

---Reponaos....

---Y el que me ha salvado, donde está?

---En el despacho del director. Le está contando como fué la riña.... Parece que á no ser por él....

---Me hubiera matado.... Oh!.. decidme su nombre... Quien es!

---Su nombre... no lo sé, le llaman el Choro; es un presidiario antiguo....

---Y el crimen que lo trae aquí.... no es grave, quizá?

---Muy grave... robo con fractura, de noche....en una casa habitada, dijo el vigilante.---Probablemente tendrá la misma dosis que Pica-vinagre: quince ó veinte años de trabajos forzados y la esposicion, por la reincidencia,

Germain se estremeció: hubiera preferido estar ligado por el reconocimiento á un hombre menos criminal,

---Ah!...eso es horroroso....dijo él.---Y ese hombre, sin conocerme tomó mi defensa. Tanto valor, tanta generosidad.....

---Que quereis, algunas veces hay todavia algo bueno en esas personas....Lo importante es que os habeis salvado; mañana tendreis vuestro cuarto de á doblon, y por esta noche dormireis en la enfermeria, segun órden del director. Vamos, ánimo....El mal tiempo ha pasado, cuando vuestra linda visitadorcita venga á veros podreis tranquilizarla, porque, ya en el cuarto, no tendreis nada que temer....Solamente hareis bien, segun creo, en no hablarle de la escena de ahora poco. Se pondria mala de miedo.

---Oh! no sin duda, no le hablaré de ello; pero quisiera sin embargo dar las gracias á mi defensor....Por culpable que sea á los ojos de la ley,

no por eso ha dejado de salvarme la vida.

---Mirad, justamente lo oigo salir del despacho del señor director, que va ahora á interrogar al Esqueleto; los tengo que conducir luego, al Esqueleto al calabozo, y al Choro á la Cueva de los Leones. Será un poco recompensado de lo que ha hecho por vos, porque como es un mozo sólido y determinado tal como se necesita para gobernar á los otros, es probable que reemplazará al Esqueleto como preboste.

Habiendo el Choro atravesado un pequeño corredor al cual daba una puerta del despacho del director, entró en el cuarto donde estaba Germain.

---Esperadme aqui, dijo el vigilante al Choro; voy á saber lo que el señor director decide acerca del Esqueleto, y volveré por vos.... Aqui está nuestro jóven enteramente repuesto; quiere daros las gracias, y no falta motivo, pues á no ser por vos lo hubiera pasado mal.

Se fué el vigilante.

La fisonomía del Choro estaba radiosa. Se adelantó diciendo con alegría:

---Mil rayos! que contento estoy! que contento estoy por haberos salvado! Y dió la mano á Germain.

Este, por un sentimiento de repulsion involuntario, retrocedió primero ligeramente, en vez de tomar la mano que el Choro le ofrecia; luego, acordándose que debía la vida á este hombre, quiso reparar este primer movimiento de repugnancia.

Pero habiendolo notado el Choro, sus facciones se sombrearon, y retrocediendo, á su vez, dijo con amarga tristeza:

---Ah! es justo.... Perdonad....

—No, yo soy el que os debo pedir perdon... No soy un preso como vos? No debo pensar sino en el servicio que me habeis prestado y me habeis salvado la vida. Vuestra mano.... os lo suplico.... por favor.... vuestra mano.

—Gracias.... ahora es inútil.... El primer movimiento es todo... Si me hubieseis desde luego dado vuestra mano, hubiera tenido un placer... pero, reflexionando en ello, no debo querer ya... No porque sea un preso como vos, sino, añadió con aire sombrío y vacilante, porque antes de estar aquí.... he sido....

—El vigilante me lo ha dicho todo, repuso Germain interrumpiéndole; pero me habeis salvado la vida.

—No he hecho mas que mi deber y mi gusto, porque sé quien sois... señor Germain.

—Me conoceis?....

—Un poco, sobrino mio, os responderia, si fuese tio vuestro! dijo el Choro recobrando su tono de indiferencia habitual, y vos hariais, pardiez! muy mal en atribuir al acaso mi venida á la carcel... Si no me hallase aquí no os hubiera conocido...

Germain miró al Choro con profunda sorpresa

—Como?...es porque me habeis conocido...

—Por lo que estoy aquí....preso en la Fuerza.....

—Quisiera creeros...pero...

—Pero no me creéis.....

—Quiero decir que me es imposible comprender como es que sea yo causa de vuestra prision.

—Lo sois todo.

—Tendria esa desgracia?....

—Una desgracia!...por el contrario...yo soy quien os la debo y muy dura ademas!

—A mí!...me debeis....

—Un buen regalo por haberme proporcionado la ventaja de dar una vuelta por la Fuerza...

—En verdad, dijo Germain pasándose la mano por la frente, no se si el terrible sacudimiento de ahora poco debilita mi razon, pero me es imposible comprenderos.... El vigilante acaba de decirme que estabais aquí como acusado de... de...

Y Germain titubeaba.

—De robo... pardiez!...vaya pues...sí, de robo con fractura...con escalamiento...y de noche, exclamó el Choro riéndose á cercajadas.

Germain penosamente conmovido con el cinismo audaz del Choro, no pudo dejar de decirle:

---Como...vos, vos tan valiente...tan generoso, hablais así?...no sabeis á que terrible castigo estais espuesto?

---Veinte años de presidio y la argolla!...vaya....Soy un malvado, un calavera eh? hacer esas cosas! Pero que quereis? ya una vez allí....Y decís sin embargo que sois vos, señor Germain, añadió el Choro dando un enorme suspiro, con aire ridiculamente contento, que vos sois la causa de mi desgracia?...

---Cuando os expliqueis mas claramente, os entenderé..... Burlaos cuanto gustéis, mi reconocimiento por el servicio que me habeis hecho no será por eso menos sincero, dijo Germain tristemente.

---Perdonad, señor Germain, respondió el Choro poniéndose serio, supuesto que no os gusta verme reir de esto....no hablemos mas de ello. Es menester que me distraiga con vos, que os escite de nuevo á darme otra vez la mano.

---No lo dudo; porque á pesar del crimen de que se os acusa, y de que os acusais vos mismo, to-

do en vos anuncia valor, franqueza. Estoy seguro que se sospecha injustamente de vos... graves apariencias quizá os comprometen... y esto es todo...

---Oh! en cuanto á eso, os engañais, señor Germain, dijo el Choro tan seriamente esta vez, y con tal agento de sinceridad, que Germain debió creerlo.---A fe de hombre, tan verdad como tengo un protector (el Choro se quitó la gorra) que es para mí lo que Dios es para los buenos sacerdotes, robé por la noche forzando un cerrojo, fui detenido de allí á poco, y todavia con todo lo que acababa de tomar...

---Pero la necesidad...el hambre...os llevarian quizá á ese extremo.

--El hambre?...Cuando me prendieron tenia 120 francos....esto de un billete de 1.000 francos... sin contar con que el protector de que os hablo, y que, por mas señas no sabe que estoy aqui, no dejará nunca que me falte nada...Pero pues os he hablado de mi protector, debeis creer que esto viene á ser serio, porque, ya lo veis, esto es ponerse de rodillas delante.... Asi, mirad... la lluvia de puñetazos con que he tamborileado al Esqueleto....es una manera suya que he copiado al natural...La idea del robo ... por causa de él me ha ocurrido...En fin, si estais aqui en vez de haber sido ahogado por el Esqueleto, es menester tambien darle las gracias á él...

--Pero ese protector?...

---Lo es tambien vuestro.

---Mio?

---Si...Mr. Rodolfo os protege...Cuando digo monsieur...es monseñor...como deberia decir.... porque es á lo menos un principe...pero tengo la costumbre de llamarle Mr. Rodolfo, y él me lo permite.

---Os engañais, dijo Germain cada vez mas sorprendido, no conozco ningun Principe...

---Si, pero él os conoce...no lo dudeis. Es posible, ese es su modo, sabe que hay un hombre honrado que está padeciendo, chas, el valiente hombre es al momento amparado y ni visto ni sabido, la felicidad le cae de las nubes como una teja sobre la cabeza. Así, paciencia, un dia ú otro recibireis vuestra teja...

---Es verdad, lo que me decis me confunde.

---Sabreis muchas otras. Pero volviendo á mi protector, hace algun tiempo, despues de un servicio que el suponía que yo le habia hecho, me proporcionó una posicion soberbia: no necesito deciros cual, seria muy largo, en fin me envió á Marsella para embarcarme é ir á Argel á ocupar un soberbio puesto....Salgo de Paris... contento como un miserable; bueno, però pronto cambia esto...Una suposicion: sentemos que salí con un bello sol, no es así? pues bien! el dia siguiente, he aqui que el tiempo se descompone; al otro dia se pone oscuro, y así en seguida cada vez mas sombrío á medida que me alejaba, hasta que en fin se pone negro como el diablo....Comprendeis?

---Nada absolutamente.

---Pues bien! veamos... habeis tenido perro?

—Que pregunta tan singular!

—Habeis tenido algun perro que os quisiese mucho, y se hubiese perdido?

—No.

—Entonces os diré lisamente que ya léjos de Mr. Rodolfo, estaba inquieto, azorado, aburrido como un perro que hubiera perdido á su amo... Esto era bestial, pero los perros son tambien bestias, lo cual no les impide ser cariñosos y acor-

darse al menos tanto de los buenos bocados, como de los palos que se les dan; y Mr. Rodolfo me dió mas que buenos bocados, porque ya lo veis, para mí Mr. Rodolfo lo es todo. De un malvado, pillo, brutal, salvaje y camorrista, ha hecho una especie de hombre honrado, diciendome solamente dos palabras... Pero estas dos palabras son como la magia...

—Y esas palabras, cuales son? Que os dijo?

--Me dijo que yo tenia *ánimo y honor*, aunque he estado en presidio no por haber robado... es verdad....oh! eso, nunca.....sino por lo que es peor...quizá...por haber matado...Si, dijo el Choro con voz triste, sí, matado....en un momento de cólera...porque, de otra manera, criado como una bestia, ó mas bien como un hongo, sin padre ni madre, abandonado en el pavimento de Paris, no conocia ni á Dios ni al diablo, ni bien ni mal, ni fuerte ni débil...Algunas veces la sangre se subia á los ojos...veía rojo....y si tenia un cuchillo en la mano mataba....venia á ser un lobo, que!....No podia reunirme con otros que con miserables y facinerosos; y ni aun me ponía una gaza en el sombrero; era menester vivir en el fango...ni aun advertia que me hallaba allí...Pero cuando Mr. Rodolfo me dijo que, pues, á pesar de la miseria de todo el mundo en vez de robar como otros, preferia trabajar cuanto era dable en lo cual demostraba que aun tenia corazon y honor....voto á brios!....ya veis. estas dos palabras me hicieron el mismo efecto que si me hubiese asido por el pelo para llevarme á mil pies en el aire sobre la canalla y mostrarme en que crápula vivia....Como era justo, dije gracias! y tuve bastante con eso. Entonces el corazon me latió de otro modo que de cólera, y juré conservar siempre el honor de que

me hablaba Mr. Rodolfo.... Veis, señor Germain, diciéndome con bondad que no era tan male como yo me creia, Mr. Rodolfo me animó, y, gracias á él, he llegado á ser mejor de lo que era...

Oyendo este language, Germain comprendia cada vez menos que el Choro hubiese cometido el robo de que se le acusaba.



CAPITULO XXIV.



SOLTURA.

No, pensaba Germain, es imposible, este hombre que se exalta así á las solas palabras de *honor* y de *corazon*, no puede haber cometido el robo de que habla con tanto cinismo.

El Choro continuó, sin notar el pasmo de Germain.

---Finalmente, lo que hace que yo sea para Mr. Rodolfo como un perro para su amo, es que me ha elevado á mis propios ojos. Antes de conocerle, todas mis sensaciones estaban en la piel; pero el me ha movido por dentro...y bien á fondo....Vaya....Ya lejos de el y del lugar que habitaba, me encontré como un cuerpo sin alma. A medida que me alejaba, me decía yo:—Pasa una vida tan divertida! se mezcla con tan grandes canallas que arriesga su pellejo veinte veces al dia... y en una de estas circunstancias es en la que podría yo hacer el perro para defender á mi amo, porque tengo buena boca....Pero, por otro lado me dijo: Es menester, muchacho mio, haceros útil pa-

ra los demas; id donde podais servir de alguna cosa.—Yo, tenia buena gana de responderle:—Para mí no hay otros á quien servir sino á vos, Mr. Rodolfo.—Pero no me atreví. Me decia él:—Anda....andaba....y he hecho todo lo que he podido. Pero, voto á brios! cuando fué preciso subir en el carruage, dejar á Francia, y poner la mar entre mí y Mr. Rodolfo....sin esperanza de volverlo á ver mas....en verdad, no tuve valor para ello. Habia hecho decir á su corresponsal que me diese todo el dinero que yo quisiese cuando me embarcase. Fui á ver á este señor. Le dije:—Imposible por el cuarto de hora, mejor quiero el suelo de las vacas....dadme con que hacer mi viage á pié....tengo buenas piernas, vuelvo á Paris....no puedo estar aquí....Mr. Rodolfo dirá lo que quiera, se enfadará, no querrá verme mas... es posiblePero lo veré, pero estaré donde él está...y si continua la vida que pasa.... tarde ó temprano llegará quizá á tiempo para ponerme entre una puñalada y él....y luego en fin no puedo irme tan lejos de él....Conozco que no sé que diablo me atrae hacia el lado en que él está... Finalmente, me da con que hacer mi viage.... Llego á Paris....no me enfurruño por pocas cosas....pero ya de vuelta...he aquí que el miedo me acosa....Que es lo que podré decir á Mr. Rodolfo para escusarme de haber vuelto sin su permiso?...Vaya! ademas...no me comerá...será lo que será...Me fui á ver á su amigo....uno gordo muy calvo...Mil rayos!...cuando Mr. Murph entró....dije: *Mi suerte va á decidirse*....me senti la garganta seca...mi corazon me tamborileaba...Me esperaba una linda riña...Ah! bien, sí! el digno hombre me recibe....como si me hubiese dejado el dia antes.... Me dijo que Mr. Rodolfo, lejos

de estar enojado, queria verme inmediatamente... En efecto....me hace entrar en casa de mi protector....cuando me volví á hallar cara á cara con él...él que tiene tan buenos puños....y un corazón tan bueno....él que es terrible como un leon y suave como un niño....él que es un principe, y se ha puesto una blusa como yo....para tener la eircunstancia (que yo bendigo) de largarme un chubasco de puñetazos, en que no ví mas que fuego....mirad, señor Germain, al pensar en todas las prendas que posee me sentí trastornado..... lloré como un niño....Y bien! en lugar de reñirme de ello...porque podeis figuraros como pondré mi cara cuando lloriqueo....Mr. Rodolfo me dijo seriamente:

—Estais ya de vuelta, muchacho?

—Sí, señor Rodolfo; perdonad si he hecho mal, pero no podia estar allí...Hacedme un nido en un rincon de vuestro patio, dadme la pitanza ó dejadmela ganar aqui, esto es todo lo que os pido, y sobre todo no os incomodeis porque haya vuelto.

—Me alegro mucho, muchacho, de que hayais vuelto á tiempo para hacerme un servicio.

—Yo, señor Rodolfo? seria posible? Pues bien! ya veis que es preciso, que haga alguna cosa.... en el momento en que teneis necesidad de mí; y que es pues lo que puedo hacer por vos, señor Rodolfo? picar una cabeza desde lo alto de las torres de Nuestra Señora?

—Menos que eso, muchacho....Un honrado y escelente jóven por quien me intereso como por un hijo, está injustamente acusado de robo, y detenido en la Fuerza; se llama Germain, tiene un carácter amable y tímido; los malvados con quienes está preso le han tomado aversion, puede cor-

rer grande riesgo; vos que habeis conocido la vida de la cárcel y un gran número de presos, no podriais, en el caso de que algunos de vuestros antiguos camaradas estuviesen en la Fuerza y se hallase medio de saberlo, no podriais ir á verlos, y con promesas de dinero que se cumplirian, comprometerlos á proteger á ese desgraciado jóven?

—Pero quien es, pues, el hombre generoso y desconocido que toma tanto interés en mi suerte? dijo Germain cada vez mas pasmado.

—Lo sabreis quizá; en cuanto á mí, lo ignoro. Pero volviendo á mi conversacion con Mr. Rodolfo, mientras que me hablaba, me ocurrió una idea, pero una idea tan rara, que no pude dejar de reirme delante de él.

—Que teneis, muchacho? me dijo.

—Vaya, Mr. Rodolfo, me rio porque estoy contento, y estoy contento porque he hallado el medio de poner á vuestro Germain al abrigo de un mal golpe de los presos, darle un protector que lo defienda á lo calavera; porque una vez puesto el jóven debajo del ala del mozo de que os hablo, no habrá alli uno que se atreva á ir á mirarlo, con malos ojos.

—Muy bien, muchacho; será sin duda alguno de vuestros antiguos amigos?

—Justamente, señor Rodolfo, está detenido en la Fuerza hace algunos dias, supe esto cuando llegué, pero se necesita dinero.

—Quanto se necesita?

—Un billete de mil francos.

—Aqui está.

—Gracias, señor Rodolfo; de aqui á dos dias tendreis noticias mias; servidor vuestro, señores. Rayos!.. el rey no era mi amo, podia servir á Mr.

Rodolfo pasando por vos...esto era famoso.

—Comienzo á comprender...ó mas bien, Dios mio!..tiemblo de comprender este arcano, exclamó Germain; semejante sacrificio seria posible!... para venir á protegerme, á defenderme en esta cárcel, habeis quizá cometido un robo? Oh! eso seria un remordimiento para toda mi vida.

—Advertencia...Mr. Rodolfo me dijo que tenia ánimo y honor; estas palabras...son mi ley, sabedlo...y podrá volvermelas á decir: porque si no soy mejor que en tiempos pasados, al menos no soy peor...

---Pero ese robo? ese robo? Si no lo habeis cometido, como estais aqui?

---Atended pues. He aquí la farsa: con los mil francos compré una peluca negra, me afeité las patillas, me puse una almohadilla en las espaldas, fui inmediatamente á buscar una ó dos habitaciones que alquilar, en un barrio bien concurrido. Hallo mi avio en la calle de Provenza, pago un plazo adelantado bajo el nombre de Gregoire. El dia siguiente compré en el Temple lo necesario para amueblar las dos habitaciones, siempre con mi peluca negra, mi giba y mis gafas azules, á fin de que se me conociese bien....envio los efectos á la calle de Provenza, y además seis cubiertos de plata que compré en el baluarte de San Dionisio, siempre con mi disfraz de jorobado.

Vuelvo á arreglarlo todo en mi habitacion. Dije al portero que no dormiria allí hasta el dia siguiente y me llevé la llave. Las ventanas de las dos habitaciones estaban cerradas con fuertes postigos. Antes de salir dejé espresamente uno sin echarle el pestillo por dentro. Llegada la noche, me quité mi peluca, mis gafas, mi joroba y el vestido con que habia hecho mis compras y al-

quilado mi habitacion: pongo todo esto en un baul que envio á Mr. Murph, el amigo de Mr. Rodolfo, suplicándole guardase aquellos avios; compro esta blusa, el gorro azul que veis, una barra de hierro de dos pies de largo, y á la una de la noche voy á corretear á la calle de Provenza, delante de mi habitacion, esperando el momento en que pasase una patrulla para darme prisa á robarme, á escalarme y á fraccionarme yo mismo á fin de hacerme prender.

El Choro no pudo dejar de echarse á reir á carcajadas.

---Ah! comprendo....esclamó Germain.

---Pero vais á ver si tengo mala suerte, no pasaba patrulla ninguna!...Veinte veces hubiera podido desbaliarme á mi placer. En fin, á eso de las dos, oigo pisadas al fin de la calle; acabo de abrir mis postigos, rompo dos ó tres cristales para hacer un cipizape del infierno, empujo la ventana, salto á la habitacion, agarro la caja de plata labrada...algunos trastos. Afortunadamente la patrulla habia oido el sonido de los cristales, porque, en el acto de salir por la ventana, fui cogido por la guardia que, al ruido de los vidrios rotos, habia tomado el paso de carrera.

Llaman; abre el portero; van á buscar al comisario; llega este; el portero dice que las dos habitaciones habian sido alquiladas el dia anterior por un señor jorobado, con pelo negro y gafas azules, y que se llamaba Gregoire. Tenia yo la cabellera que veis, abria el ojo como una liebre, estaba derecho como un ruso con arma al hombro, no podia tenerseme por el jorobado de gafas azules y pelo negro. Lo confieso todo, se me prende, se me lleva al depósito, del depósito á

este sitio y llego al buen momento de sacar de las garras del Esqueleto al jóven de quien Mr. Rodolfo me dijo: *Me intereso por él como por un hijo.*

—Ah! cuanto os debo.....por tan grande sacrificio! exclamó Germain.

—No es á mí..... á Mr. Rodolfo es á quien lo debeis....

—Pero la causa de interesarse por mi?

—El os la dirá, á menos que no os la diga; porque muchas veces se contenta con hacer bien.... y si teneis la humorada de preguntarle porque, no se cuida de responderos:

---Y Mr. Rodolfo sabe que estais aqui?

---No soy tan tonto que le habia de decir mi idea, pues no me hubiera permitido...esta farsa.. y, sin vanagloriarme, eh! no es famosa?

---Pero cuantos riesgos habeis corrido....y correis aun!....

---Que es lo que arriesgaba? no ser conducido á la Fuerza donde estabais...es verdad?...Pero contaba con la proteccion de Mr. Rodolfo para hacerme cambiar de prision y reunirme con vos; un señor como él puede todo esto. Y una vez encerrado, le gustará mucho que os sirva de alguna cosa.

---Pero en el dia de vuestro juicio?

---Bueno! suplicaré á Mr. Murph que me envíe la maleta; me pondré delante del juez mi peluca negra, mis gafas azules, mi joroba, y volveré á ser Mr. Gregoire para el portero que me alquiló la habitacion, para los tenderos que me vendieron, pero este es el robado.....Si quieren volver á ver al ladron, dejaré mi disfraz, y será claro como el dia que el ladron y el robado son, en totalidad, el Choro, ni mas ni menos. En-

tonces que diablós quereis que me hagan, cuando se pruebe que yo me robaba á mí mismo?

---En efecto, dijo Germain.—Pero pues tomáis tanto interes por mí, por qué no me dijisteis nada al entrar en la cárcel?

—Supe inmediatamente la trama que se habia urdido contra vos; hubiera podido denunciarla antes que Pica-vinagre hubiese comenzado ó concluido su historia; pero denunciar, aunque sea á semejautes bandidos, no me gustaba....mejor quise fiarme de mis puños.....para libraros de las garras del Esqueleto. Y luego, cuando vi á ese facineroso, me dije: Esta es una famosa ocasion de acordarme del chubasco de puñetazos de Mr. Rodolfo, á los cuales debí el honor de conocerle.

—Pero si todos los presos hubieran tomado parte contra vos solo, que hubierais podido hacer?

---Entonces hubiera chillado como un aguila, y pedido socorro! Pero mejor me acomodaba hacerlo por mí mismo, para poder decir á Mr. Rodolfo: Nadie mas que yo se ha mezclado en ello... he defendido y defenderé á vuestro jóven, estad tranquilo.

En este momento el vigilante entró repentinamente en la habitacion.

---Señor Germain, venid pronto, pronto, al despacho del señor director...quiere hablaros ahora mismo. Y vos, Choro, muchacho mio, bajad á la Cueva de los leones... Sereis preboste, si os conviene, porque teneis todo lo que se necesita para desempeñar estas funciones.... y los presos no jugarán con un mozo de vuestra especie.

---Lo mismo vale ser capitan que soldado mientras se está aquí....

---Reusareis todavía mi mano? dijo cordialmente Germain al Choro.

---A fé mia que no,.... señor Germain, á fé mia que no; creo que ahora puedo permitirme este gusto, y os la aprieto de buen corazon.

---Nos volverémos á ver.... porque estoy bajo vuestra proteccion....no tendré nada que temer, y de mi cuarto bajaré todos los dias al patio....

---Estad tranquilo, si quiero no se os hablará sino á cuatro pies....Pero....sabeis escribir....poned en el papel lo que acabo de contaros, y enviad la historia á Mr. Rodolfo; sabrá que no tendrá ya que inquietarse por vos, y que estoy aquí por *buen motivo*, porque si pensase que el Choro habia robado no me convendria.....

---Estad tranquilo.....esta noche misma voy á escribir á mi protector desconocido; mañana me dareis las señas de donde vive, y se mandará la carta. Adios otra vez, gracias, valiente!

---Adios, señor Germain, voy á volver con ese monton de miserables....de que soy preboste.... será preciso que anden derechos, ó si no, cuida-do conmigo.

---Cuando pienso que por causa mia vais á volver á vivir algun tiempo todavia con esos miserables!....

---Que se me da de eso? Ahora no hay riesgo de que descargue sobre mí....Mr. Rodolfo me ha lavado bien....estoy asegurado de incendio!

Y el Choro siguió al vigilante.

Germain entró en el despacho del director.

Cual fué su sorpresa... encontró allí á Rigolette.....

Rigolette, pálida, conmovida, los ojos bañados en lágrimas, y sin embargo riéndose en medio de su llanto....su fisionomia espresaba un sentimiento de alegría, de felicidad inesplicable.

---Tengo una buena noticia que daros, dijo el

director á Germain.—La justicia acaba de declarar que no hay lugar á proseguir contra vos.... de resultas del desestimiento y principalmente de las esplicaciones de la parte civil; recibo la orden de ponerlos inmediatamente en libertad....

---Que decis?....será posible?

Rigolette quiso hablar; su vivísima agitacion se lo impidió; no pudo mas que hacer á Germain una señal afirmativa con la cabeza juntando las manos.

—La señorita ha llegado aquí pocos momentos despues de haber recibido la orden de ponerlos en libertad, añadió el director.—Una carta de muy poderosa recomendacion, que me ha traído, me ha hecho saber el afectuoso interes que ha manifestado por vos durante vuestra permanencia en la cárcel. Con un vivo placer os he mandado llamar, cierto de que sereis muy feliz en dar vuestro brazo á la señorita para salir de aquí.

---Un sueño!....no, esto no es un sueño, dijo Germain. Ah! cuanta bondad....Perdonadme si la sorpresa...la alegría me impiden daros las gracias como debiera....

---Y yo pues, señor Germain, no hallo una palabra que decir, repuso Rigolette; juzgad de mi felicidad: cuando os dejé, hallé al amigo de Mr. Rodolfo que me estaba esperando.

—Todavía Mr. Rodolfo! dijo Germain admirado.

—Sí, ahora se os puede decir todo, sabreis esto; Mr. Murph me dijo pues:—Germain está libre, he aquí una carta para el señor director de la cárcel; cuando llegueis habrá recibido la orden de poner á Germain en libertad y podreis llevaroslo. No podia creer lo que oía, y sin embargo es verdad. Pronto, pronto, tomo un coche de alquiler llego..... y nos está esperando abajo....

.....
Dejamos de pintar el enagenamiento de los dos amantes cuando salieron de la Fuerza, la buena prima noche que pasaron en la habitacion de Rigolette que Germain dejó á las once para ir á un modesto cuarto amueblado.
.....

FIN DE LA SEPTIMA PARTE.

PARTE OCTAVA.



LA CONDESA MAC-GREGOR.

CAPITULO I.



CASTIGO.

CONDUCIREMOS de nuevo al lector á la escribania de Santiago Ferrand.

—Ah! señores, dijo Chalamel asomándose á la ventana.---Vaya! no es un tren lujoso como el del famoso vizconde. Os acordais del flamante Saint-Remy con su cazador recamado de plata y su cochero gordo con pluma blanca. Ahora, es buena mente un coche cualquiera.

—Y quien baja de él?

---Aguardad!....Ah! un ropage negro.

---Una muger! una muger.....oh! vamos á ver...

---Oh! Dios, este muchacho de las diligencias

en indecentemente carnal en su edad; no piensa mas que en las mugeres, será menester concluir por encadenarlo, ó robará Sabinas en medio de la calle, porque como dijo el cisne de Cambray en su *Tratado de Educacion* para el Delfin:

No os fieis del muchacho

Que al bello sexo da un asalto.

—Vaya!...señor Chalamel, decis un traje negro...yo creia....

—Es el señor cura, tonto.... Sírvate esto de ejemplo.

-- El cura de la parroquia? el buen pastor?

---El mismo, señores.

---Ese es un hombre digno.

---No tiene nada de jesuita....

---Lo creo muy bien, y si todos los clérigos se pareciesen á él...no habria mas que personas devotas.

--Silencio! abren el pestillo de la puerta.

--Cuidado!...cuidado!...él es!

Y todos los oficiales, echandose sobre sus carpetas, se pusieron á garabatear con un ardor aparente, haciendo ruidosamente sonar sus plumas en el papel.

La pálida cara del clérigo era á un mismo tiempo amable y grave, inteligente y venerable; su mirada llena de mansedumbre y de serenidad.

Un pequeño solideo tapaba su corona, sus cabellos entrecanos, bastante largos, flotaban sobre el cuello de su balandran.

Nos apresuramos á añadir que, gracias á una confianza de las mas cándidas, este excelente sacerdote habia siempre sido y era todavia juguete de la hábil y profunda hipocresia de Santiago Ferrand.

—Vuestro digno principal...está en su gabinete—

té, hijos míos? preguntó el cura.

—Sí, señor cura, dijo Chalamel levantandose. Y abrió al sacerdote la puerta de una habitacion inmediata á la escribania.

Oyendo hablar con cierta vehemencia en el gabinete de Santiago Ferrand, el cura, no queriendo escuchar á pesar suyo, fué rápidamente á la puerta y llamó.

---Entrad, dijo una voz con acento italiano muy marcado.

El cura se halló con Polidori y Santiago Ferrand.

Despues de la fuga de Cecily, el escribano se habia puesto desconocido.

Aunque su cara fuese de una flacura espantosa, de una lividez cadavérica, un encarnado febril coloraba sus salientes pómulos; un temblor nervioso, interrumpido á menudo por algunos brinco convulsivos, lo agitaba casi continuamente; sus manos descarnadas estaban secas y ardientes; sus anejas gafas verdes ocultaban sus ojos inyectados de sangre, que brillaban con el fuego sombrío de una fiebre devoradora; esta máscara fatal descubria los estragos de una consuncion sorda é incesante.

La fisonomia de Polidori contrastaba con la del escribano; nada mas amargamente, mas friamente irónico que la espresion de las facciones de este otro malvado; un bosque de cabellos bermejos, mezclados con algunos mechones argentados, coronaba su frente descolorida y arrugada; sus ojos penetrantes, trasparentes y verdes como el verde-mar, estaban muy unidos á su encorbada nariz; su boca, de labios delgados, recojidos, espresaba el sarcasmo y la malignidad. Polidori, completamente vestido de negro, estaba sentado jun-

to al bufete de Santiago Ferrand.

Al ver al cura, se levantaron.

---Y bien! como seguis, mi digno señor Ferrand? dijo el cura con solicitud, os hallais algo mejor?

---Sigo en el mismo estado, señor cura: la fiebre no me deja, respondió el escribano; el desvelo me mata....Hágase la voluntad de Dios.

---Veis, señor cura, añadió Polidori con compuncion, que piadosa conformidad! Mi pobre amigo siempre el mismo; no halla consuelo á sus males sino en el bien que hace....

---No merezco esas alabanzas, tened á bien dispensarme de ellas, dijo secamente el escribano disimulando con mucho trabajo un resentimiento de cólera y de odio comprimido. Solo al Señor pertenece apreciar el bien ó el mal, no soy mas que un miserable pecador...

---Todos somos pecadores, repuso dulcemente el cura; pero no todos tenemos la caridad que os distingue, mi respetable amigo. Son bien raros los que, como vos, se desprenden de los bienes terrestres para pensar en emplearlos durante su vida de un modo tan cristiano...Persistis siempre en dejar vuestro cargo á fin de entregaros mas santamente á las prácticas religiosas?

--Desde antes de ayer, está vendida mi escribania, señor cura; algunas concesiones me han permitido realizar su valor al contado, cosa bien rara; esta suma, añadida á otras, me servirá para fundar el establecimiento de que os he hablado, y cuyo plan, que he arreglado definitivamente, os voy á someter...

--Ah! mi digno amigo! dijo el cura con una profunda y santa admiracion: hacer tanto bien... tan sencillamente...y, puedo decirlo, tan naturalmente!....Os lo repito, las personas como vos son

raras, no hay bastantes bendiciones para ellas.

—Es que muy pocas personas reúnen, como Santiago, la riqueza á la piedad, la inteligencia á la caridad, dijo Polidori, con una sonrisa irónica que se escapó al buen sacerdote.

A este nuevo y sarcástico elogio, la mano del escribano se crispó involuntariamente; lanzó, por debajo de sus gafas, una mirada de rabia infernal á Polidori.

—Veis, señor cura, se apresuró á decir el *amigo íntimo* de Santiago Ferrand; siempre estos repullos nerviosos, y no quiere hacer nada... Me desazona... es su propio verdugo.... Si; tendré valor de decirlo delante del señor cura, tú eres tu verdugo, pobre amigo mio.....

A estas palabras de Polidori, el escribano se estremeció mas convulsivamente, pero se calmó.

Un hombre menos sencillo que el cura hubiera notado durante esta conversacion, y principalmente mientras la que va á seguir, el acento comprimido y airado de Santiago Ferrand; porque es inútil decir que una voluntad superior á la suya, que la voluntad de Rodolfo, en una palabra, imponia á este hombre palabras y actos diametralmente opuestos á su verdadero carácter.

Asi, algunas veces fuera de sus casillas, el escribano parecia vacilar en obedecer á aquella todopoderosa é invisible autoridad; pero una mirada de Polidori ponía término á esta indecision; entonces, concentrando con un suspiro de furor los mas violentos sentimientos, Santiago Ferrand sufría el yugo que no podia romper.

—Ay! señor cura, repuso Polidori que parecia tomar la tarea de atormentar á su cómplice, como se dice vulgarmente, á *alflerazos*, mi pobre amigo descuida mucho su salud.... decidle pues

conmigo, que se sangre, sino por él, por sus amigos, á lo menos por los desgraciados de quienes es la esperanza y el apoyo...

—Basta....basta....mormuró el escribano con voz apagada.

—No, esto no basta, dijo el cura con emocion, nunca estará de mas repetiros que no os perteneceis, y que es malo descuidar asi vuestra salud. En diez años que hace que os conozco, no os he visto nunca malo; pero de cerca de un mes á esta parte no estais conocido. Me hace tanto mas efecto la alteracion de vuestras facciones, porque he estado algun tiempo sin veros. Asi, en nuestra primera visita, no pude ocultaros mi sorpresa; pero el cambio que noto en vos desde algunos dias es mucho mas grave; desmejorais visiblemente, me inquietais de veras.... Os lo suplico encarecidamente, mi digno amigo, pensad en vuestra salud....

—Estoy muy reconocido por el interes que tomáis por mí, señor cura, pero os aseguro que mi estado no es tan alarmante como creéis.

---Pues te obstinas asi, repuso Polidori, voy á decirselo todo al señor cura; te ama, te estima, te honra mucho; que será pues cuando sepa tus nuevos méritos? cuando sepa la verdadera causa de tu deterioro?

---Qué mas hay?

---Señor cura, dijo el escribano con impaciencia, os he suplicado tuvieseis la bondad de venir á visitarme para comunicaros proyectos de una alta importancia, y no para oirme ridículamente alabar por *mi amigo*.

---Sabes, Santiago, que de mí es preciso que te conformes á oirlo todo, dijo Polidori mirando fijamente al escribano.

Este bajó los ojos y se calló.

Polidori continuó:

—Habeis quizá notado, señor cura, que los primeros síntomas de la enfermedad nerviosa de Santiago Ferrand tuvieron lugar poco despues del abominable escándalo que Luisa Morel causó en esta casa.

El escribano se estremeció.

—Sabeis el crimen de esa desgraciada muchacha? preguntó el cura admirado.—Creia que no habiais llegado á Paris hasta pocos dias ha.

—Sin duda, señor cura; pero Santiago me lo ha contado todo, como á su amigo, como á su médico, porque atribuye casi á la indignacion que le hizo experimentar el crimen de Luisa el sacudimiento nervioso que siente hoy.... No es nada esto aun, mi pobre amigo debia, ay! sufrir nuevos golpes, que han, ya veis, alterado su salud... una criada antigua, que habia muchos años estaba ligada á él con el reconocimiento....

—Mad. Seraphin? dijo el cura, interrumpiendo á Polidori, he sabido la muerte de esa infeliz, ahogada por imprudencia, y comprendo la pena de Mr. Ferrand; no se olvidan así diez años de buenos servicios.... semejantes penas honran tanto al amo como al criado.....

—Señor cura, dijo el escribano, os lo suplico, no hableis mas de mis virtudes.... me confundis... esto me es penoso.

—Y quien ha de hablar de ello? serás tú? repuso afectuosamente Polidori; pero vais á tener que alabarlo mas, señor cura; ignorais quizá cual es la criada que ha reemplazado, en casa de Santiago, á Luisa Morel y á Mad. Seraphin? Ignorais en fin lo que ha hecho por la pobre Cecily..... porque la nueva criada se llamaba Cecily, señor cura.

El escribano, á pesar suyo, dió un brinco en su silla; sus ojos relumbraron debajo de sus gafas, un encarnado ardiente purpuró sus lividas facciones.

---Calla....calla!....gritó medio levantándose.---
Ni una palabra mas, te lo prohibo!....

---Vamos, vamos, calmaos, dijo el cura sonriéndose con mansedumbre, hay alguna otra accion generosa que revelar?...en cuanto á mi apruebo mucho la indiscrecion de vuestro amigo....No conocia, en efecto, á esa criada, porque justamente pocos dias despues de su entrada en casa de vuestro digno Ferrand, que, abrumado de ocupaciones, se vió obligado con gran pesar mio, á interrumpir momentáneamente nuestras relaciones.

---Era para ocultaros la nueva buena obra que meditaba, señor cura; tambien, aunque su modestia se subleve, será menester que me oiga, y vais á saberlo todo, repuso Polidori sonriéndose.

Santiago Ferrand se calló, se echó de codos sobre su bufete y se ocultó la frente con sus manos.



CAPITULO II.



EL BANCO DE LOS POBRES.

IMAGINAOS, pues, señor cura, prosiguió Polidori dirigiéndose al clérigo, pero acentuando, por decirlo así, cada frase con una mirada irónica lanzada á Santiago Ferrand, imaginaos que mi amigo halló en su nueva criada, que ya os lo he dicho se llamaba Cecily, las mejores prendas....una grande modestia....una dulzura angelical....y sobre todo mucha piedad....Hay mas, Santiago, lo sabeis, debe á su larga práctica en negocios una estremada penetración; advirtió bien pronto que esta jóven....porque era jóven y muy guapa, señor cura, que esta jóven y linda muger no estaba hecha al estado de sirviente, y que á principios verdaderamente austeros....reunia una instruccion sólida y conocimientos....muy variados.

---En efecto, eso es extraño, dijo el cura muy interesado.---Ignoraba completamente estas circunstancias....Pero que teneis, mi buen Mr. Ferrand.... parece que padeceis mucho?....

--En efecto, dijo el escribano limpiándose el sudor frio que corría por su frente, porque la violencia que se imponia era atroz, tengo un poco de jaqueca....que se pasará.

Polidori se encogió de hombros sonriéndose.

—Notad, señor cura, añadió este, que Santiago está siempre así cuando se trata de descubrir alguna de sus caridades ocultas; es tan hipócrita respecto al bien que hace! afortunadamente estoy aquí, se le hará brillante justicia. Volvamos á Cecily. A su vez, ella penetró bien pronto la excelencia del corazón de Santiago, y cuando este le preguntó acerca de lo pasado, le confesó ella sencillamente que, estrangera, sin recursos, y reducida, por la mala conducta de su marido, á la condicion mas humilde, había mirado como un aviso del cielo poder entrar en la santa casa de un hombre tan venerable como Mr. Ferrand; á vista de tanta desgracia...resignacion...virtud.....Santiago no titubeo, escribió al pais de esta desgraciada para tener algunas noticias de ella, fueron exactas y confirmaron la realidad de todo lo que ella había referido á nuestro amigo; entonces, seguro de colocar justamente su beneficio, Santiago bendijo como un padre á Cecily....la mandó á su pais con una suma de dinero que le permitía esperar dias mejores y la ocasion de hallar una condicion conveniente. No añadiré una palabra de alabanza á Santiago....los hechos son mas elocuentes.

---Bien, muy bien!...esclamó el cura enternecido.

---Señor cura, dijo Santiago Ferrand con voz apagada y cortada...no quisiera abusar de vuestros preciosos momentos, no hablemos mas de mí, os lo suplico encarecidamente, pero si de mi proyecto para lo que os he suplicado que vengais aquí, y para lo cual he solicitado vuestro benéfico concurso.

---Concibo que las alabanzas de vuestro amigo lastiman vuestra modestia, ocupémonos pues de

vuestras buenas obras, y olvidemos que sois su autor. pero antes hablemos del asunto que me habeis encargado. Segun vuestro deseo, he depositado en en el Banco de Francia, y bajo mi nombre, la suma de cien mil escudos, destinados á la restitution de que sois persona intermedia, y que debe ejecutarse por mis manos....Habeis preferido que este depósito no quedase en vuestra casa, aunque sin embargo hubiera estado, me parece, colocado con tanta seguridad como en el Banco.

---En esto, señor cura, me he conformado con las intenciones del autor desconocido de esta restitution: obra asi para el descanso de su conciencia....Segun sus deseos, he debido confiaros esa suma, y suplicaros la entregaseis á la señora viuda de Fermont... nacida Renneville... (la voz del escribano tembló ligeramente al pronunciar estos nombres) cuando esta señora se presentare en vuestra casa justificando ser ella.

---Cumpliré la comision que me encargais, dijo el clérigo.

---No es esta la última, señor cura.

---Tanto mejor, si las demas se parecen á esta, porque, sin querer inquirir los motivos que la imponen, siempre me interesa; una restitution voluntaria, las sentencias soberanas, que la sola conciencia dicta y que se ejecutan fiel y libremente en su foro interno, son siempre el índice de un arrepentimiento sincero, y no es una espiacion esteril.

—No es asi, señor cura? cien mil escudos restituidos de un golpe, es raro; yo, he sido mas curioso que vos; pero que podia mi curiosidad con la firme discrecion de Santiago? Así, ignoro todavia el nombre del hombre honrado que hacia esta noble restitution.

---Sea el que sea, dijo el cura, estoy cierto de que ocupa un lugar muy elevado en la estimacion de Mr. Ferrand.

---Ese hombre honrado ocupa, en efecto, un lugar muy elevado en mi estimacion, respondió el escribano con una pena mal disimulada.

---Y no es esto todo, señor cura, repuso Polidori mirando á Santiago Ferrand con aire significativo, vais á ver hasta donde llegan los generosos escrúpulos del restituidor desconocido, y si es menester decirlo todo, sospecho mucho que nuestro amigo haya contribuido á despertar esos escrúpulos...y á hallar medio de calmarlos.

---Como es eso? preguntó el cura.

---Que quereis decir? añadió el escribano.

---Y los Morel? esa buena y honrada familia?

—Ah! sí...sí...en efecto...se me olvidaba... dijo Santiago Ferrand con voz apagada.

---Figuraos, señor cura, prosiguió Polidori, que el autor de esa restitution, sin duda aconsejado por Santiago, no contento con volver esta suma considerable, quiere además....pero dejo hablar á mi digno amigo...es un placer que no quiero arrebatarle....

—Os escucho, mi querido Mr. Ferrand, dijo el clérigo.

—Sabeis, repuso Santiago Ferrand con una compuncion hipócrita algo mezclada de movimientos de resistencia involuntaria contra el papel que le estaba impuesto, movimientos que descubrian frecuentemente la alteracion de su voz y la vacilacion de su palabra, sabeis, señor cura, que la mala conducta de Luisa Morel...dió un golpe tan terrible á su padre que se ha vuelto loco...La numerosa familia de este artesano corria riesgo de morir de miseria, privada de su solo sosten. A-

fortunadamente la Providencia vino á su socorro...y...la...persona que hace la restitucion voluntaria de que teneis á bien ser el intermediario, señor cura, ha creido no haber espiado suficientemente un...gran abuso...de confianza...Me preguntó pues si conocia alguna familia interesante que consolar...Debí señalar á su generosidad la familia Morel, y me pidió, dándome los fondos necesarios, que os entregaré ahora, os encargueis de constituir una renta de dos mil francos á nombre de Morel, reversible á su muger y á sus hijos.

---Pero, en verdad, dijo el cura, aceptando esta nueva comision, muy respetable sin duda, me admira no os haya encargado á voz mismo.

---La persona desconocida piensa, y yo participo de esta creencia, que sus buenas obras adquiririan un nuevo precio...serian por decirlo asi santificadas...pasando por manos tan piadosas como las vuestras, señor cura....

---A esto no tengo nada que responder; constituiré la renta de dos mil francos á nombre de Morel, el digno y desgraciado padre de Luisa. Pero creo, como vuestro amigo, que no sois extraño á la resolucion que ha dictado ese nuevo don espiatorio...

---He designado á la familia Morel...nada mas, os suplico que lo creais, señor cura, respondió Santiago Ferrand.

---Ahora, dijo Polidori, vais á ver, señor cura, á que altura de miras filantrópicas se ha elevado mi buen Santiago Ferrand respecto al establecimiento caritativo de que ya hemos hablado; va á leeros el plan que ha arreglado definitivamente; el dinero necesario para la fundacion de las rentas está ahí, en su caja; pero desde ayer le ha ocurrido un escrúpulo, y, si él no se atreve á decirlo, me encargo de ello....

---Es inútil, repuso Santiago Ferrand, que algunas veces queria mejor distraerse con sus propias palabras que verse obligado á sufrir en silencio las alabanzas irónicas de su cómplice.---He aquí el hecho, señor cura...He reflexionado....que sería una humildad...mas cristiana...que este establecimiento...no fuese instituido bajo mi nombre.

Polidori interrumpió al escribano y dijo al cura:

---Vais á ver, señor cura, por la eleccion del director de esta administracion, si Santiago sabe reparar el mal que ha hecho involuntariamente. Sabeis que por un error que deplora, acusó falsamente á su cajero del extravio de una suma que en seguida se encontró.

---Sin duda....

---Pues bien! á ese honrado mozo, llamado Francisco Germain, es á quien Santiago concede la direccion de este banco, con el honorario de 4.000 francos. No es esto admirable...señor cura?

---Nada me admira ya ahora, ó mas bien nada me admira hasta aqui, dijo el clérigo.---La ferviente piedad, las virtudes de nuestro digno amigo debian temprano ó tarde tener semejante resultado...Consagrar todos sus bienes á una institucion tan bella, ah! esto es admirable!

---Mas de un millon, señor cura! dijo Polidori, mas de un millon juntado á fuerza de orden, de economia y de probidad!...Y habia sin embargo miserables capaces de acusar á Santiago de avaricia!...Como, decian ellos, su escribania le produce 50 ó 60.000 francos al año, y vive con privaciones?

---A esos, repuso el clérigo con entusiasmo, responderia yo:---Por espacio de quince años ha vivido como un indigente...á fin de poder un dia consolar magnificamente á los indigentes.

--Pero al menos envanecete y alegrate del bien que haces, exclamó Polidori, dirigiéndose á Santiago Ferrand, que, sombrío, abatido, la mirada fija, parecía absorto en una meditacion profunda.

--Ay! dijo tristemente el clérigo, no es en este mundo donde se recibe la recompensa de tantas virtudes, tiene una ambicion mas elevada.

--Santiago, dijo Polidori tocando ligeramente en el brazo del escribano.

Este se estremeció, se pasó la mano por la frente; luego, dirigiéndose el clérigo, le dijo:

--Perdonad, señor cura, pero pensaba...pensaba en la inmensa estension que podrá tomar este banco de los pobres con la acumulacion de las rentas, si los préstamos de cada año, reembolsados, no los sacan. Al cabo de cuatro años podrá ya hacer por cerca de cincuenta mil escudos de préstamos gratuitos ó sobre prendas...Esto es enorme... enorme...y me felicito de ello, añadió pensando, con una rabia oculta, en el valor del sacrificio que se le imponia.

Santiago Ferrand leyó:

«Se afectará una renta de diez mil francos á los gastos y á la administracion del *Banco de los Trabajadores sin obra*, cuyo director por vida será Francisco Germain, y cuyo vigilante será el portero actual de la casa, llamado Pipelet.

«El señor cura Dumont, á quien se entregarán los fondos necesarios para la fundacion de la obra, establecerá un consejo superior de vigilancia compuesto del alcalde y del juez de paz del distrito, que se agregarán las personas que juzgaren útiles para la proteccion y estension del banco de pobres: porque el fundador se tendrá mil veces por pagado con lo poco que hace, si algunas personas caritativas concurriesen á su obra.

«Se anunciará la apertura de este banco por todos los medios posibles de publicidad...»

«El fundador repite al concluir que no hay que hacer mérito de lo que hace por sus hermanos.

«Su pensamiento no es mas que el eco de este pensamiento divino:

«AMEMONOS UNOS A OTROS.»

---Y vuestro lugar será marcado en el cielo cerca del que pronunció estas palabras inmortales, exclamó el clérigo yendo á estrechar con efusion las manos de Santiago Ferrand en las suyas.

El escribano estaba en pié...

Las fuerzas le faltaban...Sin responder á las felicitaciones del cura, se apresuró á entregarle en bonos del tesoro la considerable suma necesaria para la fundacion de aquella obra, y para la renta de Morel el lapidario.

—Me atrevo á creer, señor cura, dijo en fin Santiago Ferrand, que no reusareis esta nueva comision, confiada á vuestra caridad. Por lo demas un extranjero...llamado sir Walter Murph...que me ha dado algunos consejos... acerca de la redaccion de este proyecto, aligerará algun poco vuestra carga... é irá hoy mismo á hablar con vos de la práctica de la obra y á ponerse á vuestra disposicion, si puede seros útil. Excepto á él, os suplico pues guardéis el mas profundo silencio, señor cura.

---Teneis razon....Dios sabe lo que haceis por vuestros hermanos....Que importa lo demas?.... Todo mi sentimiento es de no poner mas que mi celo en esta noble institucion; será al menos tan ardiente como inagotable es vuestra caridad....Pero que teneis? perdeis el color....Padeceis?

---Un poco, señor cura....Esta larga lectura, la agitacion que me causan vuestras benéficas pa-

labras....la enfermedad que padezco desde algunos dias... Perdonad mi flaqueza, dijo Santiago Ferrand sentándose trabajosamente, esto no tiene nada de grave sin duda, pero estoy aniquilado.

---Quizá hareis bien en meteros en cama? dijo el clérigo con un vivo interes, hacer llamar vuestro médico...

---Yo soy médico, señor cura, dijo Polidori. El estado de Santiago Ferrand necesita gran cuidado, lo asistiré.

El escribano se estremeció.

---Un poco de descanso os restablecerá, lo espero, dijo el cura.---Os deajo; pero antes voy á daros recibo de esta suma.

Mientras que el clérigo escribia el recibo, Santiago Ferrand y Polidori cambiaron una mirada imposible de pintar....

---Vamos, buen ánimo, buena esperanza, dijo el cura entregando el recibo á Santiago Ferrand.--- De aqui á mucho tiempo, Dios no permitirá que uno de sus mejores servidores deje una vida tan útilmente, tan religiosamente empleada...Mañana, volveré á veros....Adios....adios, amigo mio...mi santo y digno amigo....

El cura se fué.

Santiago Ferrand y Polidori se quedaron solos.



CAPITULO III.



LOS COMPLICES.

APENAS se habia ido el cura, cuando Santiago Ferrand lanzó una imprecacion terrible.

Su desesperacion y su rabia comprimidas por tanto tiempo, estallaron con furia; jadeando, la cara contraida, la vista estraviada, andaba á pasos precipitados, yendo y viniendo por su gabinete como una bestia feroz sujeta á su cadena.

Polidori, conservando la mayor calma, observaba atentamente al escribano.

---Rayos y sangre! exclamó en fin Santiago Ferrand con voz en extremo irritada, mi caudal entero gastado en esas estúpidas buenas obras!..... yo que desprecio y execro á los hombres...yo que no he vivido sino para engañarlos y despojarlos... yo fundar establecimientos filantrópicos....forzarme á ello....por medios infernales! pero tu amo es el demonio? exclamó él exasperado, parándose de pronto delante de Polidori.

---Yo no tengo amo, respondió friamente este.---Como tú, tengo un juez....

---Obedecer como un boho las menores órdenes de ese hombre! repuso Santiago Ferrand cuya rabia se aumentaba.---Y este cura....que en mi in-

terior me he burlado de ser como los demas.... juguete de mi hipocresia....cada una de las alabanzas que me daba de buena fé era una puñalada... Y contenerme!....Siempre contenerme!....

---Si no el patibulo....

---Oh! no poder librarse de esta dominacion fatal!....Pero en fin abandono mas de un millon... Si me quedan con esta casa cien mil francos es todo lo mas....Que puede querer todavia?

---Tú no estás al cabo...El príncipe sabe por Badinot que tu testafierro Petit-jean no era mas que el quedaba su nombre para los préstamos usurarios hechos al vizeconde de Saint Remy, que tu (siempre bajo el nombre de Petit-jean) has desollado tan rudamente ademas por sus falsificaciones. Las sumas que Saint-Remy ha pagado le fueron prestadas por una gran señora...probablemente te aguarda todavia una restitution...Pero se aplaza sin duda porque es mas delicado...

---Encadenado....encadenado!....

---Tan sólidamente como con un cable de hierro...

---Tú...mi carcelero....miserable!

---Que quieres?...segun el sistema del príncipe, nada mas lógico: castiga el crimen con el crimen, el cómplice con el cómplice....

---Oh! que rabia!...

---Y por desgracia rabia impotente!.....porque mientras no me haga hacer decir: Santiago Ferraud es libre de dejar su casa...estaré á tu lado, como tu sombra....Escucha pues, así como tu merezo el patibulo...Si falto á las órdenes que he recibido como carcelero tuyo, cae mi cabeza... No podias tener un guarda mas incorruptible... En cuanto á huir los dos....no podriamos dar un paso fuera de aqui sin caer en manos de las personas que vigilan noche y dia á la puerta de es-

ta casa y de la inmediata, nuestra sola salida en caso de escalamiento.....

—Muerte y furia!...lo sé.

—Resignate pues entonces; porque la fuga es imposible....si se lograra, no nos ofrecería sino una especie de salvacion mas que dudosa, la policia nos seguiría los pasos. Al contrario, tú obediendo y yo vigilando la exactitud de tu obediencia, estamos ciertos de que no nos dividan el pescuezo....Lo repito, resignémonos.

—No me exasperes con esa irónica sangre fria... ó bien....

—O bien qué? No te temo, estoy prevenido, estoy armado, y aun cuando hubieses encontrado para matarme el puñal de Cecily....

---Cállate....

---No adelantarias nada...sabe que cada dos horas es menester que de *á quien de derecho* un boletín de tu preciosa salud. ..manera indirecta de tener noticias de nosotros dos...No viendome parecer, se sospecharía de asesinato, serías preso. Y además....mira....te injurio suponiéndote capaz de este crimen. Tu has sacrificado mas de un millon para salvar la vida, y arriesgarás tu cabeza....por el necio y estéril placer de matarme por venganza...Vamos pues, no eres tan bestia para eso.

---Porque sabes que no puedo matarte es por lo que redoblas mis males exasperándolos con tus sarcasmos.

---Tu posicion es tan original....no te ves.... pero, por honor...esto es muy picante.

---Oh desgracia! desgracia inesplicable! á cualquier parte que me vuelvo, ruina, deshonor, la muerte! Y decir que ahora lo que temo mas en el mundo....es la nada!....Maldito sea yo, y tú, en toda la tierra!

--Tu misantropia es mas ancha que tu filantropia. Abraza al mundo....La otra, un distrito de Paris.

—Vaya...burlarte de mí, monstruo...

—Quieres mejor que te confunda á reconven-

—Yo?

—Quién tiene la culpa de que estemos reducidos á esta posicion? tú. Por qué conservar en tu cuello, colgada como una reliquia, aquella carta mia, relativa al asesinato que te valió cien mil escudos, el asesinato que hicimos tan hábilmente pasar por un suicidio?

—Por qué? miserable!.....No te habia dado cincuenta mil francos por tu cooperacion á aquel crimen y por la carta que exiji, bien lo sabes, á fin de tener una garantia contra tí....é impedirte que me desollaras mas adelante amenazándome con que me perderias? Porque asi no podias denunciarme sin entregarte tu mismo. Mi vida y mis bienes estaban pues unidos á esa carta....he aquí porque la llevaba siempre conmigo....

---Es verdad, era hábil por parte tuya, [porque yo no ganaba en denunciarte, sino el placer de ir contigo al patibulo...Y sin embargo tu habilidad nos ha perdido, cuando la mia nos habia hasta aquí asegurado la impunidad del crimen...

---La impunidad...lo ves...

---Quien podía adivinar lo que pasa? Pero, segun la marcha ordinaria de las cosas, nuestro crimen debia estar, y ha estado impune, gracias á mí.

---Gracias á tí....

---Si, cuando saltamos la tapa de los sesos de aquel hombre....querias, tú, contrahacer simplemente su letra y escribir á su hermana que, arruinado completamente, se mataba por desesperacion...

Creías hacer muestras de gran finura no hablando de la carta falsa del depósito que te habia confiado....Esto era absurdo. Siendo conocido el depósito de la hermana de nuestro hombre, hubiera ella necesariamente reclamado. Era preciso pues al contrario, así como lo hicimos, mencionarle el depósito, á fin de que si por acaso habia duda acerca de la realidad del suicidio, fueses tu la última persona de quien se sospechase. Como suponer que, matando á un hombre para apoderarse de una suma que le habia confiado, fueses tan tonto que hablase del depósito en la carta falsa que le atribuíais? Además que sucedió? Se creyó en el suicidio, gracias á tu reputacion de probidad, no pudistes negar el depósito, y se creyó que el hermano se habia matado despues de haber disipado el caudal de su hermana.

—Pero que importa todo esto hoy dia? el crimen está descubierto.

—Y gracias á quien? Era culpa mia que mi carta fuese un arma de dos filos? por qué has sido tan débil, tan tonto para entregar ese arma terrible...á la infernal Cecily?

—Cállate...no pronuncies ese nombre! exclamó Santiago Ferrand con una espresion espantosa.

—En hora buena....no quiero ponerte epiléptico....bien ves que no contando sino con la justicia extraordinaria del que nos tiene en su poder terrible procede de otra manera....

---Oh! lo sé demasiado....

---El cree que cortar la cabeza á los criminales no repara suficientemente el mal que han hecho....Con las pruebas que tiene en su poder, nos entregaba á los dos á los tribunales. Que resultaba de ello? dos cadáveres buenos á lo mas para nutrir la yerba del cementerio.

---Oh! sí...las lágrimas, las angustias, los tormentos son los que necesita ese príncipe...ese demonio...Pero yo no le conozco; pero nunca le he hecho mal. Por qué se encarniza así conmigo?

---Primero quiere enterarse del bien y del mal que se hace á los otros hombres, que él llama naturalmente hermanos suyos...y luego conoce á los que tú has hecho mal, y te castiga á su manera...

---Pero con que derecho?

---Vamos, Santiago, entre nosotros no hablemos de derecho: podía hacer que judicialmente te cortasen la cabeza. Cual sería el resultado? Tus dos solos parientes han muerto...el Estado se aprovecharía de tus bienes con detrimento de los que tu habías despojado...Por el contrario, poniendo tu vida al precio de tu caudal...Morel el lapidario, el padre de Luisa á quien tu has deshonrado, se halla, él y su familia, en lo sucesivo al abrigo de la necesidad...Mad. de Fermont, hermana de Mr. de Renneville, tenido por suicida, encuentra sus cien mil escudos; Germain á quien acusaste falsamente de robo, está rehabilitado y puesto en posesion de un destino honorable y seguro á la cabeza del *Banco de los trabajadores sin obra*, que te se obliga á fundar para reparar y espiar los ultrages que has cometido contra la sociedad. Entre malvados se puede confesar esto, pero francamente, bajo el punto de vista del que nos tiene entre sus garras, la sociedad no hubiera ganado nada con tu muerte...gana mucho con tu vida.

—Y esto es lo que causa mi rabia...y no es esto aun mí solo tormento!

—El príncipe lo sabe bien....Ahora que va á decidir de nosotros? Lo ignoro....Nos ha prometido salvarnos la vida si ejecutamos ciegamente sus

órdenes. Cumplirá su promesa.... Pero si no cree nuestros crímenes suficientemente espiados, sabrá hacer muy bien que la muerte sea mil veces preferible á la vida que nos deja.... Tú no lo conoces.... Cuando se cree autorizado para ser inexorable, no hay verdugo mas feroz.... Es preciso que tenga al diablo á sus ordenes para haber descubierto.... lo que yo iba á hacer en Normandía. Por lo demas... hay mas de un demonio á su servicio... porque esa Cecily... que un rayo aplaste...

—Te lo repito, cállate.... no mientes ese nombre... no mientes ese nombre...

—Si, si.... que un rayo aplaste á la que lleva ese nombre!... ella es la que lo ha perdido todo. Nuestra cabeza estaria segura sobre nuestros hombros... á no ser por tu imbécil amor á esa criatura.

En vez de alterarse Santiago Ferrand respondió con un profundo abatimiento.

—Conoces tu... á esa muger?... di?... la has visto alguna vez?

—Nunca... dicen que es bella... lo sé...

—Bella.... respondió el escribano encogiéndose de hombros.—Mira, añadió con una especie de pena desesperada, cállate.... no hables de lo que ignoras... No me acuses.... Lo que he hecho... lo hubieras tu hecho en mi lugar....

—Yo! poner mi vida á merced de una muger!...

—De esa.... si... y lo haria de nuevo.... si tuviese que esperar.... lo que un momento esperé.....

—Por el infierno.... está todavía hechizado, exclamó Polidori estupefacto.

—Escucha, repuso el escribano con voz sosegada, baja y por decirlo asi acentuada á veces por rasgos de desesperacion incurable, escucha.... sabes lo que amo el oro? sabes lo que he arrostrado

para adquirirlo? Contar en mi pensamiento las sumas que poseia...verlas duplicarse con mi avaricia, sufrir todas las privaciones y saber que era dueño de un tesoro...esta era mi alegría, mi felicidad...Sí, poseer, no para gastar, no para gozar....sino para atesorar, esta era mi vida...Hace un mes, si me hubiesen dicho: *Entre tu caudal y tu cabeza elije*, hubiera entregado mi cabeza.

—Pero de que sirve poseer... cuando se va á morir?

—Preguntame pues entonces: de que sirve poseer cuando no se usa de lo que se posee? Yo, millonario, pasaba la vida de un millonario? No vivia como un pobre...Quería pues poseer...para poseer.....

—Pero, lo repito, de que sirve poseer si se muere?

—Morir poseyendo!.....sí, disfrutar hasta el último momento del goce que os ha hecho arrostrarlo todo, privaciones, infamia, patibulo....sí, decir aun, con la cabeza en el tajo: *Poseo!!!* Oh! ves tú, la muerte es dulce, comparada con los tormentos que se sufren viéndose, cuando vivo, desposeido como lo estoy, desposeido de lo que se ha juntado á precio de tanto trabajo, de tantos peligros! Oh! decirse á cada hora, á cada minuto del dia: Yo que tenia mas de un millon, yo que he aguantado las mas duras privaciones para conservar, para aumentar este tesoro...yo que, en diez años, lo hubiera duplicado, triplicado, no tengo ya nada....nada.... Esto es atroz! esto es morir, no cada dia, sino morir á cada minuto del dia...Sí, á esta horrible agonía que debe durar años quizá, hubiera preferido mil veces la muerte rápida y segura que os hiere antes que una partecilla de vuestro tesoro os haya sido arrebatada; lo vuelvo á de-

cir, al menos moriria diciendo: Poseo....

Polidori miró á su cómplice con profunda admiracion.

—No te comprendo....Entonces por qué has obedecido las órdenes del que no tiene mas que decir una palabra para que caiga tu cabeza? Por qué has preferido la vida sin tu tesoro....sí esta vida te parece tan horrible?....

—Es que, añadió el escribano en voz cada vez mas baja, morir es no pensar más... morir es la nada...Y Cecily?

—Y esperas! exclamó Polidori pasmado.

—No espero, poseo....

—Qué?

—La memoria....

—No debes nunca volverla á ver, ella ha entregado tu cabeza.

—Pero la amo siempre, y mas freneticamente que nunca...yo, exclamó Santiago Ferrand con una esplosion de lágrimas, de sollozos que contrastaron con la calma triste de sus últimas palabras. Sí, prosiguió con una espantosa exaltacion, la amo siempre y no quiero morir, á fin de poder meterme y volverme á meter con un atroz placer en aquel horno en que me consumo á fuego lento.. Porque tu no sabes la noche...la noche en que la vi tan bella...tan apasionada, tan embriagante.. esa noche está siempre en mi memoria...El cuadro de un deleite terrible está siempre aqui.... delante de mis ojos... Esten abiertos ó cerrados por un adormecimiento febril y por un insomnio ardiente, veo siempre su mirada negra é inflamada que hace hervir la médula de mis huesos. ..Siento siempre su respiracion sobre mi frente....Oigo siempre su voz....

—Esos son tormentos espantosos.

—Espantosos, sí, espantosos.... Pero la muerte... pero la nada.... pero perder para siempre esta memoria tan viva como la realidad, pero renunciar á estos recuerdos que me destrozan, me devoran, y me abrasan... No... no... no.. Vivir... vivir... pobre, despreciado, ajado... vivir en presidio... pero vivir... para que me quede el pensamiento... pues esa criatura infernal tiene todo mi pensamiento, es todo mi pensamiento....

Polidori, con un tono grave que contrastó con su amarga ironía habitual, dijo al escribano.

—Santiago, he visto sufrir mucho; pero nunca tormentos algunos se semejaron á los tuyos... El que nos tiene en su poder no podía ser mas cruel... te ha condenado á vivir.... ó mas bien á esperar la muerte en angustias terribles... porque tu confesion me explica los sintomas alarmantes que cada dia se desarrollan en tí... y cuya causa buscaba yo en vano....

—Pero estos sintomas no tienen nada de graves! son la estenuacion, la reaccion de mis penas!.... No estoy de peligro.... no es así?

—No, no.... pero la posicion es menester no empeorarla... hay ciertos pensamientos que se deben desechar... sin eso... correrias grandes riesgos....

—Haré todo lo que quieras, con tal de vivir... porque no quiero morirme. Oh! los clérigos hablan de condenados... nunca han imaginado para ellos un suplicio igual al mio. Atormentado por la passion y la codicia, tengo dos llagas abiertas en vez de una.... y las siento igualmente las dos... La pérdida de mis bienes es horrible... pero la muerte me sería aun mas horrible... He querido vivir... mi vida puede no ser mas que un tormento sin fin.... sin salida, y no me atrevo á invocar la muerte... porque la muerte destruiria mi funesta feli-

ciudad...este espejo de mi pensamiento...donde se me aparece incesantemente Cecily....

—Tienes á lo menos el consuelo, dijo Polidori recobrando su sangre fria ordinaria, de pensar en el bien que has hecho para espiar tus crímenes...

—Si, búrlete, tienes razon,...dame una vuelta sobre los carbones ardiendo,...Bien sabes, miserable, que aborrezco la humanidad; bien sabes que las espiaciones que se me imponen, y en las cuales las almas débiles hallarian algunos consuelos, no me inspiran á mí mas que odio y furor contra los que me obligan y contra los que se aprovechan de ello....Robo y asesinato!....Pensar que mientras que yo pase una vida espantosa, no existiendo sino para gozar de los padecimientos que asustarian á los mas intrépidos...los hombres que execro verán, gracias á los bienes de que se me ha despojado, aligerarse su miseria....que la viuda y su hija darán gracias á Dios por los bienes que les de uelvo.....que Morel y su hija vivirán con comodidad..... que Germain tendrá un porvenir honorable y asegurado..... Y al clérigo que me bendecia cuando mi corazon nadaba en hiel y en sangre, le hubiera dado de punaladas... Oh! esto es mucho!.... No, no!.... esclamó él apoyando sobre su frente sus contraidas manos... mi cabeza estalla al fin...mis ideas se turban. No resistiré á semejantes accesos de rabia impotente...Y todo esto por tí!...Cecily... Cecily!.. Sabes tú al menos que sufro tanto, lo sabes tú, Cecily...demonio salido del infierno?

Y Santiago Ferrand, aniquilado por esta espantosa exaltacion cayó jadeando en una silla, y se torció los brazos dando bramidos sordos é inarticulados.

Este acceso de rabia conyulsiva y desesperada no admiró á Polidori,

Poseyendo una esperiencia médica consumada, reconoció que en Santiago Ferrand la rabia de verse desposeído de su caudal, unida á su pasión, ó mas bien á su frenesí por Cecily, habia producido en este miserable una fiebre devoradora.

Hay mas....En el acceso de que entonces era presa Santiago Ferrand, Polidori notaba con inquietud ciertos pronósticos de una de las mas espantosas enfermedades que han asustado á la humanidad, y de la que Pablo y Aretée, tan grandes moralistas, han trazado el fulminante cuadro.

.....
De repente llamaron precipitadamente á la puerta del gabinete.

—Santiago, dijo Polidori al escribano, Santiago, reponte...alguien viene....

El escribano no lo oyó. Medio echado sobre su bufete, se torcia en pasmos convulsivos.

Polidori abrió la puerta, vió al oficial mayor de la escribania que, pálido y la cara alterada, dijo:

—Es preciso que hable al instante á Mr. Ferrand.

—Silencio....en este momento está padeciendo mucho....no puede oiros....dijo Polidori en voz baja, y, saliendo del gabinete del escribano, cerró la puerta.

—Ah! exclamó el oficial mayor, vos, el mejor amigo de Mr. Ferrand, socorredle, no hay un momento que perder...

—Que quereis decir?

—Segun las órdenes de Mr. Ferrand, fui á decir á la señora condesa Mac-Gregor que no podia ir hoy á su casa, como lo deseaba.

—Bien!

—Esta señora, que parecia ya estar fuera de peligro, me hizo entrar en su habitacion. Gritó

con tono de amenaza:—Volved á decir á Mr. Ferrand que, si no está aquí, en mi casa, dentro de media hora...antes que concluya el día será preso por falsario...porque la niña que ha hecho pasar por muerta no lo está.....(1)

—Esa muger deliraba, respondió friamente Polidori encogiéndose de hombros.

—Lo creéis?

—Estoy seguro de ello.

—Yo lo pensé en un principio; pero la seguridad de la señora condesa....

—Su cabeza se habrá sin duda debilitado por la enfermedad, y los visionarios creen siempre en sus visiones.

—Sin duda teneis razon; pero no podia yo esplicarme las amenazas de la condesa á un hombre tan respetable como Mr. Ferrand,

—Eso no tenia sentido comun.

—Debo decir tambien que en el momento en que yo dejaba la habitacion de la señora condesa, una de sus criadas entró precipitadamente diciendo:—*Su Alteza* estará aqui dentro de una hora.

—La criada dijo eso? preguntó Polidori.

—Sí, señor, y yo me sorprendí mucho, no sabiendo de que Alteza podia tratar....

—No hay duda, es el principe! dijo para sí Polidori. El, en casa de la condesa Sarah que nunca debia volver á ver....No sé, pero no me gusta esta reconciliacion; puede empeorar nuestra posicion.—Luego, dirigiendose al oficial mayor, añadió:—Os lo repito; esto no tiene nada de grave; es una loca

(1) El lector sabe que Sarah creía que Flor celestia estaba todavia en San Lázaro, segun le habia dicho el Mochuelo antes de hierla,

imaginacion de enfermo, ademas daré ahora parte á Mr. Ferrand de lo que acabais de decirme.

.....
Ahora conduciremos al lector á casa de la condesa Sarah Mac-Gregor.

CAVITIO VII



CAPITULO IV.



RODOLFO Y SARAH.

CONDUCTIREMOS al lector á la casa de la condesa Sarah Mac-Gregor, á quien una crisis saludable acababa de sacar del delirio y de los padecimientos que por espacio de muchos dias habian hecho se temiese seriamente por su vida.

El dia empezaba á declinar....Sarah, sentada en un gran sillón, y sostenida por su hermano Tomas Seyton, semiraba con una profunda atencion en un espejo que le presentaba una de sus criadas arrodillada delante de ella.

Esta escena pasaba en el salon en que el Mochuelo habia cometido su tentativa de asesinato.

La condesa tenia una palidez marmorea, que hacia resaltar mas el negro de sus ojos, de sus cejas y de sus cabellos; un gran peinador de muselina blanca la cubria perfectamente.

—Dadme la diadema de coral, dijo á una de sus criadas con voz débil pero imperiosa.

—Betty os la pondrá, replicó Tomas Seyton, os vais á fatigar...Eso es ya una grande imprudencia.....

—La diadema, la diadema...repitió imperiosamente Sarah, que tomó esta alhaja y la colocó á su gusto sobre su frente.—Ahora, sujetadla....y dejadme...dijo ella á sus criadas....

—Sabeis por qué he querido adornar mis cabellos con esta diadema de coral? por qué me he puesto este vestido blanco? Porque la primera vez que Rodolfo me vió...en la córte de Gerolstein... estaba vestida de blanco...y llevaba esta misma diadema de coral en mis cabellos....

—Como? dijo Tomas Seyton, mirando á su hermana con sorpresa, queréis evocar esas memorias, no temeis por el contrario su influencia?

—Conozco á Rodolfo mejor que vos...Sin duda mis facciones, cambiadas hoy por la edad y por el padecimiento, no son las de la jóven de diez y seis años que amó perdidamente..... la sola que amó..... porque yo era su primer amor...Y este amor, único en la vida del hombre deja siempre en su corazon huellas indelebles.... Asi, creedme, hermano mio, la vista de esta postura despertará en Rodolfo, no solamente las memorias de su amor, sino aun mas las de su juventud...Y para los hombres, estas últimas memorias son siempre dulces y preciosas...

—Pero á estas dulces memorias se unen otras terribles; y el siniestro fin de vuestro amor? y la odiosa conducta del padre del principe respecto á vos? y vuestro obstinado silencio cuando Rodolfo, despues de vuestro casamiento con el conde Mac-Gregor os pedia vuestra hija entonces muy niña? vuestra hija, cuya muerte hace diez años le fué noticiada en una fria carta vuestra?...Olvidais pues que desde aquel tiempo el principe no ha tenido para vos mas que desprecio..... y odio?

—La compasion ha reemplazarlo al odio... desde que supo que estaba moribunda... todos los dias ha enviado al baron de Graün á informarse del estado de mi salud.

—Por humanidad.....

—Ahora... me ha hecho responder... que iba á venir aqui. Esta concesion es inmensa, hermano mio.....

—Os cree espirando... supone que se trata de un último adios, y viene... Habeis hecho mal en no escribirle la revelacion que vais á hacerle.

—Sé porque obro asi. Esta revelacion lo llenará de sorpresa, de alegria... y yo estaré aqui para aprovechar su primer arrebató de enternecimiento. Hoy, ó nunca, me dirá: *Un casamiento debe legitimar el nacimiento de mi hija*. Si lo dice, su palabra es sagrada, y se realiza en fin la esperanza de toda mi vida....

—Si os hace esa promesa... sí.

—Y para que la haga, nada debe omitirse en esta circunstancia decisiva.... Conozco á Rodolfo; me aborrece... aunque yo no peneiro el motivo de su odio; porque nunca he faltado delante de él al papel que yo me habia impuesto.

—Quizá; porque no es hombre que aborrece sin razon.

—No importa! una vez cierto de haber hallado á su hija.... vencerá su aversion á mí, y no retrocederá ante ningun sacrificio para asegurar á su hija la suerte mas envidiable, para hacrla tan magnificamente feliz, como desgraciada ha sido hasta ahora.

—Que asegure la suerte mas brillante á vuestra hija, sea... pero entre esta reparacion y la resolución de casarse con voz á fin de legitimar el nacimiento de esa niña... hay un abismo....

—Su amor de padre llenará ese abismo.

—Pero esa desgraciada ha vivido sin duda hasta aquí en un estado precario ó miserable.

—Rodolfo querrá elevarla tanto mas cuanto humillada haya estado.

—Pensad en ello, hacerla colocar en la línea de las familias soberanas de Europa!...reconocerla por hija suya á los ojos de los príncipes, de los reyes de quienes es pariente ó aliado!....

—No conocéis su carácter extraño, imperioso y resuelto? su exageracion caballeresca respecto á todo lo que mira como justo y mandado por el deber?

—Pero esa desgraciada niña ha sido quizá tan viciada por la miseria en que debe haber vivido, que el príncipe, en vez de experimentar inclinacion á ella.....

—Qué decis? exclamò Sarah interrumpiendo á su hermano....No es tan bella jóven, como linda era cuando niña? Rodolfo, sin conocerla, no se interesó bastante por ella para querer encargarse de su porvenir, no la envió á su hacienda de Bouqueval de donde la hicimos robar....

—Sí, gracias á vuestra persistencia en querer romper todos los vínculos de afecto del príncipe.... con la insensata esperanza....de atraerlo un dia á vos.

—Y sin embargo á no ser por esta insensata esperanza.... no hubiera descubierto al precio de mi vida el secreto de la existencia de mi hija... No es en fin por aquella muger que la habia sacado de la hacienda de Bouqueval por la que he sabido la indigna trapaceria del escribano Santiago Ferrand?

—Es incómodo que me hayan negado esta mañana la entrada en San Lázaro, donde se halla,

os han dicho, esa desgraciada niña; á pesar de mí viva insistencia, no me quisieron responder á ninguna de las preguntas que hacia, porque no tenia carta de introduccion para el director de la cárcel...Escribí al prefecto en vuestro nombre... pero no tendré sin duda respuesta hasta mañana, y el príncipe va á venir ahora....Lo repito, siento que no podais presentarle vos misma á vuestra hija, hubiera valido mas esperar saliese de la cárcel, antes de llamar al gran duque.

—Esperar!...y sé yo si la crisis saludable en que me encuentro durará hasta mañana? que quizá estoy de paso sostenida por la sola energia de mi ambicion.

—Pero que pruebas dareis al príncipe? Os creerá?

—Me creerá asi que lea el principio de la revelacion que escribia dictandomela aquella muger cuando me hirió, revelacion de la cual no he olvidado ninguna circunstancia; me creerá cuando haya leído vuestra correspondencia con Mad. Seraphin y Santiago Ferrand hasta la muerte supuesta de la niña: me creerá cuando oyere las declaraciones del escribano que, asustado con mis amenazas, estará aquí dentro de poco; me creerá cuando vea el retrato de su hija de edad de seis años, retrato que, me dijo aquella muger, tiene ahora una rara semejanza. Tantas pruebas bastarán para demostrar al príncipe que digo verdad, y para decidir en él el primer impulso que puede hacer de mí casi una reina....Ah!...sea por un dia, por una hora,...al menos moriré contenta.

En este momento se oyó entrar un coche en el patio.

—El es..... es Rodolfo..... gritó Sarah á Tomas Seyton.

Este corrió precipitadamente hácia una cortina, la alzó y respondió:

—Sí, es el príncipe,...baja del coche.

—Dejadme sola, este es el momento decisivo... dijo Sarah con una sangre fría inalterable; porque una ambición monstruosa, un egoísmo cruel había sido siempre y era todavía el único móvil de esta muger. En la especie de resurrección milagrosa de su hija no veía sino el medio de llegar en fin al objeto constante de toda su vida.

Después de haber vacilado un momento en dejar la habitación, Tomas Seyton, acercándose de repente á su hermana, le dijo:

—Yo dire al príncipe como ha sido salvada vuestra hija que se creía muerta...esta conferencia sería muy arriesgada para vos...una agitación violenta os mataría, y después de una separación tan larga...la vista del príncipe...los recuerdos de aquel tiempo...

—Vuestra mano, le dijo Sarah.

Luego poniendo sobre su corazón impasible la mano de Tomas Seyton, añadió con una sonrisa siniestra y fría:

—No...nada...nada...ni un latido precipitado, dijo Seyton con admiración, sé el imperio que tenéis sobre vos misma...Pero en semejante momento...cuando se trata para vos de una corona ó de la muerte...porque, lo repito, pensadlo...la pérdida de esta última esperanza os sería mortal!... en verdad, vuestra calma me confunde!

—Por qué esa sorpresa, hermano mio?...Hasta aquí, no lo sabeis? Nada...no, nada ha hecho nunca latir mi corazón de mármol...no palpitará sino el día en que sienta posar sobre mi frente la corona soberana....Oigo á Rodolfo...dejadme...

—Pero....

—Dejadme....gritó Sarah con un tono tan osado y resuelto, que su hermano dejó la habitación

algunos momentos antes de ser introducido en ella el príncipe.

Cuando Rodolfo entró en la sala, su vista manifestaba compasion...pero viendo á Sarah sentada en su sillón y casi adornada, retrocedió sorprendido, su fisonomia se puso al instante sombría y desconfiada...

La condesa, penetrando su pensamiento, le dijo con voz amable y débil:

—Creiais hallarme espirando...veniais á recibir mi último adios?....

—Siempre he mirado como sagrados los últimos deseos de los moribundos...pero se trata de un engaño sacrilego.

—Tranquilizaos, dijo Sarah interrumpiendo á Rodolfo, tranquilizaos...no os engaño...me quedan, creo, pocas horas que vivir...Perdonadme una última coqueteria...quise también aborraros el triste cerco que acompaña ordinariamente á la agonía...he querido morir vestida como estaba la primera vez que os vi....Ay! despues de diez años de separacion, os veo en fin!...Gracias...oh! gracias!...Pero, á vuestra vez, dad gracias á Dios por haberos inspirado el pensamiento de escuchar mi última súplica. Si os hubieseis negado...me llevaba conmigo un secreto que va á hacer la alegría...la felicidad de vuestra vida...Alegría mezclada de alguna tristeza...felicidad mezclada de algunas lágrimas...como toda felicidad humana; pero esta felicidad la comprarais todavia al precio de la mitad de los días que os quedan que vivir...

—Que quereis decir? le preguntó el príncipe con sorpresa.

—Si, Rodolfo, si no hubieseis venido...este secreto me hubiese seguido á la tumba....hubiera sido mi sola venganza...y aun...no, no, no hu-

biera tenido este terrible valor. Aunque me hayais hecho padecer mucho, hubiera partido con vos esta felicidad que, mas dichoso que yo, gozareis largo tiempo....muy largo tiempo, lo espero.....

---Pero, lo repito, señora, de qué se trata?

---Cuando lo supiereis.....no podreis comprender la lentitud que pongo en instruiros, porque mirariais esta revelacion como un milagro del cielo....Pero, cosa estraña, yo que con una palabra puedo causaros la mayor felicidad que nunca quizá hayais sentido...experimento, aunque ahora sean contados los minutos de mi vida, experimento una satisfaccion indefinible á prolongar vuestra espera... y luego conozco vuestro corazon....y, á pesar de la firmeza de vuestro carácter, temeria anunciaros sin preparacion un descubrimiento tan increíble....Las emociones de una alegria fulminante tienen tambien sus riesgos.

---Vuestra palidez se aumenta... apenas conteneis una violenta agitacion, dijo Rodolfo; todo esto es, lo creo, grave y solemne.....

---Grave y solemne....

Repuso Sarah con voz conmovida; porque, á pesar de su impassibilidad habitual, pensando en la inmensa estension de la revelacion que iba á hacer á Rodolfo, se sentia mas turbada que lo que creia estarlo; así, no pudiendo comprimirse mas largo tiempo, exclamó:

---Rodolfo....nuestra hija existe.....

---Nuestra hija!....

-- Vive, os digo!....

Estas palabras, el acento de verdad con que fueron pronunciadas, conmovieron al principe hasta el fondo de las entrañas.

---Nuestra hija!....repitió acercándose precipitadamente al sillón de Sarah, nuestra hija! mi hija!

---No ha muerto, tengo pruebas irrecusables de ello...sé donde está...mañana la volveréis á ver.

---Mi hija? mi hija?...repitió Rodolfo con pasmo, podría ser!...vivirá!..

Luego de pronto, reflexionando en la inverosimilitud de este acontecimiento, y temiendo ser juguete de una nueva trapacería de Sarah, exclamó:

---No.....no...esto es un sueño....esto es imposible...me engaÑais...esto es una mentira indigna...

---Rodolfo...escuchadme.

---No, conozco vuestra ambicion....sé de lo que sois capaz, penetro el fin de este engaño.

---Pues bien, decís verdad....soy capaz de todo... Si, quise engaÑaros....sí, algunos días antes de ser herida de un golpe mortal, quise hallar una jóven....que os hubiera presentado en lugar de nuestra hija....que sentiais amargamente.

---Basta....oh! basta, señora....

---Despues de esta confesion, quizá me creereis...ó mas bien os vereis obligado á ceder á la evidencia....

---A la evidencia....

---Sí, Rodolfo...lo repito...quise engaÑaros, sustituir una jóven oscura á la que lloramos; pero Dios ha querido que en el momento en que yo daba este paso sacrilego...fuese herida de muerte....

---Vos...en ese momento....

---Dios quiso que se me propusiese...para representar aquel papel...de mentira...sabeis á quien? á quién? á vuestra hija...

---Estais delirando...en nombre del cielo?

---No deliro...Rodolfo...En esta cajita hay papeles y un retrato que os probarán la verdad de lo que os digo, hallareis un papel manchado con mi sangre!

---Con vuestra sangre?

---La muger que me hizo saber que nuestra hija vivia aun, me dictaba esa revelacion...cuando fui herida de una puñalada.

---Y quien era ella? como sabia....

---A ella es á quien fué entregada nuestra hija...muy niña.... despues de haberla hecho pasar por muerta.

---Pero esa muger...su nombre?... se le puede creer? donde la conocisteis?

---Os digo, Rodolfo, que todo esto es fatal, providencial...Hace muchos meses...sacasteis á una jóven de la miseria para enviarla al campo, no es asi?

---Sí...á Bouqueval....

---Los celos, el odio me estraviaron... robé á esa jóven por la muger...de que os hablo...

---Y condujeron á la desgraciada niña á San Lázaro.

---Donde está todavia....

---No está ya...Ah! no sabeis, señora, el horrible mal que hicisteis...arrancando á esa desgraciada del retiro donde yo la habia colocado...pero....

---Esa jóven no está ya en San Lázaro! exclamó Sarah con espanto, y hablais de una desgracia horrorosa!

---Un monstruo de codicia tenia interés en su pérdida. Lahan ahogado, señora...pero responded...deciais que....

---Mi hija, gritó Sarah interrumpiendo á Rodolfo, y levantandose erguida, inmóvil como una estatua de mármol.

---Que dice? Dios mio, exclamó Rodolfo.

---Mi hija...repitió Sarah, cuya cara se puso livida y espantosa de desesperacion; han matado á mi hija.

---La Guillabaora vuestra hija...repitió Rodol-

fo retrocediendo con horror....

---La Guillabaora...si...es el nombre que me dijo aquella muger llamada el Mochuelo...muerta!...muerta!...repuso Sarah, siempre inmóvil, siempre con la mirada fija...la han matado...

---Sarah! repuso Rodolfo, tambien pálido, tambien espantado como la condesa, volved en vos...respondedme...la Guillabaora...aquella jóven que hicisteis que el Mochuelo robase en Bouqueval...era.....

---Nuestra hija!....

---Ella!!!

---Y la han matado!...

---Oh! no...no...deliras...eso no puede ser...No sabeis, no sabeis cuan horroroso seria esto...Sarah, volved en vos...habladme tranquilamente...sentaos...calmaos...Muchas veces hay semejanzas, apariencias que engañan; se está tan inclinado á creer lo que se desea...Esta no es una reconvenccion que os hago...pero esplicadme bien...decidme todas las razones que os inducen á pensar eso, porque eso, no puede ser...no, no! es preciso que no sea!... no es!

---Despues de un momento de silencio, la condesa reunió sus fuerzas, y dijo á Rodolfo con voz desfallecida:

---Sabiendo vuestro casamiento, pensando en casarme yo misma, no pude tener á mi hija conmigo, tenia entonces cuatro años...

---Pero en esa época os la pedi... con instancia, exclamó Rodolfo con tono despedazante, y mis cartas no tuvieron respuesta.... La sola que me escribisteis me anunciaba su muerte!....

---Quería vengarme de vuestros desprecios negandoos vuestra hija... Eso era indigno... Pero escuchadme... lo conozco... la vida se me concluye... este golpe me aniquila...

—No! no! no creo...no quiero creerlo...La Guilabaora...mi hija...Oh! Dios mio, no querriais esto!

---Escuchadme, os digo....Asi que tuvo cuatro años, mi hermano encargó á Mad. Seraphia, viuda de un antiguo criado suyo, criase á la niña hasta que estuviese en edad de entrar en una pension....La suma destinada para asegurar el porvenir de nuestra hija fué depositada por mi hermano en casa de un escribano citado por su probidad. Las cartas de este hombre y de Mad. Seraphin, dirigidas á mí y á mi hermano, están ahí.... en esa cajita....Al cabo de un año, me escribieron que la salud de mi hija se alteraba....ocho meses despues, que había muerto, se me envió su partida de difunto. En aquella época Mad. Seraphin entró á servir á Santiago Ferrand, despues de haber entregado nuestra hija al Mochuelo, por intermedio de un miserable actualmente en el presidio de Rochefort. Empezaba á escribir esta declaracion del Mochuelo cuando me birió. Este papel está ahí....con un retrato de vuestra hija en la edad de cuatro años.... Examinadlo todo, cartas, declaracion, retrato, y vos que la habeis visto...á esa desgraciada niña....juzgad.

Despues de estas palabras que agotaron sus fuerzas, Sarah cayó desfallecida en un sillón.

Rodolfo quedó aterrado con esta revelacion.

Hay desgracias tan imprevistas, tan abominables, que se procura no creer en ellas hasta que una evidencia destructora nos obliga á ello...Rodolfo, persuadido de la muerte de Flor-celestial, no tenia mas que una esperanza, la de convencerse que no era su hija.

Con una calma espantosa Rodolfo se acercó á la mesa, abrió la cajita y se puso á leer las cartas una á una, á examinar con atencion escrupulosa

los papeles que las acompañaban.

Estas cartas, selladas y echadas en el correo, escritas á Sarah y á su hermano por el escribano y por Mad. Seraphin eran relativas á la infancia de Flor-celestial y á la colocacion de los fondos que se la destinaban....

Rodolfo no podia dudar de la autenticidad de esta correspondencia.

La declaracion del Mochuelo se hallaba confirmada por las noticias de que hemos hablado al principio de esta historia, noticias tomadas por orden de Rodolfo, y que señalaban á un llamado Pedro Tournemine, presidiario entonces en Rochefort, como el hombre que habia recibido á Flor-celestial de las manos de Mad. Seraphin para entregarla al Mochuelo....al Mochuelo que la desgraciada niña habia ella misma reconocido mas tarde delante de Rodolfo en la taberna de la tia Quica.

Rodolfo no podia ya dudar de la identidad de estos personajes y de la Guillabaora.

La partida de fallecimiento parecia estar en regla; pero Ferrand habia él mismo confesado á Cecily que este instrumento falso habia servido para el despojo de una suma considerable, en otro tiempo colocada en renta vitalicia á nombre de la jóven que habia hecho ahogar por Martial en la isla del Mariscador.

Con una creciente y espantosa angustia fué como Rodolfo adquirió, á pesar suyo, esta terrible conviccion; que la Guillabaora era su hija y que habia muerto.

Por desgracia suya todo parecia confirmar esta creencia.

Antes de condenar á Santiago Ferrand acerca de las pruebas dadas por el mismo escribano á Cecily, el principe, en su vivo interes por la Guillabao-

ra, habiendo hecho tomar informaciones en Asnières, había sabido que en efecto dos mugeres, la una anciana y la otra jóven, vestida de aldeana, se habían ahogado yendo á la isla del Mariscador, y que la voz pública acusaba á los Martial de este nuevo crimen.

Decimos en fin que, á pesar de la asistencia del doctor Griffon, del conde de Saint-Remy y de la Loba, Flor-celestial, largo tiempo en un estado desesperado, entraba apenas en convalecencia; y que su debilidad moral y física era todavía tal, que no había podido hasta entonces prevenir, ni á Mad. Georges, ni á Rodolfo de su situación.

Este concurso de circunstancias no podía dejar la menor esperanza al príncipe.....

Le estaba reservada una última prueba.

Fijó en fin los ojos sobre el retrato que casi había temido mirar....

En aquella cara infantil y graciosa, ya bella con la beldad divina que se da á los querubines, halló de una manera pasmosa las facciones de Flor-celestial... Su nariz fina y aguileña, su noble frente, su boca pequeña ya un poco seria.... Porque, decía Mad. Seraphin á Sarah en una de las cartas que Rodolfo acababa de leer:

«La niña no deja de preguntar por su madre y está muy triste.»

Eran sus mismos grandes ojos de un azul tan puro y tan suave...de un *azul de aciano*, había dicho el Mochuelo á Sarah, reconociendo en esta miniatura las facciones de la desgraciada que ella había perseguido cuando niña bajo el nombre de la Alondra, jóven, bajo el de la Guillabaora....

A la vista de este retrato, los tumultuosos y violentos sentimientos de Rodolfo fueron sofocados por sus lágrimas.

Se dejó caer abatido en un sillón, y se tapó la cara con las manos sollozando.....

CAPITULO V.

VENGANZA.

MIENTRAS que Rodolfo lloraba amargamente, las facciones de Sarah se descomponian de una manera sensible.

En el momento de ver realizarse la idea de su ambiciosa vida, la última esperanza que la habia sostenido hasta entonces se le escapaba para siempre.

Este horroroso engaño debia producir en su salud, momentáneamente mejorada, una reaccion mortal.

Recostada en su sillón, agitada con un temblor febril, sus manos cruzadas y crispadas sobre sus piernas, la vista fija, la condesa esperaba con susto la primera palabra de Rodolfo.

Conociendo la impetuosidad del carácter del príncipe, presentia que al rompimiento doloroso que arrancaba tantas lágrimas á este hombre tan resuelto como inflexible, sucederia alguna cólera terrible.

De repente Rodolfo levantó la cabeza, se enjugó las lágrimas, se puso en pié, y acercándose á Sarah, los brazos cruzados sobre el pecho, con aire amenazador, cruel ... la contempló algunos

momentos en silencio, luego dijo con voz apagada:

—Esto debía ser...saqué la espada contra mi padre...fui herido en mi hija....Justo castigo del parricidio.....Escuchadme, señora...

—Parricida!...vos....Dios mio! Oh! dia funesto, que mas vais pues á decirme?

—Es menester que sepais, en este momento supremo, todos los males causados por vuestra implacable ambicion, por vuestro feroz egoismo... Escuchais, muger sin corazon y sin fé? Escuchais, madre desnaturalizada?....

—Perdon!....Rodolfo....

—Nada de perdon para vos....que en otro tiempo, sin compasion á un amor sincero, esplotabais, por el interes de vuestro execrable orgullo, una pasion generosa y rendida que fingiais participar... Nada de perdon para vos que armasteis al hijo contra el padre!....Nada de perdon para vos que, en vez de velar religiosamente sobre vuestra hija, la abandonasteis á manos mercenarias, á fin de satisfacer vuestra codicia con un rico casamiento... como habiais en otro tiempo saciado vuestra ambicion desenfrenada arrastrándome á casarme con vos...que... Nada de perdon para vos...despues de haber negado mi hija á mi cariño, acabais de causar su muerte con vuestras trapacerias sacrilegas!... Maldita seáis.....vos...mi genio del mal y de mi familia!....

—Oh!....Dios mio! él sin piedad.....dejadme!... dejadme!

—Me escuchareis.....os digo!....Os acordais del últimò dia....en que os vi....hace de esto diez y siete años....no podiais ocultar ya las resultas de nuestra secreta union, que, como vos, creía yo indisoluble...Conocia el caracter inflexible de mi

padre....sabia que casamiento político proyectaba para mí...Arrostrando su indignacion, le declaré que érais mi muger ante Dios y los hombres.... que dentro de poco tiempo dariais á luz un hijo, fruto de nuestro amor....

La cólera de mi padre fué terrible.... no queria creer en mi matrimonio....le parecia imposible tanta audacia....Me amenazó con su ira si yo me permitiese hablarle mas de semejante locura....Entonces os amaba yo como un insensato... juguete de vuestras seducciones....creía que vuestro corazon de bronce habia latido por mí..... Respondí á mi padre que nunca tendria otra esposa que vos....A estas palabras, su ira no tuvo límites; os prodigó los nombres mas ultrajantes; dijo que nuestro matrimonio era nulo; que para castigaros de vuestra audacia, os haria poner en el pilori de la ciudad....Cediendo á mi insensata pasion....á la violencia de mi carácter....me atreví á prohibir á mi padre, á mi soberano...hablase asi de mi muger....osé amenazarle. Exasperado con este insulto, mi padre levantó la mano para mí; la rabia me cegó....saqué mi espada.... me precipité sobre él...A no ser por Murph que acudió y separó el golpe....era yo parricida de hecho...como lo fui de intencion!...Escuchais...parricida!...Y por defenderos...á vos!....

—Ah! ignoraba esa desgracia!...

—En vano creia haber hasta aquí espiado mi crimen....el golpe que me hiere hoy es mi castigo....

—Pero yo, no he padecido tambien mucho con la dureza de vuestro padre, que rompió nuestro casamiento! Por qué acusarme de no haberos amado...cuando....

—Por qué?...esclamó Rodolfo, interrumpiendo

á Sarah y lanzandole una mirada de desprecio.— Sabedlo pues, y no os admireis ya del horror que me inspirais... Despues de la escena funesta en que amenazé á mi padre... rendí la espada. Fui puesto en la mas absoluta incomunicacion. Polidori, con cuyos auxilios habia sido concluido nuestro casamiento, fué arrestado. Probó que esta union era nula; que el ministro que la habia bendecido era un ministro supuesto; y que vos, vuestro hermano y yo habíamos sido engañados. Para desarmar la cólera de mi padre respecto á él, Polidori hizo mas; le entregó una de vuestras cartas á vuestro hermano, interceptada en un viage que hizo Seyton.

—Cielos!...seria posible?

—Os explicais ahora mi desprecio?

—Oh! bastante...bastante....

—En aquella carta descubriais vuestros proyectos ambiciosos con un cinismo descarado...Me tratabais con un desden glacial; me sacrificabais á vuestro orgullo infernal; no era sino el instrumento de la fortuna soberana que os habia...hallabais en fin... que mi padre vivia mucho tiempo....

—Que desgraciada soy!...Ahora lo comprendo todo.

—Y por defenderos...amenacé la vida de mi padre...cuando el dia siguiente, sin dirigirme una sola reconvencion, me mostró aquella carta...aquella carta que, en cada linea, revelaba lo negro de vuestra alma. No pude menos de caer de rodillas y pedir perdon. Desde aquel dia he sido perseguido por un remordimiento inexorable. Pronto sali de Alemania para viages largos; entonces comenzó la espiacion que me impuse...No concluirá sino con mi vida.. Recompensar el bien...perseguir el mal, consolar á los que padecen, son-

dar todas las llagas de la humanidad para procurar arrancar algunas almas de la perdicion...tal es la tarea que me he designado.

—Es noble y santa...es digna de vos...

—Si os hablo de este voto, repuso Rodolfo con tanto desden como amargura, de este voto que he cumplido segun mi poder en todas partes donde me he hallado, no es para ser alabado por vos. Escuchadme pues. Ultimamente llego á Francia; mi permanencia en este pais no debia ser perdida para la espacion. Queriendo socorrer á los hombres desgraciados, quise tambien conocer las clases á quienes la miseria abrumba, embrutece y deprava, sabiendo que un socorro dado á tiempo, que algunas generosas palabras, bastan á menudo para salvar á un desgraciado del abismo...A fin de juzgar por mí mismo, tomé el exterior y el lenguaje de las personas que deseaba observar...En una de estas esplotaciones es...donde... por primera vez...encontré...—Luego, como si hubiese retrocedido ante esta revelacion terrible, Rodolfo añadió despues de un momento de perplejidad:—No... no; no tengo valor...

—Que mas teneis que decirme, por Dios!

—Lo sabreis muy pronto...pero, repuso él con una cruel ironia, tomais en lo pasado un interes tan vivo que debo hablaros de los acontecimientos que precedieron mi vuelta á Francia...Despues de largos viages, volví á Alemania; me dí prisa á obedecer las voluntades de mi padre...me casé con una princesa de Prusia... Durante mi ausencia, habiais sido echada del gran ducado. Sabiendo mas adelante que estabais casada con el conde Mac-Gregor, os pedí mi hija con instancia, no respondisteis: á pesar de mis informaciones, no pude saber nunca donde habiais enviado á es-

ta desgraciada niña, para cuya suerte habia mi padre previsto liberalmente... Tan solo ahora diez años, una carta vuestra me notificó que nuestra hija habia muerto.... Ah! ojalá hubiese muerto entonces.... hubiera yo ignorado el miserable dolor que va en lo sucesivo á desesperar mi vida.—

—Ahora, dijo Sarah con voz débil, no me admira ya la aversion que os he inspirado desde que leisteis aquella carta... Lo conozco, no sobreviviré á este último golpe... Pues bien! si... el orgullo y la ambicion me han perdido!... Bajo una apariencia apasionada, ocultaba un corazon helado... afectaba rendimiento, franqueza... no era mas que disimulo y egoismo. No sabiendo cuanto derecho teniais á despreciarme, á aborrecerme... mis necias esperanzas habian llegado á ser mas ardientes que nunca... desde que una doble viudez nos hacia libres á los dos, volví á tomar una nueva creencia en aquella prediccion que me prometia una corona... Y cuando el acaso me hizo encontrar á mi hija... me pareció ver en esta fortuna inesperada una voluntad providencial!... Si... llegué hasta creer que vuestra aversion á mí cederia al amor de vuestra hija... y que me dariais vuestra mano á fin de darle la clase que le era debida...

—Pues bien! que vuestra execracion sea pues satisfecha y castigada! Si, á pesar del horror que me inspirais; sí, por remordimiento, que digo? por respeto á las horribles desgracias de mi hija... hubiera... aunque decidido á vivir en seguida separado de vos... hubiera con un matrimonio que legitimase el nacimiento de nuestra hija, hecho su posicion tan brillante, tan superior como miserable habia sido ella!...

—No me habia pues engañado!... Desgraciada!... desgraciada!... es muy tarde!...

—Oh! lo sé! No es la muerte de vuestra hija la que llorais, es la pérdida de la clase á que habeis aspirado con una inflexible obstinacion!...Pues bien! que esas penas infames sean vuestro último castigo!...

—El último...porque, no sobreviviré...

—Pero antes de morir sabreis...cual ha sido la existencia de vuestra hija despues que la abandonasteis.

—Pobre niña... muy miserable... quizá...

—Os acordais, prosiguió Rodolfo con una calma espantosa, os acordais de aquella noche en que vos y vuestro hermano me seguisteis á un barrio escusado de la ciudad?

—Me acuerdo; pero por qué me haceis esta pregunta?...vuestra mirada me biela...

---Yendo á ese barrio, visteis, no es así? en un rincon de aquellas calles innobles...criaturas desgraciadas...que... pero no...no... no me atrevo, dijo Rodolfo tapándose la cara con las manos, no me atrevo...mis palabras me espantan.

---A mí tambien me espantan...que es lo que hay de mas, Dios mio?

---Las visteis, no es así? repuso Redolfo haciendo un esfuerzo terrible. Las visteis, á aquellas mugeres, deshonra de su sexo?...Pues bien! entre ellas notasteis una jóven de diez y seis años? bella... como se pinta á los ángeles...una pobre niña que en medio de la dásgracia en que se le habia sumido algunas semanas habia, conservaba una fisonomia tan cándida, tan virginal y tan pura, que los ladrones y los asesinos que la tuteaban, señora...le habian puesto el sobrenombre de Flor-celestial...notasteis á aquella joven...decid? decid, tierna madre?

---No...no la noté, dijo Sarah casi maquinal-

mente, viendose oprimida por un vago terror.

Rodolfo dijo con una carcajada sárdonica:

---De veras?---Es extraño...yo la noté. He aquí en que ocasion...Escuchad: En una de las exploraciones de que os he hablado ahora y que entonces tenia un doble objeto (1), me hallaba en la ciudad, no léjos de la madriguera donde me seguisteis, un hombre queria pagar á una de esas desgraciadas criaturas; la defendí contra la brutalidad de aquel hombre...no penetrais quien era aquella criatura...decid, madre santa y previsora, decid...no penetrais?

---No...yo no...penetro... Oh! dejadme.... dejadme.

---Aquella infeliz era Flor-celestial....

---Oh! Dios mio!....

---Y no penetrais.... quien era «Flor-celestial», madre intachable?

---Matadme....oh! matadme....

---Era la Guillabaora....era vuestra hija...gritó Rodolfo con una esplosion atroz.---Si, aquella desafortunada que yo arranqué de las manos de un antiguo presidiario, era mi hija...hija de...Rodolfo de Gerolstein! Oh! habia en este encuentro en mi hija, á quien salvaba sin conocerla, alguna cosa fatal...providencial...una recompensa para el hombre que procuraba socorrer á sus hermanos...un castigo para el parricida...

---Muero maldecida y condenada...mormuró Sarah volviéndose en el sillón y ocultándose la cara con las manos.

---Entonces, continuó Rodolfo, dominando apenas sus sentimientos, y queriendo en vano comprimir sus sollozos que de cuando en cuando ahogaban

(1) El de adquirir noticias de Germain, hijo de Georges.

su voz, cuando la hube sustraído de los malos tratamientos con que se le amenazaba, impresionado con la inesplicable dulzura de su acento...de la espresion angelical de su cara...me fué imposible no interesarme por ella...Con que profunda conmocion escuché la sencilla y lastimera narracion de aquella vida de abandono, de dolor y de miseria; porque, ya veis, no hay ninguna cosa mas horrorosa que la vida de vuestra hija...señora..

---Oh! es menester que sepais los tormentos de vuestra hija; sí, señora condesa...mientras que en medio de vuestra opulencia pensabais en una corona...vuestra hija, muy pequeña, cubierta de andrajos, iba por la noche á mendigar por las calles, sufriendo el frio y la hambre...durante las noches se echaba sobre un poco de paja en el rincon de una guardilla, y luego cuando la horrible muger que le atormentaba se cansaba de pegarle á la pobre niña, no sabiendo que imaginar para hacerla padecer, sabeis lo que le hacia, señora?...le arrancaba los dientes!

---Oh! quisiera morir...esta es unaagonia atroz...

---Escuchad mas.... Escapándose en fin de las manos del Mochuelo, errante, sin pan, sin asilo, de diez y ocho años apenas, la prenden como vagamunda, la meten en la cárcel....Ah! este es el mejor tiempo de la vida de nuestra hija....señora...Sí, en su cárcel, todos los dias daba gracias á Dios de no tener ya frio, hambre y de no ser castigada. Y en una cárcel es donde pasó los años mas preciosos de la vida de una jóven, los años que una madre tierna cuida siempre con tanto esmero; sí, en vez de cumplir los diez y seis años rodeada de obsequios tutelares, de nobles instrucciones, vuestra hija no conoció mas que la brutal indiferencia de los carceleros, y luego, un día

con su feroz descuido, la sociedad la arrojó inocente y pura, bella y cándida, en medio del fango de la grande ciudad.... ¡Infeliz niña... abandonada... sin apoyo, sin consejo, entregada a todos los acasos de la miseria y del vicio.... Oh!... exclamó Rodolfo dando libre curso á los sollozos que lo sofocaban, vuestro corazón es muy duro, vuestro egoísmo cruel, pero hubierais llorado, al oír la narración lastimera de vuestra hija.... Pobre niña... manchada pero no corrompida, casta aun en medio de aquella horrible declaración que era para ella un sueño atroz; porque cada palabra manifestaba odio á una vida á que estaba fatalmente condenada; oh! si supierais como á cada instante se relevaban en ella instintos adorables... Cuanta bondad... cuanta caridad interesante; sí.... porque para aliviar un infortunio mayor aun que el suyo la pobre niña gastó el poco dinero que le quedaba, y que la separaba del abismo de infamia en que se le había sumido... Sí! porque llegó un día.... un día horroroso.... en que, sin trabajo, sin pan, sin asilo... unas horribles mugeres la encontraron estenuada de debilidad.... de necesidad... de embriaguez... y...

Rodolfo no pudo acabar; dió un grito despedazante exclamando:

—Y era mi hija!... mi hija!...

—Maldita sea yo!... mormuró Sarah tapándose la cara con las manos como si temiese ver el día.

—Sí, exclamó Rodolfo, maldita seais! porque vuestro abandono ha sido la causa de todos estos horrores.... Maldita seais! porque despues sacándola de aquel fango la habia colocado en un pacífico retiro, la hicisteis sacar de él por vuestros miserables cómplices... Maldita seais! porque ese rapto la puso en poder de Santiago Ferrand...

A este nombre, Rodolfo caló repentinamente.

Se estremeció como si lo hubiese pronunciado por primera vez.

Es porque por primera vez también pronunciaba este nombre desde que sabía que su hija era víctima de este monstruo....

Las facciones del príncipe tomaron entonces una espantosa expresión de rabia y de odio.

Mudo, inmóvil, estaba como abrumado con este pensamiento: que el asesino de su hija vivía aun.....

Sarah, no obstante su debilidad cada vez mayor y del trastorno que acababa de causarle la conversación de Rodolfo, le hizo mucha impresión su aire siniestro; tuvo miedo por sí....

—Ay! que teneis? mormuró ella con voz trémula.—No basta ya de sufrimiento, Dios mío?...

—No, no basta!...no basta!...dijo Rodolfo hablando consigo mismo y respondiendo á su propio pensamiento, no había experimentado esto.... nunca!...Que ardor de venganza...que sed de sangre...que rabia tranquila y reflexiva!...Cuando no sabía que una de las víctimas del monstruo era mi hija...me decía: la muerte de ese hombre sería estéril...mientras que su vida sería fecunda, si, para rescatarla, aceptase las condiciones que le impongo...Condenarle á la caridad, para espiar sus crímenes, me parecía justo...Y luego la vida sin oro, la vida, sin la saciedad de su sensualidad frenética, debía ser un largo y duplicado tormento...Pero es hija mía la que entregó cuando niña á todos los horrores de la miseria...jóven á todos los de la infamia!...esclamo Rodolfo animándose poco á poco; pero es mi hija á la que ha hecho asesinar...Mataré á ese hombre....

Y el príncipe se lanzó hacia la puerta.

—Donde vais?....No me abandoneis...gritó Sa-

rah, medio levantandose y estendiendo á Rodolfo sus manos suplicantes.—No me dejéis sola... voy á morir...

—Sola...no...no...Os deixo con el espectro de vuestra hija, cuya muerte habeis causado...

Sarah, perdida, se hincó de rodillas dando un grito de espanto, como si se le hubiese aparecido una espantosa vision.

—Piedad...yo muero...

—Morid pues, maldita...repuso Rodolfo espantoso de furor.—Ahora necesito la vida de vuestra cómplice...porque vos fuisteis la que entregasteis vuestra hija á su verdugo...

.....
Y Rodolfo se hizo conducir á casa de Santiago Ferrand.



CAPITULO VI.



FURENS AMORIS.

HABIA llegado la noche mientras que Rodolfo iba á casa del escribano.

.....
 La parte de casa ocupada por Santiago Ferrand estaba sumergida en una profunda oscuridad.....

El viento bramaba...

Llovia.....

El viento bramaba, llovia como en la noche fatal en que Cecily, antes de dejar para siempre la casa del escribano, exaltó la pasion brutal de este hombre hasta el frenesi.

Tendido en la cama de su alcoba, debilmente alumbrada por un velon, Santiago Ferrand estaba vestido de un pantalon y un chaleco negro; una de las mangas de su camisa estaba remangada, manchada de sangre; una ligadura, que se veia en su nervioso brazo, anunciaba que acababa de ser sangrado por Polidori.

Este, en pié al lado de la cama, se apoyaba con una mano en la almohada, y parecia contemplar con inquietud las facciones de su cómplice.

Nada mas horriblemente espantoso que la cara

de Santiago Ferrand, entonces sumida en el estupor soñoliento que sucede ordinariamente á las crisis violentas.

Con una palidez amoratada que se desprendia de las sombras de su alcoba, su cara inundada de un sudor frio, tocaba el último grado del marasmo; sus párpados cerrados estaban tan hinchados, inyectados de sangre, que aparecian como dos lóbulos rogezios en medio de aquella faz de una lividez cadavérica.

—Con otro acceso tan violento como el de ahora.....se muere...dijo Polidori en voz baja.—*Areteo* (1) lo ha dicho, la mayor parte de los que son atacados de esta estraña y espantosa enfermedad perecen casi siempre el séptimo dia.... y hoy hace seis que la infernal criolla encendió el fuego inestinguible que devora á este hombre....

Despues de algunos momentos de silencio meditativo, Polidori se separó de la cama y se paseó lentamente por la alcoba.

—Ahora, prosiguió paseandose, durante la crisis que faltó poco para llevarse á Santiago, me creia poseido por un sueño oyéndole describir una por una, y con voz jadeante, las monstruosas alucinaciones que traspasaban su cérebro....Terrible... terrible enfermedad!...Uno tras otro somete cada órgano á fenómenos que desconciertan la ciencia....espantan á la naturaleza...Asi ahora poco el oido de Santiago era de una sensibilidad tan increíblemente dolorosa, que, aunque le hablase tan

(1) "Nam plerumque in septima die hominem consumit." (*Areteo*.) Véase tambien la traduccion de Baldassar (*Cas. med.*, lib. III. "Satieta intro curata.") Véanse tambien las admirables páginas de Ambrosio Paré acerca de la "Satiyriasis," esta estraña y espantosa enfermedad que tanto se parece, dice, á un "castigo de Dios....."

bajo como es posible, mis palabras herían hasta tal punto su tímpano, que le parecía, decía él, que su cráneo era una campana, y que un enorme badajo de acero puesto en movimiento al menor sonido le martillaba la cabeza de una sien á otra con ruido aturdidor y latidos atroces.

Polidori quedó de nuevo pensativo delante de la cama de Santiago Ferrand á la que se habia acercado....

La tempestad se aumentaba; estalló luego en largos silbidos, en violentas ráfagas de viento y de agua que estremecieron todas las ventanas de esta casa arruinada....

A pesar de su audaz maldad, Polidori era supersticioso; lo agitaban tristes presentimientos; experimentaba una incomodidad indefinible; los bramidos del huracan que eran los que turbaban el triste silencio de la noche le inspiraban un vago temor contra el cual queria en vano mantenerse firme.

Para distraerse de estos sombríos pensamientos, se puso á examinar las facciones de su cómplice.

—Ahora, dijo arrimandose á él, se inyectan sus párpados... Se diría que su sangre calcinada afluye y se concentra en ellos. El órgano de la vista va pronto como el del oido á ofrecer sin duda algun fenómeno extraordinario.... Que padecimientos!... como duran! Que variados son!... Oh! añadió con una risa amarga, cuando la naturaleza se mete á ser cruel... y á ejecutar el papel de atormentador, desafia á las mas feroces combinaciones de los hombres. Asi, en esta enfermedad, causada por un frenesí erótico, somete cada sentido á tormentos inauditos, sobrehumanos.... desarrolla la sensibilidad de cada órgano, hasta lo ideal, para que la

atrocidad de los dolores sea tambien ideal.

Despues de haber comtemplado durante algunos momentos las facciones de su cómplice se estremeció de disgusto, retrocedió y dijo para si:

—Ah! esta máscara es horrorosa... Los estremecimientos que la recorren y la arrugan á veces la ponen espantosa....

Por la parte de fuera el huracan se aumentaba furiosamente...

—Que tempestad, prosiguió Polidori dejandose caer en un sillón y apoyando su frente en sus manos.—Que noche!..que noche! No puede haberla mas funesta para el estado de Santiago.

Despues de un largo silencio repuso:

—No sè si el príncipe, instruido del infernal poder de las seducciones de Cecily y del arrebató de los sentidos de Santiago, ha previsto que un hombre de un temple tan enérgico, de una organizacion tan vigorosa, en el ardor de una pasion ardiente y no saciada, complicada con una especie de rabia ávida, desarrollase la espantosa enfermedad de que es victima Santiago...pero esta consecuencia seria normal, forzada...

—Oh! sí, dijo él levantandose de repente y como si le hubiese asustado este pensamiento.—Sí, el príncipe sin duda habia previsto esto... Su rara y vasta inteligencia no es estraña á ninguna ciencia...su mirada profunda abraza la causa y el efecto de cada cosa...implacable en su justicia ha debido basar y calcular seguramente el castigo de Santiago, sobre los desarrollos lógicos y sucesivos de una pasion brutal, exasperada hasta la rabia.

Despues de un largo silencio Polidori prosiguió:

—Cuando pienso en lo pasado...cuando pienso en los proyectos ambiciosos que de acuerdo con

Sarah fundé en otro tiempo sobre la juventud del príncipe!...Que de acontecimientos! por que degradaciones caí en la abyección criminal, en que vivo? Yo que creí afeminar á ese príncipe y hacer de él el instrumento dócil del poder que había soñado!...de preceptor contaba llegar á ser ministro... Y á pesar de mi saber, mi talento, de fechorias en fechorias llegué á los últimos grados de la infamia...Heme aquí en fin el carcelero de mi cómplice.

Y Polidori se abismó en siniestras reflexiones que lo condujeron al pensamiento de Rodolfo.

—Temo y aborrezco al príncipe, repuso él; pero estoy obligado á inclinarme temblando delante de aquella voluntad todopoderosa que se lanza de un solo brinco fuera de los caminos conocidos... Que contraste extraño en este hombre...tan tiernamente caritativo para imaginar el banco de los *trabajadores sin obra*, tan feroz... para arrancar á Santiago de la muerte á fin de entregarlo á todas las furias vengadoras de la lujuria...

—Nada por otra parte mas ortodoxo, añadió Polidori con una sonrisa irónica.—Entre las pinturas que Miguel Angel hizo de los siete pecados capitales en su *Juicio final* de la capilla sixtina, he visto el castigo aterrador con que hiere á la lujuria (1); pero las máscaras horribles, convulsivas de estos condenados de la carne, que se tor-

(1) «Arrebatado por su argumento, la imaginación estraviada por ocho años de meditaciones continuas, sobre un día tan horrible para un creyente, Miguel Angel, elevado á la dignidad de predicador, y no pensando mas que en su salvacion, quiso castigar de la manera mas dura el vicio entonces mas á la moda. El horror de este suplicio me parece llegar al verdadero sublime del género.» (Stendhal, «Historia de la pintura en Italia, pag. 354.»)

cian á la mordedura aguda de las serpientes, eran menos espantosas que la cara de Santiago durante su acceso de ahora... me causó miedo...

Y Polidori tembló como si estuviese todavía viendo esta formidable vision.

—Oh! sí! prosiguió con un abatimiento lleno de terror, el príncipe es desapiadado... Mil veces le hubiera sido mejor á Santiago Ferrand haber puesto su cabeza en el patíbulo; mejor le seria el fuego, la rueda, el plomo derretido que quema y horada los miembros que el suplicio que este miserable sufre. A fuerza de verlo padecer concluyo por espantarme de mi propia suerte. ..Que ya á decidir de mí.... que me reserva á mí....cómplice de Santiago?... Ser su carcelero no puede bastar á la venganza del príncipe....Y no me ha perdonado el patíbulo....para dejarme vivir...Quizá una prision perpetua me espera en Alemania... Mas valdria aun esto que la muerte....no podia sino ponerme ciegamente á discrecion del príncipe....era mi único medio de salvacion....Algunas veces, á pesar de su promesa, me ocupa un temor.....quizá me entregará al verdugo....si Santiago sucumbe! Levantando el cadalso para mí viendo esto, seria levantarlo tambien para él...cómplice mio....pero muerto él?...sin embargo...Lo sé, la palabra del príncipe es sagrada....pero yo que tantas veces he violado las leyes divinas y humanas....podré invocar la promesa jurada....no importa! como seria bueno para mí que Santiago escapase, me interesaria tambien prolongar sus dias....pero á cada instante se agravan los sintomas de su enfermedad.... seria menester casi un milagro para salvarlo....que hacer?

En este momento la tempestad estaba en todo su furor, una chimenea casi cayendose de vieja

echada abajo por la violencia del viento cayó sobre el techo y en el patio con un ruido como el de un rayo.

Santiago Ferrand, repentinamente sacado de su entorpecimiento soñoliento, se movió en su cama.

Polidori se sintió cada vez mas obsediado por el vago terror que le dominaba.

—Es una tontera creer en presentimientos, dijo él con voz turbada, pero esta noche me parece que debe ser fatal....

Un sordo quejido del escribano llamó la atención de Polidori.

—Sale de su entorpecimiento, dijo para sí acercándose lentamente á la cama; quizá va á caer en una nueva crisis....

—Polidori...murmuró Santiago Ferrand siempre tendido en su cama y con los ojos cerrados.... Polidori...que ruido es este?...

—Una chimenea que se ha venido abajo...respondió Polidori en voz baja, temiendo herir muy vivamente el oído de su cómplice; un horroroso huracan menea las casas hasta en los cimientos... la noche está horrible...horrible.

El escribano no le oyó; repuso medio volviendo la cabeza:

—Polidori, no estás ahí?

—Sí...sí...estoy aquí, dijo Polidori en voz mas alta; pero te he respondido suavemente por miedo de causarte como antes nuevos dolores hablando-te alto.

—No...ahora tu voz llega á mi oído....sin hacerme experimentar los atroces dolores de antes.... porque me parecia al menor ruido que tronaba en mi cráneo....y sin embargo...en medio de este estruendo, de estos padecimientos sin nombre, distinguia la voz apasionada de Cecily que me llamaba.

—Siempre...esa muger infernal...siempre....
deja esos pensamientos....te matarán....

—Estos pensamientos son mi vida...como mi
vida resisten mis tormentos.

—Pero, insensato, esos pensamientos son la sola
causa de tus tormentos, te digo! tu enfermedad
no es otra cosa que tu frenesi sensual llegado á
su última exasperacion....Te lo repito, echa de tu
cerebro esas imágenes mortalmente lacivas.....ó
perecerás. ..

—Echar estas imágenes! gritó Santiago Ferrand con exaltacion, oh! jamas, jamas!...Todo lo que temo es que mi pensamiento se agote al evocarlas.... pero por el infierno!.... no se agota.... Mientras mas ardiente se me aparece, mas se asemeja á la realidad... desde que el dolor me deja un momento de descanso....desde que puedo unir dos ideas...Cecily, ese demonio que quiero y maldigo, aparece á mis ojos...

—Que indomable furor!....Me espanta.

—Mira...ahora...dijo el escribano con voz aguda y los ojos obstinadamente clavados sobre un punto oscuro de su alcoba, veo ya., veo ya...como una forma indecisa y blanca delinearse...allí... allí.

Y estendió su dedo velludo y descarnado en la direccion de su vision.

---Calla....infeliz...

---Ah!...allí está...

---Santiago...es la muerte.

---Oh! la veo, añadió Ferrand con los dientes cerrados, sin responder á Polidori, allí está...que hermosa es!...Como flotan sus cabellos negros desordenadamente sobre sus hombros...Y sus pequeños dientes que se ven entre sus labios tan encarnados y tan húmedos...Que perlas...Oh!..sus gran-

des ojos parece que sucesivamente brillan y mueren...Cecily... añadió con una exaltacion inesplicable, Cecily, yo te adoro...

---Santiago...escucha...escucha...

---Oh'...la condenacion eterna...y verla asi durante la eternidad...

---Santiago, gritó Polidori alarmado, no escites tu vista con esas fantasmas.

---No es una fantasma...

---Cuidado...antes...lo sabes...te figurabas tambien oír los cantares voluptuosos de esa muger, y tu oído fué herido de repente de un dolor espantoso....cuidado!..

---Déjame...dijo el escribano con ira impaciente, déjame...Para que sirve el oído, sino para oírla? la vista, sino para verla?..

—Pero los tormentos que siguen, miserable necio.....

—Puedo arrostrar los tormentos por una ilusion, he arrojado la muerte por una realidad..Que me importa, por otra parte? esta ardiente imagen es para mí la realidad!..oh! Cecily, que bella eres... No sabes bien, monstruo, que eres embriagante... de que sirve esa coqueteria infernal que me abraza todavia...Oh! execrable furia...quieres que muera...cesa...cesa...ó te ahogo...gritó el escribano delirando...

—Tu te matas, miserable, exclamó Polidori meneando rudamente al escribano para sacarle de su estasis.

Esfuerzos inútiles...Santiago continuó con nueva exaltacion:

---O! reina querida...demonio de voluptuosidad, nunca he visto...

El escribano no concluyó.

Dió un repentino grito de dolor dejandose caer atras.

---Que tienes, preguntó Polidori con sorpresa.

---Apaga esa luz, su brillo se pone muy vivo... no puedo soportarlo...me hiere...

---Como? dijo Polidori cada vez mas sorprendido. No hay mas que un velon con pantalla, y su luz es muy débil...

--Te digo que la claridad se aumenta...aquí...mira...mas...mas...oh! esto es mucho...se hace intolerable, añadió Santiago Ferrand cerrando los ojos con una espresion de sufrimiento cada vez mayor.

---Estas loco, apenas está alumbrada esta alcoba; te digo, por el contrario, que acabo de bajar el velon, abre los ojos .. verás.

---Abrir los ojos! me cegarian los torrentes de claridad brillante de que cada vez se inunda mas esta pieza...Aquí...allí...en todas partes.. son cohetes, millares de chispas deslumbrantes, exclamó el escribano incorporándose en su cama; luego, lanzando un nuevo grito de dolor atroz, se llevó las manos á los ojos:---He cegado...esta luz tórrida atraviesa mis párpados cerrados... me abrasa... me devora...Ah! ahora mis manos me garantizan un pocol...Pero apaga ese velon, echa una flama infernal...

---No hay duda...dijo Polidori, su vista está hecida por la exorbitante sensibilidad con que fué antes lastimado su oido...luego una crisis, de alucinamiento...Está perdido...Sangrarlo de nuevo en este estado sería mortal...Está perdido...

---Un nuevo grito agudo, terrible, de Santiago Ferrand resonó en su alcoba.

---Verdugo, apaga pues ese velon!..su resplandor abrasador penetra por mis manos haciéndolas transparentes...Veo la sangre circular por mis venas. En vano he cerrado mis párpados con todas mis fuerzas, esta lava ardiente se infiltra en ellos...

Oh! que tormento...siento unas punzadas como si me metiesen en el fondo de las órbitas un hierro agudo encendido...Socorro, Dios mio...socorro...gritó moviéndose violentamente en la cama, víctima de horribles convulsiones de dolor.

Polidori, azustado con la violencia de este acceso, apagó de repente la luz.

Y los dos quedaron en una oscuridad profunda:

En este momento se oyó el ruido de un coche que paraba á la puerta de la calle...



CAPITULO VII.

LAS VISIONES.

CUANDO se quedó á oscuras la alcoba donde se hallaba con Polidori, cesaron poco á poco los dolores agudos de Santiago Ferrand.

---Por qué has tardado tanto en apagar ese velon? dijo Santiago Ferrand.---Era para hacerme padecer los tormentos del infierno? Oh! cuanto he sufrido...Dios mio, cuanto he sufrido!...

---Ahora sufres menos?

---Esperimento todavia una irritacion violenta... pero no es nada respecto de la que sentia ahora poco...

---Te lo dije, desde que el recuerdo de esa mujer escitase unos de tus sentidos... casi al instante ese sentido será atacado por uno de esos terribles fenómenos que desconciertan la ciencia... y que los creyentes podrian tener por un terrible castigo de Dios.

---No me hables de Dios, exclamó el monstruo rechinando los dientes.

---Te hablaba de ello para... memoria, pero... pues tienes apego á tu vida, por miserable que sea... piensa bien, te lo repito, que serás llevado

durante una de esas crisis funestas, si las provocas mas...

---Tengo apego á la vida... porque el recuerdo de Cecily es toda mi vida...

---Pero ese recuerdo te mata, te destruye, te consume!

---No puedo ni quiero sustraerme á él... Estoy encarnado en Cecily como lo está la sangre en el cuerpo... Ese hombre que me ha tomado todo mi caudal, no ha podido arrebatarme la ardiente é imperceptible imágen de esa encantadora; esta imágen es mia; á todas horas está aquí como esclava mia.... dice lo que yo quiero... me mira como yo quiero.... me adora como yo quiero, exclamó el escribano en un nuevo acceso de pasion frenética.

-- Santiago... no te exaltes... acuerdate de la crisis de ahora poco....

El escribano no oyó á su cómplice, que preveyó una nueva alucinacion.

En efecto, Santiago Ferrand prosiguió dando una careajada de risa convulsiva y sardónica.

---Robarme á Cecily! Pero no sabes que se llega á lo imposible concentrando el poder de todas sus facultades sobre un objeto? Asi ahora.... yo... voy á subir á la habitacion de Cecily, donde no he osado ir despues de su partida.... Oh! ver, tocar los vestidos que le han pertenecido... el espejo delante del que se vestia, seria verla á ella misma.... Si, fijando enérgicamente mis ojos en aquel espejo.. pronto verá aparecer en él á Cecily, no será una ilusion; será ella, la hallaré allí.... como el estatuario halla la estatua en el trozo de mármol.... Pero por todos los fuegos del infierno, con que me abraso, no será una pálida y fria Galatea...

—Donde vas tú?... dijo de repente Polidori oyendo levantarse á Santiago Ferrand, porque reinaba en aquella pieza la mas profunda oscuridad.

—Voy á ver á Cecily...

—No irás... el aspecto de aquella habitacion te mataria.

—Cecily me espera allá arriba.

—No irás, te tengo, no te dejes, dijo Polidori, cogiendo al escribano por el brazo.

Santiago Ferrand llegado al último grado de estenuacion no podia luchar contra Polidori que lo sujetaba con una mano vigorosa.

---Quieres impedirme que vaya á buscar á Cecily?

---Sí, y ademas... hay un velon encendido en la sala inmediata; sabes el efecto que la luz ha producido ahora en tu vista?

---Cecily está arriba... me espera... atravesaré un horno ardiendo para ir á juntarme con ella... dejame...ella me ha dicho que era su viejo tigre; ten cuidado, mis garras son cortantes.

---No saldrás... antes te sujetaré en tu cama como á un loco furioso.

---Polidori, escucha, no estoy loco, tengo toda mi razon, sé muy bien que Cecily no está materialmente allá arriba...pero, para mí, las fantasmas de mi imaginacion equivalen á realidades.

---Silencio!... gritó de pronto... Polidori, aplicando el oido, antes creí oír parar un coche á la puerta... no me engañé... oigo ahora una voz... en el patio.

---Quieres distraerme de mi pensamiento....el lazo es grosero.

---Oigo hablar, te digo, y creo reconocer...

---Quieres engañarme, dijo Santiago Ferrand, interrumpiendo á Polidori, no te burlas de mí...

---Pero, miserable... escucha pues... escucha, mira, no oyes?...

---Dejame, Cecily está arriba, me llama... no me enfurezcas, te digo á mi vez: cuidado...oyes? cuidado...

---No saldrás...

---Mira...

---No saldrás de aqui, mi interes exige que te quedés...

---Me impides que vaya á buscar á Cécily; mi interes exige que mueras... Toma pues! dijo el escribano con voz apagada.

Polidori dió un gritó.

---Malvado! me has herido en el brazo; pero tu mano no está firme; la herida es leve, no te escaparás...

---Tu herida es mortal... el puñal envenenado de Cecily es el que te ha herido; lo traia siempre conmigo; espera el efecto del veneno... Ah! me dejas en fin... vas á morir... No tenias necesidad de impedirme que fuese arriba á ver á Cecily.... añadió Santiago Ferrand procurando á tientas en la oscuridad abrir la puerta.

---Oh!... mormuró Polidori, mi brazo se adormece, un frio mortal se apodera de mí... mis piernas tiemblan... mi sangre se cuaja en mis venas... me ataca un vértigo....Socorro!....gritó el cómplice de Santiago Ferrand reuniendo sus fuerzas en un último grito:---socorro!...me muero!...

Y se dejó caer.

El ruido de una puerta de cristales, abierta con tanta violencia que muchos vidrios se rompieron, la voz retumbante de Rodolfo y un sonido de pasos precipitados parecieron responder al grito de agonía de Polidori.

Santiago Ferrand, habiendo en fin hallado la

cerradura en la oscuridad, abrió repentinamente la puerta de la pieza inmediata, y se precipitó á ella, con su peligroso puñal en la mano....

En el mismo instante... amenazador y formidable como el genio de la venganza, entraba el principe en esta pieza por el lado opuesto.

---Mostruo!!! gritó Rodolfo adelantándose hácia Santiago Ferrand, es mi hija la que has matado!... tu vas...

El principe no acabó, retrocedió espantado....

Se hubiera dicho que estas palabras habian aterrado á Santiago Ferrand...

Tirando su puñal y llevándose las dos manos á los ojos, el miserable cayó de cara contra la tierra dando un grito que no tenia nada de humano.

De resultas del fenómeno de que hemos hablado y cuya accion habia sido suspendida por una oscuridad profunda, cuando Santiago Ferrand entró en aquella habitacion vivamente iluminada, fué herido de deslumbramientos mas verticulosos, mas intolerables que si hubiese sido arrojado en medio de un torrente de luz tan candente como el disco del sol.

Y fué un espectáculo espantoso laagonia de este hombre que se torcia en convulsiones terribles arañando el suelo con sus uñas, como si quisiese abrir un agujero para librarse de los tormentos atroces que le causaba aquella brillante claridad.

Rodolfo, un criado suyo y el portero de la casa, que habia sido forzado á conducir al principe hasta la puerta de aquella pieza, estaban llenos de horror.

No obstante su justo odio, Rodolfo sintió un impulso de compasion por los padecimientos inauditos de Santiago Ferrand, ordenó al portero lo pudiese sobre un canapè.

Se consiguió no sin trabajo, porque de miedo de hallarse sometido á la luz del velon, el escribano se resistió violentamente; pero así que tuvo la cara inundada de luz dió un nuevo grito...

Un grito que heló á Rodolfo de terror.

Despues de nuevos y largos tormentos, el fenómeno cesó por su violencia misma.

Habiendo tocado los últimos límites de lo posible, sin que se siguiese la muerte, el dolor visual cesó...pero, siguiendo la marcha normal de esta enfermedad, una alucinacion delirante vino á suceder á esta crisis.

De pronto Santiago Ferrand se retiró como un cataléptico; sus párpados, hasta entonces obstinadamente cerrados, se abrieron de repente; en vez de huir de la luz, sus ojos se fijaron en ella invenciblemente; sus pupilas, en un estado de dilatacion y de fijeza extraordinaria, parecian fosfóricas é interiormente iluminadas.

Santiago Ferrand parecia sumergido en una especie de contemplacion estática; su cuerpo y sus miembros quedaron en una inmovilidad completa, sus facciones solas fueron incesantemente agitadas por temblores nerviosos.

Su horrible cara así contraída no tenia nada de humana; se hubiera dicho que los apetitos de la bestia, sofocando la inteligencia del hombre, imprimian á la fisonomia de este miserable un carácter absolutamente bestial.

Llegado al periodo mortal de su delirio, por en medio de aquella suprema alucinacion, se acordaba todavia que lo habia llamado su tigre; poco á poco se extravió su razon, se imaginó que era un tigre.

Sus palabras interrumpidas, trabajosas, pintaban el desórden de su cerebro y la estraña aberracion

que se habia apoderado de él. Poco á poco sus miembros hasta entonces envarados é inmóviles se alojaron, un repentino movimiento lo hizo caer del canapé, quiso levantarse y andar, pero faltándole las fuerzas, estuvo reducido ya á arrastrarse como un reptil, ya á andar sobre sus manos y sus rodillas....yendo, viniendo, de un lado á otro, segun lo incitaban y lo poseian sus visiones.

Acurrucado en uno de los ángulos de la habitacion, como en su madriguera, se imaginaba que era un tigre, sus gritos roncocos, furiosos, sus rechinamientos de dientes, el torcimiento convulsivo de los músculos de su frente y de su cara, su mirada relumbrante le daban á veces alguna vaga y espantosa semejanza con aquella bestia feroz.

—Tigre... tigre... tigre soy, dijo él con una voz interrumpida incorporandose, sí, tigre... Cuanta sangre... en mi caverna... cadáveres... destrozados... La Guillabaora... el hermano de aquella viuda... un niño chiquito... el hijo de Luisa... aqui tienes cadáveres... mi tigre Cecily tomará su parte...— Luego, mirando sus descarnados dedos, cuyas uñas habian crecido desmesuradamente durante su enfermedad, añadió estas interrumpidas palabras:— Oh! mis uñas cortantes... cortantes y agudas.... Un tigre viejo, yo, pero mas ligero, mas fuerte, mas osado... no se atreveria á disputarme á mi tigre Cecily... Ah! ella llama... ella llama, dijo él adelantando su monstruosa cara y escuchando.

Despues de un momento de silencio se agazapó de nuevo á lo largo de la pared diciendo:

—No... ereia haber oído... no está allí... pero la veo... Oh! siempre, siempre... Oh! allí está... me llama, ruge, ruge allí abajo... aqui estoy, aqui estoy....

Y Santiago Ferrand se arrastró hácia en medio de su habitacion andando sobre las manos y las rodillas. Aunque sus fuerzas estaban agotadas, de cuando en cuando avanzaba con un salto convulsivo, luego se paraba, escuchando al parecer atentamente.

—Donde está?... donde está?... me acerco, se aleja... Ah! allí abajo.. oh!... me espera... muerdes la arena dando tus bremidos lastimeros... Ah! sus grandes ojos feroces... se ponen lánguidos... imploran... Cecily, tu tigre viejo es tuyo, gritó.

Y con un último ímpetu tuvo fuerza para levantarse y sostenerse sobre sus rodillas.

Pero de pronto cayendose de espaldas con espanto, el cuerpo rendido sobre sus talones, los cabellos erizados, la vista desfavorida, la boca contorneada de terror, las dos manos tendidas adelante, pareció luchar con rabia contra un objeto invisible, pronunciando palabras sin sentido y gritando con una voz interrumpida:

—Que mordadura... socorro... yertos... mis brazos rotos... no puedo quitarlo... Dientes agudos ... No, no, oh! no á los ojos... socorro... una serpiente negra:.. oh! su cabeza achatada... sus pupilas de fuego... Me mira, es el demonio... Ah!... me reconoce... Santiago Ferrand... en la iglesia... hombre santo... siempre en la iglesia... vete... á la señal de la cruz... vete...

Y el escribano, levantándose un poco, apoyandose con una mano en el suelo... trató de santiarse con la otra...

Su livida frente estaba inundada de sudor, sus ojos comenzaban á perder su transparencia... se ponian empañados.. blanquecinos...

Se manifestaban todos los síntomas de una muerte próxima.

Rodolfo y los demas testigos de esta escena estaban inmóviles y mudos, como si estuviesen poseídos de un sueño abominable.

---Ah! prosiguió Santiago Ferrand siempre medio tendido en el suelo y sosteniéndose con una mano... el demonio... desapareció.... voy á la iglesia .. soy un santo hombre...oro... Eh? no, no lo sabrá... tu crees?... no, no, tentador... muy seguro?... el secreto?... Pues bien! que vengan... esas mugeres... todas? sí, todas... si no se sabe?

Y en la horrible fisonomia de este mártir condenado de la lujuria se pudo seguir las últimas convulsiones de la agonía sensual... los dos pies en la tumba que su frenética pasión habia abierto, obsediado de su fogoso delirio, evocaba todavia las imágenes de una sensualidad mortal.

---Ah!... prosiguió con voz jadeante, esas mugeres... esas mugeres!... Pero el secreto!... Soy un santo hombre!... El secreto!... Ah! hélas aquí!... tres... Que dice esta carta?... Soy Luisa Morel... Ah! sí... Luisa Morel... lo sé... No soy mas que una muchacha del pueblo... Ves, Santiago... que bosque de cabellos negros cae sobre sus hombros... Hallas mi cara hermosa.... Mira... toma... guárdala.... Que me da?... Su cabeza... cortada...por el verdugo.... Esta cabeza muerta, me mira.... Esta cabeza muerta... me habla... Sus labios morados, se mueven.... Ven... ven... ven! Como Cecily... no... no quiero...no quiero...demonio... déjame... vete... vete!... Y esa otra muger... oh! hermosa.... hermosa...Santiago... soy la duquesa... de Lucenay... Ves mi talle de diosa... mi sonrisa...mis ojos desvergonzados... Ven... ven... sí... voy... pero aguarda... Y esta que vuelve su cara... Oh! Cecily... Cecily... Si... Santiago... soy Cecily... Ves las tres gracias....Luisa... la duque-

sa y yo... escoge... Belleza del pueblo... belleza patricia... belleza silvestre de los Trópicos... El infierno con nosotras... Ven...

—El infierno con vosotras!... Si! exclamó Santiago Ferrand, levantándose sobre sus rodillas y extendiendo sus brazos para coger estas fantasmas.

Este último impulso convulsivo fué seguido de una conmoción mortal.

Volvió á caer luego de espaldas, convulsivo é inanimado; sus ojos parecían que salían de su órbita; atroces convulsiones imprimían á sus facciones contorsiones sobrenaturales, iguales á las que la pila voltaica arranca á la cara de los cadáveres; una espuma sangrienta inundaba sus labios, su voz parecía un silbido, ahogada como la de un hidrofobo, porque en su último paroxismo esta enfermedad espantosa... espantoso castigo de la lujuria, ofrece los mismos síntomas que la rabia.

La vida del monstruo se estinguió en medio de una última y horrible vision, porque tartamudeó estas palabras:

—Noche fatal!... fatal!... espectros esqueletos de acero enrojados al fuego... me... sus dedos ardientes... mi carne humea... mis tuétanos se calcinan... espectro encarnizado... no!... no!., Cecily! el fuego... Cecily...

Tales fueron las últimas palabras de Santiago Ferrand...

Rodolfo salió espantado.



CAPITULO VIII.



ESPERANZA.

SE acercaban los primeros días de la primavera, el sol comenzaba á tener un poco de fuerza, el cielo estaba despejado, el aire templado... Flor-celestial, apoyada en el brazo de la Loba, ensayaba sus fuerzas paseandose en el jardín de la pequeña casa del doctor Griffon.

El calor vivificante del sol y el movimiento del paseo coloraban con un tinte de rosa las facciones descoloridas y flacas de la Guillabaora; sus vestidos de aldeana habiendose roto con la precipitacion de los primeros auxilios que se le prestaron, tenia puesto un traje de merino azul bajo, hecho como blusa, sugeto en su cintura con un cordon de lana.

—Que buen sol! dijo ella á la Loba, parándose á los pies de un seto de árboles verdes espuestos al mediodia y que se cerraban en torno de un banco de piedra.--- Quereis que nos sentemos aquí un momento, Loba?

---Teneis necesidad de preguntarme si quiero? respondió bruscamente la muger de Martial encogiéndose de hombros.

Luego, quitándose un pañolón de borra de seda, lo hizo cuatro dobleces, se arrodilló, lo puso sobre la húmeda arena, y dijo á la Guillabaora:

---Poned los pies aquí encima.

---Pero, Loba, dijo Flor-céstial que habia advertido demasiado tarde la intencion de su compañera para impedirle que la egecutára, pero, Loba, vais á echar á perder vuestro pañolón...

---Nada de razones!... la tierra está fresca, dijo la Loba, y tomando con autoridad los pequeños piés de Flor-celestial, los puso sobre el pañolón.

-- Como me contemplais, Loba.

---Ea!... no lo mereceis poco; siempre os oponeis á lo que yo quiero hacer por vuestro bien... No estais fatigada? Hace mas de media hora que estamos andando... Acaban de dar las doce en Asnieres.

---Estoy un poco cansada... pero conozco que el pascó me ha hecho bien.

---Lo veis.. estabais cansada... no podiais haberme dicho mas pronto que os queriais sentar?

---No me riñais; no advertia mi cansancio... Es tan bueno andar cuando se ha estado mucho tiempo en cama... ver el sol, los árboles, el campo cuando se ha creído no volverlos á ver mas.

---El hecho es que habeis estado muy de peligro durante dos dias... Pobre Guillabaora! sí, ahora se os puede decir esto... se desesperaba de vos...

---Y luego, figuraos, Loba, que viendome debajo del agua... á pesar mio me acordé que una malvada muger, que me atormentó cuando yo era chica, me amenazaba siempre con echarme á los peces... mas tarde me quiso tambien ahogar...(1)

(1) En una de las cuevas sumergidas de Brazo-rojo, en los Campos Eliseos.

entonces me dije: No hay remedio... es una fatalidad, no escaparé de ella...

---Pobre Guillabaora... esa era vuestra última idea cuando os creísteis perdida?

---Oh! no.. dijo Flor-celestial con exaltacion, cuando me sentia morir... mi último pensamiento fué para aquel que yo miro como mi Dios; lo mismo que al sentirme renacer mi primer pensamiento se elevó á él...

---Es un placer haceros bien..... no lo olvidais.

---Oh!... no... es tan bueno dormirse con su reconocimiento y despertarse con él.

---Asi cualquiera se echaria al fuego por vos.

---Buena Loba... mirad, os aseguro que una de las causas que me hacen vivir... es la esperanza de hacer vuestra felicidad, de cumplir mi promesa... sabeis los castillos en el aire que hicimos en San Lázaro?

---En cuanto á eso hay tiempo de sobra; estamos en pié, he hecho mis gastos... como dice mi hombre.

---Pues el señor conde de Saint-Remy me dijo que el médico me permite escribir á Mad. Georges...debe estar ella tan inquieta... y quizá tambien Mr. Rodolfo... añadió Flor-celestial bajando los ojos y sonrojandose de nuevo al pensamiento de su Dios—Quizá me creen muerta...

---Como lo creen tambien los que os hicieron ahogar, pobre niña... Oh!.. facinerosos.

---Suponeis siempre que no fué un accidente, Loba?

---Un accidente? Sí, los Martial llaman á eso accidentes... Cuando digo los Martial... no cuento á mi hombre... porque no es de la familia...

como tampoco lo serán nunca Francisco y Armandina.

---Pero que interes se podia tener en mi muerte? Nunca he hecho mal á nadie... nadie me conoce.

---No le hace... si los Martial son bastantes malvados para ahogar á alguno, no son tan bestias para hacerlo sin llevar en ello un interes... Algunas palabras que la viuda dijo á mi hombre en la cárcel... me lo prueban muy bien...

---Ha ido á ver su madre? Esa muger terrible?

—Si, y no hay esperanza para ella, ni para Calabaza, ni para Nicolas. Se habian descubierto muchas cosas; pero como el bribon de Nicolas, con la esperanza de salvar la vida, ha denunciado á su madre y á su hermana de otro asesinato... esto hace que todos lo deban pasar mal... el abogado no tiene esperanza, la gente de justicia dice que es preciso un ejemplar.

—Ah! eso es horroroso! casi toda una familia.

—Si, á menos que Nicolas se evada; está en la misma prision que un monstruo llamado el Esqueleto, que maquina una trama para salvarse él y otros; Nicolas ha hecho decir esto á Martial por un preso salido de la cárcel; porque mi hombre ha sido tan débil que fué á ver á su bribon hermano á la Fuerza. Entonces animado con la visita, aquel miserable, que confunda el infierno, tuvo el descaro de hacer decir á mi hombre que de un momento á otro podria escaparse, y que Martial le tuviese preparado en casa del tio Micou dinero y ropa para disfrazarse.

—Vuestro Martial tiene tan buen corazon.

—Buen corazon, como querais, Guillabaora; pero lléveme el diablo, si dejare que mi hombre ayude á un asesino que quiso matarle. Martial no

denunciará el plan de evasión, eso es ya mucho... Por otra parte, ahora que estais buena, Guilla-baora, vamos á partir, yo, mi hombre y los niños, para dar una vuelta á la Francia; no volveremos á poner los piés en Paris: era muy penoso á Martial ser llamado hijo del guillotinado... Que seria pues cuando madre, hermano y hermana pasasen por eso?...

---Esperareis al menos que haya hablado de vos á Mr. Rodolfo, si lo vuelvo á ver... Habeis vuelto al bien, he dicho que os haria recompensar, quiero cumplir mi palabra. A no ser así, como os habia de pagar? Me habeis salvado la vida... y durante mi enfermedad me habeis asistido con mucho esmero...

---Justamente! ahora pareceria interesada si os dejase pedir alguna cosa para mí á vuestros protectores. Os habeis salvado... os repito que esa es cuenta mia.

---Buena Loba... tranquilizaos... vos no seriais interesada, yo seria reconocida...

---Escuchad pues! dijo de repente la Loba levantándose, se diria que era el ruido de un coche... Si... sí, se aproxima; toma, allí está, lo habeis visto pasar por delante de la reja? hay una muger dentro.

---Oh! Dios mio!... exclamó Flor-celestial con emocion, me ha parecido reconocer...

---Que?

---Una jóven y linda señora que ví en San Lázaro, que fué muy buena para mí...

---Sabe que estais aqui?

---Lo ignoro; pero conoce á la persona de que os he hablado siempre, y que, si quiere, y lo querrá, lo espero, podrá realizar nuestros castillos en el aire de la cárcel.

---Una plaza de guarda de coto para mi hombre, con una choza para nosotros en medio de los bosques... dijo la Loba suspirando... todo esto es un sueño... es muy bello... no puede suceder...

Se oyó un ruido de pasos precipitados detras del seto; Francisco y Armandina, que, gracias á las bondades del conde de Saint-Remy, no habian dejado á la Loba, llegaron sin aliento gritando:

—Loba, aqui está una bella señora con Mr. de Saint-Remy; quieren ver inmediatamente á Flor-celestial.

—No me engañé!... dijo la Guillabaora.

Casi al mismo instante se presentó Mr. de Saint-Remy, acompañado de Mad. de Harville.

Apenas esta divisó á Flor-celestial, exclamó, corriendo hácia ella y estrechandola cariñosamente entre sus brazos:

—Pobre niña... estais aqui... Ah! salvada! salvada... salvada milagrosamente de una horrible muerte... Que afortunada soy en volveros á encontrar... yo que, asi como vuestros amigos, os crei perdida .. os sentí tanto!

—Tambien me tengo por muy dichosa en volveros á ver, señora; porque no he olvidado vuestras bondades conmigo, dijo Flor-celestial, respondiendo á las caricias de Mad. de Harville con una gracia y una modestia encantadoras.

—Ah! no sabeis cual será la sorpresa, la alegría de vuestros amigos que, á estas horas, os lloran tan amargamente!

Flor-Celestial, cogiendo de la mano á la Loba, que se habia retirado á un lado, dijo á Mad. de Harville presentándosela:

---Pues mi salud es tan cara á mis bienhechores, señora, permitidme que os pida algunas bon-

dades para mi compañera que me ha salvado con peligro de su vida...

---Estad segura, hija mía... vuestros amigos probarán á la valiente Loba que saben que á ella es á quien deben la dicha de volveros á ver.

La Loba, sonrojada, confusa, no atreviéndose ni á responder ni á mirar á Mad. de Harville, tanto le imponía la presencia de una muger de aquella dignidad, no pudo ocultar su sorpresa al oír á Clemencia pronunciar su nombre.

—No hay un momento que perder, repuso la marquesa.—Me muero de impaciencia por llevaros, Flor-celestial; he traído en mi coche un pañolón, una capa de mucho abrigo; venid, venid, hija mía...---Luego dirigiéndose al conde:---Tendreis la bondad, caballero, de dar las señas de mi casa á esta valerosa muger, á fin de que pueda mañana despedirse de Flor-celestial? de esa suerte os vereis obligada á ir á vernos, añadió Mad. de Harville dirigiéndose á la Loba.

---Oh! señora, iré seguramente, respondió esta, pues será para decir adios á la Guillabaora; tendría mucha pena en no poder abrazarla otra vez.

.....
Algunos minutos despues, Mad. de Harville y la Guillabaora estaban camino de Paris.

.....
Rodolfo, despues de haber asistido á la muerte de Santiago Ferrand tan terriblemente castigado de sus crímenes, habia entrado en su casa en una postracion inesplicable.

Despues de una larga y penosa noche de insomnio, mandó llamar á su lado á sir Walter Murph, para confiar á este antiguo y fiel amigo el fatal descubrimiento del dia antes acerca de Flor-celestial.

El digno caballero se desoló; mejor que nadie podia comprender y participar de la inmensidad del dolor del príncipe.

Este, pálido, abatido, los ojos enrojecidos por las lágrimas recientes, acababa de hacer á Murph esta dolorosa revelacion.

---Animo! dijo el caballero enjugandose los ojos, porque, á pesar de su flema, tambien habia llorado.---Sí, ánimo, monseñor! mucho animo!... Nada de vanos consuelos... esta pena debe ser incurable...

---Tienes razon... Lo que sentia ayer no es nada respecto á lo que experimento hoy...

---Ayer, monseñor... experimentabais el aturdimiento del golpe; pero su reaccion os será cada dia mas dolorosa. Asi, pues, ánimo! El porvenir es triste; muy triste.

---Y luego ayer... el desprecio y el horror que me inspiraba aquella muger... de quien Dios tenga piedad! á estas horas debe estar delante de él... Ayer en fin la sorpresa, el odio, el espanto, tantas pasiones violentas agitaban en mí los elementos de ternura desesperada..... que al presente no tengo ya..... Apenas podia llorar..... á lo menos ahora... á tu lado... lo puedo... Mira, ves... Estoy sin fuerzas... soy cobarde; perdona-me... Lágrimas... todavia, siempre... Oh! hija mia, pobre hija mia!

---Llorad, llorad, monseñor... ay! la pérdida es irreparable.

---Y tan atroces miserias que hacerle olvidar, gritó Rodolfo con un acento que destrozaba el corazon, despues de lo que habia sufrido. Piensa en la suerte que le espera.

---Quizá esta transicion hubiera sido muy dura para esa infeliz, ya tan cruelmente probada?

—Oh! no!... no... si supieseis con que miramientos... con que reserva la hubiera enterado de su nacimiento... que suavemente la hubiera preparado á esta revelacion .. Era tan sencillo.... tan fácil, añadió el príncipe con una sonrisa dolorosa, hubiera estado muy tranquilo y no embarazado. Me hubiera puesto de rodillas delante de aquella niña idolatrada, le hubiera dicho:—Tú, hasta aquí tan atormentada....sé en fin feliz... Tú eres mi hija... Pero no, dijo Rodolfo reponiéndose, no, no es esto.... sería muy repentino, muy imprevisto... Si, me hubiera pues contenido, y le hubiera dicho con aire tranquilo. Hija mia, es menester que os diga una cosa que va á sorprenderos mucho..... Dios mio! Si... figuraos que se han encontrado noticias de vuestros padres... vuestro padre existe... y vuestro..... soy yo.—Aquí el príncipe se interrumpió de nuevo —No, no, es todavía muy repentino, muy pronto... pero no es culpa mia, esta revelacion me acude inmediatamente... la que es preciso que tenga tanto imperio sobre si..... comprendes, amigo mio, comprendes... Estar allí, delante de su hija, y contenerse.---Luego, dejándose arrebatarse de un nuevo impetu de desesperacion, Rodolfo exclamó:---Pero de que sirven, de que sirven estas vanas palabras? No tendré nunca nada que decirle. Oh! es horroroso, horroroso de pensar, no lo ves? pensar que he tenido á mi hija á mi lado... durante todo un dia...si, durante aquel dia para siempre maldito y sagrado en que la conduje á la hacienda, aquel dia en que los tesoros de su alma angelical se me revelaron en toda su pureza. Estaba presente cuando despertó aquella naturaleza adorable...y nada en mi corazon me decia: Es tu hija... Nada... nada... Oh! que ciego, que bárbaro, que estúpido era yo..... No

penetraba... Oh! era indigno de ser padre.

---Pero, monseñor...

—Pero en fin, dijo el príncipe, ha dependido de mí, sí, ó no, dejarla nunca? Por qué no la adopte? ya que tanto lloraba á mi hija! Por qué, en vez de enviar á aquella desgraciada niña á casa de Mad. Georges, no la conservé á mi lado?... Hoy no tendria mas que tenderle los brazos... Por qué no hice eso? por qué? Ah! porque nunca he hecho el bien mas que á medias, porque no se aprecian las maravillas sino cuando han desaparecido para siempre... porque en vez de elevar en seguida, á su verdadera altura, á aquella admirable jóven que, á pesar de la miseria, el abandono, era, por su talento y corazon, mas grande, mas noble quizá que nunca lo hubiera llegado á ser por las ventajas del nacimiento y de la educacion... creí hacer mucho por ella, acomodandola en una hacienda... al lado de buenas personas... como hubiera hecho por la primera mendiga interesante que se me hubiera presentado... es culpa mia... es culpa mia. Si hubiese hecho esto, no estaria muerta... Oh! si... estoy bien castigado... lo he merecido... mal hijo... mal padre!...

Murph, conociendo que semejantes dolores son inconsolables, se calló.

Despues de un silencio bastante largo, Rodolfo repuso con voz alterada:

—No estaré aquí, Paris me es odioso... mañana, parto...

---Teneis razon, monseñor.

---Daremos una vuelta, me detendré en la hacienda de Bouqueval... Iré á encerrarme algunas horas en la habitacion en que mi hija ha pasado los solos dias felices de su triste vida... Allí se recogerá religiosamente todo lo que queda... los

libros en que empezaba á leer... los cuadernos en que escribía... los vestidos que se ponía... todo... hasta los muebles... hasta las colgaduras de aquella habitacion... de la cual yo mismo sacaré un diseño exacto... Y en Gerolstein... en el parque reservado donde he hecho elevar un monumento á la memoria de mi padre ultrajado... haré construir una casita donde estará aquella habitacion... allí iré á llorar á mi hija... de estos dos fúnebres monumentos, el uno me recordará mi crimen contra mi padre, el otro el castigo que me ha herido en mi hija...---Despues de un nuevo silencio, añadió Rodolfo:--- Así pues, que todo esté dispuesto... mañana por la mañana...

Queriendo Murph tratar de distraer un momento al príncipe de sus siniestros pensamientos le dijo:

---Todo estará dispuesto, monseñor, solamente os olvidais que mañana debe efectuarse en Bouqueval el casamiento del hijo de Mad. Georges con Rigolette... No solamente habeis asegurado el porvenir de Germain y dotado magníficamente á su novia... sino que le habeis prometido asistir á su casamiento como testigo... Entonces solamente deben saber el nombre de su bienhechor.

---Es verdad, he prometido eso... Estan en la hacienda... y yo no puedo ir allá mañana... sin asistir á esa fiesta... y te confieso que no tendré valor...

---La vista de la felicidad de esos jóvenes calmará quizá un poco vuestra pena.

---No, no, el dolor es solitario y egoísta.... Mañana irás á escusarme y á representarme al lado de ellos, suplicarás á Mad. Georges reuna todo lo que perteneció á mi hija... Se hará sacar un dibujo de su alcoba y se me enviará á Alemania.

—Partireis pues tambien, monseñor, sin ver á la señora marquesa de Harville?

Al recuerdo de Clemencia, Rodolfo se estremeció... el amor sincero vivia siempre en él, ardiente y profundo... pero en este momento por decirlo así anegado en el mar de penas que inundaba su corazón....

Por una estraña contradiccion, el príncipe conocia que el tierno afecto de Mad. de Harville hubiera podido solo ayudarle á soportar la desgracia que le heria, y se reprendia aquel pensamiento como indigno de la rigidez de su valor paternal.

---Partiré sin ver á Mad. de Harville, respondió Rodolfo.---Hace pocos dias, le escribi la pena que me causaba la muerte de Flor-celestial... Cuando sepa que Flor-celestial era mi hija... comprenderá que hay dolores ó más bien castigos fatales que es preciso tener el valor de sufrirlos solo... si... solo... para que sean espiatorios... y que es terrible la espiacion que la fatalidad me impone... terrible!... porque comienza para mí... en la hora en que la declinacion de la vida comienza tambien.

Llamaron suave y discretamente á la puerta del gabinete de Rodolfo, el cual hizo un movimiento de triste impaciencia.

Murph se levantó y abrió.

Por la puerta entreabierta, un edecan del príncipe habló al caballero en voz baja. Este respondió con un signo de cabeza, y, volviendose hácia Rodolfo:

---Me permite monseñor que me ausente por un momento? Una persona quiere hablarme en este mismo instante para el servicio de V. A. R.

---Ve... respondió el príncipe.

Ido apenas Murph, Rodolfo, ocultando la cara en sus manos, dió un largo gemido.

---Oh! exclamó él, lo que sieato me espanta... mi alma rebosa de hiel y de odio; la presencia de mi mejor amigo me pesa... la memoria de un noble y puro amor me importuna y me turba, y despues... esto es cobarde é indigno... Pero ayer noche supe con una alegría bárbara la muerte de Sarab... de esa madre desnaturalizada que me ha causado la muerte de mi hija; me complazco en trazar la horrible agonía del monstruo que hizo matar á mi hija. O rabía! Llegué demasiado tarde... exclamó moviéndose en su sillón.---Sin embargo, ayer, no padecía esto... y lo mismo ayer que hoy creía á mi hija muerta... Oh! sí, pero no me decia yo estas palabras que en adelante emponzoñarán mi vida: He visto á mi hija... la he hablado... he admirado todo lo que habia de adorable en ella... Oh! que de tiempo he perdido en aquella hacienda!.. Cuando pienso que no he ido allá mas que tres veces?... sí, no mas... Y podia ir todos los dias... Ver á mi hija todos los dias... Que digo? tenerla para siempre á mi lado... Oh! tal será mi suplicio... repetirme esto siempre... siempre!

Y el desgraciado hallaba un placer cruel en volver á este pensamiento desolador y sin fin; porque es propio de los grandes dolores avivarse incessantemente con terribles repeticiones.

De pronto se abrió la puerta del gabinete, y entró Murph muy descolorido, tan descolorido que el príncipe se medio levantó y gritó:

---Murph... que tienes?...

---Nada, monseñor...

---Estás muy descolorido...sin embargo,

---Es... la admiracion...

---Que admiracion?...

---Mad. de Harville...

---Mad. de Harville!... gran Dios! una nueva desgracia!...

---No, no, monseñor, tranquilizaos... está ahí... en el salón de servicio...

---Ella... aquí... ella en mi casa... imposible...

---También, monseñor... os digo... la sorpresa....

---Semejante paso por su parte... Pero que hay pues, en nombre del cielo?

---No sé... pero no puedo explicar lo que esperimento...

---Tu me ocultas alguna cosa!

---Por mi honor, monseñor... por mi honor... no... no sé lo que la señora marquesa me ha dicho.

---Pero que te ha dicho?...

---«Sir Walter, y su voz estaba alterada, pero «su cara brillaba de alegría, mi presencia aquí debe admiraros mucho... Pero hay ciertas circunstancias tan imperiosas que no dejan tiempo de pensar en las conveniencias. Suplicad á S. A. me «conceda al instante algunos momentos de conferencia en presencia vuestra... porque el príncipe no tiene en el mundo mejor amigo. Hubiera «podido suplicarle me hiciese el favor de ir á mi «casa; pero hubiera sido un retardo de una hora «quizá, y el príncipe no llevaria á bien haber retardado un minuto esta conferencia...» añadió ella con una espresion que me hizo estremecer.

---Pero... dijo Rodolfo con voz alterada, y poniendose á pesar suyo mucho mas descolorido que Murph, no penetro la causa de tu turbacion... de... tu agitacion... de... tu palidez... hay otra cosa... esta conferencia...

---Por mi honor, yo no... sé nada mas... Estas solas palabras me trasternaron. Per qué? lo ig-

noro... Pero vos tambien... estais muy descolorido, monseñor.

---Yo?... dijo Rodolfo apoyandose sobre un sillón, porque sentia que se le doblaban las rodillas

---Os digo, monseñor, que estais tan trastornado como yo... Que teneis?

---Moriria yo al golpe... suplica á Mad. de Harville que entre, dijo el principe.

---Por una estraña simpatía la visita tan inesperada, tan estraordinaria de Mad. de Harville habia despertado en Murph y en Rodolfo una misma vaga y loca esperanza, pero esta esperanza les parecia tan insensata que ni el uno ní el otro habian querido manifestarsela.

Mad. de Harville, seguida de Murph, entró en el gabinete del principe.



CAPITULO IX.

EL PADRE Y LA HIJA.

IGNORANDO, lo hemos dicho, que Flor-Celestial fuese hija del principe, Mad. de Harville, entregada toda á la alegría de llevarle su protegida, creyó poderla presentar casi sin preparativos; únicamente, la habia dejado en el coche, ignorando si Rodolfo querria darse á conocer á esta jóven, y recibirla en su casa.

Pero advirtiendo la profunda alteracion de las facciones de Rodolfo, notando en sus ojos señales recientes de lágrimas, Clemencia pensó que le habia acontecido alguna desgracia mas cruel para él que la muerte de la Guillabaora; así, olvidando el objeto de su visita, exclamó:

---Gran Dios!.. monseñor... que teneis?

---Lo ignorais, señora? ...Ah! toda esperanza es perdida... Vuestra-priesa... la conferencia que con tanta urgencia me habeis pedido... crei...

---Oh! os lo suplico, no hablemos del asunto que me trae aquí... monseñor... en nombre de mi padre, cuya vida habeis salvado... tengo derecho de preguntaros la causa del desconsuelo en que estais sumergido... Vuestro abatimiento, vuestra

palidez me asustan... Oh! hablad, monseñor... sed generoso,... hablad, tened piedad de mis angustias...

--De que sirve, señora? mi herida es incurable...

---Estas palabras redoblan mi terror... monseñor, explicaos... Sir Walter, por Dios, que tiene?

---Pues bien... dijo Rodolfo con voz cortada, haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, despues que os instruí de la muerte de Flor-celestial,.. he sabido que era mi hija...

---Flor-celestial?... hija vuestra!.. gritó Clemencia con un acento imposible de describir.

---Si... Y ahora cuando me hicisteis decir que queriais verme al instante... para hacerme saber una noticia que me colmaria de alegria... tened compasion de mi debilidad... pero un padre loco por el dolor de haber perdido su hija... es capaz de las mas necias esperanzas... Un momento creí... que... pero no, no, lo veo... me habia engañado... Perdonadme... no soy mas que un miserable insensato...

Rodolfo, aniquilado de resultas de una fugitiva esperanza y de un engaño doloroso, se volvió á dejar caer en su silla tapándose la cara con las manos.

Mad. de Harville quedó pasmada, inmóvil, muda, respirando apenas, sucesivamente presa de una alegria embriagante, del temor del afecto fulminante de la revelacion que debia hacer al principe, exaltada en fin por un religioso reconocimiento á la Providencia que la encargaba, á ella... á ella... de anunciar á Rodolfo que vivia su hija...y que ella se la traia...

Clemencia, agitada por estas conmociones tan violentas, tan diversas, no podia hablar una palabra...

Murph, despues de haber por un momento par-

icipado de la necia esperanza del príncipe parecía tan postrado como él.

De repente la marquesa, cediendo á un impulso súbito involuntario, olvidando que estaban presentes Murph y Rodolfo, se arrodilló, juntó las manos y exclamó, con la espresion de una piedad ferviente y de una gratitud inefable:

---Gracias... Dios mio... bendecido seais... reconozco vuestra omnipotente voluntad... gracias otra vez, porque me habeis elegido... para hacerle saber que su hija está salvada...

Aunque dichas en voz baja, estas palabras pronunciadas con un acento de sinceridad y de santa exaltacion, llegaron á los oidos de Murph y del príncipe.

Este alzó vivamente la cabeza en el momento en que Clemencia se levantaba.

Es imposible decir la mirada, el gesto, la espresion de la fisionomia de Rodolfo, contemplando á Mad. de Harville, cuyas facciones adorables, rebotando de una alegría celestial, brillaban en aquel momento con una belleza sobrehumana.

Apoyada una mano sobre el mármol de una repisa, y comprimiendo con la otra los latidos precipitados de su pecho, respondió ella con una señal afirmativa de cabeza á la mirada de Rodolfo, la cual no puede describirse.

---Y... donde está?... dijo el príncipe temblando como la hoja de un árbol.

---Abajo.... en mi coche.

A no ser por Murph, que, pronto como el rayo, impidió el paso á Rodolfo, este salia perdido.

---Monseñor... la matariais!... gritó el caballero deteniendo al príncipe.

---Desde ayer tan solo está en convalecencia... En nombre de su vida... nada de imprudencia, monseñor.... añadió Clemencia.

---Teneis razon, dijo Rodolfo conteniéndose, teneis razon... estaré quieto... no la veré todavía... esperaré que mi primera agitacion se apacigüe... Ah!., esto es mucho... mucho en un dia, añadió con voz alterada... Luego dirigiendose á Mad, de Harville, y dandole la mano, exclamó, con una emocion de indecible reconocimiento...

---Estoy perdonado..... sois el ángel de redencion.

---Monseñor... me habeis vuelto mi padre... Dios quiere que os traiga vuestra hija... respondió Clemencia, Pero á mi vez... os pido perdon de mi debilidad... Esta revelacion tan súbita... tan inesperada... me ha trastornado... confieso que no tendré valor para ir por Flor-celestial... mi conmocion la asustaria.

---Y como se ha salvado? quien la ha salvado? dijo Rodolfo,---Ved mi ingratitud... no os habia aun hecho esta pregunta.

---En el momento en que se ahogaba, fué sacada del agua por una muger valerosa.

---La conoceis?

---Mañana vendrá á mi casa...

---La deuda es inmensa, dijo el principe, pero sabré pagarla.

---Que bien inspirada he sido, Dios mio, en no haber traído conmigo á Flor-celestial, dijo la marquesa; esta escena le hubiera sido funesta...

---Es verdad, señora, dijo Murph, es un acaso providencial que no esté aquí.

---Ignoraba si monseñor deseaba ser conocido de ella, no quise presentarsela sin consultarle.

---Ahora, dijo el principe que habia pasado algunos minutos por decirlo así en vencer su agitacion, y cuyas facciones parecian casi tranquilas, ahora... soy dueño de mí, os lo aseguro.... Murph... ve á buscar.,. *mi hija.*

Estas palabras, *mi hija*, fueron pronunciadas por el príncipe con un acento que no sabríamos expresar.

---Monseñor... estais bien seguro de vos? dijo la marquesa ---Nada de imprudencia...

---Ob! estad tranquila...sé el peligro que habria para ella...No la espondré, mi buen Murph...te lo suplico... ve... ve.

---Estad segura, señora, repuso el caballero que habia observado atentamente al príncipe, puede venir... monseñor se contendrá...

---Entonces... anda... anda pronto... mi viejo amigo.

---Sí, monseñor... Os pido solamente un minuto... no somos de hierro... dijo el valiente caballero enjugándose las marcas de sus lágrimas, no es menester que vea que hemos llorado.

---Escelente hombre, repuso Rodolfo apretando la mano de Murph entre las suyas.

---Vamos, monseñor, aquí estoy...no quisiera atravesar el salon de servicio lloroso como una Magdalena.

El caballero Murph dió un paso para salir, luego, deteniendose, dijo:

---Pero, monseñor, que le diré?

---Sí... que le dirá? preguntó el príncipe á Clemencia.

---Que Mr. Rodolfo desea verla... nada mas, me parece.

---Sin duda: que Mr... Rodolfo... desea verla... nada... mas... vamos anda... anda...

---Eso es ciertamente... lo mejor que se le puede decir... repuso el caballero que se sentia á lo menos tan impresionado como Mad. de Harville; Le diré sencillamente que Mr. Rodolfo... desea verla... Esto no lo hará prejuzgar nada... preveer

nada... es lo mas razonable, en efecto.

Y Murph no se movia.

—Sir Walter, le dijo Clemencia sonriendose, teneis miedo.

—En verdad, señora marquesa... á pesar de mis seis pies y mis conchas, estoy todavia poseido de una conmocion profunda.

—Amigo mio... cuidado, le dijo Rodolfo, espera todavia un momento, si no estas seguro de ti.....

—Vamos, vamos, esta vez, monseñor, he tomado superioridad, dijo el caballero, despues de haberse pasado por los ojos sus dos puños herculeos; es evidente que en mi edad... esta debilidad es perfectamente ridicula... No temais nada, monseñor.....

Y Murph sali6 con paso firme, el semblante impassible.....

Un momento de silencio sigui6 á su partida.

Entonces Clemencia pens6 sonrojandose que estaba en casa de Rodolfo, sola con 6l.

El príncipe se acerc6 á ella y le dijo casi timidamente:

—Si escojo este dia... este momento... para hacer una declaracion sincera... es porque la solemnidad de este dia, de este momento, aumentará la gravedad de esta declaracion... desde que os vi... os amé... Mientras que he debido ocultar este amor... lo he ocultado... ahora, estaré libre, me habeis vuelto mi hija... quereis ser su madre?

—Yo.... monseñor! exclam6 Mad. de Harville... Qué decis?

—Os lo suplico.... no me rechaceis, haced que este dia decida de la felicidad de toda mi vida, repuso tiernamente Rodolfo.

Clemencia amaba tambien al principe largo tiem-

po había... con pasión; creía soñar; la declaración de Rodolfo, esta declaración á la vez tan simple, tan grave y tan interesante, hecha en tal circunstancia, la transportaba de una felicidad inesperada; respondió titubeando:—Monseñor... á mí me toca recordaros... la distancia de nuestras condiciones... el interes de vuestra soberania.

—Dejadme pensar ante todo en el interes de mi corazon... en el de mi querida hija... hacednos felices...oh! muy felices, á ella... y á mi... haced que yo... que poco antes estaba sin familia... pueda decir ahora... mi muger... mi hija... haced en fin que esta pobre niña... que, ella tambien, que estaba sin familia... pueda decir... mi padre... mi madre... mi hermana... porque teneis una hija que llegará á ser mia!

—Ah!... monseñor... á tan nobles palabras... no se puede responder sino con lágrimas de reconocimiento... exclamó Clemencia. Luego, conteniéndose, añadió:—Monseñor... vienen, es... vuestra hija.

---Oh!...no me rechaceis...repuso Rodolfo... con voz conmovida y suplicante, en nombre de mi amor, decid... *nuestra* hija...

---Pues bien... *nuestra*... hija... mormuró Clemencia, en el momento en que Murph, abriendo la puerta, introducía á Flor-celestial en el salon del príncipe.

La jóven, bajada del coche de la marquesa delante del pórtico de este grande palacio, había atravesado una primera antecámara llena de criados con grandes libreas, una sala de espera donde estaban los ayúdas de cámara, luego el salon de los ugieres, y en fin el salon de servicio, ocupado por un chambelan y los edecanes del príncipe de gran uniforme. Júzguese cual sería la ad-

miracion de la pobre Guillabaora que no conocia otros esplendores, que los de la hacienda de Bouqueval.... al atravesar aquéllas habitaciones de príncipe, brillantes en oro, espejos y pinturas.

Así que se presentó, Mad. de Harville corrió á ella, la tomó por la mano y, echándole uno de sus brazos como para sostenerla, la condujo á Rodolfo que, en pié junto á la chimenea, no había podido dar un paso.

Murph, despues de haber confiado á Flor-celestial á Mad. de Harville, se dió prisa á medio desaparecer detras de una de las inmensas cortinas de la ventana, no hallándose suficientemente *seguro de sí*.

A la vista de su bienhechor, de su salvador, de su *Dios...* que la contemplaba en un mudo éstasis, Flor-celestial ya tan turbada se puso á temblar.

—Tranquilizaos... hija mía, le dijo Mad. de Harville, aqui está vuestro amigo... Mr. Rodolfo, que os esperaba impacientemente... ha estado muy inquieto por vos...

—Oh!... sí... muy... muy inquieto... tartamudeó Rodolfo, siempre inmóvil y cuyo corazon se deshacia en lágrimas al aspecto del pálido y amable semblante de su hija.

Tambien, á pesar de su resolucion, el príncipe se vió por un momento obligado á volver la cabeza para ocultar su enternecimiento.

—Mirad, hija mia, estais todavía muy endeble, sentaos ahí, dijo Clemencia para llamar la atencion de Flor-celestial, y la condujo hácia un gran sillón dorado, en el cual la Guillabaora se sentó con precaucion.

Su turbacion se aumentaba cada vez mas; estaba oprimida, le faltaba la voz; estaba desconsola-

da por no haber aun podido decir una palabra de gratitud á Rodolfo.

En fin, á una seña de Mad. de Harville, puesta de codos en el respaldo del sillón, inclinada hácia Flor-celestial y con una de sus manos en las suyas, el príncipe se acercó poco á poco por el otro lado. Mas dueño de sí, dijo en fin á Flor-celestial, que volvía hácia él su cara encantadora.

—En fin, hija mia, aquí estais para siempre reunida con vuestros amigos... no los dejareis mas... Es preciso sobre todo olvidar lo que habeis padecido.....

---Si, hija mia, el mejor medio de probarnos que nos amais, añadió Clemencia, es olvidar el triste pasado.

---Creed, Mr. Rodolfo... creed, señora, que, si pensase en él alguna vez, á pesar mio, será para decirme que á no ser por vos... sería todavía muy desgraciada.

---Sí, pero harémos de suerte que no tengáis mas esos sombríos pensamientos. Nuestro cariño no os dejará tiempo, mi querida María... repuso Rodolfo; porque sabeis que os di ese nombre... en la hacienda.

---Si, Mr. Rodolfo... Y Mad. Georges, que me permitió que la llamase... madre... lo pasa bien?

---Muy bien, hija mia... Pero tengo importantes noticias que daros.

---A mí, Mr. Rodolfo?

—Despues que os vi... se han hecho grandes descubrimientos acerca de vuestro nacimiento..

—Acerca de mi nacimiento?

—Se salen en quienes son vuestros padres... Se conoce á vuestro padre....

Rodolfo tenia tantas lágrimas en la voz al pronunciar estas palabras, que Flor-celestial muy con-

movida se tornó vivamente hácia él; afortunadamente él pudo volver la cabeza.

Otro incidente medio burlesco vino tambien á distraer á la Guillabaora y á impedir que notase la conmocion de su padre: el digno caballero, que no salia de detras de su cortina y que parecia mirar atentamente el jardin del palacio, no pudo dejar de sonarse las narices con un ruido formidable, porque estaba llorando como un niño.

—Sí, querida Maria, se dió prisa á decir Clemencia, se conoce á vuestro padre... existe.

—Mi padre! exclamó la Guillabaora con una expresion que animó á Rodolfo á una nueva prueba.

—Y un dia... repuso Clemencia, pronto quizá... le vereis... Lo que os sorprenderá, sin duda, es que es de una condicion muy elevada... de grande nacimiento.

—Y á mi madre, señora, la veré?...

—Vuestro padre responderá á esa pregunta, hija mia... pero no os tendreis por muy feliz en verle?...

—Oh! sí, señora, respondió Flor-celestial bajando los ojos.

—Como le amareis, cuando le conozcais! dijo la marquesa.

—Desde este dia... empezará para vos una vida nueva, no es así, Maria? añadió el principe.

—Oh! no, Mr. Rodolfo, respondió sencillamente la Guillabaora.—Mi nueva vida comenzó desde el dia en que tuvisteis compasion de mí...en que me enviasteis á la hacienda...

—Pero vuestro padre... os quiere... dijo el principe.

—No lo conozco...y os debo todo... Mr. Rodolfo.

—Así... me amais... tanto... mas quizá que amareis á vuestro padre?

—Os bendigo y os respeto como á Dios, Mr. Rodolfo, porque habeis hecho por mi lo que solo Dios hubiera podido hacer, respondió la Guillabarra con exaltacion, olvidando su timidez habitual. Cuando la señora tuvo la bondad de hablarme en la cárcel, le dije, como le decia á todo el mundo... si, Mr. Rodolfo á las personas que eran mas desgraciadas... decia: Esperad, Mr. Rodolfo consuela á los desgraciados... A las que vacilaban entre el bien y el mal decia: Valor, sed buenas, Mr. Rodolfo recompensa á los que son buenos. A los que eran malos, les decia: Tened cuidado, Mr. Rodolfo castiga á los malvados... En fin, cuando crei que me moria, me dije: Dios tendrá piedad de mí, porque Mr. Rodolfo me ha juzgado digna de interesarse por mí.

Flor-celestial, arrastrada por su reconocimiento para con su bienhechor, habia superado su temor, un ligero encarnado coloraba sus mejillas, y sus hermosos ojos azules, que elevaba al cielo como si pidiese á Dios, brillaban con el mas suave resplandor.

Un silencio de algunos minutos sucedió á las palabras entusiastas de Flor-celestial; la conmocion de los actores de esta escena era profunda.

—Veo, hija mia, dijo Rodolfo, pudiendo apenas contener su alegria, que en vuestro corazon he ocupado con corta diferencia el lugar de vuestro padre.

—No es culpa mia, Mr. Rodolfo. Es quizá malo para mi.. pero os lo he dicho, os conozco, y no conozco á mi padre; y añadió bajando la cabeza con confusion:—y luego, en fin, sabeis lo pasado... Mr. Rodolfo... y á pesar de eso me habeis colmado de bondades, pero mi padre no sabe.... este pasado... Quizá sentirá haberme hallado, añá-

dió la desgraciada niña estremeciéndose, y pues es, como dice la señora... de un grande nacimiento... sin duda tendrá vergüenza... se sonrojará de mí...

—Sonrojarse de vos?... gritó Rodolfo erguido, altiva la cara, mirando con orgullo.—Tranquilizaos, pobre niña, vuestro padre os dará una posición tan brillante, tan elevada que los mas grandes entre los grandes de este mundo no os mirarán de aquí en adelante sino con un profundo respeto... Sonrojarse de vos?... no... no... despues de las reinas, á quienes estais aliada por la sangre... marchareis igual con las mas nobles princesas de la Europa....

—Monseñor!... exclamaron á la vez Murph y Clemencia asustados con la exaltacion de Rodolfo y con la palidez creciente de Flor-celestial, que miraba á su padre con estupor.

—Sonrojarse de tí?... continuó él, oh! si alguna vez me he orgullecido con mi clase soberana es porque, gracias á esta clase, puedo elevarte tanto como deprimida has estado... oyes, querida hija... mi hija adorada?... Yo soy... yo soy tu padre!.....

Y el príncipe, no pudiendo vencer mas largo tiempo su connocion, se arrojó á los piés de Flor-celestial, cubriéndoselos de lágrimas y caricias.

—Bendito seais, Dios mio! exclamó Flor-celestial juntando las manos.—Me era permitido amar á mi bienhechor tanto como lo amaba... Es mi padre... podré quererlo sin remordimientos... Seais bendito... Dios...

No pudo acabar... el sacudimiento era muy violento; Flor-celestial se dejó caer en los brazos del príncipe.

—Murph corrió á la puerta del salon de servicio, la abrió y dijo:

---El doctor David...al instante...para S. A. R...

hay aquí una persona que se ha puesto mala...

—Maldición!... la he matado... gritó Rodolfo llorando hincado de rodillas delante de su hija.— Maria... hija mia... escúchame... es tu padre... Perdon... oh! perdon... por no haber podido retener mas largo tiempo este secreto... La he matado... Dios mio!... la he matado!...

—Calmaos, monseñor, dijo Clemencia, sin duda no hay peligro alguno... Ved... sus mejillas están coloradas... es la sorpresa... solamente la sorpresa.

—Pero apenas convaleciente... morirá ella... desgraciado! oh! desgraciado de mí!

En este momento, David, el médico negro, entró precipitadamente, trayendo en la mano una cajita llena de frascos y un papel que entregó á Murph.

—David... mi hija se muere... Yo te he salvado la vida... tu debes salvar á mi hija, exclamó Rodolfo.

Aunque pasmado con estas palabras del príncipe, que hablaba de su hija, el doctor corrió á Flor-celestial que Mad. de Harville tenía en sus brazos, tomó el pulso á la jóven, le puso la mano sobre la frente, y volviéndose á Rodolfo que, descolorido, asustado, esperaba su parecer:

—No hay ningun peligro... tranquilicese V. A.

—Dices verdad... ningun peligro... ninguno...

—Ninguno, monseñor... Algunas gotas de ether... y habrá cesado esta crisis...

—Oh! gracias... David... mi buen David... dijo Rodolfo con efusion.—Luego, dirigiéndose á Clemencia, añadió Rodolfo:—Vive... nuestra hija... vivirá.

Murph acababa de pasar la vista por el billete que le habia entregado David al entrar; se estre-

meció y miró al príncipe con espanto.

—Sí, mi viejo amigo, repuso Rodolfo, dentro de poco tiempo mi hija podrá decir á la señora marquesa de Harville... madre mia...

---Monseñor, dijo Murph temblando, la noticia de ayer era falsa...

---Qué dices tú?...

---Una crisis violenta, seguida de un síncope, hizo creer... en la muerte de la condesa Sarah...

---La condesa!...

---Esta mañana... se espera salvarla....

---Oh! Dios mio!... Dios mio! exclamó el príncipe aterrado, mientras que Clemencia lo miraba con estupor no comprendiendo todavía.

---Monseñor, dijo David, siempre ocupado de Flor-celestial, no hay que tener la menor inquietud... Pero el aire libre sería urgente; podría llevarse el sillón al terrero abriendo la puerta del jardín... cesaría completamente.

Entonces Murph corrió á abrir la puerta de cristales que caía á una inmensa galería que formaba un terrero; luego, ayudado por David, llevó suavemente el sillón donde estaba la Guilla-baora siempre sin conocimiento.

Rodolfo y Clemencia quedaron solos.



CAPITULO X.



SACRIFICIO.

Ah! señora!... exclamó Rodolfo despues que Murph y David se habian alejado, no sabeis lo que es la condesa Sarah?.....es la madre de Flor-cestial.....

—Gran Dios!....

—Y creia que habia muerto!...

—Hubo un momento de profundo silencio.

Mad. de Harville perdió el color... su corazon se destrozó.

—Lo que ignorais todavia... prosiguió Rodolfo con pena, es que esta muger tan egoista como ambiciosa, no amando en mí mas que al príncipe, me arrastró, en mi primera juventud, á una union mas adelante deshecha. Queriendo entonces volverse á casar, la condesa causó todas las desgracias de su hija abandonandola á manos mercenarias.

—Ah! ahora, monseñor, comprendo la aversion que le teniais...

—Comprended tambien porque, dos veces, ella quiso perderos con infames delaciones!.... Siempre presa de una implacable ambicion, creia forzarme

á volver á ella aislandome de todo afecto.

—Oh! que horroroso cálculo!....

—Y no ha muerto!....

—Monseñor... esta pena no es digna de vos!...

—Es que ignorais todos los males que ella ha causado!... En este momento todavia... cuando encontrando á mi hija... iba á darle una madre digna de ella... Oh! no... no... esa muger es un demonio amarrado á mis pasos....

—Vamos, monseñor... valor... dijo Clemencia enjugandose las lágrimas que corrian á pesar suyo, teneis un grande, un santo deber que cumplir... Lo habeis dicho vos mismo en un justo y generoso arrebató de amor paternal... de aqui en adelante la suerte de vuestra hija debe ser tan feliz como miserable ha sido.... Debe estar tan elevada como deprimida ha sido... Para eso... es menester legitimar su nacimiento... para eso.... es menester casarse con la condesa Mac-Gregor.

—Nunca... nunca.... Eso seria recompensar el perjurio, el egoismo y la feroz ambicion de esa madre desnaturalizada.... Reconoceré á mi hija.... vos la adoptareis, y, asi como lo esperaba, hallará en vos un afecto maternal...

—No, monseñor, no hareis eso.... no, no dejareis en las sombra el nacimiento de vuestra hija. La condesa Sarah es de noble y antigua casa; para vos, sin duda, esta alianza es desproporcionada.... pero es honrosa... Con este casamiento.. vuestra hija no será legitimada.... sino legitima.... y asi, cualquiera que sea el porvenir que le aguarda, podrá gloriarse de su padre y confesar públicamente su madre...

—Pero renunciar á vos, por Dios... es imposible... Ah! no podeis pensar lo que hubiera sido para mi la vida dividida entre vos y mi hija....

mis dos solos amores de este mundo....

—Os queda vuestra hija, monseñor... Dios os la ha vuelto milagrosamente... Tener por incompleta vuestra felicidad seria ingratitud!...

—Ah! no me amais como yo os amo...

—Creed esto, monseñor... creedlo... el sacrificio que haceis á vuestros deberes os parecerá menos penoso...

—Pero si me amais... pero si vuestras penas son tan amargas como las mias, sereis muy desgraciada... Qué os quedará?

—La caridad... monseñor! este admirable sentimiento que habeis despertado en mi corazon... este sentimiento que me ha hecho olvidar muchas penas, y al que he debido muy dulces consuelos.

—Por favor, escuchadme.... En hora buena, me casaré con esa muger; pero una vez completado el sacrificio, me será posible vivir al lado de ella? de ella, que no me inspira sino aversion y desprecio? No, no, quedaremos para siempre separados el uno del otro, nunca verá á mi hija... Así Flor-celestial perderá en vos la mas tierna de las madres...

---Le quedará el mas tierno de los padres.... Con el casamiento, será la hija legítima de un principe soberano de la Europa, y, como lo habeis dicho, monseñor, su posicion será tan brillante como oscura ha sido.

---Sois cruel... soy muy desgraciado!

—Os atreveis á hablar asi... vos tan grande, tan justo... vos que comprendeis tan noblemente el deber, el sacrificio y la abnegacion.. Ahora, antes de esta revelacion providencial, cuando llorabais á vuestra hija con sollozos tan despedazantes, si se os hubiese dicho: Haced un voto, uno solo... y será realizado... hubierais exclamado: que mi hija viva!...

Este prodigio se cumplió... vuestra hija os ha sido entregada... y os llamais desgraciado... Ah! monseñor, que Flor-celestial no os oiga!...

—Teneis razon, dijo Rodolfo despues de un largo silencio, tanta felicidad...hubiera sido el cielo... en la tierra, y no merezco eso... haré lo que debo... No siento mi perplejidad...le he debido una nueva prueba de la hermosura de vuestra alma....

—Esta alma, vos sois el que la habeis agrandado, elevado... Si lo que hago es bueno, á vos es á quien glorifico... asi como siempre os he glorificado por los buenos pensamientos que he tenido... Valor, monseñor... asi que Flor-celestial pueda resistir el viage, llevaosla... Ya en Alemania, en aquel pais tan tranquilo y tan grave, su transformacion se completará... Y lo pasado no será para ella mas que un sueño triste y lejano.

—Pero vos? pero vos?

—Yo... puedo muy bien decir esto ahora. ,porque podré decirlo siempre con alegria y orgullo... mi amor á vos será mi ángel tutelar, mi salvador, mi virtud, mi porvenir... Todo el bien que hicierre vendrá de él y volverá á él... Todos los dias os escribiré... perdonadme esta exigencia... es la sola que me permito. Vos, monseñor, me respondereis algunas veces... para darme noticias de la que al menos un momento he llamado hija mia, dijo Clemencia sin poder contener su llanto, y que lo será siempre en el pensamiento; en fin, cuando los años nos hubieren dado derecho de confesar en alta voz el inalterable afecto que nos une... os lo juro por vuestra hija, si lo deseais iré á vivir á Alemania en la misma ciudad que vos... para no dejaros mas... y terminar asi una vida que hubiera podido ser mas segun nuestras pasiones... pero que será á lo menos honrosa y digna...

—Monseñor... gritó Murph entrando precipitadamente, la que Dios os ha devuelto ha recobrado sus sentidos, renace. Su primera palabra ha sido: Mi padre... Quiere veros.

Pocos instantes despues, Mad. de Harville habia dejado el palacio del principe, este se fué á toda priesa á casa de la condesa Mac-Gregor acompañado de Murph, del baron de Graün y de un edecan.



CAPITULO XI.



EL CASAMIENTO.

DESPUES que Rodolfo le habia hecho saber el asesinato de Flor-celestial, la condesa Sarah Mac-Gregor, aniquilada por esta revelacion que arruinaba todas sus esperanzas, atormentada por un remordimiento tardío, habia sido víctima de violentas crisis nerviosas, de un espantoso delirio; su herida medio cicatrizada se habia vuelto á abrir, y un largo síncope habia momentáneamente hecho creer en su muerte. No obstante, gracias á lo fuerte de su constitucion, no sucumbió á este duro ataque; un nuevo resplandor de vida fué á reanimarla todavia.

Sentada en un sillón, á fin de sustraerse á las opresiones que la sofocaban, Sarah estaba hacia algunos momentos sumida en reflexiones molestas, casi echando menos la muerte de que acababa de librarse.

De repente Tomas Seyton entró en la alcoba de la condesa; con dificultad contenia una conmocion profunda; con una seña hizo retirar las dos criadas de Sarah; esta apenas notó al parecer la presencia de su hermano.

---Como os hallais? le dijo él.

---En el mismo estado... experimento una gran debilidad... y de cuando en cuando sofocaciones dolorosas... Por qué Dios no me ha sacado de este mundo... en mi última crisis?

---Sarah, dijo Tomas Seyton, despues de un momento de silencio, estais entre la vida y la muerte... una conmocion violenta, podria mataros..... como podria salvaros.

---Quizá...

---La muerte de Rodolfo me hallaria indiferente... el espectro de mi hija ahogada por culpa mia... ahí está... siempre ahí delante... de mí... No es una conmocion... es un remordimiento incesante... Soy realmente madre... despues que no tengo ya hija...

---Quisiera mejor hallar en vos aquella fria ambicion... que os hacia mirar á vuestra hija como un medio de realizar la idea de vuestra vida...

---Las espantosas reconvencciones del príncipe han matado esa ambicion... el sentimiento maternal se ha despertado en mí... con la pintura de las atroces miserias de mi hija...

---Y... dijo Seyton vacilando y pensando por decirlo así cada palabra, si por casualidad... supon-gamos una cosa imposible... un milagro... supie-seis que vuestra hija vive todavía... como sopor-tariais semejante descubrimiento?...

---Moriria de vergüenza y de desesperacion á su vista,

---No creais eso... estariais demasiado embria-gada con el triunfo de vuestra ambicion... Porque en fin... si vuestra hija hubiese vivido... el príncipe se hubiera casado con vos... os lo he dicho...

---Admitiendo esa suposicion insensata... me parece que no hubiera tenido derecho de vivir...

despues de haber recibido la mano del príncipe... mi deber seria librarla... de una esposa indigna... á mi hija de una madre desnaturalizada.

La confusion de Tomas Seyton se aumentaba á cada instante. Encargado por Rodolfo, que estaba en una pieza inmediata, de hacer saber á Sarah que Flor-celestial estaba viva no sabia que resolver. La vida de la condesa estaba tan delicada que podia extinguirse de un momento á otro; no habia pues que poner ningun retardo al casamiento *in extremis* que debia legitimar el nacimiento de Flor-celestial. Para esta triste ceremonia, el príncipe habia hecho que le acompañase un ministro, Murph y el baron de Graün como testigos; el duque de Lucenay y lord Duglas, avisados de prisa por Seyton, debian servir de testigos á la condesa, y acababan de llegar en el mismo instante.

Los momentos no daban treguas; pero los remordimientos marcados del cariño maternal que reemplazaban entonces en Sarah á una cruel ambicion hacían aun mas difícil la tarea de Seyton. Toda su esperanza estaba fundada en que su hermana lo engañaba, ó que se engañaba ella misma, y que el orgullo de esta muger se despertaria asi que lograse aquella corona tan largo tiempo imaginada.

—Hermana mia... dijo Tomas Seyton con voz grave y solemne, estoy en una terrible perplejidad... Una palabra mia va quizá á daros la vida... va quizá á mataros...

— Os lo he dicho, no tengo ya conmociones que temer...

—Una sola... sin embargo...

—Cual?

—Si se tratase... de vuestra hija?...

—Mi hija ha muerto...

—Si no hubiese muerto?

—Hemos agotado esta suposición ahora... No más, hermano... mis remordimientos me bastan.

---Pero si esto no fuese una suposición?... Pero sí, por un acaso increíble... inesperado... vuestra hija hubiese sido arrancada á la muerte... pero si... viviese?

---Me haceis daño... no me habéis así.

---Ahora bien! pues Dios me perdone y juzgue!.. vive todavía...

---Mi hija?

---Vive... os digo... El príncipe está ahí... con un ministro.... He hecho avisar á dos amigos vuestros para que os sirvan de testigos... el deseo de vuestra vida está en fin realizado... la predicción se cumple... Sois soberana...

Tomas había pronunciado estas palabras lanzando á su hermana una mirada llena de angustia, observando en su cara cada señal de emoción.

Con gran admiración suya, las facciones de Sarah quedaron casi impasibles: tan solo se llevó las dos manos al corazón dejándose caer en su sillón, ahogó un quejido que pareció serle arrancado por un dolor súbito y profundo... luego su cara se puso sosegada.

---Que tenéis, hermana?...

---Nada... la sorpresa... una alegría inesperada... En fin mis deseos se han colmado!...

---No me engañé! pensó Tomas Seyton.--- La ambición domina... está salvada...---Luego dirigiéndose á Sarah:---Y bien! hermana, que os decía?

---Teníais razón... replicó ella con una sonrisa amarga y penetrando el pensamiento de su hermano, la ambición ha sofocado otra vez en mí la maternidad...

---Vivireis! y amareis á vuestra hija...

---No lo dudo... viviré... veis que tranquila estoy...

---Y esa calma es real?

---Abatida, quebrantada como estoy... tendria fuerza para fingir?..

---Comprendeis ahora mi perplejidad de antes?

---No, me admiro de ella; porque conociais mi ambicion... donde está el príncipe?

---Aquí.

---Quisiera verle... antes de la ceremonia... Luego añadió con una indiferencia afectada:--- Mi hija está ahí... sin duda?

---No... la vereis mas tarde.

---En efecto... tengo tiempo... Haced, os suplico, que venga el príncipe.

---Hermana... no sé...pero vuestro aire es extraño... siniestro.

---Quereis que me ria?.. Creéis que la ambicion saciada tenga una espresion dulce y tierna?.. Haced venir al príncipe!

A pesar suyo Seyton estaba inquieto con la calma de Sarah. Un momento creyó ver en sus ojos lágrimas contenidas; despues de una nueva perplejidad, abrió una puerta, y salió.

---Ahora, dijo Sarah, con tal que vea... que abrace á mi hija, quedaré satisfecha... Será difícil de obtener...Rodolfo, para castigarme, me lo negará... Pero lo lograré... oh! lo lograré... ahí está...

Rodolfo entró y cerró la puerta.

---Vuestro hermano os lo ha dicho todo? preguntó friamente el príncipe á Sarah.

---Todo...

---Vuestra... ambicion... está satisfecha?

---Está satisfecha...

---El ministro... y los testigos... están ahí....

---Lo sé...

---Pueden entrar... segun pienso?...

--Una palabra, monseñor...

--Hablad... señora...

--Quisiera... ver á mi hija...

--Es imposible...

--Os digo, monseñor, que quiero ver á mi hija!...

--Apenas está convaleciente... ha experimentado ya esta mañana un violento estremecimiento... esta conferencia le seria funesta...

--Pero al menos... abrazará á su madre...

--De que sirve eso? Ya sois princesa soberana...

--No lo soy todavía... y no lo seré... sino despues de haber abrazado á mi hija...

Rodolfo miró á la condesa con un profundo pasmo de ternura.

—Como, exclamó él, someteis la satisfaccion de vuestro orgullo...

—A la satisfaccion... de mi cariño maternal... Os sorprende esto... monseñor?...

---Ah!... sí.

---Veré á mi hija?...

---Pero...

---Cuidado, monseñor... los momentos son quizá contados... Como ha dicho mi hermano... esta crisis puede salvarme y tambien puede matarme.... En este momento... reuno todas mis fuerzas... toda mi energia... y necesito mucha... para luchar contra la sorpresa de semejante descubrimiento... quiero ver á mi hija... ó si no... rehusó vuestra mano... su nacimiento no será legitimado...

---Flor-celestial... no está aquí... seria menester enviar por ella... á mi casa...

---Enviad por ella al instante... consiento en todo. Como los momentos .. son quizá contados... os lo he dicho... el matrimonio se efectuará... durante el tiempo que Flor-celestial echare en llegar aquí...

---Aunque este sentimiento... me sorprende en vos... es muy laudable para que no lo respete... Vereis á Flor-celestial... Voy á escribirle...

---Ahí... en el bufete... dondè fui herida....

Mientras que Rodolfo escribía de priesa, la condesa se enjugó el sudor frio que corria por su frente, sus facciones hasta entonces tranquilas descubrieron un padecimiento violento y oculto, hubiera podido decirse que Sarah dejando de contenerse descansaba de un disimulo doloroso.

Escrita su carta, Rodolfo se levantó y dijo á la condesa:

---Voy á enviar esta carta á mi hija con uno de mis edecanes. Estará aquí dentro de media hora... puedo entrar con el ministro y los testigos?

---Podeis... ó antes bien os lo suplico, llamad... no me dejéis sola... Encargad á sir Walter de esta comision... él traerá á los testigos y al ministro...

Rodolfo tiró de la campanilla, acudió una criada de Sarah.

---Decid á mi hermano que envíe aquí á sir Walter Murph, dijo la condesa...

Se fué la criada.

---Esta union es triste... Rodolfo... dijo amargamente la condesa.---Triste para mí... para vos será feliz...

El príncipe hizo un movimiento.

---Será feliz para vos, Rodolfo... porque yo no sobreviviré...

En este momento entro Murph.

---Amigo mio...le dijo Rodolfo, envia al instante esta carta á mi hija... con el coronel, él la traerá en mi coche... dile al ministro y á los testigos que entren en la sala inmediata.

---Dios mio!.. exclamó Sarah con tono suplicante así que se fué el caballero, haced que me queden bastantes fuerzas para verla... que no muera antes de su llegada!..

---Ah! no habeis sido siempre tan buena madre.....

---Gracias á vos, al menos, conozco el arrepentimiento... el sacrificio... la abnegacion... Si, ahora... cuando mi hermano me hizo saber que nuestra hija vivia... dejadme decir nuestra hija... no lo diré mucho tiempo, senti en el corazon un golpe horrible... Sentí que era herida de muerte, lo oculté...pero era feliz... El nacimiento de nuestra niña se legitimará... y moriré en seguida.

---No habéis así...

---Oh! esta vez... no os engaño... Vereis....

-- Y ningun vestigio de aquella ambicion implacable que os ha perdido! Por qué la fatalidad ha querido que vuestro arrepentimiento fuese tardio?

---Es tardio, pero profundo, pero sincero, os lo juro. En este momento solemne... si doy gracias á Dios... de retirarme de este mundo...es por que mi vida os hubiera sido un horrible peso...

---Sarah... por favor...

---Rodolfo...una última súplica...vuestra mano...

El principe, volviendo la vista, dió su mano á la condesa que la tomó vivamente entre las suyas.

---Ah! las vuestras están heladas... exclamó Rodolfo con susto.

---Si... me siento morir... Quizá, por último castigo... Dios no querrá que abrace á mi hija...

---Oh!... sí... sí... le moverán vuestros remordimientos...

---Y vos...amigo mio... estais conmovido?... me perdonais?... Oh! por favor... decidlo... Ahora...

cuando vuestra hija estuviere aqui, si llega á tiempo, no podreis perdonarme delante de ella... seria decirle... cuan culpable he sido... y esto... no lo querriais... Una vez que ya esté muerta... que os importa que ella me ame?..

---Tranquilizaos... no sabrá ella nada...

---Rodolfo... perdon!.. oh!.. perdon!... No tendreis piedad?... No soy bastante desgraciada?..

---Pues bien... que Dios os perdone el mal que habeis hecho á vuestra hija... como yo os perdono el que me habeis hecho... desgraciada muger!

---Me perdonais... del fondo del corazon?

---Del fondo del corazon... dijo el principe con voz conmovida.

La condesa apretó vivamente la mano de Rodolfo contra sus labios desfallecientes con un rasgo de alegría y de reconocimiento, luego dijo:

---Haced entrar el ministro... amigo mio... y decidle en seguida que no se aleje... Me siento muy débil.

Esta escena destrozaba el corazon; Rodolfo abrió las dos hojas de la puerta del fondo, entró el ministro seguido de Murph y del baron de Graün, testigos de Rodolfo, y del duque de Lucenay y de lord Douglas, testigos de la condesa; Tomas Seyton venia en seguida.

Todos los actores de esta escena dolorosa estaban graves, tristes y recogidos, el mismo Mr. de Lucenay habia olvidado su petulancia habitual.

El contrato de casamiento entre el muy alto y muy poderoso principe, S. A. R. Gustavo Rodolfo V, gran duque reinante de Gerolstein, y de Sarah Seyton de Halsbury, condesa Mac-Gregor (contrato que legitimaba el nacimiento de Flor-celestial), habia sido estendido por el baron de Graün; fué leído por él, y firmado por los esposos y los testigos.

A pesar del arrepentimiento de la condesa, cuando el ministro dijo con voz solemne á Rodolfo, «Vuestra Alteza Real consiente en tomar por esposa á Mad. Sarah Seyton de Halsbury, condesa Mac-Gregor» y que el príncipe respondió Si en voz alta y firme, la mirada moribunda de Sarah brilló; una rápida y fugitiva espresion de orgulloso triunfo pasó por sus lívidas facciones; era el último pensamiento de la ambicion que moria con ella.

Durante esta triste é imponente ceremonia, ninguna palabra se dijeron los asistentes. Cuando estuvo concluida, los testigos de Sarah, el duque de Lucenay y lord Douglas, fueron con silencio profundo á saludar al príncipe y luego salieron.

A una seña de Rodolfo, Murph y Graün los siguieron.

---Hermano... dijo muy bajo Sarah, suplicad al ministro que os acompañe en la pieza inmediata y que tenga la bondad de esperar allí un momento.

---Como os sentis... hermana? estais muy pálida...

---Estoy segura de vivir... ahora... no soy gran duquesa de Gerolstein... añadió ella con una sonrisa amarga.

Quedada sola con Rodolfo, Sarah mormuró con voz apagada, mientras que sus facciones se descomponian de una manera espantosa:

---Mis fuerzas están al cabo... me siento morir... no la veré...

---Sí... sí... tranquilizaos... Sarah... la vereis.

---No la espero ya .. esta contraccion... Oh! era menester una fuerza sobrehumana... Mi vista se empaña... ya...

---Sarah!... dijo el príncipe acercandose vivamente á la condesa y tomándole las manos, va á morir... y no puede tardar...

---Dios no querrá concederme... este último consuelo.

---Sarah... escuchad... escuchad... me parece que oigo un coche... Sí... ella es... ahí esta vuestra hija!

---Rodolfo... no le direis... que yo era... una mala madre! articuló lentamente la condesa, que ya no oía.

El ruido de un coche resonó en el pavimento sonoro del patio.

La condesa no lo advirtió. Sus palabras fueron cada vez mas incoherentes: Rodolfo estaba inclinado hacia ella con ansiedad; vió á sus ojos empañarse...

—Perdon... mi hija... ver á mi hija... perdon... al menos... despues de mi muerte... los honores... de mi clase... mormuró en fin.

Estas fueron las últimas palabras inteligibles de Sarah... La idea fija, dominante, de toda su vida, volvía aun no obstante su sincero arrepentimiento....

De repente entró Murph.

---Monseñor... la princesa Maria...

---No, gritó vivamente Rodolfo, que no entre. Dí á Seyton que traiga al ministro.---Luego, mostrando á Sarah que se apagaba en una lenta agonía, Rodolfo añadió: Dios le niega el consuelo supremo de abrazar á su hija.

Media hora despues, la condesa Sarah Mac-Gregor habia dejado de existir.

—¿Por qué no quieres concederme... este último con-

—¡Deseo... deseado... deseado... deseado...

—¿Por qué no quieres... concederme... este último con-

—¡Deseo... deseado... deseado... deseado...

—¿Por qué no quieres... concederme... este último con-

—¡Deseo... deseado... deseado... deseado...

—¿Por qué no quieres... concederme... este último con-

—¡Deseo... deseado... deseado... deseado...

—¿Por qué no quieres... concederme... este último con-

—¡Deseo... deseado... deseado... deseado...

—¿Por qué no quieres... concederme... este último con-

—¡Deseo... deseado... deseado... deseado...

—¿Por qué no quieres... concederme... este último con-

—¡Deseo... deseado... deseado... deseado...

—¿Por qué no quieres... concederme... este último con-

—¡Deseo... deseado... deseado... deseado...

—¿Por qué no quieres... concederme... este último con-

—¡Deseo... deseado... deseado... deseado...

—¿Por qué no quieres... concederme... este último con-

—¡Deseo... deseado... deseado... deseado...

—¿Por qué no quieres... concederme... este último con-

—¡Deseo... deseado... deseado... deseado...

—¿Por qué no quieres... concederme... este último con-

—¡Deseo... deseado... deseado... deseado...

—¿Por qué no quieres... concederme... este último con-

—¡Deseo... deseado... deseado... deseado...

—¿Por qué no quieres... concederme... este último con-

—¡Deseo... deseado... deseado... deseado...

—¿Por qué no quieres... concederme... este último con-

—¡Deseo... deseado... deseado... deseado...

EPILOGO.

GEROLSTEIN.

CAPITULO I.

EL PRINCIPE ENRIQUE DE HERKAUSEN-OLDENZAAL
AL CONDE MAXIMILIANO KAMINETZ.

Oldenzaal 25 de Agosto de 1840. (1)

LLEGO de Gerolstein, donde he pasado tres meses al lado del gran-duque y su familia; creia encontrar una carta anunciandome vuestra llegada á Oldenzaal, mi querido Maximiliano. Juzgad de mi sorpresa, de mi pena, cuando supe que estabais todavia detenido en Ungria por muchas semanas.

En cuatro meses no he podido escribiros, no sabiendo donde dirigiros mis cartas; gracias á vuestra manera original y aventurera de viajar, me habiais no obstante prometido en Viena, en el momento en que nos separamos, hallaros el primero

(1) Debe saber el lector que han pasado unos 15 meses desde el día que Rodolfo dejó à Paris.

de Agosto en Oldenzaal. Me es preciso pues renunciar al placer de veros, y sin embargo nunca tendré mas necesidad de desahogar mi corazon en el vuestro, mi buen Maximiliano, mi mas antiguo amigo, porque, aunque muy jóvenes todavía, nuestra amistad es antigua, fecha desde la infancia.

Que os diré? de tres meses á esta parte se ha operado en mí una revolucion completa... Toco uno de aquellos instantes que deciden de la existencia de un hombre... Juzgad si vuestra presencia, si vuestros consejos me faltan! Pero no me faltareis mucho tiempo, sean los que fueren los intereses que os detienen en Ungría; vendreis, Maximiliano, vendreis, os lo suplico encarecidamente, porque tendré sin duda necesidad de consue- los poderosos... y no puedo ir á buscaros. Mi padre, cuya salud está cada vez mas endeble, me ha llamado de Gerolstein. Se debilita cada vez mas; me es imposible dejarlo...

Tengo tanto que deciros que seré prolijo, me precisa contaros la época mas llena, mas romancesca de mi vida ...

Estraña y triste casualidad! Durante esta época hemos estado fatalmente alejados uno de otro, nosotros *los inseparables*, nosotros *los dos hermanos*, nosotros los mas fervorosos apóstoles de la amistad! nosotros en fin tan envanecidos en probar que el Carlos y el Posa de nuestro Schiller no son idealidades, y que, como esas divinas creaciones del gran poeta, sabemos gustar las suaves delicias de un tierno y mutuo afecto.

Oh! amigo mio, que no esteis aquí, que no estubieseis aquí. Desde tres meses á esta parte, mi corazon reboza en conmociones á la vez de una dulzura ó de una tristeza inesplicable. Y estaba solo, y estoy solo... Compadecedme, vos que co-

noceis mi sensibilidad algunas veces tan caramen-
te expansiva, vos que á menudo habeis visto ane-
garse mis ojos en lágrimas á la sencilla narracion
de una accion generosa, al simple aspecto de un
bello sol al ponerse, ó de una noche de verano
serena y estrellada. Os acordais el año pasado
cuando nuestra escursion á las ruinas de Oppen-
feld... á orillas del grande lago... nuestras ideas
silenciosas, durante aquella magnifica noche tan
llena de calma, de poesia y de serenidad?

Raro contraste... Era tres dias antes del due-
lo sangriento en que no quise tomaros por segun-
do, porque hubiera padecido mucho por vos, si
hubieseis sido herido á mi vista... aquel duelo,
en que, por una disputa de juego, mi segundo
mato desgraciadamente al jóven frances Mr. de
Saint-Remy... A propósito... sabeis que se ha he-
cho de aquella peligrosa sirena que Mr. de Saint-
Remy llevó á Oppenfeld, y que se llamaba, creo,
Cecily David?

Amigo mio, debeis sonreiros de compasion vién-
dome errar enmedio de vagas memorias de lo pa-
sado, en vez de llegar á las graves confianzas que
os anuncio; es que, á pesar mio, contengo estas
confianzas; conozco vuestra severidad, y tengo mie-
do de ser *reñido*, si, reñido, porque en lugar de
obrar con reflexion, con sabiduria (una sabiduria
de veiate y un años, ay!) he obrado locamente,
ó antes bien no he obrado... me he dejado cie-
gamente llevar por la corriente que me arrastra-
ba... y solamente despues de haber vuelto de Ge-
rolstein es cuando por decirlo asi me he desper-
tado del sueño encantador que me ha mecido du-
rante tres meses... y el despertar es funesto...

Vamos, amigo, mi buen Maximiliano, *temo mi
gran valor*... Escuchadme con indulgencia.... Co-

mienzo bajando los ojos; no me atrevo á miraros... porque, al leer estas líneas, vuestras facciones deben ponerse tan graves, tan severas... hombre estóico!

Habiendo obtenido una licencia de seis meses, dejé á Viena y quedé aquí algun tiempo al lado de mi padre, su salud era buena entonces, me aconsejó fuese á visitar á mi escelente tia la princesa Juliana, superiora de la abadía de Gerolstein. Os he dicho, creo, amigo mio, que mi abuela era prima hermana del abuelo del gran duque actual, y que este último, Gustavo Rodolfo, gracias al parentesco, ha tenido siempre á bien tratarnos, á mí y á mi padre, afectuosamente de *primos*? Sabeis tambien, creo, que durante un muy largo viage que el principe hizo últimamente á Francia, encargó á mi padre el gobierno del gran-ducado?

No es de ninguna manera por orgullo, debéis pensarlo, amigo mio, por lo que os hablo de estas circunstancias, sino para explicaros las causas de la estremada intimidación en que he vivido con el gran duque y su familia durante mi permanencia en Gerolstein.

Os acordais que el año pasado, cuando nuestro viage de las orillas del Rhin, se nos dijo que el principe habia encontrado en Francia y desposadose *in extremis* con la señora condesa Mac-Gregor, á fin de legitimar el nacimiento de una hija que habia tenido de ella, de una union secreta, mas adelante anulada por vicio de forma, y porque habia sido contraida contra la voluntad del gran-duque reinante?

La jóven, tan solemnemente reconocida, la graciosa princesa Amelia (1) de la que lord Dudley

(1) Recordando el nombre de Maria á Rodolfo y á su hija tristes memorias, le habia dado el de Amelia, uno de los nombres de la madre de él.

que la habia visto en Gerolstein hace ahora como un año, nos hablaba este invierno en Viena con un entusiasmo que nosotros acusabamos de exageracion... Estraña casualidad! quien me lo hubiera dicho entonces!!!

Pero aunque hayais sin duda ahora casi adivinado mi secreto, dejadme seguir la marcha de los acontecimientos sin invertirla...

El convento de Santa Hemengilda, de que es abadesa mi tia, apenas dista un medio cuarto de legua de Gerolstein, porque los jardines de la abadia llegan á los arrabales de la ciudad; una deliciosa casa completamente separada del claustro fué puesta á mi disposicion por mi tia, que me ama, lo sabeis, con un cariño maternal!

El dia de mi llegada me dijo que habia el dia siguiente una recepcion solemne y fiesta en la córte, debiendo el gran-duque aquel dia anunciar oficialmente su prócsimo casamiento con la señora marquesa de Harville llegada habia poco á Gerolstein, acompañada de su padre el conde de Orbigny.

Unos vituperaban al principe por no haber procurado esta vez una alianza soberana (la gran duquesa de quien estaba viudo el principe pertenecia á la casa de Baviera); otros por el contrario, y mi tia era de su número, la felicitaban por haber preferido á miras de ambiciosas conveniencias una jóven y amable muger que él adoraba y que pertenecia á la mas elevada nobleza de Francia. Sabeis ademas, amigo mio, que mi tia ha tenido siempre el afecto mas profundo al gran duque Rodolfo, y mejor que nadie podia apreciar las eminentes calidades del principe.

—Querido hijo, me dijo mi tia á propósito de esta recepcion solemne á que debia yo ir el dia

despues de mi llegada, querido hijo mio, lo mas maravilloso que vereis en esa fiesta será sin contradiccion *la perla de Gerolstein*.

—De quien quereis hablar, mi buena tia?

—De la princesa Amelia...

—La hija del gran duque? En efecto, lord Dudley nos habló de ella en Viena, con un entusiasmo que tratamos de exageracion poética.

—En mi edad, con mi carácter, y en mi posicion, repuso mi tia, no es tan fácil exaltarse; así creereis en la imparcialidad de mi juicio, querido hijo mio. Pues bien! os digo que en mi vida no he conocido nada mas encantador que la princesa Amelia. No hablaria de su belleza angelical, si no estuviese dotada de una gracia inesplicable que es todavia superior á la belleza. Figuraos el candor en la dignidad y la gracia en la modestia. Desde el primer dia que el gran duque me presentó á ella, senti una simpatia involuntaria por la jóven princesa. Ademas, no soy la sola, la archiduquesa Sofia está en Gerolstein hace algunos dias; es la mas orgullosa y mas altiva que yo conozco...

—Es verdad, tia, su ironia es terrible, pocas personas se libran de sus mordaces chanzas... En Viena, la temian como al fuego... La princesa Amelia no le habrá parecido graciosa?

—El otro dia vino aquí despues de haber visitado la casa de asilo puesta bajo la vigilancia de la jóven princesa.—Sabeis una cosa? me dijo la temible archiduquesa con su áspera franqueza, tengo el talento singularmente inclinado á la sátira, no es así? Pues bien! si viviese mucho tiempo con la hija del gran duque, llegaria á ser, estoy segura de ello, inofensiva... tan penetrante y *contagiosa* es su bondad.

—Es pues mi prima alguna encantadora, dije yo á mi tia sonriendome.

—Su mas poderoso atractivo, á lo menos á mis ojos, replicó mi tia, es la mezcla de amabilidad, de modestia y de dignidad de que os he hablado, y que da á su cara angelical la expresion mas interesante.

—Ciertamente, tia, la modestia es una cualidad rara en una princesa tan jóven, tan bella, y tan feliz.

—Pensad tambien, querido hijo, que es tanto mas maravilloso que la princesa Amelia goce sin ostentacion vanidosa de la elevada posicion que le es incontestablemente adquirida, cuando su elevacion es reciente....(1)

—Y en su conversacion con vos, tia, la princesa hizo alguna alusion á su suerte pasada?

—No; pero cuando, no obstante mi edad avanzada, le hablé con el respeto que le es debido, pues S. A. es hija de nuestro soberano, su ingenua turbacion, mezclada de reconocimiento y de veneracion para mí, me conmovió profundamente; porque su reserva, llena de nobleza y de afabilidad, me probaba que lo presente no la embriagaba tanto que olvidase lo pasado, y que diese á mi edad lo que yo concedia á su clase.

—Es preciso en efecto, dije á mi tia, un tacto esquisito para observar esos matices tan delicados.

—Así, querido hijo, mientras mas veo á la princesa Amelia, mas me felicito por mi primera impresion. Desde que está aquí, es increíble las buenas obras que ha hecho, y con una reflexion, una madurez de juicio que me confunden en una persona de su edad. Juzgado: á peticion suya, el

(1) Al llegar á Alemania, Rodolfo habia dicho que Flor-
celestial, largo tiempo tenuta por muerta, no habia nunca
dejado á su madre la condesa Sarah.

gran duque ha fundado en Gerolstein un establecimiento para niñas huérfanas de cinco á seis años y para jóvenes huérfanas tambien ó abandonadas, que hayan llegado á los diez y seis años, edad tan fatal para las desgraciadas que nada las defiende contra la seducción del vicio ó la obsesion de la necesidad. Religiosas nobles de mi abadía son las que enseñan y dirigen á las alumnas de aquella casa. Yendo á visitarla, he tenido muchas veces ocasion de juzgar de la adoracion que aquellas pobres criaturas desheredadas rinden á la princesa Amelia. Todos los días va á pasar algunas horas en aquel establecimiento, puesto bajo su proteccion especial; y os lo repito, hijo mio, no es solamente respeto y reconocimiento lo que las pensionistas y las religiosas sienten respecto á S. A., es casi fanatismo.

—En un ángel la princesa Amelia, dije á mi tia.

—Un ángel... sí, un ángel, repuso ella, porque no podeis imaginaros con que tierna bondad trata á sus protegidas, con que piadosa solicitud las cuida. Nunca he visto tratar con mas delicadeza la susceptibilidad de la desgracia; se diría que una irresistible simpatía atrae principalmente á la princesa hácia aquella clase de pobres abandonadas. En fin, lo creeriais? ella... hija de un soberano, no llama nunca á aquellas jóvenes sino *hermanas mías*.

A estas últimas palabras de mi tia, os lo confieso Maximiliano, me vino una lágrima á los ojos. No hallais en efecto bella y santa la conducta de esta jóven princesa? Conoceis mi sinceridad, os juro que os refiero y que os referiré siempre casi testualmente las palabras de mi tia.

—Pues la princesa, le dije, está tan maravillo-

samente dotada, experimentaré una gran turbacion cuando le fuere presentado mañana; conoceis mi insuperable timidez, sabeis que la elevacion del caracter me impone aun mas que la clase; estoy pues cierto de parecer á la princesa tan estúpido como cortado; tomo mi partido de antemano.

—Vamos, vamos, me dijo mi tia sonriéndose, tendrá piedad de vos, querido hijo mio, tanto mas cuanto no sereis para ella un nuevo conocimiento.

—Yo, tia?

—Sin duda.

—Y como es eso?

—Os acordais que cuando en la edad de diez y seis años dejasteis á Oldenzaal para hacer un viage á Rusia y á Inglaterra con vuestro padre, hice sacar un retrato vuestro en el traje que llevabais en el primer baile de disfraces dado por la difunta gran duquesa?

—Sí, tia, un traje de page aleman del siglo XVI.

—Nuestro escelente pintor, Fritz Mokker, reproduciendo fielmente vuestras facciones, no solamente trazó un personaje del siglo diez y seis, sino, por un capricho de artista, quiso imitar hasta en la manera y en la antigüedad los cuadros pintados en aquella época. Algunos dias despues de su llegada á Alemania, habiendo la princesa Amelia venido á verme con su padre, notó vuestro retrato, y me preguntó sencillamente quien era aquella graciosa figura de los tiempos pasados? Su padre se sonrió, me hizo una seña, y le respondió: «Este retrato es de un primo nuestro, que tendria ahora, segun lo veis en su traje, mi querida Amelia, algunos trescientos años, «pero que, muy jóven, habia ya manifestado una «rara intrepidez y un corazon escelente: no tiene en «efecto valentia en la mirada y bondad en la soarisa?»

(Os lo suplico, Maximiliano, no os enojeis con impaciente desden, viendome escribir tales cosas respecto á *mí mismo*, esto me cuesta trabajo, debéis creerlo, pero lo que sigue de esta relacion os probará que estos pueriles pormenores, cuyo amargo ridiculo conozco, son por desgracia indispensables. Cierro este parentesis y continúo.)

—La princesa Amelia, prosiguió mi tia, burla de esta inocente chanza, fué del parecer de su padre acerca de la espresion amable y altiva de vuestra fisionomia, despues de haber considerado mas atentamente el retrato. Mas adelante cuando fui á verla á Gerolstein me preguntó sonriéndose por *su primo de los tiempos pasados*. Yo le confesé entonces nuestra supercheria, diciéndole que el hermoso page del siglo diez y seis era mi sobrino el principe Enrique de Kerkaüsen Oldenzaa!, actualmente de veinte y un años, capitan de las guardias del emperador de Austria, y en todo, escepto en el trage, muy parecido á su retrato. A estas palabras la princesa Amelia, añadió mi tia, se sonrojó y puso seria como lo está casi siempre. Despues no me ha vuelto nunca á hablar del cuadro. No obstante, ya veis, mi querido hijo, que no sereis completamente una persona estraña y una nueva cara para *vuestra prima*, como dijo el gran duque. Asi pues, tranquilizaos y sostened el honor de vuestro retrato, añadió mi tia sonriéndose.

Esta conversacion tuvo lugar, os lo he dicho, mi querido Maximiliano, el dia antes al en que yo debia ser presentado á la princesa mi prima; dejé á mi tia y me volví á mi casa.

Nunca os he ocultado mis pensamientos mas secretos, buenos ó malos, voy pues á confesaros á que absurdas y necias imaginaciones me dejé arrastrar despues de la conversacion que acabo de referiros.

CAPITULO II.



EL PRINCIPE ENRIQUE DE HERKAUSEN-OLDENZAAL
AL CONDE MAXIMILIANO KAMINETZ.

ME habeis dicho muchas veces, mi querido Maximiliano, que no tengo vanidad; lo creo, necesito creerlo para continuar esta relacion sin esponerme á pasar á vuestros ojos por presuntuoso.

Cuando me hallé solo en mi casa, acordándome de la conversacion de mi tia, no pude dejar de pensar, con una secreta satisfaccion, que la princesa Amelia, habiendo notado el retrato mio hecho hace seis ó siete meses, habia algunos dias preguntado, chanceandose, por *su primo de los tiempos pasados*.

Nada era mas necio que apoyar la menor esperanza sobre una circunstancia tan insignificante, convengo en ello; pero, os lo he dicho, usaré como siempre, respecto á vos, la mas completa franqueza: pues bien! esta insignificante circunstancia me enagenó. Sin duda las alabanzas que habia oido dar á la princesa Amelia por una muger tan grave, tan austera como mi tia, elevando mas á la princesa á mis ojos, me hacian mas sensible aun la distincion que ella se habia

dignado concederme... ó antes bien que habia concedido á mi retrato... Sin embargo, os diré que esta distincion despertó en mí esperanzas tan necias, que, echando ahora una mirada mas tranquila sobre lo pasado, me pregunto como pude dejarme arrastrar á estos pensamientos que conducen inevitablemente á un abismo.

Aunque pariente del gran duque y siempre acogido perfectamente por él, me era imposible concebir la menor esperanza de casamiento con la princesa, aun cuando á ella hubiese agradado mi amor, lo que era mas que improbable. Nuestra familia mantiene honorablemente su clase, pero es pobre, si se comparan nuestros bienes con los inmensos dominios del gran duque, el príncipe mas rico de la Confederacion germánica; y luego en fin apenas tenia yo veinte y cinco años, era simple capitán de guardias, sin renombre, sin posicion personal, nunca, en una palabra, podia el gran duque pensar en mí para su hija.

Todas estas reflexiones hubieran debido preservarme de una pasion que no experimentaba todavía, pero de la cual tenia, por decirlo así, un singular presentimiento. Ay! me abandoné por el contrario á nuevas puerilidades. Llevaba yo en el dedo una tumbaga que me habia sido dada en otro tiempo por Tecla (la buena condesa que conocéis); aunque esta prenda de un amor aturrido, fácil y ligero, no pudiese *perjudicarme* mucho, la sacrifiqué heroicamente á mi amor naciente, y el pobre anillo desapareció en las aguas rápidas del rio que corre bajo mis ventanas.

Deciros la noche que pasé es inutil; la penetráis. Sabia que la princesa Amelia era rubia y de una belleza angelical; traté de imaginarme sus facciones, su cuerpo, su talle, el sonido de su voz,

la espresion de su mirada; luego pensando en mi retrato que ella habia notado me acordé con sentimiento que el artista maldito me habia peligrosamente lisonjeado; además, comparaba con desesperacion el traje pintoresco del page del siglo diez y seis con el severo uniforme de capitán de guardias de S. M. I. Luego á estas tontas preocupaciones sucedian por todas partes, os lo aseguro, amigo, mio, algunos pensamientos generosos, algunos rasgos nobles del alma; me sentia conmovido, oh! profundamente conmovido, al acordarme de aquella adorable bondad de la princesa Amelia que llamaba á las pobres abandonadas que protegia sus *hermanas*, segun me habia dicho mi tia.

En fin, raro é inesplicable contraste! tengo, lo sabeis, la mas humilde opinion de mí mismo.... y estaba sin embargo bastante ufano para suponer que la vista de mi retrato habia llamado la atencion de la princesa, tenia demasiado buen sentido para comprender que una distancia insuperable me separaba de ella para siempre... y no obstante me preguntaba yo mismo, con una verdadera ansiedad, si me hallaria indigno de mi retrato. En fin nunca la habia visto, estaba convencido de antemano que apenas me notaria, y sin embargo me creia con derecho de sacrificarle la prenda de mi primer amor.

Pasé en verdaderas angustias la noche de que os hablo y una parte del día siguiente. La hora de la recepcion llegó. Me puse dos ó tres vestidos de uniforme, hallando unos peor hechos que otros, y partí para el palacio ducal muy descontento de mí.

Aunque Gerolstein está apenas distante un cuarto de legua de la abadía de Santa Hermengilda, durante este corto tránsito me asaltaron mil

pensamientos, todas las puerilidades de que habia estado ocupado desaparecieron ante una idea grave, triste, casi amenazante.... un invencible presentimiento me anunciaba una de aquellas crisis que dominan la vida entera, una especie de revelacion me decia que iba á amar... amar apasionadamente, amar como no se ama mas que una vez... y para colmo de fatalidad este amor tan alto como dignamente colocado debia ser siempre desgraciado para mí.

Estas ideas me asustaron de tal modo, que tomé de repente la sabia resolucion de hacer parar mi coche, volver á la abadia é ir á reunirme con mi padre, dejando al cuidado de mi tia escusarme con el gran duque de mi repentina partida.

Por desgracia una de aquellas causas vulgares cuyos efectos son algunas veces inmensos, me impidió ejecutar mi primer designio. Habiendo parado mi coche en la entrada de la calle de árboles que conduce al palacio, me asomé á la portezuela para mandar á mis criados que se volviesen, cuando el baron y la baronesa de Koller que, como yo, iban á la corte, me divisaron é hicieron tambien parar su coche. El baron viéndome de uniforme me dijo: «Podré serviros en alguna cosa, mi querido principe? que os sucede? pues vais á palacio subid con nosotros... en el caso que haya sucedido algun accidente á vuestros caballos.»

Nada me era mas fácil, no es verdad, amigo mio, que hallar alguna excusa para dejar al baron y volver á la abadia? Pues bien! fuese impotencia, fuese secreto deseó de librarme de la determinacion saludable que acababa de tomar, respondí como cortado que daba orden á mi cochero de informarse en la reja del palacio si se entraba por

el pabellon nuevo ó por el patio de mármol.

«Se entra por el patio de mármol, mi querido príncipe, me respondió el baron; porque es una recepcion de gran gala. Decid á vuestro cochero que siga al mio, yo os indicaré el camino.....»

Sabeis, Maximiliano, cuan fatalista soy; queria volver á la abadia para aborrrarme las penas que presentia; la suerte se oponia á ello, me abandonè á mi estrella... No conoceis el palacio ducal de Gerolstein, amigo mio? Segun todos los que han visitado las capitales de Europa, no hay, á escepcion del de Versailles, una residencia real cuyo conjunto y entradas tengan un aspecto mas magestuoso. Si entro en algunos pormenores á este respecto, es que, acordandome ahora de aquellos imponentes esplendores, me pregunto como no me han vuelto enteramente desde luego á la nada; porque en fin la princesa Amelia era hija del soberano dueño de aquel palacio, de aquellas guardias, de aquellas riquezas maravillosas.

El *patio de mármol*, vasto hemicielo, es así llamado porque, á escepcion de un ancho camino donde circulan los coches, está enlosado de mármoles de todos colores, formando magnificos mosaicos, en cuyo centro hay un grande estanque revestido de mármol antiguo, alimentado por abundantes aguas que caen incesantemente de un ancho tazon de pórfiro.

Este patio de honor está circularmente rodeado de una fila de estatuas de mármol blanco del estilo mas elevado, con hacheros de bronce dorado de donde salen máres de gaz relumbrante. Alternando con las estatuas vasos de Medicis, colocados sobre sócalos ricamente tallados, encierran enormes adelfas, verdaderos matorrales, cuyo

follage lustroso visto con la luz resplandece con un verdor metálico.

Los coches se paraban al pié de dos tramos de escaleras con balaustres que conducian al patio del palacio; al pié de esta escalera estaban de centinela, montados en sus caballos, dos soldados del regimiento de las guardias del gran-duque, que los escogia entre los mas altos sargentos de su ejercito. A vos, amigo mio, que amais tanto los militares, os hubiera llamado la atencion el porte severo y marcial de estos dos colosos, cuya coraza y casco de acero de un perfil antiguo, sin cimera ni erin, brillaban con las luces; estos soldados tenian casaca azul con cuello amarillo, pantalon de gamuza blanca y, botas que pasaban de la rodilla. En fin para vos, amigo mio, que os agradan estos pormenores militares, añadiré que en lo alto de la escalera á cada lado de la puerta estaban de centinela dos granaderos del regimiento de infanteria de la guardia gran-ducal. Su equipo menos el color de la casaca y las vueltas se parecia, me han dicho, al de los granaderos de Napoleon.

Despues de haber atravesado el vestibulo donde estaban con alabarda en mano los porteros de librea del principe, subí una imponente escalera de mármol blanco que daban un pórtico adornado de columnas de jaspe y cubierto con una cúpula pintada y dorada. Allí habia dos largas filas de lacayos. Entré en seguida en la sala de los guardias, á cuya puerta estaban siempre un chambelan y un edecan de servicio encargados de conducir al lado de S. A. R. las personas que tenian derecho á serle particularmente presentadas. Mi parentezco, aunque lejano, me valió este honor; un edecan me precedió en una larga gale-

ria llena de hombres en traje de corte ó de uniforme, y mugeres con grandes adornos.

Mientras que atravesaba lentamente esta muchedumbre, oí algunas palabras que aumentaron mas mi emocion: en todas partes se admiraba la belleza angelical de la princesa Amelia, las graciosas facciones de la marquesa de Harville y el aire verdaderamente imperial de la archiduquesa Sofia, que, recientemente llegada de Munich, con el archiduque Estanislao, iba á volverse pronto á Varsovia; pero enteramente rindiendo homenaje á la altiva dignidad de la archiduquesa, á la graciosa distincion de la marquesa de Harville, se reconocia que nada habia mas ideal que la figura encantadora de la princesa Amelia.

A medida que me acercaba al lugar donde estaba el gran duque y su hija, sentia mi corazon palpar con violencia. En el momento en que llegué á la puerta de aquel salon (olvidaba decirnos que habia baile y concierto en la corte), el ilustre Liszt acababa de ponerse al piano; así el silencio mas recogido sucedió al ligero murmullo de las conversaciones. Durante el fin del trozo, que el grande artista tocaba con su superioridad acostumbrada quedé en el quicio de una puerta.

Entonces, mi querido Maximiliano, ví por primera vez á la princesa Amelia... Dejádme pintaros esta escena, porque experimento un encanto indecible en juntar estas memorias.

Figuraos, amigo mio, un salon amueblado con una suntuosidad real, brillante en luces y colgado de tela de seda carmesí, sobre la cual corria un adorno de oro bordado de relieve. En primera fila, en grandes sillones dorados, estaba la archiduquesa Sofia (el principe le hacia los ho-

nores de su palacio), á su izquierda la señora marquesa de Harville, y á su derecha la princesa Amelia; en pié detras de ellas estaba el gran duque con el uniforme de coronel de sus guardias; parecia rejuvenecido por la felicidad y no tener mas de treinta años; el traje militar hacia valer mas la elegancia de su talle y la hermosura de sus facciones; á su lado estaba el archiduque Estanislao con uniforme de mariscal; luego en seguida estaban las damas de honor de la princesa Amelia, las mugeres de los grandes dignatarios de la corte, y en fin estos.

Necesito deciros que la princesa Amelia, menos aun por su clase que por su gracia y su belleza, dominaba aquella brillante muchedumbre. No me condeneis, amigo mio, sin leer el retrato. Aunque sea mil veces aun inferior á la realidad comprendereis mi adoracion; comprendereis que desde que la vi... la amé; y que la rapidez de esta pasion no pudo ser igualada sino por su violencia y su eternidad.

La princesa Amelia, vestida con un traje sencillo de moaré blanco, tenia puesto, como la archiduquesa Sofia, el gran cordon de la órden imperial de San Juan Nepumuceno, que le habia sido enviado recientemente por la emperatriz. Una sarta de perlas, que adornaba su frente noble y cándida, armonizaba maravillosamente con las dos gruesas trenzas de cabellos de un magnífico rubio apagado, que encuadraban sus mejillas ligeramente sonrosadas; sus hechiceros brazos, mas blancos todavia que los encajes de donde salian, estaban medio cubiertos con guantes que concluian debajo de su gracioso codo; nada mas perfecto que su talle, nada mas lindo que su pequeño pié calzado de raso blanco. En el momento que la vi,

sus grandes ojos del mas puro azul estaban pensativos; no sé aun si en aquel instante sufría ella la influencia de algun pensamiento serio ó si estaba impresionada vivamente con la triste armonia del trozo que tocaba Liszt, pero su media sonrisa me pareció de una dulzura y de una melancolia indecible... La cabeza ligeramente inclinada, deshojaba maquinalmente un ramillete de claveles blancos y de rosas que tenia en la mano....

Nunca podré espresaros lo que sentí entonces: me vino al pensamiento todo lo que habia dicho mi tia de la inefable bondad de la princesa Amelia... Sonreios, amigo mio... pero á pesar mio, sentí que mis ojos se humedecian viendo pensativa, triste, á aquella jóven tan admirablemente bella, rodeada de honores, de respetos, é idolatrada por un padre como el gran duque...

Maximiliano, os lo he dicho muchas veces: lo mismo que creo al hombre incapaz de gustar ciertas felicidades por decirlo asi muy completas, muy inmensas para sus limitadas facultades, lo mismo tambien creo á ciertos seres muy divinamente dotados para no sentir algunas veces con pena cuan *desamparados* están en este mundo, y para no echar vagamente menos entonces su esquisita delicadeza que los espone á tantos engaños, á tantos estremecimientos ignorados de las naturalezas menos encogidas... Me parecia que la princesa Amelia experimentaba entonces la reaccion de un pensamiento semejante.

De repente, por un extraño acaso (todo es fatalidad en esto), volvió ella maquinalmente los ojos al lado donde yo me hallaba.

Sabeis cuan escrupulosamente se observa entre nosotros la etiqueta y la gerarquia de las clases. Gracias á mi titulo y á los vinculos del paren-

tezco que me unen al gran duque, las personas en medio de las cuales me habia desde un principio colocado se habian poco á poco retirado, de suerte que me quedé casi solo y muy en evidencia en la primera fila, en el hueco de la puerta de la galeria.

Fué menester esta circunstancia para que la princesa Amelia, saliendo de su distraccion, me viese y me notase sin duda, porque hizo un ligero movimiento de sorpresa y se puso encarnada.

Habia ella visto en la abadia mi retrato, en casa de mi tia; me reconoció, nada mas sencillo. La princesa apenas me miró un minuto segundo, pero esta mirada me hizo experimentar una conmocion violenta, profunda, sentí mis mejillas echar fuego, bajé los ojos y estube algunos minutos sin osar alzarlos de nuevo sobre la princesa... Cuando me atreví á esto hablaba ella en voz muy baja con la archiduquesa Sofia que parecia escucharla con el mas afectuoso interes.

Habiendo Liszt hecho un intervalo de algunos minutos entre las dos piezas que debia tocar, el gran duque se aprovechó de este momento para espresarle su admiracion de la manera mas graciosa. El principe, al volver á su sitio, reparó en mí, me saludó amablemente con un signo de cabeza, y dijo algunas palabras á la archiduquesa designándome con la vista, despues de haberme considerado un instante, se volvió hácia el gran duque, que no pudo dejar de sonreirse respondiendo y dirigiendo la palabra á su hija. La princesa Amelia me pareció turbada, porque se sonrojó de nuevo.

Estaba yo en el suplicio; por desgracia la etiqueta no me permitia dejar el sitio en que me

hallaba antes de concluir el concierto, que volvió á empezar pronto. Dos ó tres veces miré á la princesa Amelia á hurtadillas; me pareció que estaba pensativa y triste, mi corazón se oprimió; sufría por la ligera contrariedad que acababa de causarle involuntariamente y que yo creía adivinar. Sin duda el gran duque le había preguntado chaceando si hallaba en mí alguna semejanza con el retrato de su *primo de los tiempos pasados*, y con su ingenuidad ella se reprendía quizá de no haber dicho á su padre que ya me había reconocido.

Terminando el concierto, seguí al edecán de servicio; me condujo al lado del gran duque, que tuyo á bien dar algunos pasos hácia mí, me tomó cordialmente por el brazo, y dijo á la archiduquesa Sofia acercandose á ella.

—Pido á Vuestra Alteza Imperial el permiso de presentarle á mi primo el príncipe Enrique de Herkaüsen-Olsdenzaal.

—Ya he visto al príncipe en Viena, y lo encuentro aquí con placer, respondió la archiduquesa ante la cual me incliné profundamente.

—Mi querida Amelia, prosiguió el príncipe dirigiéndose á su hija, os presento al príncipe Enrique, vuestro primo, es hijo del príncipe Pablo, uno de mis mas venerables amigos, que siento mucho no ver hoy en Gerolstein.

—Tendreis á bien, caballero, hacer saber al príncipe Pablo que participo vivamente de los sentimientos de mi padre, porque será siempre muy feliz en conocer á sus amigos, me respondió mi prima con una sencillez llena de gracia...

Nunca habia oido el sonido de la voz de la princesa: imaginaos, amigo mio, el metal mas dulce mas fresco, mas armonioso: en fin uno de aque-

llos acentos que hacen vibrar las cuerdas mas delicadas del alma.

—Espero, mi querido Enrique, que estareis algun tiempo en casa de vuestra tia que amo, que respeto como á mi madre? lo sabeis me dijo el gran duque con bondad.—Venid á menudo á vernos familiarmente, al fin de la mañana, á eso de las tres; sabeis que siempre os he amado, porque sois uno de los corazones mas noble; que conozco.

—No se como espresar á V. A. R. mi reconocimiento por la benévola acogida que se digna hacerme.

—Pues bien! para probarme vuestro reconocimiento, dijo el principe sonriéndose convidad á vuestra prima para la segunda contradanza, porque la primera pertenece de derecho al archiduque.

—Vuestra Alteza tendrá á bien concederme esta gracia?... dije á la princesa Amelia haciéndole una cortésia.

—Llamos sencillamente primo y prima, segun la buena antigua costumbre alemana, dijo alegremente el gran duque: el ceremonial no conviene entre parientes.

—Mi prima me hará el honor de bailar esa contradanza conmigo?

—Sí, primo, me contestó la princesa Amelia.



CAPITULO III.



EL PRINCIPE ENRIQUE DE HERKAUSEN-OLDENZAAL
AL CONDE MAXIMILIANO KAMINETZ.

Oldenzaal 25 de Agosto de 1840.

No sabré deciros, amigo mio, cuan feliz y desgraciado fui á la vez con la paternal cordialidad del gran duque; la confianza que me manifestaba, la afectuosa bondad con que habia comprometido á su hija y á mi á sustituir á las fórmulas de la etiqueta las apelaciones de familia de una intimidad tan amable, todo me llenaba de reconocimiento; me reprendia yo tanto mas amargamente el hechizo fatal de un amor que no debia ni podia ser acogido por el principe.

Me habia yo prometido, es verdad (no falté á esta resolucion), no decir nunca una palabra que pudiese hacer sospechar á mi prima el amor que yo experimentaba: pero temia que mi conmocion, que mis miradas me vendiesen... A pesar mio, no obstante, este sentimiento, tan callado, tan oculto como debió serlo, me parecia culpable.

Tuve tiempo de hacer estas reflexiones mientras que Amelia bailaba la primera contradanza con el archiduque Estanislao. Aquí, como en to-

das partes, el baile no es mas que una especie de marcha que sigue el compas de la orquesta; nada podia hacer valer mas la gracia seria del aspecto de mi prima.

Esperaba con una dicha mezclada de ansiedad el momento de conversacion que la libertad del baile iba á permitirme tener con ella. Fui bastante dueño de mi para ocultar mi turbacion cuando fui á buscarla al lado de la marquesa de Harville.

Pensando en las circunstancias del retrato, esperaba ver á la princesa Amelia participar de mi embarazo; no me engañaba, me acuerdo casi palabra por palabra de nuestra primera conversacion; dejadme referiroslo, amigo mio.

—Vuestra Alteza me permitirá que le llame prima como el gran duque me autoriza para ello?

—Sin duda, primo, me respondió ella; siempre soy feliz en obedecer á mi padre.

—Y estoy tanto mas envanecido con esa familiaridad, prima; he aprendido de mi tia á conocerlos, es decir á apreciarlos.

—Tambien mi padre me ha hablado muchas veces de vos, primo, y lo que os admirará quizá, añadió ella timidamente, es que os conocia ya, si puede decirse, de vista... la señora superiora de Santa Hermengilda, á quien tengo el mas respetuoso afecto, nos enseñó un dia á mi padre y á mí... un retrato

—En que estaba representado como page del siglo diez y seis?

—Sí, primo; y mi padre hizo tambien la supercheria de decirme que el retrato era de uno de nuestros parientes del tiempo pasado, añadiendo ademas palabras tan benévolas para ese primo de otro tiempo, que nuestra familia debe felicitar-

se por contarle entre nuestros parientes del día...

—Ay! prima, temo no parecerme al retrato moral que el gran duque se dignó hacer de mí como al page del siglo diez y seis.

—Os engañais, primo, me dijo sencillamente la princesa; porque al fin del concierto, dirigiendo casualmente la vista al lado de la galería, os reconocí inmediatamente, no obstante la diferencia de traje.

Luego, queriendo cambiar sin duda una materia de conversacion que le embarazaba, me dijo:

—Que admirable talento tiene Mr. Liszt, no es verdad?

—Admirable. Con que placer la escuchabais!

—Es que en efecto hay, me parece, un doble encanto en la música sin palabras: no solamente se goza de una excelente ejecucion, pero se puede aplicar su pensamiento del momento á las melodias que se escuchan, y que vienen á ser por decirlo así el acompañamiento.... No sé si me comprendéis, primo?

—Perfectamente. Los pensamientos son entonces las palabras que se ponen mentalmente en el tema que se oye.

—Eso es, eso es, me comprendéis, dijo ella con un movimiento de graciosa satisfaccion; temia explicar mal lo que sentia ahora durante la melodía tan lastimera y tan interesante.

—Gracias á Dios, prima, le dije sonriéndome, no teneis ninguna palabra que poner en un tema tan triste.

Sea que mi cuestion fuese indiscreta, y que ella quisiese evitar responder, sea que no la hubiese entendido, de pronto la princesa Amelia me dijo mostrandome al gran-duque que, dando el brazo á la archiduquesa atravesaya entonces la galería donde se bailaba.

—Primo, veís pues á mi padre que bello es!... que aire tan noble y bueno! como lo siguen con solicitud todas las miradas! me parece que es mas amado que reverenciado

—Ah! exclamé yo, no es solamente aqui, en medio de su córte, donde es querido! Si las bendiciones del pueblo resonásen en la posteridad, el nombre de Rodolfo de Gerolstein seria justamente inmortal!

Al hablar así, mi exaltacion era sincera, porque sabeis, amigo mio, que se llama con buen derecho á los Estados del príncipe el Paraiso de Alemania.

Me es imposible pintaros la mirada de reconocimiento que me dirigió mi prima al oirme hablar de esta suerte.

—Apreciar así á mi padre, me dijo con emocion, es bien digno del afecto que os tiene.

—Es que nadie lo ama y lo admira mas que yo! Ademas de las raras prendas que constituyen los grandes príncipes, no es el genio de la bondad el que hace á los príncipes adorados?...

—No sabeis cuanta verdad decis... exclamó la princesa aun mas conmovida.

—Oh! lo sé, lo sé, y todos los que él gobierna lo saben como yo... Se le ama tanto que se affligirian de sus penas como se regocijan con su felicidad; la priesa de todos en venir á ofrecer sus homenajes á la señora marquesa de Harville, consagra á la vez la eleccion de S. A. R. y el valor de la futura gran duquesa.

—La señora marquesa de Harville es mas digna que cualquiera otra del afecto de mi padre, este es el mas bello elogio que puedo haceros de ella.

—Y vos podeis sin duda apreciarla justamen-

te; porque la habeis probablemente conocido en Francia?

Apenas habia pronunciado estas últimas palabras, no sé que repentino pensamiento vino á la mente de la princesa Amelia, bajó los ojos, y durante un segundo sus facciones tomaron una expresion de tristeza que me dejó mudo de sorpresa.

Estábamos entonces en el fin de la contradanza, la última *figura* me separó un instante de mi prima; cuando la llevé al lado de Mad. de Harville, me pareció que sus facciones estaban ligeramente alteradas....

Creí y creo todavía que mi alusion á la permanencia de la princesa en Francia habiendole recordado la muerte de su madre, le causó la penosa impresion de que acabo de hablaros.

Durante la noche, noté una circunstancia que quizá os parecerá pueril, pero que fué para mí una nueva prueba del atractivo que esta jóven inspira á todos. Habiendose descompuesto un poco su sarta de perlas, la archiduquesa Sofia, á quien ella daba el brazo, tuvo la atencion de querer ella misma volverla á colocar sobre la frente. Luego, para quien conoce la altivez proverbial de la archiduquesa, semejante servicio de su parte apenas parece creible. Por lo demas, la princesa Amelia, á quien yo observaba atentamente en aquel momento, pareció á la vez tan confusa, tan reconocida, diré casi tan cortada, por aquella graciosa atencion, que creí ver brillar una lágrima en sus ojos.

Tal fué, amigo mio, mi primera soirée en Gerolstein. Si os la he contado con tantos pormenores, es porque casi todas estas circunstancias han tenido mas tarde para mí sus consecuencias.

Ahora abreviaré; no os hablaré sino de algunos hechos principales relativos á mis frecuentes entrevistas con mi prima y su padre.

El dia despues de esta fiesta, fui del corto número de personas convidadas á la celebracion del casamiento del gran duque con la señora marquesa de Harville. Nunca he visto la fisonomia de la princesa Amelia mas radiosa y mas severa que durante aquella ceremonia. Contemplaba a su padre y á la marquesa con una especie de enagenamiento religioso, que daba una nueva gracia á sus facciones, se hubiera dicho que reflejaban la dicha inefable del príncipe y de Mad. de Harville.

Este dia estuvo mi prima muy alegre, muy habladora. Le di el brazo en un paseo que se dió despues de comer por los jardines de palacio, magnificamente iluminados. Ella me dijo atento al casamiento de su padre:

—Me parece que la felicidad de los que queremos nos es aun mas dulce que nuestra propia felicidad; porque siempre hay algun viso de egoismo en el goce de nuestra felicidad personal.

Si os cito entre mil esta reflexion de mi prima, amigo mio, es porque juzgueis del corazon de esta adorable criatura, que tiene, como su padre, el genio de la bondad.

Algunos dias despues del casamiento del gran duque, tuve con él una conversacion bastante larga; me preguntó acerca de lo pasado, acerca de mis proyectos para lo sucesivo; me dió los consejos mas sabios, las mas lisongeras esperanzas, me habló tambien de muchos proyectos suyos de gobierno con una confianza que me enorgullecí y lisongeó á la vez; en fin que os diré? Un momento me atravesó el ánimo la mas insensata

idea; creí que el príncipe había penetrado mi amor, y que en esta conversacion queria estudiarme, presentirme, y quizá llevarme á una declaracion.

Por desgracia esta esperanza insensata no duró largo tiempo, el príncipe terminó la conversacion diciéndome que había concluido el tiempo de las grandes guerras, que yo debía aprovecharme de mi nombre, de mis alianzas, de la educacion que había recibido y de la estrecha amistad que unia á mi padre al príncipe de M. primer ministro del Emperador, para entrar en la carrera diplomática en lugar de la militar, añadiendo que todas las cuestiones que se decidian en otro tiempo en los campos de batalla se decidirian en adelante en los congresos; que pronto las tradiciones tortuosas y pérfidas de la antigua diplomacia darian lugar á una política ancha y humana en relacion con los verdaderos intereses de los pueblos que cada dia conocian mas sus derechos, que un talento elevado, leal y generoso podia tener antes de algunos años un noble y grande papel que representar en los negocios, y hacer asi mucho bien, me proponia pues el concurso de su soberana proteccion para facilitarme los primeros adelantos en la carrera que me aconsejaba con instancia que emprendiese.

Comprended, amigo mio, que si el príncipe hubiese tenido el menor proyecto acerca de mí, no me hubiera hecho tales proposiciones; le di gracias por sus ofertas con un vivo reconocimiento, añadiendo que yo conocia todo el valor de sus consejos y que estaba decidido á seguirlos.

Habia desde luego puesto yo la mayor reserva en mis visitas á palacio, pero, gracias á la insistencia del gran duque, fui presto casi todos los dias

á las tres. Se vivia alli en toda la deliciosa simplicidad de nuestras córtes germánicas, la vida de los grandes castillos de Inglaterra, hecha mas atractiva por la sencillez cordial, la dulce libertad de las costumbres alemanas. Cuando el tiempo lo permitia dábamos largos paseos á caballo el gran duque, la gran duquesa, mi prima y las personas de su casa. Cuando nos quedabamos en palacio nos ocupábamos de la música, yo cantaba con la gran duquesa mi prima, cuya voz tenia un timbre de una pureza, de una suavidad sin igual, y que nunca pude oír sin sentirme conmovido hasta el fondo del alma. Otras veces visitabamos menudamente las maravillosas colecciones de pinturas y de objetos de arte, ó las admirables bibliotecas del príncipe, que, lo sabeis, es uno de los hombres mas sabios y mas ilustrados de Europa: bastante á menudo iba á comer á palacio, y los dias de ópera acompañaba á la familia gran ducal al teatro.

Cada dia pasaba como un sueño; poco á poco mi prima me trató con una familiaridad enteramente fraternal; no me ocultaba el placer que experimentaba en verme, me confiaba todo lo que le interesaba; dos ó tres veces me suplicó la acompañase cuando iba con la gran duquesa á visitar sus jóvenes huérfanas; muchas veces tambien me hablaba de mi porvenir con una madurez de razon, con un interes serio y reflexivo que me confundia en una joven de su edad; gustaba tambien mucho de informarse de mi infancia, de mi madre, ay! siempre tan sentida. Cada vez que escribia á mi padre me suplicaba la recordase á su memoria; luego, como bordaba maravillosamente, me entregó un dia para él un gracioso tapiz en que habia trabajado mucho tiempo. Que os diré,

amigo mio? un hermano y una hermana, volviéndose á juntar despues de muchos años de separacion, no hubieran gozado de una intimidad mas deliciosa. Por lo demas, cuando, por el mayor acaso, quedabamos solos, la llegada de una tercera persona no podia nunca cambiar el asunto ni aun el acento de nuestra conversacion.

Os admirareis quizá, amigo mio, de esta fraternidad entre dos jóvenes, sobre todo pensando en las declaraciones que os hago; pero mientras mas confianza y familiaridad me manifestaba mi prima, mas me observaba yo, mas me contenia, por temor de ver cesar esta adorable familiaridad. Y luego, lo que aumentaba aun mi reserva, era que la princesa usaba en sus relaciones conmigo tanta franqueza, tanta noble confianza, y principalmente tan poca coqueteria, que casi estoy cierto de que ella ignora siempre mi violenta pasion. Me queda una ligera duda á este respecto, atento á una circunstancia que os contaré ahora.

Si esta intimidad fraternal hubiese debido durar siempre, quizá esta felicidad me hubiera bastado; pero por lo mismo que gozaba de ella con delicia, pensaba que pronto mi servicio ó la nueva carrera que el príncipe me empeñaba á seguir me llamaria á Viena ó al extranjero; pensaba en fin que próximamente quizá el gran duque pensaria en casar á su hija de una manera digna de ella....

Estos pensamientos me llegaron á ser tanto mas penosos cuanto mas se acercaba el momento de mi partida. Mi prima notó pronto el cambio que se habia verificado en mí. La vispera del dia en que la dejé, me dijo que habia algun tiempo que me hallaba sombrío, preocupado. Traté de olu-

dir sus preguntas; atribuí mi tristeza á un vago tedio

—No puedo creerlo, me dijo ella; mi padre os trata como á un hijo, todo el mundo os ama; teneros por desgraciado seria ingratitud.

—Pues bien! le dije sin poder vencer mi conmocion, no es tedio; es pena, si, es una profunda pena lo que experimento.

—Y por que? que os ha sucedido? me preguntó con interes.

—Ahora, prima, me habeis dicho que vuestro padre me trataba como á un hijo... que aqui todo el mundo me amaba... Ahora bien, antes de poco, me será preciso renunciar á estas afecciones tan preciosas, será preciso en fin... dejar á Gerolstein, y, os lo confieso, este pensamiento me desespera.

—Y la memoria de los que nos son caros... no es nada pues, prima?

—Sin duda... pero los años, los sentimientos traen tantos cambios imprevistos!

—Hay á lo menos afecciones que no cambian; la que mi padre os ha manifestado siempre... La que yo siento por vos es de este número, bien lo sabeis; somos hermano y hermana para no olvidarse nunca, añadió ella fijando en mí sus grandes ojos azules humedecidos en lágrimas.

Esta mirada me trastornó, estuve á punto de venderme; afortunadamente me contuve.

—Es verdad que las afecciones duran, le dije con embarazo; pero las posiciones cambian... Así, prima, cuando volviere de aquí á algunos años, creéis que entonces esta intimidad, cuya delicia aprecio enteramente, pueda durar todavía?

—Por qué no ha de durar?

---Es que entonces estareis sin duda casada,

prima... tendreis otros deberes.... y habreis olvidado á vuestro pobre hermano.

Os lo juro, amigo mio, no te digo nada de mas; ignoro todavia si ella vió en estas palabras una declaracion que le ofendiese, ó si fué como yo colorosamente herida por los cambios inevitables que el porvenir debia necesariamente producir en nuestras relaciones. Pero en vez de responderme, permanecié un momento silenciosa, aniquilada; luego, levantándose de repente, la cara descolorida, alterada, se fué despues de haber mirado durante algunos segundos el tapiz de la jóven condesa de Oppenheim, una de sus damas de honor, que trabajaba en el hueco de una de las ventanas del salon donde habia tenido lugar nuestra conversacion.

La noche misma de este dia, recibí una nueva carta de mi padre que me llamaba precipitadamente. El dia siguiente por la mañana fui á despedirme del gran duque; me dijo que mi prima estaba un poco mala, que él se encargaba de mi despedida respecto á ella; me estrechó paternalmente en sus brazos, sintiendo, añadió él, mi pronta partida, y principalmente que fuese causada por las inquietudes que me daba la salud de mi padre; luego recomendándome con la mayor bondad sus consejos respecto á la nueva carrera que me empeñaba con instancia á abrazar, añadió que cuando volviese de mis comisiones, ó durante mis licencias, me volveria á ver siempre en Gerolstein con un vivo placer.

Afortunadamente, cuando llegué aqui, hallé á mi padre un poco mejorado; estaba todavia en cama, y seguia muy débil, pero no me inquietó ya seriamente. Por desgracia advirtió mi aba-

timiento, mi sombría taciturnidad; muchas veces, pero en vano, me ha suplicado le confie la causa de mi tristeza. No me atreveré, á pesar del ciego cariño que me tiene; sabeis su severidad respecto á todo lo que le parece falta de franqueza y de honradez.

Ayer lo asisti; solo á su lado, creyendolo dormido, no pudo contener mis lágrimas, que corrían silenciosamente pensando en mis bellos dias de Gerolstein. Me vió llorar, porque apenas dormia, y yo estaba completamente absorvido por mi dolor; me preguntó con la mas afectuosa bondad; atribuí mis tristezas á las inquietudes que me habia dado su salud; pero no fué juguete de esta escusa.

Ahora que lo sabeis todo, mi buen Maximiliano, decid, mi suerte es bastante desesperada... ¿ue hacer... que resolver?....

q.....

Ah! amigo mio, no puedo deciros cual es mi angustia. Que va á suceder, Dios mio!... Todo está perdido para siempre! soy el mas desgraciado de los hombres si mi padre no renuncia á su proyecto.

He aquí lo que acaba de suceder:

Ahora poco, acababa esta carta, cuando con gran sorpresa mia, mi padre, á quien creia acostado, entró en mi gabinete donde os escribia; vió sobre su bufete mis cuatro primeras grandes páginas ya llenas, estaba al fin de esta.

—A quien escribes tan largamente? me preguntó sonriéndose.

—A Maximiliano.

—Oh! me dijo con una espresion de afectuosa reconvencion, sé que tiene toda tu confianza... *es muy afortunado!*

Pronunció estas últimas palabras tan dolorosamente, que, conmovido con su acento, le respondí dándole mi carta casi sin reflexion:

—Leed, padre...

Amigo mio, lo leyó todo. Sabeis lo que me dijo en seguida despues de haber estado algun tiempo meditando?

—Enrique, voy á escribir al gran duque lo que ha pasado durante vuestra permanencia en Gerolstein.

—Padre mio, os lo suplico encarecidamente... no hagais eso.

—Lo que contais á Maximiliano es verdadero efectivamente?

—Si.

—En ese caso, hasta aqui, vuestra conducta ha sido honrosa... El principe la apreciará. Pero no os mostrareis en lo sucesivo indigno de su noble confianza, lo cual sucederia, si, abusando de su ofrecimiento, volviesséis mas adelante á Gerolstein con intencion quizá de haceros amar de su hija.

—Padre... podeis pensar....?

—Pienso que os amo con pasion, y que la pasion temprano ó tarde es mala consejera.

—Que! padre mio, escribireis al principe que...

—Que amais perdidamente á vuestra prima...

—En nombre del cielo, os lo suplico, no hagais tal cosa!

—Amais á vuestra prima?

—La amo con idolatria, pero...

Mi padre me interrumpió.

—En este caso, voy á escribir al gran duque y pedirle para vos la mano de su hija...

—Pero semejante pretension es insensata por mi parte!

—Es verdad... Sin embargo debo hacer fran-

camente esta peticion al príncipe, esponiéndole las razones que me deciden á dar este paso. El os ha recibido con la mas noble hospitalidad, ha mostrado con vos una bondad paternal, seria indigno de mí y de vos engañarle. Conozco lo elevado de su alma, será sensible á mi proceder de hombre honrado; si se niega á daros su hija, como es casi indudable, sabrá al menos que en lo sucesivo, si volveis á Gerolstein, no debeis vivir con ella en la misma intimidad. Me habeis, hijo mio, añadió mi padre bondadosamente, mostrando libremente la carta que escribais á Maximiliano. Ahora estoy instruido de todo; es *deber mio* escribir al gran duque... y voy á escribirle en este instante.

Lo sabeis, amigo mio, mi padre es el mejor de los hombres, pero de una inflexible tenacidad de voluntad, cuando se trata de lo que mira como *su deber*, juzgad de mis angustias, de mis temores. Aunque el paso que va á dar sea, ademas, franco y honroso, no me inquieta menos. Como acogerá el gran duque esta necia pretension? No se incomodará? Y la princesa Amelia no será tambien lastimada porque he dejado á mi padre tomar semejante resolucion sin su consentimiento.

Ab! amigo mio, compadecedme, no sé que pensar. Me parece que contemplo un abismo y que el vértigo se apodera de mí...

Termino de prisa esta larga carta, pronto os escribiré. Os lo repito, compadecedme, porque en verdad temo volverme loco, si la fiebre que me agita dura todavia largo tiempo. Adios, adios, todo vuestro de corazon y para siempre.

ENRIQUE DE H. O.

Ahora conducirémos al lector al palacio de Gerolstein habitado por Flor-celestial desde su salida de Francia.

CAPITULO IV.

LA PRINGESA AMELIA.

LA habitacion ocupada por Flor-celestia (no la llamaremos princesa Amelia sino *oficialmente*) en el palacio gran ducal habia sido amueblada, por disposicion de Rodolfo con un gusto y una elegancia estremada. Desde el balcon del oratorio de la jóven se descubrian á lo léjos las dos torres de Santa Hermengilda, que, dominando los inmensos bosquecillos de verdura, eran ellas mismas dominadas por una alta montaña escarpada, á cuyo pié se elevaba la abadia.

En una hermosa mañana de estio, Flor-celestia dejaba errar sus miradas sobre el espléndido paisaje que se estendia á lo léjos. Sin nada en la cabeza, tenia püesto un traje de género de primavera blanco con rayitas azules; un ancho cuello de batista muy sencilló que caia sobre sus hombros dejaba ver las dos puntas y el nudo de una corbatilla de seda del mismo color azul que el cinturon de su traje.

Sentada en un gran sillón de ébano tallado con respaldo de terciopelo carmesi, el codo sostenido por uno de los brazos del sillón, la cabeza un

poco baja, apoyaba su mejilla sobre el reverso de su pequeña y blanca mano, ligeramente sombreada con sus venas azules.

La actitud lánguida de Flor-celestial, su palidez, lo fijo de su vista, la amargura de su media sonrisa, revelaban una melancolía profunda.

Al cabo de algunos momentos, un suspiro profundo, doloroso, levantó su pecho. Dejando entonces caer la mano en que apoyaba su mejilla, inclinó aun mas su cabeza sobre el pecho. Se hubiera dicho que la desgraciada se rendía al peso de alguna gran desgracia.

En este instante una muger de edad madura, de una fisonomía grave y distinguida, vestida con una elegante sencillez, entró casi timidamente en el oratorio, y tosió ligeramente para llamarla atención de Flor-celestial.

Esta, saliendo de su distracción, alzó vivamente la cabeza y dijo saludando con un movimiento lleno de gracia.

—Que quereis, mi querida condesa?

—Vengo á prevenir á Vuestra Alteza que monseñor le suplica que lo espere: porque va á venir aquí dentro de algunos minutos, dijo la dama do honor de la princesa Amelia con una formalidad respetuosa.

—Ya estaba yo estrañando no haber aun abrazado á mi padre hoy; espero con tanta impaciencia su visita de todas las mañana!... Pero creo que no debo á una disposición de la señorita de Harneim el placer de veros dos dias seguidos en el palacio, mi querida condesa?

—No tenga Vuestra Alteza ninguna inquietud, á ese respecto, la señorita de Harneim me ha pedido la reemplace hoy; mañana tendrá el honor de volver al servicio cerca de Vuestra Alteza, que

se dignará quizá excusar este cambio.

—Ciertamente, porque en ello no perderé nada; despues de haber tenido el placer de veros dos dias seguidos, mi querida condesa, tendré durante otros dos dias á la señorita de Harneim á milado.

—Vuestra Alteza nos colma de elogios, respondió la dama de honor inclinandose de nuevo, su estremada bondad me anima á pedirle una gracia.

—Hablad... hablad, sabeis me complazco en agradaros...

—Es verdad que desde mucho tiempo Vuestra Alteza me ha habituado á sus bondades; pero se trata de un asunto penoso, que no teneis el valor de emprenderlo, si no se tratase de una accion muy meritoria, asi me atrevo á contar con la indulgencia, estremada de Vuestra Alteza.

—No teneis absolutamente necesidad de mi indulgencia, mi querida condesa; estoy siempre muy reconocida á las ocasiones que se me dan de hacer algun bien.

—Se trata de una pobre criatura que desgraciadamente dejó á Gerolstein antes que Vuestra Alteza fundase su obra tan útil y tan caritativa para las óvenes huérfana ó abandonadas que nada las defiende contra las malas pasiones.

—Y que ha hecho? que reclamais para ella?

—Su padre, hombre muy aventurero, fué á buscar fortuna en America, dejando á su mugery su hija en una existencia bastante precaria. La madre murió; la hija de diez y seis años apenas, entregada á sí misma, dejó el pais para seguir á Viena á un seductor que la dejó pronto. Como sucede siempre, este primer paso en la senda del vicio condujo á esta infeliz á un abismo de infamia; en poco tiempo llegó á ser, como otras muchas miserables... el oprobio de su sexo...

Flor-celestial bajó los ojos, se sonrojó y no pudo ocultar un ligero estremecimiento que no se escapó á su dama de honor. Esta, teniendo haber lastimado la casta susceptibilidad de la princesa hablandole de semejante criatura, repuso con embarazo:

—Pido mil perdones á Vuestra Alteza, la he incomodado sin duda, llamando su atencion sobre una criatura tan ajada; pero la infeliz manifiesta un arrepentimiento tan sincero.... que he creido poder solicitar para ella alguna compasion.

—Y habeis tenido razon. Continudad.... os lo pido, dijo Flor-Celestial venciendo su dolorosa conmocion; todos los estravios son en efecto dignos de compasion, cuando el arrepentimiento les sucede.

—Lo que ha sucedido en esta circunstancia, como lo he hecho observar á Vuestra Alteza: Despues de dos años de una vida abominable, la gracia tocó á esta abandonada.... Victima de un tardío remordimiento, ha vuelto aquí. La casualidad ha hecho que cuando llegó fuese á vivir á una casa que pertenece á una digna viuda, cuya amabilidad y piedad son populares. Animada por la piadosa bondad de la viuda, la pobre criatura le confesó sus faltas, añadiendo que tenia un justo horror á su vida pasada, y que compraria con el precio de la mas dura penitencia la felicidad de entrar en una casa religiosa donde pudiese espiar sus estravios y merecer su redencion. La digna viuda á quien ella hizo esta confianza, sabiendo que yo tenia el honor de pertenecer á Vuestra Alteza, me ha escrito para recomendarme esta desgraciada que, por la todapoderosa intervencion de Vuestra Alteza con la princesa Juliana, superiora de la abadia, pudiese esperar entrar de her-

mana conversa en el convento de Santa Hermenegilda: pide como un favor ser empleada en los trabajos mas penosos, para que su penitencia sea mas meritoria. He querido hablar muchas veces á esta muger antes de permitirme implorar para ella la piedad de Vuestra Alteza, y estoy firmemente convencida de que su arrepentimiento será durable. No es ni la necesidad ni los años los que la llevan al bien, es muy bella todavia y posee una pequeña cantidad de dinero que quiere afectar á una obra de caridad, si obtiene el favor que solicita.

Me encargo de vuestra protegida, dijo Flor-celestial conteniendo dificilmente su turbacion, tanta semejanza ofrecia su vida pasada con la de la infeliz en cuyo favor se solicitaba; luego añadió.—El arrepentimiento de esa desgraciada es muy laudable para no fomentarlo.

—No sé como expresar mi reconocimiento á Vuestra Alteza. Apenas me atrevia á esperar que se dignase interesarse tan caritativamente por semejante criatura....

—Ha sido culpable, se arrepiente.... dijo Flor-celestial con un acento de conmiseracion y de tristeza indecible, es justo tener piedad de ella... Mientras mas sinceros son sus remordimientos, mas dolorosos deben ser, querida condesa.

---Oigo, segun creo, es monseñor, dijo de repente la dama de honor sin notar la conmocion profunda y creciente de Flor-celestial.

En efecto, Rodolfo entró en un salon que precedia al oratorio, teniendo en la mano un enorme ramo de rosas.

A la vista del príncipe, la condesa se retiró discretamente. Apenas desapareció, Flor-celestial se arrojó al cuello de su padre, apoyó la frente

en su hombro, y estuvo así algunos segundos sin hablar.

—Buenos días... buenos días, mi querida hija, dijo Rodolfo estrechando cariñosamente á su hija en sus brazos, sin advertir aun su tristeza. Ves este ramo de rosas; que hermosa cosecha he cogido esta mañana para tí! eso es lo que me ha impedido venir mas pronto, creo que nunca te he traído un ramo mas magnífico... Toma.

Y el príncipe, sin soltar el ramo, hizo un ligero movimiento hácia atrás para desprenderse de los brazos de su hija y mirarla, pero viendola deshecha en lágrimas tiró el ramo encima de una mesa, cogió las manos de Flor-celestial en las suyas, y dijo:

—Lloras, Dios mio! que tienes pues?

—Nada... nada... mi buen padre... dijo Flor-celestial, enjugándose las lágrimas y tratando de poner buena cara á Rodolfo.

—Te lo suplico encarecidamente, dime lo que tienes. Quien puede haberte entristecido?

—Os aseguro de que no hay de que inquietaros. La condesa vino á solicitar que me interesase por una pobre muger tan infeliz.... tan desgraciada... que á pesar mio me he enternecido con su relacion.

—En verdad?... no es mas que eso?...

—No mas que eso, repuso Flor-celestial tomando de la mesa las flores que Rodolfo habia puesto en ella; pero como me mimais, añadió ella... que magnífico ramo.... y cuando pienso que todos los dias.... me traeis otro igual.... cogido por vos....

—Hija mia, dijo Rodolfo contemplando á su hija con ansiedad, tú me ocultas alguna cosa... Tu sonrisa es dolorosa, obligada; te lo suplico enca-

recidamente, dime que te aflije... no te ocupes de ese ramo.

—Oh! lo sabeis, este ramo es mi contento de cada dia, y luego me gustan tanto las rosas... siempre me han gustado tanto... Os acordais, añadió ella con una sonrisa lastimera, os acordais de mi pobre rosalito... cuyos restos he guardado siempre.....

A esta penosa alusion al tiempo pasado, Rodolfo exclamó:

—Hija desgraciada! mis sospechas eran fundadas?... En medio del brillo que te rodea, pensarías todavia algunas veces en aquel horrible tiempo?... Ay! habia no obstante creido hacertelo olvidar á fuerza de cariño!

—Perdon, perdon, padre mio! Estas palabras se me han escapado. Os aflijo...

—Me aflijo, pobre ángel, dijo tristemente Rodolfo, porque esas vueltas hacia lo pasado deben ser horrosas para tí... porque emponsonarian tu vida, si tubieses la debilidad de abandonarte á ellas.

—Es por casualidad... desde que vivimos aquí, esta es la primera vez...

---Es la primera vez que me hablas de ellos... si... pero no es quizá la primera vez que esos pensamientos te atormentan... He advertido tus escesos de melancolia, y algunas veces acusabá á lo pasado de ser causa de tu tristeza... Pero, por falta de certidumbre, no pensaba ni aun tratar de combatir la funesta influencia de esos recuerdos, demostrarte la nada de ellos, la injusticia; porque si tu pena hubiese tenido otra causa, si lo pasado habia sido para tí las ideas penosas que queria destruir....

---Cuan bueno sois... como esos temores ma-

nifiestan vuestro inefable cariño!

---Que quieres tú!... mi posicion era tan difícil, tan delicada. Lo repito, no te decia nada, pero estaba sin cesar preocupado de lo que te afectaba.... Al contraer el matrimonio que colmaba todos mis deseos, crei tambien dar una garantia mas á tu reposo. Conocia muy bien la excesiva delicadeza de tu corazon para esperar que nunca.... nunca pensariais mas en lo pasado; pero me decia á mi mismo que si por acaso tu pensamiento se parase en ello, debias, sintiendote maternalmente querida por la noble muger que te ha conocido y amado en lo mas profundo de tu desgracia, debias, digo, mirar lo pasado como suficientemente espiado por tus atroces miserias, y ser indulgente ó antes bien justa contigo misma; porque en fin, mi muger tiene derecho por sus raras prendas al respeto de todos; no es así? Pues bien! desde que eres para ella una hija, una hermana querida, no debes estar tranquila? Su tierna adhesion no es una rehabilitacion completa? No te digo que sabe como yo que has sido victima y no culpable, que no se puede en fin echarte en cara *mas que tu desgracia*.... que te abrumó desde que naciste? Aunque hubieras cometido grandes faltas, no estarian mil veces espiadas, rescatadas por todo el bien que has hecho, por todo lo excelente y adorable que se ha desarrollado en tí?...

---Padre....

---Oh! te lo suplico, dejame decirte todo mi pensamiento, pues un acaso que será preciso bendecir, sin duda, ha traído esta conversacion. Hace mucho tiempo que la deseaba y la temia á la vez... Quiera Dios que tenga un suceso saludable!... Tengo que hacerte olvidar tantas hor-

ribles penas; tengo que cumplir contigo una comision tan augusta, tan sagrada, que hubiera tenido valor para sacrificar á tu reposo mi amor á Mad. de Harville... mi amistad á Murph, si hubiese pensado que su presencia te hubiese recordado muy dolorosamente lo pasado.

---Oh! mi buen padre, podeis creerlo?... La presencia, de ellos, que saben... *lo que yo era...* y que sin embargo me aman tiernamente, no personifica por el contrario el olvido y el perdon? En fin, mi vida entera no hubiera sido desconsolada si por mí hubieseis renunciado á nuestro casamiento con Mad. de Harville?

---Oh! no hubiera sido el solo en querer ese sacrificio, si hubiera debido asegurar tu felicidad... No saber que renuncia se habia ya Clemencia impuesto voluntariamente... porque ella tambien comprende toda la estension de mis deberes para contigo.

---Vuestros deberes para conmigo, Dios mio! Y que he hecho yo para merecer tanto?

—Que has hecho, pobre ángel amado?... Hasta el momento en que me fuiste devuelta, tu vida no fué sino amargura, miseria, desolacion... y tus padecimientos causados me los echó en cara como si yo los hubiera acusado... Asi cuando te veo alegre, satisfecha, me creo perdonado... mi solo fin, mi solo voto es hacerte tan idealmente feliz como desgraciada has sido, elevarte tanto como fuiste abatida, porque me parece que los últimos vestigios de lo pasado se borran, cuando las personas mas eminentes, mas honorables, te rinden los respetos que te son debidos.

—A mi respetos?... no, no, padre mio... sino á mi clase ó antes bien á la que me habeis dado.

—Oh! no es tu clase lo que se ama y se res-

peta... eres tu, entiéndelo bien querida hija mia, eres tu misma, eres tu sola.... Hay homenajes impuestos por la clase, pero los hay tambien impuestos por el encanto y por el atractivo... No sabes distinguirlo, porque te ignoras, porque no sabes que por un prodigio de talento y de tacto que me hace estar tan envanecido como idolatra de tus dones en las relaciones ceremoniosas, tan nuevas para tí, una mezela de dignidad, de modestia y de gracia, á que no pueden resistir los caracteres mas altivos...

—Me amais tanto, y os amo tanto, que se está seguro de agradaos manifestándome deferencia.

—Oh!... picarilla... exclamó Rodolfo interrumpiendo á su hija y abrazándola con ternura.— Picarilla, que no quiere conceder ninguna satisfaccion á mi orgullo de padre....

—Este orgullo no está satisfecho atribuyendoos á vos solo la voluntad que se me manifiesta, mi buen padre?

El príncipe dijo sonriéndose á su hija para disiparle la tristeza de que la veia aun dominada.

—No en verdad, señorita, no señorita, no es la misma cosa; porque no me es permitido estar envanecido por mí, y puedo y debo estarlo por vos.... sí, envanecido. Lo repito, tu no sabes cuan divinamente estas dotada... En quince meses tu educacion se ha completado tan maravillosamente, que la madre mas descontentadiza se entusiasmaria contigo; y esta educacion ha aumentado mas la influencia casi irresistible que ejerce en torno tuyo sin sospecharlo.

—Padre mio... vuestras alabanzas me confunden.

—Digo la verdad, nada mas que la verdad. Quieres ejemplos de ello? Hablemos osadamente

de lo pasado, es un enemigo que quiero combatir cuerpo á cuerpo, es menester mirarlo de cara. Pues bien! te acuerdas de la Loba, de aquella valerosa muger que te salvó? Acuérdate de la escena de la cárcel que me contaste; una multitud de presas mas estúpidas que malvadas se encarnizan en atormentar á una compañera suya débil y enferma; te presentas tú, hablas... y he aqui que al momento aquellas furias, sonrojándose de su cobarde crueldad respecto á su víctima, se muestran tan caritativas como malvadas habian sido! Esto no es verdad? En fin se debió, sí ó no, á tí que la Loba, aquella muger indomable, conociese el arrepentimiento y desease una vida honrada y laboriosa? Vamos, creeme, hija mia querida, la que dominó á la Loba y á sus turbulentas compañeras con el solo ascendiente de la bondad unida á una rara elevacion de alma, esta, aunque en otras circunstancias y en una esfera enteramente opuesta, debía por el mismo encanto (no vayais á reiros de esta comparacion, señorita), fascinar tambien á la altiva archiduquesa Sofia y á todos los que me rodean; porque los buenos y los malos, los grandes y los pequeños, sufren casi siempre la influencia de las almas superiores... No quiero decir que haya *nacido princesa* en la acepcion aristocrática de la palabra, eso seria hacerte una pobre adulacion, hija mia..... pero tu eres del pequeño número de seres privilegiados que han nacido para decir á una reina lo que es necesario para atraerla y hacerse amar de ella.... y tambien para decir á una pobre criatura, envilecida y abandonada, lo que se necesita para hacerla mejor, consolarla y hacerse adorar de ella.

—Padre... por favor....

—Oh! tanto peor para vos, señorita, hace mucho tiempo que mi corazón sale de sí. Piensa pues, con mis temores de despertar en tí las memorias de aquel pasado que quiero destruir, que destruiré para siempre en tu ánimo.... no me atrevo á hablarle de estas comparaciones.... de estas semejanzas que te hacen tan adorable á mis ojos. Cuantas veces Clemencia y yo nos hemos estasiado contigo.... cuantas veces, tan enternecida que le venían las lágrimas á los ojos, me ha dicho:—No es maravilloso que esta querida niña sea lo que es, despues de la desgracia que la ha perseguido? ó mas bien, reponia Clemencia, no es maravilloso que, lejos de alterar aquella noble y rara naturaleza, el infortunio haya por el contrario dado mas resalte á lo que habia de excelente en ella?

En este momento se abrió la puerta del salon, y entró Clemencia, gran duquesa de Gerolstein, con una carta en la mano.

—Aquí teneis amigo mio, dijo esta á Rodolfo, una carta de Francia. He querido traerosla, á fin de dar los buenos dias á mi perezosa hija, que aun no he visto esta mañana, añadió Clemencia abrazando tiernamente á Flor-celestial.

—Esta carta llega á muy buen tiempo, dijo alegremente Rodolfo despues de haberla recorrido; hab'abamos justamente de lo pasado... de ese monstruo que vamos incesantemente á combatir, mi querida Clemencia... porque amenaza el reposo y la felicidad de nuestra hija.

—Será verdad, amigo mio? Los accesos de melancolia que hemos notado....

—No tienen otra cosa que malos recuerdos; pero afortunadamente conocemos ahora nuestro enemigo.... y triunfaremos de él....

—Pero de quien es esta carta, amigo mio? preguntó Clemencia:

—De la linda *Rigolette*.... la muger de *Germain*.

—*Rigolette*... exclamò *Flor-celestial*, que dicha tener noticias suyas!

—Amigo mio, dijo en voz muy baja *Clemencia* á *Rodolfo*, mostrándole á *Flor-celestial* con la vista; no temeis que esta carta le recuerde ideas penosas?

—Esas memorias son justamente las que quiero destruir, querida *Clemencia*; es menester acometerlas osadamente, y estoy seguro que hallaré en la carta de *Rigolette* escelentes armas contra ellas.... porque esta guapa criatura adoraba á nuestra hija, y la apreciaba como debia serlo.

Y *Rodolfo* leyó en alta voz la carta siguiente:

Hacienda de Bouqueval, 15 de Agosto de 1841.

Monseñor:

«Me tomo la libertad de escribiros para daros parte de una muy grande dicha que nos ha acaecido, y para pedir os un nuevo favor, á vos á quien tanto debemos, ó mañ bien á quien debemos el verdadero paraíso en que vivimos, yo, mi *Germain* y su buena madre.

«He aquí de lo que se trata, monseñor; hace diez dias que estoy loca de contento, porque hace diez dias que tengo un amor de niña; veo que es un retrato de *Germain*; él dice que mio; nuestra querida mamá *Georges* dice que se nos parece á los dos: lo cierto es que tiene unos preciosos ojos azules como *Germain*, y pelo negro rizado como yo. Mi marido, contra su costumbre, quiere tener siempre á nuestra chiquita sobre sus piernas.... siendo derecho mio, no es así, monseñor?»

—Buenos y dignos jóvenes! que felices deben

ser! dijo Rodolfo.—Si hay una pareja adecuada... es esta.

—Y cuanto merece Rigolette su felicidad! dijo Flor-celestial.

—Tambien he bendecido yo el acaso que me hizo encontrarla, dijo Rodolfo, y continuó:

«Pero, monseñor, perdonadme que os hable de estas disputas domésticas que concluyen siempre con un beso. Escusadme estos borrones; porque sin pensar habia escrito *Mr. Rodolfo* como decia en otro tiempo y lo he borrado. Hallareis que mi letra ha ganado, como tambien mi ortografia; porque Germain me dirige y no hago ya los renglones tuertos, como en el tiempo en que me cortabais las plumas....»

---Y debo confesar dijo Rodolfo riendose, que mi protegida se hace alguna ilusion, y estoy seguro de que Germain se ocupa mas de besar la mano de su discipula que de dirigirla.

—Vamos, amigo, sois injusto, dijo Clemencia mirando la letra, es un poco grande, pero muy legible.

---Lo cierto es que hay progreso, repuso Rodolfo; en otro tiempo hubiera necesitado ocho carrillas para poner lo que escribe ahora en dos.

Y continuó:

«Os suplicamos, pues, monseñor, tengais la bondad de buscarnos y darnos un nombre para nuestra querida hija; está convenido con el padrino y la madrina; y estos sabeis quienes son? dos de las personas que vos y la señora marquesa de Harville habeis sacado de las penas para hacerlos muy felices, tan felices como nosotros... En una palabra, Morel el lapidario y Juana Duport, la hermana de un pobre preso llamado *Picavinaigre*, una digna muger que vi en la cárcel

«cuando iba á visitar allí á mi pobre Germain, «y que mas adelante la señora marquesa de Harville sacó del *hospital*.

«Ahora, monseñor, es menester que sepais por que hemos escogido á Mr. Morel para padrino «y á Juana Duport para madrina. Nos hemos dicho, Germain y yo: será una manera de dar gracias á Mr. Rodolfo por sus bondades, elegir para «padrino y madrina de nuestra hija á personas dignas que lo deben todo á él y á la señora marquesa... sin contar con que Morel el lapidario «y Juana Duport son la nata de las personas honradas... Son de nuestra clase, y ademas, como «decimos nosotros dos, son *parientes nuestros en «felicidad*, pues son como nosotros *de la familia «de los protegidos, monseñor*.

—Ah! padre mio, no hallais esa idea de una delicadeza encantadora? dijo Flor-celestial con emocion.—Elegir para padrino y madrina de su hija á personas que lo deben todo á vos y á mi segunda madre?

—Teneis razon, querida hija, dijo Clemencia, no se puede estar mas enternecida de lo que estoy con esta memoria.

—Y yo soy muy afortunado en haber colocado tan bien mis beneficios, dijo Rodolfo continuando su lectura:

«Ademas, por medio del dinero que le habeis «hecho dar, Mr. Rodolfo, Morel es ahora corredor en piedras finas; gana muy bien para mantener á su familia, y hacer aprender un oficio «á sus hijos. La buena y pobre Luisa va, segun «creo, á casarse con un digno artesano que la «ama y la respeta como ella debe serlo, porque «ha sido muy desgraciada, pero no culpable, y «el novio de Luisa tiene bastante talento para «comprender esto....»

--Estaba yo bien seguro, dijo Rodolfo dirigiéndose á su hija, de hallar en la carta de la querida Rigolette armas contra nuestro enemigo!... Entiendes, es la espresion del sencillo buen sentido de aquella alma honrada y recta.... dice de Luisa: *Ha sido desgraciada, y no culpable, y su novio tiene bastante talento para comprenderlo.*

Flor-celestial, mas y mas conmovida y contristada con la lectura de esta carta, se estremeció con la mirada que su padre fijó un momento sobre ella al pronunciar las últimas palabras que hemos subrayado.

El principe continuó:

«Os diré tambien, monseñor, que Juana Duport, «por la generosidad de la señora marquesa, ha «podido hacerse separar de su marido, aquel mal- «vado que le comia todo y le pegaba; se ha lle- «vado á su lado á su hija mayor, y tiene una tien- «decita de pasamaneria donde vende lo que fabri- «ca con sus hijos; su comercio prospera. No hay «personas mas felices, y esto, gracias á quien? «gracias á vos, monseñor, gracias á la señora mar- «quesa, que tambien sabeis dar, y tan á tiempo.

«A este propósito, Germain os escribirá como «de ordinario, monseñor, al fin del mes, atento al «*Banco de los Trabajadores sin obra, y de Prés- «tamos gratuitos.*

«Todos os bendicen, y hay por otra parte una «famosa trompeta para repetir que se os debe ben- «decir; esta trompeta es Mad. Pipelet, que repi- «te á todo el mundo que no hay otro, *sino su «rey de los inquilinos* (dispensad, Mr. Rodolfo, «ella os llama siempre asi), que pueda haber he- «cho esta obra caritativa, y su querido viejo es «siempre de su parecer. Para concluir con vues- «tra familia de reconocidos, monseñor, añadiré que

«Germain ha leído en los periódicos que el llamado Martial, un colono de Algeria, habia sido «citado con grandes elogios por el valor que «mostró rechazando á la cabeza de sus trabaja- «dores un ataque de árabes beduinos, y que su «muger, tan intrépida como él, habia sido heri- «da levemente á su lado, donde tiraba con su «fusil como un verdadero granadero. Desde enton- «ces, se dice en el periódico, la han bautizado «con el nombre de *Mad. Carabina.*»

«Os escribo desde la hacienda de Bouqueval «donde estamos desde la primavera con nuestra «buena madre. Y á propósito de hacienda, Mr. «Rodolfo, vos que sabeis sin duda donde está la «buena Guillabaora, si teneis ocasion, decidle que «nos acordamos siempre de ella como de lo mas «amable y mejor del mundo, y que, en cuanto á «mí, no pienso nunca en nuestra felicidad sin «decirme: pues Mr. Rodolfo era tambien el Mr. «Rodolfo de la querida Flor-celestial, gracias á él «debe ella ser feliz como nosotros, y esto me ha- «ce que mi felicidad me parezca mejor.

«No os negareis á nuestra súplica, no es así, «monseñor? Si dais un nombre á mi hija, me parece «que esto la hará feliz, que será como su buena «estrella; mirad, Mr. Rodolfo, algunas veces yo «y mi buen Germain, casi nos felicitamos por «haber sabido las penas, porque conocemos doble- «mente cuan feliz será nuestra hija en no saber «lo que es la miseria porque hemos pasado.

«Adios, monseñor, creed que cuando nuestra «hija comience á deletrear la primera palabra que «leerá será vuestro nombre, Mr. Rodolfo; y luego «despues, las que hicisteis escribir sobre mi regalo «de boda:

«Trabajo y sabiduria.—Honor y felidad.

«Perdonad, monseñor, si concluyo con gruesas lágrimas... pero buenas... Escuchadme, si lo teneis á bien no es culpa mia... pero no veo ya muy claro y hago garabatos...

«Tengo el honor, monseñor, de saludaros con tanto respeto como reconocimiento.

Rigolette, esposa Germain.

«**POSDATA.**—Ah! Dios mio, monseñor, al leer mi carta, he advertido que he puesto muchas veces Mr. Rodolfo. Me perdonareis no es así? «Bien sabeis que bajo un nombre ó bajo otro, os respetamos y os bendecimos lo mismo, monseñor.»



CAPITULO V.



LOS RECUERDOS.

QUERIDA Rigolette! dijo Clemencia enterrecida con la lectura que acababa de hacer Rodolfo.—Esta carta ingenua está llena de sensibilidad.

—Sin duda, repuso Rodolfo, no se podía colocar mejor un beneficio. Nuestra protegida está dotada de un excelente natural; es un corazón de oro, y nuestra querida hija la aprecia como nosotros, añadió dirigiéndose á su hija.

Luego, llamándole la atención su palidez y su abatimiento, exclamó:

—Pero que tienes?

—Ay!... que doloroso contraste entre mi posición y la de Rigolette... *Trabajo y sabiduría... honor y felicidad*, estas cuatro palabras dicen todo lo que ha sido... todo lo que debe ser su vida... Joven, laboriosa y entendida, esposa amada, madre feliz, mujer honrada... tal es su destino!... mientras que yo...

—Gran Dios!... que dices?

—Perdonadme... mi buen padre, no me acuséis de ingratitud... pero á pesar de vuestro ine-

fable cariño, á pesar del de mi segunda madre, á pesar de los respetos y de los esplendores que me rodean.... á pesar de vuestro poder soberano, mi deshonra es incurable.... Nada puede destruir lo pasado... Lo repito, perdonadme, padre mio... os lo he ocultado hasta el presente...pero la memoria de mi degradacion primera me desespera y me mata...

— Clemencia, lo ois!... exclamó Rodolfo con desesperacion.

—Pero, hija desgraciada... dijo Clemencia tomando afectuosamente la mano de Flor-celestial entre las suyas, nuestro cariño, el afecto de los que os rodean, y que vos mereceis, todo no es prueba que ese pasado no debē ser mas que un sueño vano y malo?

—Ob! fatalidad... fatalidad! repuso Rodolfo.— Ahora maldigo mis temores, mi silencio; esta funesta idea, arraigada desde largo tiempo en mi ánimo, ha hecho en él sin saberlo horribles destrozos, y es demasiado tarde para combatir este deplorable error... Ah! soy muy desgraciado!

Al oir esto, Clemencia dijo á Rodolfo:

—Animo, amigo mio, ahora poco deciais que valia mas conocer al enemigo que nos amenaza... Sabemos ya la causa de la tristeza de vuestra hija, triunfaremos de ella, porque tendremos de nuestra parte la razon, la justicia y nuestro cariño.

—Y luego en fin, porque verá que su afliccion, si fuese incurable, haria tambien incurable la nuestra, repuso Rodolfo; porque en verdad seria desesperar á toda justicia humana y divina, si esta desgraciada no hubiese hecho mas que cambiar de tormentos.

Despues de un largo silencio durante el cual

Flor-celestial pareció recogerse, tomó con un mano la de Rodolfo, con la otra la de Clemencia, y les dijo con voz profundamente alterada:

—Escuchadme, mi buen padre, y vos también, mi tierna madre... este día es solemne... Dios ha querido, y yo le doy gracia por ello, que me fuese imposible ocultaros ya lo que siento... Antes de poco por otra parte os hubiera hecho la declaración que vais á oír, porque todo padecimiento tiene su término... y por oculto que estubiese el mio, no hubiera podido callaroslo mas largo tiempo.

—Ah! lo comprendo todo, exclamó Rodolfo, no hay esperanza para ella.

—Espero en el porvenir, padre mio; y esta esperanza me da fuerza para hablaros así.

—Y qué puedes tú esperar del porvenir... pobre hija, pues tu suerte presente no te causa mas que penas y amargura?

—Voy á deciroslo... pero antes permitidme que os recuerde lo pasado... que os declare delante de Dios que me oye lo que he sentido hasta aquí.

—Habla... habla, te escuchamos, dijo Rodolfo sentándose con Clemencia junto á Flor-celestial.

—Mientras estuve en Paris... al lado vuestro, dijo Flor-celestial, fui tan feliz, oh! tan completamente feliz, que aquellos bellos días no serian pagados con años de padecimientos... Lo veis... á lo menos he conocido la felicidad.

—Durante algunos días quizá...

—Si: pero que felicidad pura y sin mezcla! Me rodeabais, como siempre, de los cuidados mas tiernos!... Me entregaba sin temor á los impulsos de reconocimiento y de afecto que á cada instante arrebatában mi corazón hácia vos... El porvenir me alucinaba: un padre que adorar, una segunda

madre que querer doblemente, porque debía reemplazar á la mía... que nunca conocí... Y luego... debo declararlo todo... mi orgullo se exaltaba á pesar mio, tan honrada estaba con perteneceros. Cuando el corto número de personas de vuestra casa, que, en Paris, tenían ocasion de hablarme, me llamaban *alteza*... no podia menos de envanecerme con este título. Si entonces pensaba algunas veces vagamente en lo pasado, era para decirme: Yo en otro tiempo tan envilecida, soy la hija querida de un príncipe soberano que todos bendicen y acatan; yo en otro tiempo tan miserable, gozo de todos los esplendores del lujo y de una existencia casi propia de un rey! Ay! que quereis, padre, mi fortuna era tan imprevista... vuestro poder me rodeaba con un brillo tan espléndido, que era quizá inescusable en dejarme cegar así.

—Escusable!... nada mas natural, pobre ángel amado. Que tenia de malo envanecerte con una clase que era la tuya? gozar las ventajas de la posicion que yo te habia dado? Tambien en aquel tiempo, me acuerdo, estabas muy alegre; que de veces te ví caer en mis brazos como abrumada por la felicidad, y decirme con un acento encantador estas palabras que, ay! no debo oír mas: *Padre mio... esta es mucha... mucha felicidad!...* Por desgracia estos son recuerdos... bien lo ves, que me han embelezado en una seguridad engañosa; y mas adelante no me he inquietado por las causas de tu melancolía.

—Pero, decidnos pues, hija mia, repuso Clemencia, qué es lo que ha podido cambiar en tristeza aquella alegría tan pura, tan legitima que espermentabais en un principio?

—Ay! una circunstancia muy funesta y muy imprevista...

—¿Qué circunstancia?

—Os acordais, padre mio.... dijo Flor-celestial, no pudiendo vencer un estremecimiento de horror, os acordais de la terrible escena que precedió á nuestra salida de Paris, cuando nuestro coche fué detenido cerca de la barrera?

—Sí... respondió tristemente Rodolfo.—Valiente Choro... despues de haberme otra vez salvado la vida, murió.... allí... delante de nosotros... diciendo: «El cielo es justo.. yo he matado, me matan....»

—Pues bien... padre mio... en el momento en que aquel desgraciado espiraba, sabeis á quien ví?... mirarme fijamente?... Oh! aquella mirada... aquélla mirada... me ha perseguido siempre despues, añadió Flor-celestial temblando.

—Que mirada? de quien hablas? dijo Rodolfo.

—De la *tía Quica del Conejo-blanco*, mormuró Flor-celestial.

—Aquel monstruo! tú la has vuelto á ver? y en donde?

—No la visteis en la taberna donde murió el Choro? estaba allí entre las mugeres que lo rodeaban.

—Ah! ahora, dijo Rodolfo con abatimiento, comprendo... Ya herida de terror por el asesinato del Choro, creerías ver algo de providencial en aquel horroroso encuentro!!

—Es muy cierto que al ver á la tía Quica sentí un frio mortal, me pareció que bajo su mirada, mi corazon, hasta entonces radiante en felicidad y esperanza, se helaba de repente. Sí, encontrar á aquella muger en el momento mismo en que el Choro moria diciendo: *El cielo es justo!*.... me pareció una reprobacion providencial de mi orgulloso olvido de lo pasado, que debia es-

piar á fuerza de humillacion y de arrepentimiento.

—Pero lo pasado se te impuso, tu no puedes responder de ello delante de Dios!

—Fuisteis obligada... embriagada... hija desgraciada.

—Una vez precipitada á pesar tuyo en aquel abismo, no podiais ya salir de él, no obstante tus remordimientos, tu espanto y tu desesperacion, gracias á la atroz indiferencia de la sociedad de que eras victima... Te veias para siempre encadenada en aquella caverna; fué menester, para sacarte de allí, la casualidad que te puso en buen camino.

—Y luego en fin, hija mia, vuestro padre os lo dice, érais victima y no cómplice de aquella infamia... dijo Clemencia.

—Pero aquella infamia.... la sufrí.... madre mia... replicó dolorosamente Flor-celestial.—Nada puede destruir estos horribles recuerdos... Me persiguen sin cesar, no ya como en otro tiempo en medio de los pacíficos habitantes de una hacienda ó de mugeres degradadas, mis compañeras de San Lázaro... sino que me persiguen hasta este palacio... poblado de lo selecto de Alemania. Me persiguen en fin hasta en los brazos de mi padre, hasta en las gradas del trono.

Y Flor-celestial se deshizo en lágrimas.

Rodolfo y Clemencia quedaron mudos ante esta espantosa expresion de un remordimiento invencible; lloraban tambien porque sentian lo impotente de sus consuelos.

—Desde entonces, prosiguió Flor-celestial enjugandose las lágrimas, á cada instante del dia; me dijo con un rubor amargo: se me honra se me respeta, las personas mas eminentes, las mas venerables me colman de respetos, á los ojos de

toda una cõrte, la hermana de un emperador se ha dignado volverme á poner las perlas en mi frente... y he vivido en el fango de la ciudad, tuteada por ladrones y asesinos... Oh! padre mio, perdonadme; pero mientras mas se ha elevado mi posicion... mas me ha impresionado la degradacion profunda en que habia caido; á cada homenaje que se me rinde, me siento culpable de una profanacion; bien lo sabeis, Dios mio. Despues de haber sido *lo que he sido*... sufrir que ancianos se inclinen delante de mí... sufrir que jóvenes, que mugeres justamente respetadas, se crean aduladas con rodearme... sufrir en fin que princesas, augustas por la edad y por su caracter, me colmen de atenciones y de elogios... esto no es impio y sacrilego! Y luego si supieseis, padre mio... lo que he sufrido... lo que sufro aun cada dia diciendome: si Dios quisiese que lo pasado se supiese... con que desprecio merecido se trataria á la que ahora se eleva tan alto... Que justo y espantoso castigo.

—Pero, hija desgraciada... mi muger y yo conocemos lo pasado... somos dignos de nuestra clase, y sin embargo te queremos... te adoramos.

—Teneis respecto á mí el ciego cariño de un padre y de una madre...

—Y todo el bien que has hecho desde que estás aqui? y ese establecimiento bello y santo, ese asilo abierto por tí á las hùerfanas y á las pobres jóvenes abandonadas, esos cuidados admirables de inteligencia y de rendimiento con que las atiendes? Tu empeño en llamarlas *tus hermanas*, en querer que te llamen así, pues en efecto las tratas como hermanas?... No es esto nada, pues para la redencion de faltas que no fueron tuyas!... En fin el afecto que te muestra la abadesa de

Santa Hermengilda, que no te conocia hasta que viniste aquí, no lo debes absolutamente á la elevacion de tu talento, á la belleza de tu alma, á tu piedad sincera?

—En tanto que las alabanzas de la abadesa de santa Hermengilda no se dirigen sino á mi conducta presente, gozo de ellos sin escrúpulos; pero cuando me pone por ejemplo á las señoritas nobles que están de religiosas en la abadia, pero cuando estas ven en mí un modelo de todas las virtudes, me muero de confusion, como si fuese cómplice de una mentira indigna.

Despues de un largo silencio, Rodolfo repuso con un abatimiento doloroso:

—Lo veo, es menester perder la esperanza de persuadirte; los razonamientos son impotentes contra una conviccion tanto mas inmutable quanto que tiene su origen en un sentimiento generoso y elevado, pues á cada instante echas una mirada sobre lo pasado.... El contraste de estos recuerdos y de tu posicion presente debe ser en efecto para tí un suplicio continuo.... Perdon, pues, pobre hija!

—Vos, padre.... pedirme perdon!... y de qué, gran Dios?

—De no haber previsto tus susceptibilidades... Segun la excesiva delicadeza de tu corazon deberia haberlas penetrado.... Y sin embargo.... que podia yo hacer?.... Era deber mio reconocerte solemnemente por hija mia... entonces estos respetos cuyo homenaje te es tan doloroso, debian necesariamente rodearte. Sí, pero yo he tenido la culpa... he estado, como ves, muy envanecido contigo.... he querido gozar del encanto que tu belleza, que tu talento, que tu carácter inspiraban á todos los que te se acercaban.... Hubiera

debido ocultar mi tesoro... vivir casi en el retiro con Clemencia y contigo... renunciar á las fiestas, á las recepciones numerosas en que me gustaba tanto verte brillar... creyendo neciamente elevarte tan alto... tan alto... que lo pasado desapareciera enteramente á tus ojos. Pero, ay! ha sucedido lo contrario... y, como me has dicho, mientras mas te has elevado, mas sombrío y profundo te ha parecido el abismo de que te he sacado... Lo repito, es culpa mia... Crei sin embargo obrar bien! dijo Rodolfo enjugandose las lágrimas, pero me engañé!... Y luego, me crei perdonado demasiado pronto... la venganza de Dios no está satisfecha... me persigue todavia en la felicidad de mi hija!...

Algunos golpes dados discretamente á la puerta del salon que precedia al oratorio de Flor-cestia interrumpieron esta triste conversacion.

Rodolfo se levantó y entreabrió la puerta.

Vió á Murph, que le dijo.

—Pido perdon á V. A. R. de venir á distraerlo; pero un correo del principe de Herkausen-Oldenzaal acaba de traer esta carta que, dice es muy importante y debe ser inmediatamente entregada á V. A. R.

—Gracias, mi buen Murph... No te vayas muy lejos, dijo Rodolfo suspirando, dentro de poco necesitaré hablar contigo.

Y el principe, habiendo cerrado la puerta quedó un momento en el salon para leer la carta que Murph acababa de entregarle.

Estaba concebida en estos términos:

„Monsieur,

„Puedo esperar que los vinculos de parentesco que me unen á V. A. R. y que la amistad con que siempre me ha honrado, escusarán un paso

“que seria muy temerario si no me fuese impues-
 “to por una conciencia de hombre honrado?

“Hace quince meses, monseñor, que volvisteis
 “de Francia, trayendo con vos una hija tanto
 “mas querida, cuanto que la habeis creido per-
 “dida para siempre, mientras que por el contrario
 “ella nunca se habia separado de su madre, con
 “la cual os casasteis en Paris *in extremis* á fin
 “de legitimar el nacimiento de la princesa Ame-
 “lia, que así es igual á las demas Altezas de la
 “confederacion germánica.

“Su nacimiento es pues soberano, su belleza
 “incomparable, su corazon tan digno de su na-
 “cimiento como su talento digno de su belleza,
 “como me lo ha escrito mi hermana la abadesa
 “de santa Hermengilda que tiene á menudo el
 “honor de ver á la muy amada hija de V. A. R.

“Ahora monseñor, entro francamente en el a-
 “sunto de esta carta, pues desgraciadamente una
 “enfermedad grave me detiene en Oldenzaal y me
 “impide ir en persona á ver á V. A. R.

“Durante el tiempo que mi hijo ha pasado en
 “Gerolstein, ha visto casi diariamente á la prin-
 “cesa Amelia... la ama perdidamente... pero siem-
 “pre le ha ocultado este amor.

“He creido de mi deber, monseñor, instruiros
 “de ello. Os dignasteis acoger paternalmente á mi
 “hijo y empeñarlo á volver al seno de vuestra fa-
 “milia á vivir con aquella intimidad que le era
 “tan preciosa... faltaria indignamente á la providad
 “ocultando á V. A. R. una circunstancia que de-
 “be modificar la acogida que se reserva á mi hijo.

“Se que seria una insensatez atrevernos á espe-
 “rar uniros aun mas estrechamente con la fa-
 “milia de V. A. R.

“Sé que la hija de que teneis tanto derecho

“para envaneceros, debe aspirar á destinoſ ele-
“vados.

“Pero sé tambien que sois el mas tierno, de
“los padres, y que, si llegaseis á juzgar, que mi
“hijo era digno de perteneceros y de hacer la fe-
“licidad de la princesa Amelia, no os detendrian
“las graves desproporciones que hacen que noso-
“tros tengamos por inesperada semejante fortuna.

“No me toca hacer el elogio de Enrique, mon-
“señor; apelo á la proteccion y á las alabanzas
“que os habeis dignado acordarle muchas veces.

“No me atrevo, ni puedo deciros mas, mon-
“señor, mi conmozion es muy profunda.

“Sea la que fuere vuestra determinacion, po-
“deis creer que nos someterémos á ella con res-
“peto, y que siempre seré fiel á los afectuosos
“sentimientos con que tengo el honor de ser.

“De V. A. R.

Rendido y obediente servidor,

GUSTAVO PAUL,

príncipe de Herkausen-Oldenzaal.



CAPITULO VI.

==
DECLARACIONES.

DESPUES de la lectura de la carta del principe, padre de Enrique, Rodolfo permaneció algun tiempo triste y pensativo: luego alumbrando su cara un rayo de esperanza, volvi6 al lado de su hija, á quien Clemencia prodigaba en vano los mas tiernos consuelos.

—Hija mia, tú misma lo has dicho; Dios ha querido que este dia fuese el de las esplicaciones solemnes, dijo Rodolfo á Flor-celestial; no preveia yo que una nueva y grave circunstancia debiese justificar aun mas tus palabras.

—De que se trata, padre mio?

---Amigo mio, que es lo que hay?

---Nuevos motivos de temor.

---Para quien, padre?

---Para ti...

---Para mí?

---No nos has declarado mas que la mitad de tus penas... pobre hija.

---Tened la bondad .. de esplicaros... dijo Flor-celestial poniendose encarnada.

---Ahora lo puedo; no lo he podido hacer mas

pronto, ignorando que desesperabas hasta este punto de tu suerte. Escucha, querida hija mia, tu te tienes, ó antes bien eres muy desgraciada.... Cuando al principio de nuestra conversacion.... me hablaste de las esperanzas que te quedaban... comprendí... mi corazon se destrozó... que se trataba de perderte yo para siempre... de verte encerrar en un claustro... de verte bajar viva á un sepulcro. Queriais entrar en el convento?

---Padre....

---Hija mia, es verdad?

---Sí... si me lo permitis... respondió Flor-celestial con vos ahogada.

---Dejarnos!... exclamó Clemencia.

---La abadia de Santa Hermengilda está tan cerca de Gerolstein, os veria á menudo, á vos y á mi padre ..

---Pensad que semejantes votos son eternos, querida hija... No teneis diez y ocho años.... y quizá.... algun dia....

---Oh! nunca me arrepentiré de la resolucion que tome... no hallaré descanso y olvido sino en la soledad de un claustro, si con todo eso mi padre, y vos, mi segunda madre, me continuais vuestro afecto.

---Los deberes, los consuelos de la vida religiosa podrán, en efecto, dijo Rodolfo, si no curar, á lo meaos calinar los dolores de tu pobre alma abatida y destrozada... Y aunque se trata la mitad de la felicidad de mi vida, puede que apruebe tu resolucion.... Sé lo que padeces, y no digo que el renunciar el mundo no deba ser el término fatalmente lógico de tu triste existencia....

---Que! vos tambien, Rodolfo! exclamó Clemencia.

---Permitidme, amiga mia, que espese todo mi pensamiento, replicó Rodolfo. Luego, dirigiéndose á su hija---Pero antes de tomar esta estrema determinacion, es menester examinar si habria otro porvenir mejor segun tus deseos y los nuestros. En este caso, ningun sacrificio me seria costoso para asegurar ese porvenir....

Flor-celestial y Clemencia hicieron un ademán de sorpresa. Rodolfo prosiguió mirando fijamente á su hija:

---Que piensas tú... de tu primo el principe Enrique?

Flor-celestial se estremeció y se puso colorada.

Despues de titubear un momento, se arrojó á los brazos de su padre llorando.

---Le amas, pobre niña?

---Nunca me lo habeis preguntado! respondió Flor-celestial enjugandose las lágrimas.

---Amigo mio... no nos habiamos engañado... dijo Clemencia.

Luego lo amas... añadió Rodolfo tomando las manos de su hija entre las suyas; luego lo amas querida hija mia?

---Oh! si supieseis, repuso Flor-celestial, lo que me ha costado ocultaros este sentimiento desde que lo descubrí en mi corazon. Ay! á la menor pregunta que me hubierais hecho, todo os lo hubiera confesado... pero la vergüenza me contenia, y me hubiera contenido siempre.

---Y crees tú que Enrique... conozca el amor que tu le tienes? dijo Rodolfo.

---Gran Dios! no lo pienso! esclamo Flor-celestial con espanto.

---Y él... crees tu que te ama?

---No, padre mio.... no... Oh! creo que no... padeceria él mucho.

---Y como nació este amor, ángel querido mio?

---Ay! casi sin saberlo yo... Os acordais de un retrato de page?

---Que se hallaba en la habitacion de la abadesa de Santa Hermengilda... era el retrato de Enrique.

---Si... Creyendo que aquella pintura era de otra época, un dia, en presencia vuestra, no oculté á la superiora que me habia llamado la atencion la velleza de aquel retrato. Me dijisteis entonces, chanceando, que aquel cuadro representaba á un pariente nuestro de otro tiempo, que desde muy jóven, habia mostrado gran valor y excelentes prendas... La gracia de aquella cara, unida á lo que me dijisteis de noble caracter de aquel pariente, aumentó mas mi primera impresion... desde aquel dia, muchas veces me complacia en recordarme el retrato, y esto sin el menor escrúpulo, creyendo que se trataba de un primo nuestro, muerto mucho tiempo habia.... Poco á poco me habitué á estos dulces pensamientos... sabiendo que no me era permitido amar sobre esta tierra... añadió Flor-celestial con una espression dolorosa, y dejando de nuevo correr sus lágrimas.--Con estas ideas estravagantes me formé una especie de interes melancólico, mitad risa y mitad lágrimas; miraba al lindo page de los tiempos pasados como á un novio de otra tumba.... que encontraria yo quizá algun dia en la eternidad; me parecia que semejante amor era solo digno de un corazon que os pertenecia todo entero... Pero perdonadme estas tristes niñerías.

Clemencia, profundamente conmovida, dijo.

—Nada, por el contrario, es mas interesante, pobre niña.

—Ahora, repuso Rodolfo, comprendo porque me

reconveniste un día, con aire triste, de haberte engañado acerca de aquel retrato.

—Ay sí! padre mio; Juzgad cual seria mi confusion cuando mas tarde la superiora me dijo que aquel retrato era de su sobrino, un pariente nuestro... Entonces fué estremada mi turbacion; traté de olvidar mis impresiones: pero mientras mas lo procuraba, mas se arraigaban estas en mi corazon, por consecuencia de la perseverancia de mis esfuerzos... Tambien por desgracia, muchas veces os escuchaba elogiar el valor, el talento, el caracter del principe Enrique...

---Lo amabas ya, querida hija mia, entonces que no habias visto mas que su retrato y oido hablar de sus raras prendas.

---Sin amarlo, padre mio, sentia por él un atractivo que me reprendia yo amargamente, pero me consolaba al pensar que nadie en el mundo sabria este triste secreto, que me cubria de vergüenza á mis propios ojos. Osar amar...yo...yo... y, luego no contentarme con vuestro cariño, con el de mi segunda madre! No os debia lo bastante para emplear todas las fuerzas, todos los recursos de mi corazon en quereros á los dos? Oh! creedme, entre mis reconvenciones, estas últimas fueron las mas dolorosas. En fin, por primera vez, ví á mi primo... en la grande fiesta que disteis á la archiduquesa Sofia, el principe Enrique se parecia de una manera tan sorprendente á su retrato, que lo conocí al instante... Aquella misma noche me presentasteis á mi primo, autorizando entre nosotros la intimidad que permite el parentesco...

---Y pronto os amasteis?

---Ah! padre mio, manifestaba su respeto, su afecto, su admiracion con tanta elocuencia... vos

mismo me habíais hablado también de él...

---Lo merecía... No tiene el carácter mas elevado no tiene el mejor y mas valeroso corazón?

---Ah! por favor.... padre mio.... no lo alabais así.... Soy ya demasiado desgraciada.

---Y yo quiero convencerte de todas las raras prendas de tu primo... Lo que te digo te admira... lo concibo, hija mia.... continua...

---Conocia yo el peligro que corria viendo al principe Enrique todos los dias, y no podia sustraerme á este peligro. No obstante mi ciega confianza en vos, no me atrevia á manifestaros mis temores... Empleé todo mi valor en ocultar este amor; sin embargo os lo confieso, a pesar de mis remordimientos, muchas veces en aquella fraternal intimidad diaria, olvidando lo pasado, experimentaba rayos de felicidad desconocida hasta entonces.... pero seguidos pronto, ay! de sombrías desesperaciones, desde que caía bajo la influencia de mis tristes recuerdos.... Porque, ay! si me perseguian en medio de los homenajes y de los respetos de personas casi indiferentes, juzgad, juzgad, padre mio, de mis tormentos cuando el principe Enrique me prodigaba las mas delicadas alabanzas.... me rodeaba con una adoracion cándida y religiosa, poniendo, decia él, el afecto fraternal que sentia respecto á mí bajo la santa proteccion de su madre, que habia perdido siendo muy jóven. Al menos el dulce nombre de hermana, que él me daba, procuré merecerle, aconsejando á mi primo acerca de su porvenir segun mis pocas luces, interesándome en todo lo que le tocaba, prometiéndome siempre pedirlo para el nuestro benéfico apoyo... Pero tambien muchas veces, que de tormentos, que de llantos devorados, cuando por casualidad el principe Enrique me

preguntaba acerca de mi infancia, de mi primera juventud... Oh! engañar... siempre engañar... siempre temer... siempre mentir, siempre temblar delante de la mirada del que se ama y se respeta, como el criminal tiembla ante la mirada inexorable del juez!... Oh! era yo culpable, lo sé, no tenia derecho de amar, pero espiaba este triste amor con muchos dolores... Que os diré? la partida del principe Enrique, causándome una nueva y violenta pena... me iluminó; vi que lo amaba aun mas de lo que yo creia... Tambien, añadió Flor-celestial con abatimiento, y como si esta confesion hubiese agotado sus fuerzas; pronto os hubiera hecho esta declaracion... porque este fatal amor ha colmado la medida de lo que padezco... Decid, ahora que lo sabeis todo, decid, padre mio, hay para mi otro porvenir que el del claustro?...

---Hay otro, hija mía... sí... y este porvenir es tan dulce, tan risueño, tan feliz como triste y fatal es el del convento!

---Que decis, padre mio?

---Escuchame tú ahora... sabes muy bien que te amo mucho, que mi cariño es muy perspicaz para que tú amor y el de Enrique se me hubiesen ocultado; al cabo de algunos dias estube cierto de que te amaba... mas quizá todavía que lo que tú le amas...

---No... no... es imposible, no me ama hasta ese punto.

---Te ama, te digo... te ama con pasion, con delirio.

---Oh! Dios mio! Dios mio!

---Escucha mas... Cuando te dije la chanza del retrato, ignoraba que Enrique debía venir á ver á su tia á Gerolstein. Cuando vino, cedi á la in-

clinacion que siempre me habia inspirado, lo invité á que viniese á vernos á menudo.... Hasta entonces lo habia tratado como á un hijo, no cambié nada en mi manera de portarme con él... Al cabo de algunos dias, Clemencia y yo no pudimos dudar de la aficion que os teniais uno á otro... Si tu posicion era dolorosa la mia era tan penosa, y principalmente, en extremo delicada... como padre... sabiendo las raras y escelentes prendas de Enrique, no podia menos de ser muy feliz con vuestra aficion, porque nunca hubiera podido imaginar un esposo mas digno de ti...

---Ab! padre mio... piedad!... piedad.....

---Pero, como hombre de honor, pensaba en el triste pasado de mi hija... Asi, léjos de fomentar las esperanzas de Enrique, en muchas conversaciones le daba consejos absolutamente contrarios á los que hubiera debido esperar de mi, si hubiese yo pensado en concederle tu mano. En conjeturas tan delicadas, como padre y como hombre de honor, debia guardar una neutralidad rigurosa, no fomentar el amor de tu primo, pero tratarlo con la misma afabilidad que anteriormente..... Has sido hasta aquí tan desgraciada, querida hija mia, que viéndote por decirlo asi, despertar bajo la influencia de ese noble y puro amor, por nada en el mundo... hubiera querido arrebatarte sus contentos divinos y raros... Admitiendo aun que ese amor debiese romperse mas adelante... hubieras al menos conocido algunos dias de inocente felicidad. Y luego en fin... ese amor podria asegurar tu reposo para lo sucesivo...

---Mi reposo?

---Escucha todavia... El padre de Enrique, el principe Pablo, acaba de escribirme; he aquí su

carta... Aunque mira esta alianza como un favor inesperado... me pide tu mano para su hijo, el cual, me dice experimenta por ti el amor mas respetuoso y mas apasionado.

Flor-celestial dijo, tapándose la cara con las manos:

---Oh! Dios mio! Dios mio! habré podido ser tan feliz.

---Animo, hija mia! Si quieres, esta felicidad es tuya, exclamó cariñosamente Rodolfo.

---Oh! nunca!... nunca!... olvidais...

---No olvido nada... Pero si entras mañana en el convento, no solamente te pierdo para siempre... sino que me dejas por una vida de lágrimas y de austeridad... Pues bien perderte... por perderte, que al menos sepa que eres feliz y estás casada con el que tú amas... y que te adora.

---Casada con él... yo, padre mio!...

---Sí... pero con la condición que, inmediatamente despues de vuestro casamiento, contraído aquí, de noche, sin mas testigos que Murph por tí, y el baron de Graün por Enrique, partireis los dos para ir á un tranquilo retiro de Suiza ó de Italia á vivir desconocidos, como ricos de la clase media. Ahora, querida hija, sabes por qué me conformo á alejarme de tí? sabes por qué deseo que Enrique deje su título ya fuera de Alemania? Porque estoy seguro que enmedio de una felicidad solitaria, concentrada en una existencia despojada de todo fausto, poco á poco olvidarás ese odioso pasado, que te es principalmente pesado, porque contrasta amargamente con los ceremoniosos homenajes que te se prestan á cada instante.

---Rodolfo tiene razon, dijo Clemencia. Solo con Enrique, continuamente feliz con su dicha y

con la vuestra, no os quedará tiempo de pensar en vuestras penas antiguas, hija mia.

---Luego, como me será imposible estar mucho tiempo sin verte, todos los años iremos Clemencia y yo á visitaros.

---Y un dia... cuando la herida de que tanto padeceis, estuviere cicatrizada... cuando hubiereis hallado alivio en la felicidad... y este momento llegará mas pronto de lo que pensais... volveréis á nuestro lado para no dejarnos nunca!

---El olvido..... en la felicidad?..... murmuró Flor-celestial, que á pesar suyo se dejaba embaucar con este sueño encantador.

---Si.... sí, hija mia, repuso Clemencia, cuando á cada instante del dia os viereis bendecida, respetada, adorada por el esposo elegido por vos por el hombre cuyo corazon noble y generoso ha alabado mil veces nuestro padre.... tendreis lugar de pensar en lo pasado? como os ha de impedir este creer en la radiosa felicidad de vuestro marido.

---En efecto es verdad... porque dime, hija mia, prosiguió Rodolfo que apenas podia contener las lágrimas de alegría viendo á su hija conmovida, al ver la idolatria de tu marido respecto á ti.... cuando tuvieres la conciencia y la prueba de la felicidad que te debe.... que reconvencciones podrás hacerte?

—Padre mio... dijo Flor-celestial, olvidando lo pasado con esa esperanza inefable, tanta felicidad me estaria aun reservada!

—Ah! estaba bien seguro de ello! exclamó Rodolfo en un arrebató de alegría triunfante, ademas un padre aunque lo quiera... no puede hacer feliz á su hija adorada...

—Merece ella tanto... que debiamos ser oidos

amigo mio, dijo Clemencia participando del enagenamiento del principe.

—Casarme con Enrique... y un día... pasar mi vida entre él... mi segunda madre... y mi padre... repitió Flor-celestial, sufriendo cada vez mas la dulce embriaguez de estos pensamientos.

—Sí, ángel mio querido, todos seremos felices.... Voy á responder al padre de Enrique que consiento en el casamiento, dijo Rodolfo estrechando á Flor-celestial en sus brazos con una emoción indecible. Tranquilízate, nuestra separación será pasajera... los nuevos deberes que el matrimonio va á imponerte afirmarán mas tus pasos en el camino del olvido y de la felicidad en que vas á marchar en lo sucesivo... porque en fin, si un día eres madre, será menester que seas feliz no solo para tí...

—Ah... exclamó Flor-celestial con un grito despedazante, porque la palabra *madre* la despertó del sueño encantador que la ocupaba, madre... yo?... Oh! nunca!... soy indigna de ese santo nombre. Moriria de vergüenza á la vista de mi hija... ya que no lo hubiese verificado delante de su padre.. haciendole una declaracion de lo pasado...

—Que dice, Dios mio! exclamó Rodolfo, aterrado con tan repentino cambio...

—Yo, madre? repuso Flor-celestial con una amargura desesperada, yo respetada, yo bendecida por un niño inocente y cándido! Yo en otro tiempo objeto del desprecio de todos! yo profanar así el nombre sagrado de madre... oh! nunca... Que despreciable necia era yo en dejarme arrastrar á una esperanza indigna!...

---Hija mía, por compasión, escúchame.

Flor-celestial se levantó erguida, pálida y bella

con la magestad de un desgraciado incurable.

---Padre mio... olvidamos que antes de desposarme... el principe Enrique debe saber mi vida pasada.

---No lo he olvidado, dijo Rodolfo; debe saberlo todo... lo sabrá ..

---Y no quereis que muera... por verme asi degradada á sus ojos?

---Pero tambien sabrá que una irresistible fatalidad se lanzó en el abismo... pero sabrá tu rehabilitacion.

---Y conocera en fin, repuso Clemencia estrechando á Flor-celestial en sus brazos, que cuando os llamo *mi hija*... podrá sin afrenta llamaros *su muger*...

---Y yo .. madre mia... amo mucho... estimo mucho al principe Enrique para darle una mano que ha sido tocada por los bandidos de la ciudad...

Poco tiempo despues de esta escena dolorosa, se leia en la *gaceta oficial de Gerolstein*:

«Ayer se verificó, en la abadia gran ducal de «santa Hermengilda, en presencia de S. A. R. «el gran duque reinante y de toda la córte, la «toma de hábito de la muy alta y muy poderosa «princesa S. A. Amelia de Gerolstein.

«La recibió en noviciado el ilustrisimo y reverendisimo señor monseñor Carlos Máximo, arzobispo-duque de Oppenheim; monseñor Annibal Andres Montano, de los principes de Dolfos, obispo de Fez, *in partibus infidelium* y nuncio apostólico, celebró los oficios y dió la BENDICION «PAPAL.

«Predicó el sermon el reverendisimo señor Pedro de Asferd, canónigo del cabildo de Colonia, «conde del Santo imperio romano.»

«VENI CREATOR OPTIME.»

CAPITULO VII.



LA PROFESION.

RODOLFO ▲ CLEMENCIA.

Gerolstein, 12 de Enero de 1842. (1)

TRANQUILIZANDOME hoy completamente acerca de la salud de vuestro padre, amiga mia, me haceis esperar que antes del fin de esta semana podreis traerlo aqui. Le previne que en la residencia de Rosenfeld, situada enmedio de los bosques, estaria espuesto, no obstante todas las precauciones posibles, al crudo rigor de nuestros frios; por desgracia, su pasion a la caza ha hecho inútiles nuestros consejos. Os lo suplico encarecidamente, Clemencia, así que vuestro padre pueda soportar el movimiento del coche, partid al instante, dejad ese pais silvestre y esa silvestre morada, habitable tan solo para aquellos viejos her-

(1) Han pasado cerca de seis meses desde que Florencia entró de novicia en el convento de Santa Hermengilda.

manos con cuerpos de hierro, cuya casta ha desaparecido.

Temo que caigais tambien enferma; las fatigas de ese viage precipitado, las inquietudes que habeis tenido hasta llegar al lado de vuestro padre, todas estas causas han debido obrar cruelmente en vos. Que no hubiese podido yo acompañaros.

Clemencia, os lo suplico, nada de imprudencia; sé cuan valerosa y servicial sois.... sé con que esmero vais á asistir á vuestro padre; pero él se desesperaria como yo, si vuestra salud se alterase en este viage. Deploro doblemente la enfermedad del conde, porque os aleja de mí en un momento en que hubiera hallado muchos consuelos en vuestro cariño....

La ceremonia de la *profesion* de nuestra pobre hija está fijada para mañana..... para mañana 13 de Enero, época fatal.... El TRECE DE ENERO es cuando saqué la espada contra mi padre...

Ah! amiga mia... me creí perdonado muy pronto... La embriagante esperanza de pasar mi vida al lado vuestro y al lado de mi hija me hizo olvidar que no era yo, sino *ella* quien habia sido castigado hasta el presente, y que mi castigo no habia aun llegado.

Llegó... cuando ahora seis meses la desgraciada nos descubrió el doble tormento de su corazón: «su incurable vergüenza de lo pasado... unida á su «desgraciado amor con Enrique»...

Estos dos amargos y ardientes resentimientos, exaltados el uno por el otro, debian por una lógica fatal producir su inmutable resolucion de tomar el velo. Lo sabeis, amiga mia, combatiendo este designio con todas las fuerzas de nuestra adoracion hácia ella, no pudimos disimularnos que su digna y valerosa conducta hubiera sido la nues-

tra... Que responder á estas terribles palabras:

«Amo demasiado al príncipe Enrique para darle una mano tocada por los bandidos de la ciudad».....

Debió sacrificarse á sus nobles escrúpulos, á la memoria indeleble de su afrenta; ha obrado valerosamente... ha renunciado á los esplendores del mundo, ha descendido de las gradas de un trono para arrodillarse, vestida de sayal, sobre las lozas de una iglesia; ha cruzado sus manos sobre su pecho, bajando su cabeza angelical... y sus hermosos cabellos rubios, que tanto amaba yo y que conservo como un tesoro... cayeron cortados por el hierro.....

Oh! amiga mía, sabeis nuestra cruel conmocion en aquel momento lúgubre y solemne; aquella conmocion es, á estas horas, tan punzante como en lo pasado. Escribiendocs estas palabras, lloro como un niño.

.....
La he visto esta mañana: aunque me pareció menos pálida que habitualmente, y ella dice que no padece... su salud me inquieta mortalmente. Ay! cuando debajo del velo y de la toca que rodean su noble cara, veo sus flacas facciones que tienen la blancura fria del mármol, y que hacen que sus grandes ojos azules parezcan aun mayores, no puedo dejar de pensar en el dulce y puro brillo con que resplandecia su belleza cuando nos casamos. Nunca, es verdad, la hemos visto mas encantadora. Nuestra felicidad parecia relumbrar sobre su delicioso semblante.

Como os decia, la he visto esta mañana; no está prevenida de que la princesa Juliana hace voluntariamente dimision á favor suyo de su dignidad de abadesa: mañana pues, dia de su profesion,

nuestra hija será elegida abadesa, pues estan unánimes las señoritas nobles de la comunidad en conferirle esta dignidad.

Desde que empezó su noviciado, no hay mas que una voz acerca de su piedad, acerca de su religiosa exactitud en cumplir todas las reglas de su orden, cuyas austeridades exagera desgraciadamente... Ha ejercido en el convento la influencia que acostumbra en todas partes, sin aspirar á ello é ignorándolo, lo cual aumenta el poder.

Su conversacion de esta mañana me ha confirmado lo que yo sospechaba; no he hallado en la soledad del claustro y en la práctica de la vida monástica el reposo y el olvido... se felicita sin embargo de su resolucion, que ella considera como el cumplimiento de un deber imperioso; pero no deja de padecer, porque no ha nacido para las contemplaciones místicas, en las cuales ciertas personas, olvidando todas las afecciones, todos los recuerdos terrestres, se pierden en arrobamientos escético.

No, Flor-celestial cree, ora, se somete á la rigurosa y dura observancia de su orden, prodiga los consuelos mas evangélicos, la mas humilde asistencia á las pobres enfermas que son curadas en el hospital de la abadia. Ha reusado hasta la ayuda de una lega para el modesto servicio de aquella triste celda fria y desnuda donde notamos con tan dolorosa admiracion, acordaos, amiga mia, las ramas secas de su *rosarito* colgadas debajo de su Santo-Cristo. En ella en fin el ejemplo querido, el modelo venerado de la comunidad... Ella empero me ha declarado esta mañana, reprendiéndose con amargura esta debilidad, que no está tan distraida con la práctica y con las austeridades de la vida religiosa, que lo pasado no se

le presente sin cesar tal como ha sido... sino como hubiera podido ser.

---«Me acuso de ello, me decia ella con la calma y resignacion que le conoceis, me acuso de ello; pero no puedo dejar de pensar á menudo que si Dios hubiera querido ahorrarme la degradacion que ha ajado para siempre mi porvenir, hubiera podido seguir viviendo á vuestro lado, amada por el esposo elegido por vos. A pesar mio, mi vida se parte entre estas penas dolorosas y los espantosos recuerdos de *la ciudad*; en vano pido á Dios que me libre de estas obsesiones, que llene únicamente mi corazon de su amor piadoso, de sus santas esperanzas, que me acoja en fin toda entera pues quiero entregarme toda á él... No atiende á mis votos... sin duda porque mis preocupaciones terrestres me hacen indigna de entrar en comunion con él.»

---«Pero entonces, dije yo, poseido de un vano resplandor de esperanza, es tiempo todavia, hoy concluye tu noviciado, hasta mañana no se verificará tu profesion solemne; todavia eres libre, renuncia á esta vida tan tosca y tan austera que no te ofrece los consuelos que esperabas; padecer por padecer, ven á sufrir en nuestros brazos, nuestro cariño endulzará tus penas.»

Meneando tristemente la cabeza, me respondió con aquella inflexible exactitud de razonamiento que nos ha llamado tantas veces la atencion:

---«Sin duda, mi buen padre, la soledad del claustro es muy tristes para mí... para mí ya tan habituada á vuestros continuos cariños. Sin duda soy perseguida por amargas penas, por crueles recuerdos, pero al menos tengo la conciencia de cumplir un deber... pero comprendo, pero sé que en todas partes fuera de aquí donde me hallare, me

encontraré siempre en esta condicion tan cruelmente falsa... con que tanto he padecido ya... por mí... y por vos... porque tambien tengo mi vanidad. Vuestra hija será lo que debe ser... hará lo que debe hacer, sufrirá lo que debe sufrir... Mañana sabrán todos de que langal me sacasteis... viéndome arrepentida al pié de la cruz, se me perdonará quizá lo pasado en favor de mi humildad presente... Y no seria así, en verdad, si me viese, como hace algunos meses, brillar en medio de los esplendores de vuestra córte... Por otra parte satisfacer á las justas y severas exigencias del mundo, es satisfacerme á mi misma; así doy gracias y bendigo á Dios con todo el poder de mi alma, al pensar que *él solo* podia ofrecer á vuestra hija un asilo y una posicion digna de ella y de vos... una posicion en fia que no formase un alligante contraste con mi degradacion primera y que pudiese merecerme el solo respeto que me sea debido el que se concede al arrepentimiento y á la humildad sinceras.

Ay! Clemencia... que se responde á esto?...

Fatalida! fatalidad! porque esta desgraciada hija está dotada, si puede decirse, de una inexorable *lógica* en todo lo tocante á las delicadezas del corazon y del honor. Con semejante talento y alma no es menester pensar en paliar, en *trocar* las posiciones falsas, es menester aguantar sus implacables consecuencias...

La dejé, como siempre, con el corazon destrozado.

Sin fundar la menor esperanza sobre esta conferencia, que será la última antes de su *profesion*, me decia yo á mi mismo: Hoy todavia puede renunciar al claustro... Pero, lo veis: amiga mia, su voluntad es irrevocable, y debo, ay! convenir con ella, y repetir sus palabras:

---«Dios solo podía ofrecerle un asilo y una posición dignas de ella y de mí.»

Lo repeto, su resolución es admirablemente conveniente y lógica al punto de vista de la sociedad en que vivimos.... Con la exquisita susceptibilidad de Flor-celestial, no hay para ella otra condición posible. Pero os lo he dicho muchas veces, amiga mía, si deberes sagrados, mas sagrados aun que los de la familia, no me detuviesen en medio de este pueblo que me ama, y de que soy algo de providencia, me hubiera ido con vos, mi hija, Enrique y Murph á vivir feliz y oscuro en a'gun retiro ignorado. Entonces, lejos de las leyes imperiosas de una sociedad impotente para curar los males que ella ha hecho, hubieramos forzado á esta desgraciada hija á ser feliz y á olvidar.... Mientras que aquí, en medio de este brillo, de este ceremonial, por reducido que fuese, era imposible..... Pero lo vuelvo á repetir.... fatalidad!... fatalidad!... no puedo olvidar mi poder sin comprometer la felicidad de este pueblo que cuenta conmigo... Buena y digna gente!.... ignoran lo que me cuesta su felicidad!...

Adios, tiernamente adios, mi querida Clemencia. Me consuela casi veros tan alligida como yo por la suerte de mi hija, porque así puedo decir *nuestra* pena, y no hay egoismo en mi padecimiento.

Algunas veces me pregunto con espanto qué hubiera sido de mí sin vos, en unas circunstancias tan dolorosas.... A menudo tambien estos pensamientos me mueven aun mas á compasión acerca de la suerte de Flor-celestial.... porque me quedais... Y á ella, que le queda?

Adios otra vez, y tristemente adios, noble a-

miga, ángel bueno de los días malos. Volved pronto, esta ausencia os pesa tanto como á mi...

Vuestra vida y mi amor!... con alma y corazón, vuestro!—R.

Os envío esta carta con un correo; á no ser por un cambio imprevisto os despacharé otro mañana, así que se concluya la triste ceremonia. Mil deseos y esperanzas á vuestro padre por su pronto restablecimiento. Se me olvidaba daros noticias del pobre Enrique; su estado se mejora y no da ya graves inquietudes. Su excelente padre, también enfermo, ha hallado fuerzas para asistirlo, para velarlo; milagro de amor paternal... que no nos admira á nosotros.

Así pues, amiga mía, hasta mañana... mañana... día aciago y nefasto para mí...

Vuestro para siempre—R.

Tranquilizaos, Clemencia... tranquilizaos, aunque la hora en que os escribo esta carta y el lugar donde está fechada deben asustaros...

Gracia á Dios, el peligro ha pasado, pero la crisis ha sido terrible...

Ayer, después de haberos escrito, agitado por no sé qué funesto presentimiento, recordándome la palidez, la apariencia doliente de mi hija, el estado de debilidad que padece hace algún tiempo, pensando en fin que debían pasar en oraciones, en una inmensa y yerta iglesia, casi toda esta noche que precede á su profesión, envié á Murph y á David á la abadía á pedir á la princesa Juliana les permitiese quedar hasta mañana en la casa exterior que Enrique habitaba ordinariamente. Así mi hija podía tener prontos auxilios y yo noticias de ella, si, como lo temía, le faltaban las fuerzas para cumplir

aquella rigorosa... no quiero decir cruel... obligacion de pasar una noche de Enero en oraciones; con un frio excesivo. Tambien escribi á Flor-celestial que, sin dejar de respetar el ejercicio de sus deberes religiosos, le suplicaba pensase en su salud é hiciese la vigilia de oraciones en su selda, y en la iglesia. He aqui lo que ella me respondió:

«Mi buen padre, os doy gracias desde lo mas profundo de mi corazon por esta nueva y tierna prueba de vuestro interes; no tengais niuguna inquietud, me creo en estado de cumplir mi deber... Vuestra hija no puede manifestar ni temor ni endebles... la regla está así, debo conformarme á ella. Si resultan de ello algunos padecimientos fisicos, los ofreceré muy contenta á Dios!... «Me aprobaréis, lo creo, vos que siempre habeis practicado el desprendimiento y el deber con tanto valor... Adios, mi buen padre... no os diré que voy á pedir á vos... cuando pido á Dios, pido siempre á vos, porque me es imposible no confundiros con la divinidad que imploro; habeis sido para mí en la tierra lo que Dios, si lo merezco, será para mí en el cielo...

«Dignaos bendecir esta noche á vuestra hija con el pensamiento, mi buen padre... mañana será esposa del Señor...

«Ella os besa la mano con un respeto religioso.

«SOR AMELIA.»

Esta carta, que no pude leer sin deshacerme, no obstante me tranquilizó un poco; debia, yo tambien, cumplir una vigilia fatal.

Llegada la noche, me encerré en el pabellon que he hecho construir no lejos del monumento erigido á la memoria de mi padre... en espacion de la noche fatal...

A eso de la una de la noche, oí la voz de Murph, temblé de espanto; acababa de llegar á toda prisa del convento.

Que os diré, amiga mía? Como lo habia yo previsto, la desgraciada niña, no obstante su ánimo y su voluntad, no tuvo fuerzas para cumplir enteramente aquella práctica bárbara, de que no habia podido dispensarla la princesa Juliana, pues la regla era muy espesa respecto á ella.

Á las ocho de la noche, Flor-celestial se hincó de rodillas en la iglesia... Estuvo orando hasta mas de las doce... Pero á esta hora, sucumbiendo á su debilidad, al horrible frio, á su conmocion, porque lloró abundantemente en silencio... se desmayó.... dos religiosas que por órden de la princesa Juliana velaban con ella... la levantaron y la trasportaron á su celda...

Al instante se avisó á David; Murph subió al coche y corrió á buscarme; volé al convento; fui recibido por la princesa Juliana. Me dijo esta que David temia que mi vista causase una impresion muy viva á mi hija, cuyo desmayo, de que habia vuelto, no presentaba nada de alarmante, habiendo solo sido causado por una gran debilidad....

En un principio me ocurrió un horrible pensamiento... Creí.. que se me querria ocultar alguna gran desgracia, ó al menos prepararme á saberla; pero la superiora me dijo: «Os lo afirmo, monseñor, la princesa Amelia está fuera de peligro; un ligero cordial que el doctor David le ha hecho tomar ha reanimado sus fuerzas.»

No podia yo dudar de lo que me afirmaba la abadesa; la creí, y esperé noticias de mi hija con una dolorosa impaciencia.

Al cabo de un cuarto de hora de angustias, volvió David... Gracias á Dios, seguía ella mejor... y había querido continuar su vigilia de oraciones en la iglesia, consintiendo en arrodillarse sobre un cojín... cómo me irrité y me indigné de que la superiora y él hubiesen accedido á su deseo, añadiendo que me oponía formalmente á ello, me respondió que hubiera sido peligroso contrariar la voluntad de mi hija en un momento en que estaba bajo el influjo de una viva agitación nerviosa, y que por otra parte había convenido con la princesa Juliana que la pobre niña dejaría la iglesia á la hora de los maitines para descansar un poco y prepararse para la ceremonia.

—Está pues ahora en la iglesia? le dije yo.

—Sí, monseñor... pero antes de media hora la habrá dejado...

Me hice al momento conducir á nuestra tribuna del norte, desde donde se dominaba todo el coro.

Allí, en medio de las tinieblas de aquella vasta iglesia, solamente alumbrada por la escasa luz de una lámpara del santuario, la ví... cerca de la reja... arrodillada, las manos cruzadas y orando todavía con fervor.

Yo me arrodillé también, pensando en mi hija.

Dieron las tres; dos religiosas sentadas en los asientos del coro que no la habían dejado de la vista, fueron á hablarle en voz baja... al cabo de algunos momentos, se santiguó, se levantó y atravesó el coro con paso bastante firme... y sin embargo, amiga mía, cuando pasó por cerca de la lámpara, su cara me pareció tan blanca como el largo velo que flotaba en torno suyo.

Sali inmediatamente de la tribuna, queriendo en un principio ir á verla, pero temí que una nue-

va conmocion le impidiese disfrutar algunos momentos de descanso... Envié á David á que supiese como se hallaba... volvió este á decirme que se sentia mejor, y que iba á procurar dormir un poco...

Me quedo en la abadía... para la ceremonia que se ha de verificar esta mañana.

Pienso ahora, amiga mia, que es inútil enviaros esta carta incompleta... La concluiré mañana, contandoos los acontecimientos de este triste dia.

Hasta luego, amiga mia... Estoy traspasado de dolor... Compadecedme.



CAPITULO ULTIMO.

EL TRECE DE ENERO.

RODOLFO A CLEMENCIA

TRECE DE ENERO... aniversario ahora doblemente fatal!!!

Amiga mía... la perdemos para siempre!

Todo ha concluido... todo!

Escuchad esta relacion.

Es pues verdad... se experimentó un deleite atroz en contar un horrible dolor.

Ayer me quejaba de la ocurrencia que os detenia lejos de mí... hoy Clemencia, me felicito de que no esteis aqui, padecierais mucho...

Esta mañana, apenas dormitaba, fui despertado por el tañido de las campanas... temblé de susto... me pareció fúnebre... se hubiera dicho que era un doble.

En efecto... mi hija ha muerto para nosotros... muerto, entendeis... desde hoy, Clemencia... es preciso comenzar á llevar luto por ella en vuestro corazon, en vuestro corazon siempre tan maternal para ella...

Que diferencia hay para nosotros.... de que nuestra hija esté sepultada bajo el mármol de un sepulcro ó bajo la bóveda de un claustro....

Desde hoy, entendedlo, Clemencia... es menester mirarla como muerta... Además... está tan endeble.... su salud, alterada por tantas penas, por tantos sacudimientos, está tan decaída.... Por qué también esta otra muerte, es mas completa todavía? la fatalidad no se cansa...

Y luego por otra parte.... según mi carta de ayer... debéis comprender que sería mejor para ella.... haber muerto.

MUERTA... estas seis letras tienen una fisonomía estraña.... no lo halláis así?... cuando se escriben con relación á una hija idolatrada... á una hija tan bella... tan hechicera, de una bondad tan angelical... Diez y ocho años apenas... y muerta para el mundo!...

En efecto... para nosotros y para ella, de qué sirve vegetar padeciendo en la triste tranquilidad del claustro? qué importa que viva, si está perdida para nosotros? Debe amar tanto la vida... que la fatalidad le ha dado!...

Lo que he dicho es horroroso... hay un egoismo bárbaro en el amor paternal...

.....

A mediodía se verificó la *profesión* con solemne pompa.

Oculto detrás de las cortinas de nuestra tribuna, asistí á ella...

Senti, pero aun con mas intimidad, todas las punzantes conmociones que experimentamos cuando la toma de hábito....

Cosa estraña, ella es adorada; se cree generalmente que ha sido atraída á la vida religiosa por una irresistible vocacion; se debería ver en

su *profesion* un acontecimiento dichoso para ella, y, por el contrario, una abrumante tristeza pesaba sobre la muchedumbre.

En el fondo de la iglesia, en medio del pueblo.... vi á dos sargentos de mis guardias, dos soldados viejos y toscos, bajar la cabeza y llorar...

Se diria que habia en la aparieencia un doloroso presentimiento.... Al menos si era fundado, no se ha realizado mas que á medias....

Terminada la profesion, llevaron á nuestra hija á la sala del capitulo, donde debia efectuarse la eleccion de abadesa ...

Gracias á mi privilegio soberano, fui á aquella sala á esperar á Flor-celestial cuando volviese del coro.

Pronto entró ella....

Su conmocion, su debilidad eran tan grandes que la sostenian dos religiosas.

Me asusté, menos aun de su palidez y de la profunda alteracion de su semblante que de la expresion de su sonrisa..... Me pareció impresionada de una especie de satisfaccion siniestra....

Clemencia... os lo digo... quizá pronto necesitaremos valor... mucho valor... *Siento* por decirlo así, *en mi* que nuestra hija está herida mortalmente....

....Ademas, su vida seria tan desgraciada...

Ya me he dicho dos veces, pensando en la muerte de mi hija... que esta muerte pondrá al menos un término á su cruel existencia.... Este pensamiento es un sintoma horrible.... Pero si esta desgracia debe herirnos vale mejor estar preparado á ella, no es así, Clemencia?

Prepararse á semejante desgracia... es saborear poco á poco y de antemano sus lentas angustias.

Es una afinacion inaudita de dolores... Esto es mil veces mas horroroso que el golpe que os hiere, de improviso... Al menos el pasmo, la aniquilacion os ahorran una parte de este atroz destrozo.

Pero los usos de la compasion quieren que se os *prepare*... Probablemente no obraré yo mismo de otra manera: pobre amiga... tenia que haceros saber el funesto acontecimiento de que os hablo... Asi espantaos... si notais que os hablo de *ella*... con los miramientos, los rodeos de una tristeza desesperada, despues de haberos anunciado que su salud no me daba sin embargo graves inquietudes.....

Si, espantaos, si os hablo como os escribo ahora... porque aunque la he dejado bastante tranquila hace una hora para venir á terminar esta carta, os lo repito, Clemencia, me parece *sentir en mí* que ella está padeciendo mas de lo que parece... Haga el cielo que me engañe, y que tome por presentimiento la desesperante tristeza que me ha inspirado esta lúgubre ceremonia!

Flor-celestial entró pues en la gran sala del capitulo.

Todas las sillas fueron sucesivamente ocupadas por las religiosas.

Fue modestamente á ponerse en el último lugar de la fila de la izquierda: se apoyaba en el brazo de una religiosa, porque parecia seguir muy endeble.

En el punto superior de la sala, la princesa Juliana estaba sentada, teniendo á un lado á la grande priora, y al otro á una segunda dignataria, teniendo en la mano el báculo de oro, simbolo de la autoridad de abadesa.

Reinó un profundo silencio, la princesa se levantó, tomó su báculo en la mano, y dijo con voz grave y conmovida:

“Queridas hijas mías, mi mucha edad me obliga á confiar á manos mas jóvenes este emblema de mi poder espiritual, y mostró su báculo; estoy autorizada para ello por una bula de nuestro Santo Padre, presentaré pues á la bendicion de monseñor el arzobispo de Oppenheim y á la aprobacion de S. A. R. el gran duque nuestro soberano, aquella de vosotras, mi queridas hijas que fuese designada para sucederme. Nuestra grande priora va á haceros conocer el resultado de la eleccion, y á la que hubiereis elegido, entregaré mi cruz y mi anillo.”

No dejé á mi hija con los ojos.

Enpié en su silla, las dos manos cruzadas sobre el pecho, los ojos bajos, medio envuelta en su velo blanco y los largos pliegues de su hábito negro, estaba inmóvil y pensativa, no habia supuesto un momento que se le pudiese elegir, su elevacion no habia sido dicho por la abadesa mas que á mi.

La gran priora toma un papel y leyó:

“Cada hermana nuestra habiendo sido, segun la regla, invitada hace ocho dias, á depositar su voto en manos de nuestra santa madre y á tener mutuamente en secreto su eleccion hasta este momento en que, en nombre de nuestra santa madre, declaro que una de vosotras, mis queridas hermanas, ha merecido, por su piedad egemplar, por sus virtudes evangélicas, el sufragio unánime de la comunidad, y esta es nuestra hermana Amelia, *mientras viva* muy alta y muy poderosa princesa de Gerolstein.”

A estas palabras, una especie de murmullo de dulce sorpresa y de satisfaccion circuló en la sala; todas las miradas se fijaron en mi hija con una expresion de tierna simpatia; á pesar de mis

tristes preocupaciones, yo mismo me conmoví vivamente con este nombramiento que, hecho aislada y secretamente, ofrecía sin embargo una tan afectuosa unanimidad.

Flor-celestial, atónita, se puso pálida; sus piernas temblaban tanto que se vió obligada á apoyarse con una mano en el brazo de la silla.

La abadesa prosiguió en voz alta y grave:

—“Queridas hijas mías, es ciertamente Sor Amelia la que creéis mas digna y mas merecedora de todas vosotras? A ella es á quien reconocéis por vuestra superiora espiritual? Responde-me cada una de vosotras por su turno, queridas hijas mías.,,

Y cada religiosa respondió en voz alta:

—Libre y voluntariamente he elegido y elijo á Sor Amelia por mi santa madre y superiora.

Embargada por una agitacion inespresable, mi pobre hija cayó de rodillas, cruzó las manos, y permaneció así hasta que se emitieron todos los votos.

Entonces la abadesa, poniendo el báculo y el anillo en manos de la gran priora, se dirigió hacia mi hija para tomarla por la mano y conducirla á la silla de la abadesa.....

Amiga mía, mi tierna amiga, me he interrumpido un momento; me ha sido preciso cobrar ánimo para acabar de referiros esta escena despedazante...

“Levantaos, mi querida hija, dijo la abadesa; venid á tomar el lugar que os pertenece, vuestras virtudes evangelicas, y no vuestra clase, os lo han ganado.,,

Diciendo estas palabras, la venerable princesa ayudó á mi hija á levantarse.

Flor-celestial dió algunos pasos temblando, luego al llegar al medio de la sala del capitulo se paró y dijo con una voz cuya calma y firmeza me pasmaron:

—“Perdonadme, santa madre.... quisiera hablar á mis hermanas.

—“Subid primero, hija querida, á vuestra silla de abadesa, dijo la princesa, desde allí es desde donde debéis hacer oír vuestra voz.

—“Ese lugar, santa madre... no puede ser el mio, respondió Flor-celestial con voz baja y trémula.

—“Que decis, querida hija mia?

—“Una dignidad tan elevada no está hecha para mí, santa madre.

—“Pero los votos de todas vuestras hermanas os llaman á él.

—“Permitidme, santa madre, que haga aquí de rodillas una confesion solemne; mis hermanas verán muy bien y vos tambien, que la condicion mas humilde no es aun bastante humilde para mí.”

—“Vuestra modestia os engaña, hija querida, dijo la superiora con bondad, creyendo en efecto que la desgraciada niña cedia á un sentimiento de modestia exagerada; pero yo penetraba las manifestaciones que iba á hacer Flor-celestial. Sobresaltado, esclamé con voz suplicante.

—“Hija mia..... te lo pido encarecidamente...

A estas palabras.... deciros, amiga mia, todo lo que lei en la profunda mirada que Flor-celestial me lanzó, seria imposible... Así como lo sabreis en un instante, ella me comprendió. Sí, comprendió que yo debía participar de la vergüenza de aquella terrible revelacion.. Comprendió que despues de tales manifestaciones podia acu-

sarseme... de mentira... porque siempre habia dejado creer que Flor-celestial no se habia separado de su madre...

A este pensamiento, la pobre niña se creyó culpable respecto á mi de una abominable ingratitud... No tuvo fuerza para continuar, se calló y bajó la cabeza con abatimiento...

—“Lo repito, querida hija mia, repuso la abadesa, vuestra modestia os engaña... la unanimidad de la eleccion de vuestras hermanas os prueba cuan digna sois de reemplazarme... Por lo mismo que habeis tomado parte en los contentos del mundo, vuestra renuncia á esos placeres es mas meritoria... No es S. A. la princesa Amelia la elegida... Es *Sor Amelia*... Para nosotras, vuestra vida comenzó desde el dia en que pusisteis el pié en la casa del Señor... y la ejemplar y santa vida es lo que recompensamos... Os diré mas, querida hija, aunque antes de entrar en el aprisco vuestra existencia hubiese sido tan extravaiada, como laudable y pura ha sido por el contrario... las virtudes evangélicas, de que nos habeis dado ejemplo desde vuestra permanencia aquí, espiarían y rescatarían tambien á los ojos del Señor un pasado por culpable que fuese... Segun esto, mi querida hija, juzgad si vuestra modestia debe estar confiada.,,

Estas palabras de la abadesa fueron, como podeis pensarlo, amiga mia, muy preciosas para Flor-celestial, que creia indeleble lo pasado. Desgraciadamente esta escena la habia conmovido profundamente; y aunque ella afectase calma y firmeza, me pareció que su cara se alteraba de una manera que causaba inquietud... Por dos veces se estremeció, pasando por su frente su pobre y blanca mano.

—“Creo haberos conmovido, mi querida hija, prosiguió la princesa Juliana, y no querreis causar à vuestras hermanas una viva pena rehusando esta prueba de su confianza y de su afecto.,,

—“No, santa madre, dijo ella con una espresion que me impresionó y con voz cada vez mas apagada, creo *ahora* poder aceptar... Pero, como me siento muy fatigada y un poco mala, si lo permitis, santa madre, la ceremonia de mi consagracion no se efectuará sino dentro de algunos dias.,,

—“Se hará como lo deseais, mi querida hija, entre tanto que vuestra dignidad sea bendecida y consagrada.. tomad este anillo... venid á vuestro puesto... nuestras caras hermanas os prestarán obediencia segun *nuestra regla.*,,

Y la superiora, poniendo su anillo pastoral en el dedo de Flor-celestial, la condujo á la silla de la abadesa.

Fué este un espectáculo sencillo y tierno.

Junto á esta silla en que ella se sentó estaban en pié, á un lado la grande priora, con el báculo de oro, al otro lado la princesa Juliana. Cada religiosa fué á inclinarse delante de nuestra hija y á besarle respetuosamente la mano.

Veia á cada instante aumentarse su conmocion, descomponerse mas sus facciones; en fin esta escena fué sin duda superior á sus fuerzas... porque se desmayó ante de terminarse la procesion de sus hermanas.,,

Juzgad cual seria mi susto!... La transportamos á la habitacion de la abadesa ...

David no habia dejado el convento; acudió, le dió los primeros remedios. Ojalá no me haya engañado! pues me ha asegurado que este nuevo accidente no tenia por causa mas que el ayuno,

las fatigas y la privacion de sueño que mi hija se habia impuesto durante su largo y duro noviciado...

Lo creí, porque en efecto sus facciones angelicales, aunque de una espantosa palidez, no manifestaban ningun padecimiento, cuando recobró el sentido. Tambien me llamó mucho la atencion la serenidad que brillaba en su bella frente. De nuevo me asustó esta quietud: me pareció que ocultaba la secreta esperanza de una próxima libertad....

Habiendo la superiora vuelto al capitulo para cerrar el acto, quedè solo con mi hija.

Despues de haberme mirado en silencio durante algunos momentos, me dijo:

—Mi buen padre... podreis olvidar mi ingratitud? Podreis olvidar que en el momento en que iba a hacer aquella penosa confesion, me pedisteis la gracia...

—Cállate... te lo suplico....

—Y no habia pensado, repuso con pena, que diciendo á la faz de todos de que abismo de degradacion me habiais sacado... era revelar un secreto que habiais guardado por cariño á mí... era acusaros públicamente, á vos, padre mio, de un disimulo al cual no os habiais resignado sinè para asegurarme una vida brillante y honrosa... Oh! podreis perdonarme?

En vez de responderle, cosí mis labios á su frente, ella sintió correr mis lágrimas....

Despues de haber besado mis manos muchas veces, me dijo:

—Ahora me siento mejor.... ahora que estoy, como dice nuestra regla, muerta para el mundo.... quisiera hacer algunas disposiciones en favor de muchas personas... pero como todo lo que

poseo es vuestro.... me autorizais para ello, mi buen padre?...

—Puedes dudarlo?.... pero te lo suplico, le dije, no tengo esos pensamientos siniestros..... Mas adelante te ocuparás de ese cuidado.... no tienes tiempo.....

—Sin duda, tengo aun bastante tiempo para vivir, añadió ella con un acento que no sé porque me hizo estremecer de nuevo. La miré con mas atencion, ningun cambio en sus facciones justificó mi inquietud.

—Sí, tengo aun bastante tiempo que vivir, repuso: pero no deberé ocuparme mas de las cosas terrestres.... porque hoy renuncio á todo lo que me une al mundo. Os lo suplico, no me lo negueis...

---Ordena.... haré lo que desees...

En seguida me dijo nuestra hija:

—Quisiera que mi tierna madre conservase siempre en la sala chica, donde está habitualmente... mis avios de bordar... con el tapiz que empecé...

—Tus deseos serán cumplidos, hija mia. Tu habitacion ha quedado como estaba el dia en que dejaste el palacio; porque todo lo que te ha pertenecido es para nosotros el objeto de un culto religioso.... Clemencia se conmoverá profundamente con tu pensamiento....

---En cuanto á vos, mi buen padre, os lo suplico, mi gran sillón de ébano, en que tanto he pensado, tanto he imaginado...

---Será colocado al lado del mio, en mi gabinete de trabajo, y te veré allí todos los dias sentada junto á mí, como te sentabas muchas veces, le dije sin poder contener mis lágrimas.

---Ahora quisiera dejar algunos recuerdos míos

á los que me manifestaron tanto interes cuando era desgraciada. A Mad. Georges, quisiera dar el escritorio de que me servia últimamente. Este don tendrá alguna significacion, añadió ella con su amable sonrisa, porque ella es la que, en la hacienda, empezó á enseñarme á escribir. En cuanto al venerable cura de Bouqueval, que me instruyó en la religion, le destino el hermoso Cristo de mi oratorio.....

---Bien, hija mia.

---Desearia tambien enviar mi banda de perlas á mi buena Rigolette... Es una alhaja sencilla que podrá ponerse sobre sus hermosos cabellos negros... y luego, si fuese posible, pues sabeis donde se hallan Martial y la Loba en Algeria, quisiera que esta valerosa muger que me salvó la vida... tuviese mi cruz de oro esmaltada... Estas diferentes prendas de memoria se remitirán á los que las envio, *de parte de Flore-
cestial*.

---Ejecutaré tus voluntades..... no olvidas á nadie?....

---Creo que no....

---Busca bien.... entre los que te aman.... no hay alguno muy desgraciado? tan desgraciado como tu madre... y yo... alguno en fin que siente tan dolorosamente como nosotros tu entrada en el convento?

La pobre niña me comprendió, me apretó la mano, un ligero encarnado coloró un momento su pálido semblante.

Adelantándome á una cuestion que ella sin duda temia hacerme, le dije:

—Sigue mejor... no se teme ya por su vida..;

---Y su padre?

---Se reciente de la mejora de la salud de su

hijo... Sigue tambien mejor... Y á Enrique... que le das?... Una memoria tuya... le seria un consuelo tan querido y tan precioso...

---Padre mio... ofrezcedle mi reclinatorio... Ay! muchas veces lo he regado con mis lágrimas, pidiéndole al cielo fuerzas para olvidar á Enrique, pues yo era indigna de su amor...

Cuan feliz será en ver que tienes un pensamiento para él....

---En cuanto á la casa de asilo para las huérfanas y las jóvenes abandonadas por sus padres, desearia que.....

Aquí la carta de Rodolfo estaba interrumpida con estas palabras casi ininteligibles,

---Clemencia... Murph... terminará esta carta... no puedo disponer de mi cabeza, estoy loco..... Ah! TRECE DE ENERO!!!

El fin de esta carta, de letra de Murph, estaba concebida asi:

Señora: Segun las órdenes de S. A. R. completo esta triste relacion... Las dos cartas de monseñor habrán debido preparar á V. A. R. de la fatal noticia que me queda que daros.

Hace tres horas, monseñor, estaba ocupado en escribir á V. A. R.; esperaba yo en una pieza inmediata á que me entregase la carta para enviarla inmediatamente con un correo. De pronto vi entrar á la princesa Juliana como consternada.--- Donde está S. A. R.? me dijo con voz conmovida. Princesa: monseñor está escribiendo á la señora gran duquesa las noticias del dia.---Sir Walter... es menester hacer saber á monseñor... un acontecimiento terrible... Sois su amigo... tened á bien instruirlo de..... de vos el golpe le será menos terrible...

Lo comprendí todo; creia mas prudente encargarme de esta funesta revelacion... habiendo la superiora añadido que la princesa Amelia se apagaba lentamente, y que monseñor debia apresurarse à ir à recibir los últimos suspiros de su hija. No tenia por desgracia tiempo de emplear rodeos. Entré en el salon, S. A. R. notó mi palidez. Vienes à hacerme saber alguna desgracia! Una irreparable desgracia, monseñor... Valor!... Ah!... mis sentimientos!... exclamó él, y sin añadir una palabra, corrió al claustro. Yo lo seguí.

De la habitacion de la superiora, la princesa Amelia, habia sido transportada à su celda despues de su conversacion con monseñor. Una monja la asistia: al cabo de una hora, advirtió esta que la voz de la princesa Amelia, que le hablaba por intervalos, se debilitaba, y se apagaba cada vez mas. La religiosa se dió prisa à ir à prevenir à la superiora. Llamaron al doctor David; creyó este remediar la nueva pérdida de fuerzas con un cordial, pero en vano; el pulso apenas se sentia. Reconoció desesperadamente que las conmociones reiteradas habian probablemente gastado las pocas fuerzas de la princesa Amelia; no quedaba esperanza ninguna de salvarla.

Entonces fué cuando llegó monseñor; la princesa Amelia acababa de recibir los últimos sacramentos, una vislumbre de conocimiento le quedaba todavia; en una de sus manos cruzadas sobre su pecho tenia los *restos de su rosalito*.

Monseñor cayó arrodillado à su cabecera: lloraba.

---Hija mia!... querida hija mia!..... exclamó con voz lastimera.

La princesa Amelia la oyó, volvió ligeramente la cabeza à él, abrió los ojos... procuró sonreirse y dijo con voz desfallecida.

---Mi buen padre... perdon... tambien á Enrique... á mi buena madre... perdon....

Estas fueron sus últimas palabras..... despues de una hora de agonía, por decirlo así, pacífica... entregó su alma á Dios....

Cuando su hija dió el último suspiro, monseñor no dijo una palabra... su calma y su silencio eran espantosos... cerró los párpados de la princesa, la besó muchas veces en la frente, tomó religiosamente los restos del rosalito y salió de la celda.

Lo seguí, volvió á la casa exterior del claustro y, mostrándome la carta que habia empezado á escribir á V. A. R. y á la cual quiso en vano añadir algunas palabras, porque su mano temblaba convulsivamente, me dijo:

Me es imposible escribir... Estoy aniquilado... mi cabeza se extravía!... Escribe á la gran duquesa que ya no tengo hija!...

Egecuté las órdenes de monseñor.

Séame permitido, como á su mas antiguo servidor, suplicar á V. A. R. apresure su vuelta... cuanto lo permita la salud del señor conde de Orbigny... Solo la presencia de V. A. R. podrá calmar la desesperacion de monseñor... Quiere velar todas las noches hasta el dia en que fuese enterrada en la capilla Gran-ducal.

He cumplido mi triste tarea, señora, tened á bien excusar la incoherencia de esta carta... y recibir la expresion del respetuoso rendimiento con que tengo el honor de ser de V. A. R. muy obediente servidor. WALTER MURPH.

.....
La vispera del funeral de la princesa Amelia, llegó Clemencia á Gerosteín con su padre.

Rodolfo no estuvo solo el dia del funeral de Flor-celestiaf.

INDICE

DEL TOMO QUINTO.

PARTE SEPTIMA.

GEGELY.

PAGINAS.

CAPIT. XV=	Santiago Ferrand.	5
XVI=	El postiguillo.	23
XVII=	La cárcel de la Fuerza.	46
XVIII=	Francisco Germain	53
XIX =	Rigolette	64
XX=	La cueva de los Leones	76
XXI=	Maquinacion	83
XXII=	El Contador de cuentos	90
XXIII=	Un amigo desconocido	99
XXIV=	Soltura	112

PARTE OCTAVA.

LA CONDESA MAC-GREGOR.

CAPIT. I=	Castigo	123
-----------	-------------------	-----

II=El banco de los pobres	131
III=Los cómplices.	140
IV=Rodolfo y Sarah	154
V=Venganza	168
VI=Furens amoris	180
VII=Las viciones.	191
VIII=Esperanza	201
IX=El padre y la hija	216
X=Sacrificio	230
XI=El casamiento.	235

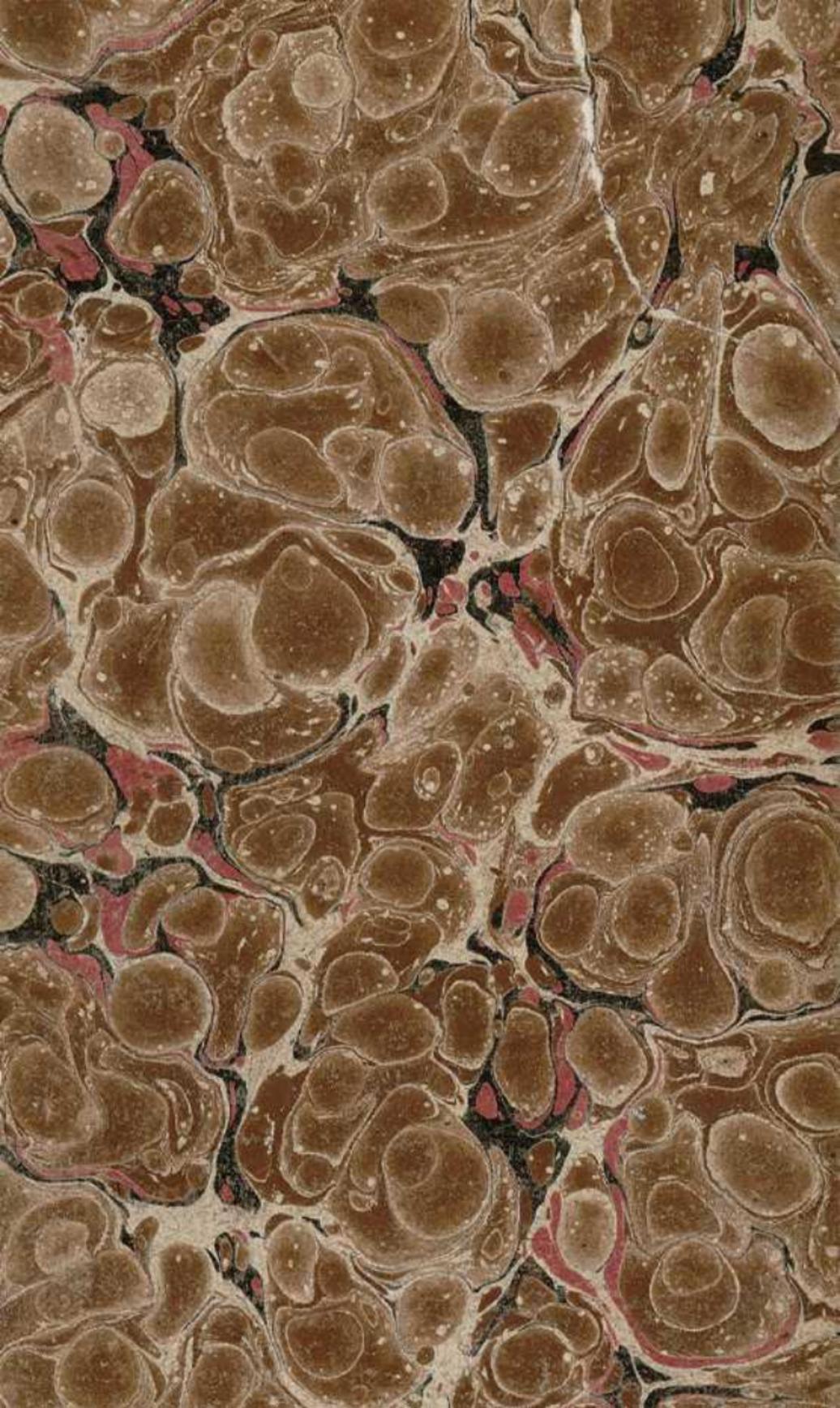
EPILOGO.

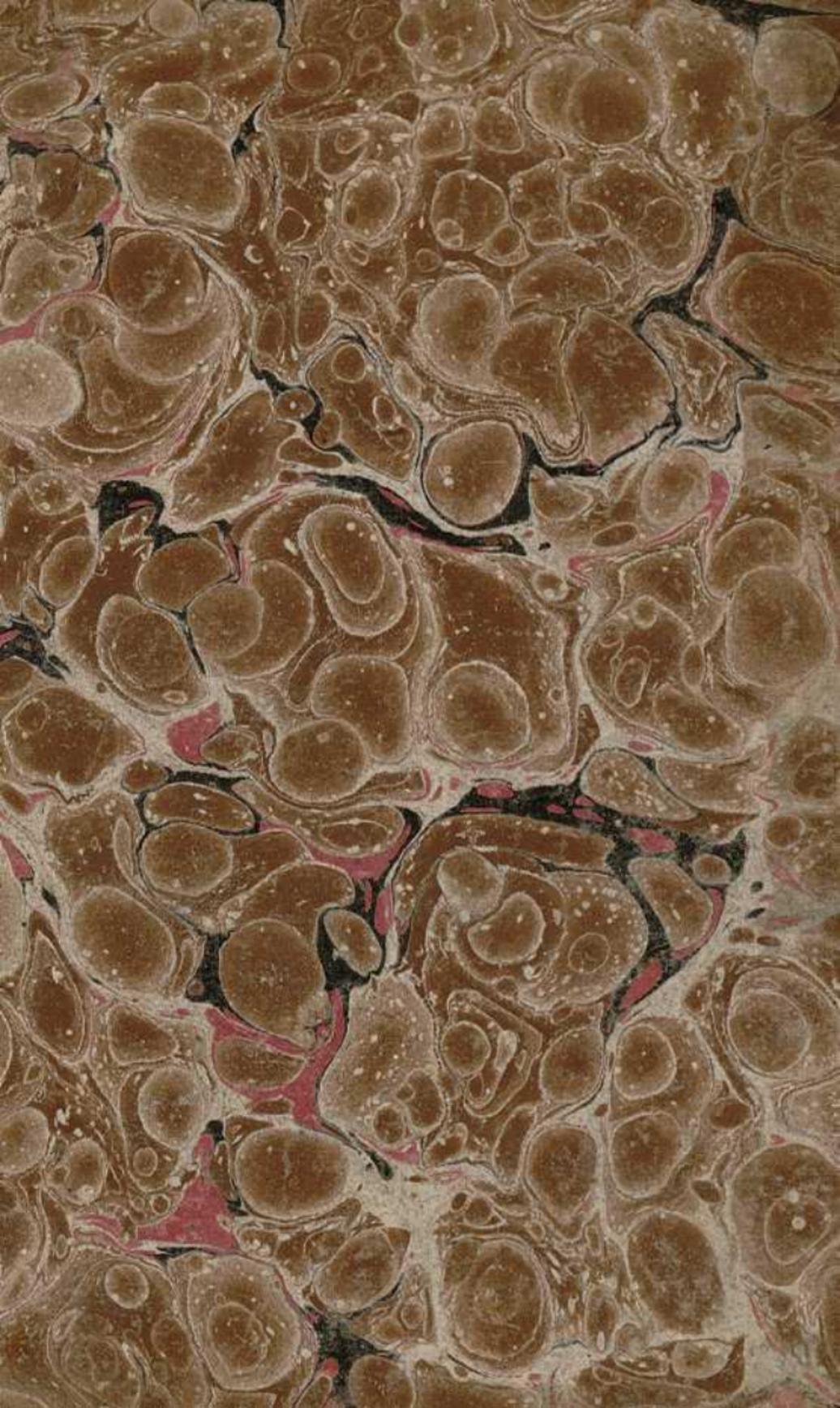
GEROLSTEIN.

CAPIT. I=El principe Enrique de Herkau- sen-Oldenzaal al conde Maximilia- no Kaminetz	247
II=Idem.	257
III=Idem.	269
IV=La princesa Amelia	283
V=Los reeuertos.	301
VI=Declaraciones	312
VII=La profesion.—Rodolfo á Cle- mencia.	324
Capítulo último—El trece de Enero.—Rodolfo á Clemencia.	336

Leido en Julio 1916

J. R. Casado









MISTERIO

DE

PARIS

